

La muerte está en el sueño.
La agonía en el despertar

AUTODEFENSA

JONATHAN
KELLERMAN



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Lucy tiene pesadillas. Seguramente el haber sido jurado en el juicio del peligroso psicópata ha hecho aflorar viejos terrores. El sueño de Lucy quiere que ella, aún niña, vea cómo su padre y otros hombres transportan el cuerpo inanimado de una joven por un bosque. Es el terror desnudo, pero también el terror que provoca quizá un pasado que no quiere recordar, lo que lleva a Lucy al consultorio del doctor Delaware. Y para éste es la primera incógnita: ¿el sueño de Lucy es un símbolo onírico o reminiscencia de un hecho real? Y si fuera lo último, ¿quién era la muchacha, quizá muerta, que transportaban los hombres?

De ese modo Delaware, ayudado por su amigo el detective Milo Sturgis, comienza a bucear en un pasado en el que la pasión artística, la lujuria más descarnada y la ambición se conjugan con el desamor.

L≡**LIBROS**

Jonathan Kellerman

Autodefensa
Alex Delaware - 09

*A mi hermana llana
una mente bella y mágica,
un alma dulce
y, sobre todo, música*

Mi agradecimiento especial al Dr. Jerry Dash

Ella sonreía, como de costumbre.

Desde su silla tenía una bonita vista del océano. Esa mañana, era una arrugada sábana dorada con la luz del amanecer. Un triángulo de pelícanos la inspeccionaba desde arriba. Yo dudaba de que ella los hubiera visto.

Se movió un poco, intentando ponerse más cómoda.

—Buenos días, Lucy.

—Buenos días, doctor Delaware.

Su bolso estaba a sus pies, una bolsa grande de macramé con asas de piel. Llevaba un jersey de algodón azul claro y una falda plisada rosa. Tenía el pelo color dorado, liso y brillante, a la altura del hombro y con flequillo. Su cara era ligeramente pecosa, con grandes pómulos y finas facciones dominadas por unos grandes ojos castaños. Parecía más joven de sus veinticinco años.

—Bueno —dijo, encogiéndose de hombros y sonriendo todavía.

—Bueno.

Su sonrisa se apagó.

—Hoy quiero hablarle de « él ».

—Está bien.

Se tapó la boca, luego apartó los dedos.

—De cosas que él hizo.

Yo asentí.

—No —replicó ella—. No me refiero a lo que hemos tratado y a. Le hablo de cosas que no le había contado.

—Los detalles.

Ella apretó los labios. Tenía una mano en el regazo, y sus dedos empezaron a tamborilear.

—Usted no tiene ni idea.

—He leído la transcripción del juicio, Lucy.

—¿Todo?

—Todos los detalles de la escena del crimen. El testimonio del detective Sturgis. Los testimonios reservados también.

—Oh... entonces supongo que lo sabe. —Ella miró al océano—. Pensaba que podía aguantarlo, pero de repente no puedo quitármelo de la cabeza.

—¿En sueños?

—No, lo pienso cuando estoy despierta. Son imágenes que flotan en mi cabeza. Cuando estoy en la oficina, mientras veo la televisión, en todas partes.

—¿Imágenes del juicio?

—Las peores cosas del juicio... aquellas fotos. O algunas expresiones de las caras. Los padres de Carrie Fielding. El marido de Ana López. —Desvió la vista—. Su cara. Siento como si me estuviera pasando otra vez.

—No ha pasado tanto tiempo, Lucy.

—¿Dos meses no es mucho tiempo?

—No para lo que tú pasaste.

—Supongo que sí. Todo el tiempo que estuve sentada en aquella tribuna del jurado, me sentía como si estuviera viviendo en un contenedor de basura. Cuanto más escandalosas eran las declaraciones, más disfrutaba él. Sus juegos de miradas... todos esos estúpidos dibujos satánicos de sus manos. Como si nos estuviera desafiando a comprobar lo malo que era. Desafiándonos a castigarle.

Esbozó una amarga sonrisa.

—Recogimos su reto, ¿verdad? Se supone que fue un honor apartarle de la circulación. Entonces, ¿por qué no me siento honrada?

—El resultado final pudo haber sido honorable, pero llegar hasta allí...

Ella meneó la cabeza, como si yo me hubiera equivocado.

—¡Se cagó encima de ellas! ¡En su interior! Después de... ¡en los agujeros que les había hecho! —Las lágrimas llenaron sus ojos—. ¿Por qué?

—No puedo ni siquiera intentar explicar a alguien como él, Lucy.

Se quedó callada durante un buen rato.

—Todo era como un juego para él. De alguna manera, era como una especie de niño grande, ¿verdad? Convertía a la gente en muñecos para poder jugar con ellos... Algunos niños hacen eso, ¿no?

—No los niños normales.

—¿Cree usted que abusaron de él, como aseguraba?

—No hay ninguna prueba de que fuera así.

—Vale, pero aun así. Cómo puede alguien... ¿él pudo estar realmente en un estado de alteración, tener una personalidad múltiple, como decía aquel psiquiatra?

—Tampoco hay pruebas de eso, Lucy.

—Lo sé, pero ¿qué piensa usted?

—Mi suposición es que su conducta absurda durante el juicio fue fingida para alegar incapacidad mental.

—¿Así que usted piensa que él era totalmente racional?

—No sé si racional es la palabra adecuada, pero ciertamente no era ningún psicótico ni estaba presionado por urgencias incontrolables. Él eligió hacer lo que hizo. Le gustaba hacer daño a la gente.

Lucy se tocó la mejilla húmeda.

—Usted no cree que sea un enfermo.

—No en el sentido de que se pueda beneficiar de una píldora o de la cirugía o incluso de la psicoterapia. —Le alcancé un pañuelo de papel.

—Así que está destinado a la muerte.

—Está destinado a permanecer apartado del resto de nosotros.

—Bueno, eso es lo que hicimos, ¿verdad? El fiscal del distrito dijo que si alguien va a ir a la cámara de gas, es él. —Soltó una amarga risa.

—¿Eso te preocupa?

—No... quizá. No lo sé. Quiero decir que si alguna vez va a la cámara de gas, yo no estaré por allí mirando cómo se asfixia. Se lo merece, pero... creo que es lo calculado de esa situación lo que me afecta. Saber que tal y tal día, a tal y tal hora... ¿pero acaso podía yo hacer otra cosa? ¿Cuál sería la alternativa? ¿Darle una oportunidad de que salga y vuelva a hacer esas cosas otra vez?

—Hasta las elecciones adecuadas pueden ser terribles.

—¿Cree usted en la pena de muerte?

Yo pensé durante un rato, meditando mi respuesta. Normalmente, evitaba dar mi opinión en las terapias, pero en esa ocasión las evasivas serían un error.

—Estoy en el mismo punto que tú, Lucy. La idea de que se mate a alguien deliberadamente me desagrada, y tendría graves problemas para apretar el botón. Pero hay algunos casos en los que puede ser la mejor salida.

—Entonces, ¿en qué nos convierte eso, doctor Delaware? ¿En hipócritas?

—No —dije yo—. Eso nos convierte en humanos.

—Yo no estaba decidida a mandarlo a la cámara de gas, ¿sabe? Yo era la disidente. Los otros me presionaron mucho para terminar con aquello.

—¿Fue muy duro para ti?

—No, no fueron desagradables ni nada. Solo insistentes. Repetían sus razones y me miraban, como si yo fuera una niña estúpida que finalmente acabaría por ceder. Así que debo preguntarme si en parte esto no ha sido la vieja y sana presión de grupo de siempre.

—Tal como has dicho, ¿cuál hubiera sido la alternativa?

—Eso me pregunto yo.

—Tienes un conflicto porque eres una persona moral. Quizás esa es la razón de que las imágenes hayan vuelto.

Ella pareció confundida.

—¿Qué quiere decir?

—Quizás en este momento necesitas recordar exactamente lo que hizo Shwandt.

—¿Para convencerme a mí misma de que yo actué correctamente?

—Sí.

Eso pareció calmarla, pero aún lloró un poco más. El pañuelo que llevaba en

la mano estaba retorcido y apretado, y le alargué otro.

—Todo aquello quedaba reducido al sexo, ¿verdad? —dijo ella, con súbita rabia—. Se excitaba con el dolor de otras personas. Todos esos testimonios de la defensa acerca de impulsos incontrolables eran mentira... esas pobres, pobres mujeres, lo que él les hizo... Dios mío, ¿por qué empiezo el día hablando de esto?

Lucy miró su reloj.

—Es mejor que me vaya.

El reloj de pared indicaba que faltaban quince minutos para acabar.

—Tenemos tiempo todavía.

—Lo sé, pero ¿le importa si lo dejo un poco antes? Se me están amontonando las cosas; mi escritorio es un... —Hizo una mueca y miró a un lado.

—¿Un qué, Lucy?

—Iba a decir un montón de mierda. —Risas—. Toda esta experiencia me ha pervertido, doctor Delaware.

Yo extendí la mano y toqué su hombro.

—Concédete un poco de tiempo.

—Estoy segura de que usted tiene razón... Tiempo. Quisiera que el día tuviera treinta y cuatro horas.

—¿Se te ha acumulado trabajo debido a los deberes como jurado?

—No, ya me quité de encima el retraso la primera semana. Pero mi carga de trabajo parece más pesada. Continúan pasándome cosas y cosas, como si me estuvieran castigando.

—¿Por qué tendrían que castigarte?

—Por tomar tres meses libres. La empresa estaba legalmente obligada a darme el permiso, pero no les hizo demasiado felices. Cuando le di la noticia a mi jefe, me dijo que me mantuviera al margen de eso. Yo no lo hice. Pensé que era importante. No sabía a qué juicio me asignarían.

—Si lo hubieras sabido, ¿habrías tratado de dejarlo?

Ella pensó.

—No lo sé... De cualquier manera, tengo ocho cuentas importantes de la empresa con las que trabajar. Esto solía pasar solo en temporada de impuestos.

Se encogió de hombros y se puso de pie. Detrás de ella, los pelicanos empezaron a sumergirse en formación.

Cuando llegamos a la puerta, me dijo:

—¿Ha visto al detective Sturgis últimamente?

—Le vi hace un par de días.

—¿Cómo le va?

—Bien.

—Qué chico más agradable. ¿Cómo puede tratar con ese tipo de cosas continuamente?

—No todos los casos son como el de Shwandt.

—Gracias a Dios. —Su falda estaba bien colocada, pero ella se la atusó, alisando la fina tela sobre las estrechas caderas.

—¿Estás segura de que quieres irte temprano, Lucy? Nos hemos metido en unos temas bastante perturbadores.

—Ya lo sé, pero ahora estoy mejor. Hablar de ello me ha hecho sentirme mejor.

Salimos de la casa y caminamos a través de la pasarela hacia la cancela delantera. Abrí el cerrojo y salimos a la autopista de Pacific Coast. En aquel extremo norte de la colonia Malibú, el tráfico de la costa era escaso... unos cuantos que iban a trabajar a Ventura y camiones de productos agrícolas que pasaban traqueteando desde Oxnard. Pero los vehículos que pasaban eran rápidos y ensordecedores, y yo apenas pude oírla cuando Lucy me dio las gracias de nuevo.

La miré mientras entraba en su pequeño Colt azul. El coche se puso en marcha y ella le dio un rápido giro al volante y aceleró, quemando el neumático.

Volví dentro otra vez y tomé notas de la sesión.

Cuarta sesión. Una vez más, hablé de los crímenes de Shwandt, del juicio, de las víctimas, pero no de los sueños que la habían hecho acudir a mí.

Yo se los había mencionado al principio, pero ella cambió de tema abruptamente y yo me eché atrás. Así que quizá los sueños hubieran cesado cuando ella fue capaz de apartar un poco el horror de su vida.

Me tomé un café, salí al porche y miré a los pelícanos mientras pensaba en ella sentada en el estrado del jurado durante tres meses.

Noventa días en un contenedor de basuras. Y todo porque ella no comía carne.

—Vegetariana «pura» —me había dicho Milo, por encima de su vaso de whisky —. Lleva una pegatina de «Salvad las ballenas» en el coche, hace donativos a Greenpeace. Naturalmente, la defensa se entusiasmó con ella.

—Compasión por todos los seres vivientes.

Él gruñó.

—La defensa creía que ella sería demasiado débil de corazón para mandar a ese pedazo de basura a la habitación verde manzana.

Emitió una fea risita, bebió un poco de su Chivas y se pasó la mano por la cara como si se la estuviese lavando sin agua.

—Mala apuesta. A pesar de todo, es muy probable que ese tipo trague un poco de cianuro pronto, aun con todo el papeleo que sus abogados están revolviendo.

Él estaba bastante borracho, pero se mantenía. Era la una de la madrugada y estábamos en una coctelería medio vacía en un alto edificio de oficinas a medio

ocupar en el centro, a pocas manzanas del Tribunal donde Jobe Rowland Shwandt había sido sometido a juicio durante un trimestre entero mientras echaba lascivas miradas de reojo, emitía tontas risitas, se hurgaba la nariz, se reventaba espinillas y hacía sonar sus cadenas.

La prensa convertía en noticia cada movimiento, y Shwandt se deleitaba con toda esa atención, que le gustaba casi tanto como el dolor que había causado. El juicio era un rico postre para él, después de un banquete de sangre de diez meses.

El *Bogeyman*^[1].

Cuanto más repulsivos eran los testimonios, más sonreía él con afectación. Cuando leyeron el veredicto de pena de muerte, él se agarró la entrepierna y trató de exhibirse ante los familiares de las víctimas.

—Nada de pescado —dijo Milo, dejando su vaso en la barra—. Tampoco huevos ni productos lácteos. Solo frutas y vegetales. ¿Cómo les llaman, vegetarianos?

Asentí.

El barman era japonés, como la mayoría de los empleados.

La comida de aquel restaurante era una mezcla de frutos secos y semillas con gusto a soja, pepinos y arroz envueltos en algas y gambitas secas rosadas. Las conversaciones eran en voz baja y educadas, y aunque Milo hablaba bajo, su voz sonaba muy fuerte.

—Mucha de esa gente benefactora de la humanidad son en realidad unos mierdas, pero con ella tienes la sensación de que se lo cree de verdad. Siempre habla educadamente, con una voz amable; es mona pero no alardea de ello. Conocí a una chica como ella en el instituto. Se hizo monja.

—¿Te parece monjil Lucy?

—¿Quién soy yo para decirlo?

—Eres un buen juez de caracteres.

—Eso crees, ¿eh? Bueno, no sé nada de su vida amorosa. No sé gran cosa de ella, en realidad, aparte de que tiene pesadillas.

—¿Está soltera?

—Eso es lo que dijo en la declaración antes de ser jurado.

—¿Y tiene novio?

—No lo mencionó. ¿Por qué?

—Tengo curiosidad por saber quién le apoya.

—Dijo que su madre había muerto y que no se veía con su padre. En términos de vida social, parece más bien una Señorita Corazón Solitario. A los chicos de la defensa probablemente eso les encantó también.

—¿Por qué no la eliminó la acusación?

—Le pregunté acerca de eso a George Birdwell. Me dijo que ya habían agotado todas las descalificaciones y que la tomaron por una fanática. Con una firmeza interior que la llevaría a hacer lo correcto.

—¿Crees eso tú también?

—Sí, claro. Hay... un interior sólido en ella. ¿Sabes el chiste de que un conservador es un progresista que ha aprendido la lección? Ella me da la impresión de ser una persona que lo ha pasado bastante mal.

—¿A qué se dedica?

—Maneja números para una de esas grandes empresas de contabilidad en Century City.

—¿Contable?

—Sí.

—¿Te mencionó algún otro problema aparte de los sueños?

—No. Y la única razón por la que surgió lo de los sueños fue porque yo le dije que parecía cansada, y ella contestó que no dormía bien. Entonces nos fuimos a dar una vuelta y a comer un trozo de pastel, y me contó que los tenía. Cambió de tema rápidamente, así que me imaginé que sería algo personal y no insistí. La siguiente vez que llamó, todavía parecía hecha polvo, así que le sugerí que te llamara. Dijo que había pensado en ello y que sí, que lo haría.

Milo sacó un cigarro de su bolsillo, lo miró al trasluz, volvió a guardarlo.

—¿Tiene problemas alguno de los otros miembros del jurado? —pregunté.

—Ella es la única con la que he tenido contacto.

—¿Cómo se puso en contacto contigo por primera vez?

—Estaba yo estudiando al jurado como hago siempre, y por casualidad nos miramos a los ojos. Yo ya me había fijado antes en ella porque siempre parecía estar pasándolo realmente mal. Entonces, cuando salí a testificar, vi que me miraba. Intensamente. Después, seguimos mirándonos. El día que acabó el juicio, estaban acompañando al jurado afuera y yo tenía también el coche aparcado allí. Ella me saludó con la mano. Una mirada realmente intensa. Me pareció que me estaba pidiendo algo, así que le di mi tarjeta. Tres semanas después llamó a la comisaría.

Puso una mano sobre la barra y se examinó los nudillos.

—Ahora ya he hecho mi buena acción del año. No sé cuánto podrá ella permitirse...

—No creo que los contables inviertan en lingotes de oro —repliqué yo—. Ya lo arreglaremos.

Con una mano apretó sus fuertes mandíbulas, sus dedos morcillosos oprimiendo la dura carne hacia su cuello de toro. A la luz de un azul hielo del salón, su cara parecía un molde de yeso picado de viruelas, y su negro cabello le colgaba sobre la frente, creando una sombra como de ala de sombrero.

—Bueno —dijo—. ¿Qué tal un fantástico día de playa?

—De maravilla, tío. ¿Vamos a por unas cuantas olas?

Milo gruñó.

—Si me hubieras visto alguna vez en traje de baño, no me lo propondrías.

¿Qué tal va la casa?

—Espacio. Muy espacio.

—¿Más problemas?

—Cada gremio parece tomarse como una obligación sagrada estropear el trabajo del anterior. Esta semana, los albañiles han tapado completamente unos cables eléctricos, y los fontaneros han estropeado el suelo.

—Siento que lo de Binkle no resultara.

—Era muy competente, pero no estaba disponible. Necesitábamos algo más que alguien que hace chapuzas en los ratos libres.

—Tampoco es tan bueno como policía. Pero otros chicos para los que hizo trabajos de construcción dijeron que lo había hecho bien.

—Lo que hizo estaba bien. Y una vez Robin se ha hecho cargo, incluso mejor.

—¿Qué tal lleva ella todo esto?

—Ahora que los trabajadores se la están tomando más en serio, lo empieza a disfrutar. Al final, se han dado cuenta de que no podían vencerla... ella se sube a los andamios, coge sus herramientas y les enseña cómo hacerlo.

Él sonrió.

—Entonces, ¿cuándo crees que acabarán?

—Seis meses como mínimo. Mientras, tenemos que sufrir en Malibú.

—Vaya, vaya. ¿Cómo está el señor Perro?

—No le gusta el agua pero ha desarrollado una gran afición por la arena... literalmente. Se la come.

—Encantador. Quizá podrías enseñarle a cagar ladrillos, y eso recortaría tu presupuesto de albañilería.

—Tú siempre tan práctico, Milo.

Había sido un año de nomadismo.

Trece meses atrás, justo antes de que Jobe Shwandt hubiera empezado a trepar por las ventanas de los dormitorios y descuartizar gente, un psicópata vengativo había quemado completamente mi casa, reduciendo a carbón diez años de recuerdos. Cuando Robin y yo finalmente reunimos la fortaleza suficiente para sentirnos optimistas, empezamos los planes para reconstruir la casa y buscamos una de alquiler mientras tanto.

La que encontramos estaba en una playa del extremo oeste de Malibú. Una vieja carretera rural, tocando ligeramente la frontera del condado de Ventura, a años luz del *glamour* del mundo del espectáculo. La recesión la hizo asequible.

Si yo hubiera sido más listo o hubiera estado más motivado, podía haberme comprado aquella casa. Durante mi juventud hiperactiva, mientras trabajaba a tiempo completo en el Hospital Pediátrico Western y visitaba a pacientes privados por la noche, había ganado lo suficiente como para invertir en una propiedad en Malibú, comprar y luego vender un par de apartamentos y obtener unos beneficios que me hubieran permitido reunir una cartera de valores y bonos que me respaldara en los tiempos difíciles. Pero nunca llegué a vivir en la playa, porque la veía demasiado remota, demasiado aislada del pulso urbano.

Ahora yo agradecía el aislamiento... solo Robin, *Spike* y yo, y los pacientes que quisieran llegar hasta allí.

No había hecho ninguna terapia de larga duración desde hacía años, y limitaba mi práctica a las consultas forenses. La mayoría de ellas se reducían a evaluar y tratar a niños emocional y físicamente heridos por accidentes y crímenes, y tratar de resolver el horror de las disputas sobre la custodia de los niños. De vez en cuando surgía algo diferente, como lo de Lucy Lowell.

La casa era pequeña: un casa al estilo de las de Nueva Inglaterra de madera gris, de unos trescientos metros cuadrados, en la arena, separada de la autopista por una alta valla de madera y un garaje doble donde Robin, después de decidir alquilar su tienda en Venice, había instalado su tienda de guitarras. Entre la casa y la cancela había un jardín hundido con plantas suculentas y una antigua tina de madera que no se había usado desde hacía años. Un puentecito de tablas de madera estaba suspendido encima del follaje.

La cancela de atrás se abría sobre diez torcidos escalones que conducían a la playa, una rocosa punta de tierra encajada en una cala olvidada. En el lado de la tierra había montículos alfombrados con flores silvestres. Los atardeceres eran cegadoramente hermosos y a veces había leones marinos y delfines que se acercaban, jugando a solo unos metros de la costa. Cincuenta metros más allá había unos bancos de algas, y algunas barcas de pesca venían por allí de vez en cuando, compitiendo con los cormoranes, los pelicanos y las gaviotas. Yo había tratado de nadar, pero solo una vez. El agua estaba helada, salpicada de guijarros y veteada por corrientes de resaca.

Un lugar bonito y tranquilo, excepto por los cazas de la base aérea Edwards que pasaban rugiendo de vez en cuando. El saber popular decía que una famosa actriz había vivido allí una vez con dos amantes adolescentes antes de hacer Su Gran Película y construir un castillo morisco en Broad Beach. Era un hecho documentado que un inmortal músico de jazz había pasado allí un invierno inyectándose heroína por las noches en una maltrecha casita al este de aquella misma playa, y que tocaba la trompeta al ritmo de la marea mientras se sumergía en su morfínica paz.

Ahora no había ningún famoso. Casi todas las casas eran *bungalows* de fin de semana, cuyos propietarios estaban demasiado ocupados para recrearse en ellos, e incluso durante los fines de semana, cuando el centro de Malibú se embotellaba como una autopista, teníamos la playa para nosotros solos: charcos que dejaba la marea, maderas arrojadas a la playa por la corriente, y suficiente arena para que *Spike* se regodeara.

Spike es un bulldog francés, un animal de apariencia extraña. Trece kilos de músculo moteado de negro, empaquetado en un cuerpo ágil, orejas de murciélago, cara arrugada con un perfil lo suficientemente plano como para escribir encima. Más rana que lobo, con el coraje de un león.

Un Boston terrier que hubiera tomado esteroides es la mejor manera de describirlo, pero su temperamento es el de un bulldog (tranquilo, leal, amoroso). Testarudo.

Había aparecido en mi vida casi desmayado por el calor y la sed, fugado después de que muriera su dueña. Un cachorro era lo último que yo estaba buscando en aquellos momentos, pero él se abrió paso en nuestros corazones.

Había sido entrenado desde cachorro para evitar el agua y odiaba el océano, se mantenía a distancia de las rompientes y se enfurecía con la marea alta. A veces, aparecían sueltos por allí un setter o un perdiguero despistados, y él retozaba con ellos hasta acabar sin aliento y babeante. Pero su nuevo apetito por la arena le compensaba más que suficientemente de esas indignidades, como también su gusto por ladrar a los pájaros marinos con un tono de gorgoteo estrangulado que evocaba el de un viejo asfixiándose.

Casi siempre estaba junto a Robin, montando guardia en su furgoneta,

acompañándola en su trabajo. Esa mañana, se habían levantado a las seis y la casa estaba mortalmente tranquila. Abrió una puerta de cristal y dejó entrar un poco de calor y ruido del océano. El café estaba listo. Lo saqué al porche y pensé un poco más en Lucy.

Después de que Milo le diera mi número de teléfono, tardó diez días en llamar. No era extraño. Acudir a un psicólogo es un paso difícil para la mayoría de la gente, incluso en California. De una forma un poco tímida, me pidió una cita para las siete y media de la mañana, para poder llegar a Century City a las nueve. Se sorprendió cuando yo accedí.

Llegó cinco minutos tarde y se disculpó. Sonreía.

Una bonita sonrisa, aunque un poco dolorida, llena de autodefensa, que permaneció en su cara durante casi toda la sesión.

Ella era brillante y elocuente y con muchas cosas que contar... los pequeños detalles de las argucias legales del abogado, la afectación del juez, los relatos de los familiares de las víctimas, las vulgaridades de Shwandt, el parloteo de la prensa. Cuando llegó la hora de irse, pareció decepcionada.

Cuando abrí la cancela para dejarla entrar, en la segunda sesión, había un joven con ella. De veintitantos años, alto, esbelto, de frente despejada, ralo cabello rubio, la piel pálida y los ojos castaños de Lucy y una versión incluso más dolorosa todavía de la sonrisa de ella.

Ella le presentó como su hermano, Peter, y él dijo:

—Encantado de conocerle —con una voz baja y soñolienta.

Nos dimos la mano. La suya era huesuda y fría, aunque suave.

—Puede pasar también, dar un paseo por la playa.

—No, gracias, me quedaré en el coche. —Abrió la puerta del pasajero y miró a Lucy. Ella le miró mientras entraba en el coche. Era un día cálido, pero él llevaba un grueso jersey marrón encima de una camisa blanca, unos viejos vaqueros y zapatillas deportivas.

En la cancela, Lucy se volvió para mirar hacia atrás, otra vez. Él estaba hundido en el asiento delantero, examinando algo que tenía en el regazo.

Durante los siguientes cuarenta y cinco minutos, la sonrisa de ella no resultó tan duradera. Esta vez, se concentró en Shwandt, intentando racionalizar lo que le había conducido a sumergirse en aquellas profundidades.

Las preguntas de ella eran retóricas: en realidad, no quería respuestas. Cuando empezó a parecer agotada, cambió de tema y habló de Milo, y eso la animó.

Para la tercera sesión vino sola y pasó la mayor parte del tiempo hablando de Milo. Ella le había tomado como detective jefe, y los hechos del caso del *Bogeyman* no la contradecían.

Shwandt era un carnicero que daba igualdad de oportunidades, ya que seleccionó a sus víctimas de todos los rincones del condado de Los Ángeles.

Cuando empezó a resultar evidente que los crímenes estaban relacionados, se reunió un equipo de trabajo que incluía desde detectives de la división de Devonshire hasta la oficina del *sheriff* en Lynwood. Pero fue el trabajo de Milo en el asesinato de Carrie Fielding lo que cerró todos los casos.

El caso Fielding había llevado el pánico de la ciudad a su paroxismo. Una hermosa niña de diez años de Brentwood fue arrebatada de su propio dormitorio mientras dormía, llevada a alguna parte, violada, estrangulada, mutilada y degradada, y sus restos fueron esparcidos en la línea continua que dividía el bulevar San Vicente, descubiertos después por gente que salía a correr al amanecer.

Como de costumbre, el asesino había dejado la escena del crimen impecable. Excepto un posible error: una huella digital parcial en uno de los postes de la cama de Carrie.

La huella no coincidía con las de los padres de la niña o las de su niñera, ni tampoco cuadraba con ninguno de los remolinos y pliegues catalogados por el FBI. El equipo policial no podía concebir que el *Bogeyman* no tuviera antecedentes y buscó en los archivos locales, concentrándose en delincuentes recién arrestados cuyos datos todavía no se habían introducido en el archivo. No apareció ninguna pista.

Entonces Milo volvió a casa de los Fielding y vio un poco de tierra de cultivo en el suelo junto a la ventana de Carrie. Solo eran unos pocos granos, apenas visibles, pero el suelo junto a la ventana estaba pavimentado.

Aunque dudaba de la importancia de aquel hallazgo, les preguntó a los padres de Carrie por aquello. Ellos le dijeron que no se había plantado nada en su jardín desde el verano, y su jardinero lo confirmó.

En la calle, sin embargo, se habían realizado extensas plantaciones (retoños de magnolia colocados por los jardineros municipales para sustituir a algunos viejos árboles agostados) en una clara muestra de orgullo municipal derivado del hecho de que uno de los vecinos de Fielding era un político. Alrededor de los árboles nuevos se había usado una tierra de cultivo idéntica.

Milo realizó una sesión de toma de huellas del equipo de jardineros municipales. Uno de los trabajadores, una nueva adquisición llamado Rowland Joseph Sand, no apareció, y Milo fue a su apartamento de Venice para averiguar por qué. No había ni rastro del hombre ni de su coche, que tenía registrado, una camioneta Mazda negra de cinco años de antigüedad.

El casero dijo que Sand había pagado dos meses más de alquiler, pero que había hecho las maletas y salido en coche el día anterior. Milo obtuvo permiso para registrar el apartamento y lo encontró tan limpio como una bandeja quirúrgica, exhalando olor a limpiador de pino. Buscando más a fondo, encontró un calentador de agua desconectado y las juntas de una trampilla apenas visible por debajo.

—Un antiguo sótano —dijo el casero—. Nadie lo había usado desde hacía años.

Milo quitó el calentador y bajó al sótano.

Derecho al infierno, Alex.

Salpicaduras y jirones y fragmentos de carne en formol. Agujas y cuchillas, jarras y frascos.

En un rincón del sótano había unos sacos de turba, de musgo, de tierra de cultivo, excrementos humanos. Un estante con botes que tenían plantadas cosas que nunca crecerían.

Una comprobación de sus antecedentes mostró que Sand le había dado a la ciudad un nombre y un carnet de identidad falsos. Investigaciones más profundas le identificaron como Jobe Rowland Shwandt, inquilino de numerosas prisiones y hospitales mentales, con condenas por robo de vehículos, exhibicionismo, abusos infantiles y homicidio. Había pasado en prisión la mayor parte de su vida pero nunca más de tres años cada vez. Y la ciudad le había dado una sierra mecánica.

Fue detenido una semana después, a las afueras de Tempe, Arizona, por una patrulla de carretera que lo encontró intentando cambiar un neumático de la camioneta negra. En su guantera había una mano humana momificada... la de un niño que no era Carrie, y que nunca se llegó a identificar.

Las huellas del poste de la cama resultaron ser una pista falsa, porque pertenecían a la criada de los Fielding, que había estado en México durante la semana de la muerte de Carrie y no había podido acudir a la comprobación de huellas digitales.

Yo estaba sentado, silencioso, mientras Lucy explicaba todos los pormenores del caso, recordando todas aquellas reuniones con Milo para tomar una copa de madrugada.

A veces hasta yo tenía la cabeza llena de imágenes espantosas.

La foto de quinto curso de Carrie Fielding.

Los ojos anfetamínicos de Shwandt, su caído bigote y su sonrisa de vendedor, la negra trenza aceitosa retorcida entre sus largos dedos blancos.

¿Cuánta de su inocencia podría recuperar Lucy?

Conocer mejor su entorno podría mejorar mi diagnóstico.

Hasta entonces, ella había mantenido cerrada aquella puerta.

Resolví un poco de papeleo, conduje hasta el mercado de Trancas y compré algo de comida, volví a las dos para recibir la llamada de Robin que me decía que estaría en casa en un par de horas.

—¿Cómo van las cosas en el pozo sin fondo? —le pregunté.

—De maravilla. Necesitamos una tubería nueva para el desagüe.

—Era de metal. ¿Cómo pudo estropearla el fuego?

—Realmente era de arcilla, Alex. Aparentemente, así es como solían hacerlas antes. Y no se quemó. Fue demolida por algún equipo pesado.

—¿«Algún» equipo?

—Nadie se hace responsable. Puede haber sido un tractor, una pala mecánica, uno de los camiones de remolque, incluso un azadón.

Expulsé aire. Lo aspiré. Me recordé a mí mismo que yo había recomendado a miles de pacientes que se relajaran.

—¿Cuánto?

—Todavía no lo sé. Tenemos que ir a ver a nuestros fontaneros... Lo siento, cariño, espero que este sea el último de los daños mayores. ¿Cómo te ha ido el día?

—Bien. ¿Y a ti?

—Digamos simplemente que estoy aprendiendo cosas nuevas cada día.

—Gracias por manejar a todo el equipo, cariño.

Robin rio.

—Una chica necesita un *hobby*.

—¿Qué tal está *Spike*?

—Se porta muy bien.

—¿Relativamente o absolutamente?

—¡Absolutamente! Uno de los que ponen el tejado tiene una hembra de bulldog enano encadenada a su camión, y ella y *Spike* se han caído muy bien.

—Eso no es buena conducta. Es solo autoconservación.

—Realmente ella es un encanto de perra, Alex. *Spike* le ha encantado... ha acabado por hacerse novia de él.

—Otra conquista para el Príncipe Rana —dije yo—. ¿Quieres que te prepare la cena?

—¿Y si salimos a cenar fuera?

—Dime el lugar y la hora.

—Hum... ¿en Beauvilla sobre las ocho?

—Allí estaré.

—Te quiero, Alex.

—Yo también te quiero.

La casa de la playa tenía televisión por cable, lo que significaba una locura de sesenta canales en lugar de siete. Encontré un supuesto canal de «todo noticias» en una de las emisoras locales y soporté cinco minutos de alegre charla entre los presentadores. Luego la mitad masculina del equipo dijo:

—Y ahora unas imágenes de la manifestación del centro.

La pantalla se llenó con la fachada de piedra caliza del edificio del juzgado, luego cambió a un círculo de manifestantes que coreaban consignas y

empuñaban pancartas.

Los manifestantes contra la pena capital llevaban unas pancartas impresas. Delante de ellos, otra muchedumbre.

Unas veinte mujeres jóvenes, vestidas de negro, que empuñaban unos letreros hechos a mano.

Las Bogettes.

En el juicio, habían exhibido un maquillaje facial de fantasma y bisutería satánica. Gritaban también, y la mezcla de voces creaba una algarabía tremenda.

La cámara mostró un primer plano de las pancartas impresas:

¡GOBERNADOR, CIERRA LA CÁMARA DE GAS! ¡TODA MUERTE ES MALA!

¡NO A LA PENA DE MUERTE!

¡LA BIBLIA DICE: NO MATARÁS!

Luego, uno de los rectángulos escritos a mano: pentagramas y calaveras, escritura gótica, difícil de descifrar:

¡LIBERTAD A JOBE! ¡JOBE ES DIOS!

Los manifestantes se acercaron al edificio del juzgado. Policías con cascos en formación antidisturbios les bloquearon el paso.

Gritos de protesta. Burlas.

Otro grupo, al otro lado de la calle. Trabajadores de la construcción, que la señalaban y reían burlescamente.

Una de las Bogettes les gritó. Hubo gruñidos a los dos lados de la calle y cortes de mangas. De repente, uno de los del casco cargó hacia delante, moviendo los puños. Sus compañeros le siguieron y, antes de que la policía pudiera intervenir, los trabajadores se zambulleron entre la multitud con la fuerza y la eficiencia de una ofensiva de fútbol americano.

Hubo un revoltijo de brazos, piernas, cabezas, pancartas que volaban.

La policía se metió en medio de todo aquello, blandiendo las porras.

De vuelta al estudio de noticias.

—Esto fue... eh... en directo desde el centro —dijo la locutora a su compañero—, donde al parecer hay algún disturbio en relación con una manifestación a favor de Jobe Shwandt, el asesino llamado *Bogeyman*, responsable de al menos... eh... parece que hemos recuperado la... no, no la tenemos, amigos. Tan pronto como se restablezca nuestra conexión, volveremos a transmitir.

Su compañero intervino:

—Creo que, tal como podemos ver, las pasiones todavía están muy desatadas, Trish.

—Sí, así es, Chuck No es ninguna sorpresa, dado el hecho de que estamos tratando del asesinato en serie con... eh... temas controvertidos como la pena de

muerte.

Grave asentimiento. Ruido de papeles. Chuck se agitó, echó un vistazo al rotulador automático.

—Sí... más tarde tendremos más información sobre la situación relativa a la pena capital por parte de nuestro corresponsal legal, Barry Bernstein, y algunas entrevistas cara a cara con prisioneros del Corredor de la Muerte y sus familias. Mientras tanto, aquí está Biff con el tiempo.

Apagué el aparato.

Los que se oponían a la pena de muerte eran fáciles de entender: una cuestión de valores. Pero las jóvenes de negro no tenían ningún credo aparte de una fascinación papanatas por Shwandt.

Al principio eran unas desconocidas que estaban de pie en línea fuera de la sala del tribunal, sentadas después los primeros días del juicio, téticamente, en silencio.

El nivel de morbo aumentó y pronto fueron seis. Luego doce.

Algún periodista ingenioso las bautizó como « las Bogettes » , y el periódico de la mañana publicó una entrevista con una de ellas, una antigua prostituta infantil que había encontrado la salvación a través del culto al demonio. Las revistas y los programas de televisión sensacionalistas las escogieron como fenómenos de la semana, y eso atrajo a una docena más. Pronto el grupo estaba apiñado antes y después de cada sesión del juicio, una escuadra uniformada con vaqueros y camisetas negras, maquillaje de fantasma, bisutería de acero.

Cuando Shwandt entraba en la sala del juicio, ellas se desmayaban y hacían muecas. Cuando los familiares de las víctimas, los policías o los fiscales subían al estrado, ellas adoptaban una batería de silenciosos gestos amenazantes, provocando las protestas del fiscal y las amonestaciones del juez.

Finalmente, algunas de ellas se ganaron una temporada en la cárcel por desacato: le enseñaron los pechos a Shwandt, gritaron « mierda » a la declaración jurada del forense, gesticularon a la madre de Carrie Fielding cuando abandonaba el estrado, sollozando incontrolablemente.

Mientras estuvieron encerradas, concedieron entrevistas llenas de tristes autobiografías... todas decían que habían sufrido abusos; la mayoría habían vivido en la calle y trabajado como prostitutas infantiles.

Baja autoestima, dijeron los terapeutas de los programas de entrevistas. Pero era como tratar de explicar las acciones de Hitler en términos de frustración artística.

Expulsadas de la sala del tribunal durante las últimas semanas del juicio, se reunían en las escaleras y pedían justicia a gritos. El día del veredicto, prometieron liberar a Shwandt a toda costa y buscar su propia « justicia personal » .

Milo las había estado vigilando muy de cerca, y yo le pregunté si pensaba

que podrían cumplir sus amenazas.

—Lo dudo. Son unas putas que buscan publicidad. Cuando los imbéciles de los programas de televisión dejen de llamarlas, se volverán a meter en sus agujeros. Pero tú eres el psiquiatra, ¿qué piensas?

—Probablemente tengas razón.

La persona que me había estado rondando me advirtió primero. Otras víctimas habían muerto sin ser advertidas.

A veces pensaba en los otros y le daba gracias a Dios de que Robin y yo hubiésemos sido tan afortunados.

De vez en cuando pensaba en la noche en que la casa había ardido y me encontraba apretando tanto las manos sin querer que me dolían.

Quizá no fuera el terapeuta adecuado para Lucy.

Por otra parte, quizás estuviese especialmente cualificado.

Robin y *Spike* llegaron a casa a las cuatro y cuarto. La sudadera verde de Robin estaba manchada de polvo. El verde le sentaba muy bien al castaño rojizo de su pelo.

Ella me besó y yo metí mis manos bajo su falda.

—Estoy muy sucia —protestó ella.

—Me gustan las mujeres sucias.

Robin se rio, me besó más fuerte, después me apartó y se fue al baño.

Spike había tolerado la muestra de afecto, pero ahora parecía ofendido. Una visita al cuenco del agua le animó. Le preparé su comida favorita de galletas y carne mezcladas, y después lo llevé a dar un paseo por la playa y lo miré mientras comía arena. La marea estaba baja, así que él se mantenía casi todo el tiempo en el sendero, deteniéndose de vez en cuando para levantar la pata en los pilares de las otras casas. Estaba capado, pero el espíritu permanecía.

Robin pasó un buen rato en remojo leyendo, y yo pulí un informe para un juez de familia, un caso de custodia en el que un final feliz sería esperar demasiado. Solo deseaba que mis recomendaciones pudieran salvar a tres niños de al menos una parte del dolor.

A las siete y media, llamé a mi servicio telefónico; entonces, dejamos a *Spike* con una galleta de perro y un festival de música rap en la MTV y cogí mi viejo Seville del 79 y pasamos por Pepperdine University y el muelle de Malibú hacia Beauvillla.

Es un restaurante francés en la montaña, antiguo para la tónica habitual de los restaurantes de Los Ángeles, lo que significa posterior a la época de Reagan. Arquitectura colonial de Monterrey, vistas al océano más allá del aparcamiento, cocina provenzal muy bien preparada, servicio genuinamente amistoso y un desgarbado pianista que fumaba continuamente y solía tocar bandas sonoras de series de televisión y conseguía convertir un gran piano Steinway en un órgano Hammond.

Cenamos tranquilamente y escuchamos un extraño popurrí musical: *Begin the Beguine*, algo de Sostakovich, un montón de canciones de los Carpenters, la banda sonora de *Oklahoma*. Mientras tomábamos café, el *maitre* se acercó y preguntó:

—¿Doctor Delaware? Tiene usted una llamada.

Cogí el teléfono delante del bar.

—Hola, doctor Delaware, soy Sarah, de su servicio telefónico. No sé si he hecho lo correcto, pero ha recibido usted una llamada hace pocos minutos de una paciente llamada Lucy Lowell. No ha dicho que fuera una emergencia, pero sonaba muy preocupada. Como si estuviera haciendo esfuerzos para no llorar.

—¿Ha dejado algún mensaje?

—No. Le he dicho que usted había salido de su consulta, pero que podía encontrarle si se trataba de una emergencia. Me ha dicho que no era importante, que le llamaría mañana. No quisiera haberle molestado, pero realmente parecía muy nerviosa. Cuando trato con pacientes de los psicólogos me gusta ser muy cuidadosa.

—Te lo agradezco, Sarah. ¿Te ha dejado algún número?

Leyó un número que reconocí como el de la casa de Lucy, en Woodland Hills.

La soñolienta voz de Peter contestó mi llamada.

—No podemos ponernos ahora al teléfono, así que deje su mensaje.

Cuando empecé a hablar, irrumpió Lucy:

—Les he dicho que no había razones para molestarle, doctor Delaware. Lo siento.

—No es ninguna molestia. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Realmente, estoy bien.

—Ahora que estoy al teléfono, puedes decirme qué te pasa.

—Nada, es solo aquel sueño... el que tenía cuando empecé a verle a usted. Desapareció después de la primera sesión, y yo pensaba que se había ido para siempre. Pero esta noche ha vuelto... muy vivo.

—¿Un sueño? —pregunté—. Uno recurrente.

—Sí. Y además, creo que debo de haber andado sonámbula. Me dormí en el sofá viendo la televisión, como suelo hacer, y me desperté en el suelo de la cocina.

—¿Estás herida?

—No, no, estoy bien, no quiero hacer ningún drama de esto... solo fue un poco extraño, encontrarme así.

—¿En el sueño aparece Shwandt?

—No, eso es lo raro: no tiene nada que ver con él. Por eso no quería insistir con ello. Y después, cuando desapareció, y o pensé...

Yo miré a Robin, sola en la mesa, empolvándose la nariz.

—¿Quieres contármelo?

—Hum... suena un poco fuerte, pero realmente prefiero no contarle por teléfono.

—¿Hay alguien ahí contigo?

- No, ¿por qué?
- Solo me preguntaba si era un momento delicado.
- No. No, estoy sola.
- ¿Peter no vive contigo?
- ¿Peter? Ah, el contestador —una suave risa—. No, tiene una casa propia. Me grabó la cinta... para mi seguridad. Para que la gente no sepa que vivo sola.
- ¿A causa del juicio?
- No, antes. Él intenta cuidarme... realmente, doctor Delaware, estoy bien. Siento que le hayan avisado. Podemos hablar de todo esto en la próxima sesión.
- La próxima sesión no es hasta dentro de una semana. ¿Quieres venir antes?
- Antes... Está bien, gracias.
- ¿Qué tal mañana por la mañana?
- ¿Podría pedirle que nos viéramos temprano otra vez? Si es algún problema, dígamelo, pero todavía tengo trabajo atrasado y conducir desde el Valley...
- A la misma hora. Siempre me levanto temprano.
- Muchas gracias, doctor Delaware. Buenas noches. Volví junto a Robin cuando ella guardaba su polvera.
- ¿Era una emergencia?
- No.
- ¿Estás libre?
- No, pero soy barato.
- Bien —dijo ella, acariciándome la mejilla—. Pensaba en un paseo por la arena y después quién-sabe-qué.
- No sé, quizás estés demasiado limpia para mi gusto.
- Nos revolcaremos primero por el barro.

Cuando volvimos, la MTV estaba retransmitiendo el Baile de la Música Pop y *Spike* había perdido interés. Nos pusimos el chándal y lo llevamos con nosotros a la playa.

La arena estaba helada, las rompientes subían y quedaba solo el espacio suficiente para pasar por los charcos que había dejado la marea. Algunas luces de las otras casas proyectaban grises franjas a través de las dunas, el resto era negro.

—Muy cinematográfico —dijo Robin—. Me siento como si estuviera en una de esas espantosas «Películas de la Semana».

—Yo también. Hablemos seriamente acerca de nuestras relaciones.

—Prefiero hablar de lo que voy a hacerte cuando volvamos.

Robin se inclinó hacia mí y me lo dijo.

Yo reí.

—¿Qué, divertido? —preguntó ella.

—No, genial.

A la mañana siguiente, Robin se levantó tarde y Lucy se la encontró saliendo por la cancela.

—Su mujer es realmente guapísima —me dijo Lucy, cuando nos quedamos solos—. Y su perro es encantador... ¿qué es, un dogo faldero?

—Bulldog francés.

—¿Como un bulldog en miniatura?

—Exactamente.

—Nunca había visto ninguno.

—Son bastante raros.

—Adorable —se volvió hacia el agua y sonrió.

Esperé que transcurrieran unos momentos, luego dije:

—¿Quieres hablarme del sueño?

—Creo que sería lo mejor.

—No es ninguna obligación, Lucy.

Ella rio entre dientes y sacudió la cabeza.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Este es un buen trato para mí, doctor Delaware. Me ha rebajado su tarifa a la mitad, y yo sigo manejando los hilos. ¿Sabe que hay teléfonos especiales («llame a su amigo el médium psíquico») que cuestan más que esto?

—Claro, pero yo no prometo adivinar el futuro.

—Solo el pasado, ¿verdad?

—Con mucha suerte.

Ella se puso seria.

—Bueno, quizás el sueño venga de mi pasado, porque no tiene nada que ver con lo que me está sucediendo ahora. Y en el sueño yo soy una niña pequeña.

—¿Cómo de pequeña?

—Tres o cuatro años, creo.

Sus dedos se movieron nerviosamente.

Yo esperé.

—De acuerdo —dijo—. Es mejor empezar por el principio: estoy en algún sitio por ahí, en los bosques... en una cabaña. La típica cabaña de troncos.

Más intranquilidad.

—¿La cabaña es algún sitio donde hayas estado?

—No que yo sepa.

Ella se encogió de hombros y puso las manos en el regazo.

—Una cabaña de troncos —repetí yo.

—Sí... Debe de ser por la noche, porque está oscuro afuera. Entonces, de repente, estoy fuera... caminando. Y está más oscuro todavía. Oigo gente.

Gritan... o quizá se ríen. Es difícil decirlo.

Cerró los ojos y dobló las piernas. Su cabeza empezó a balancearse, luego se quedó quieta.

—Gente que grita o se ríe —repetí.

Lucy mantuvo los ojos cerrados.

—Sí... y luces. Como luciérnagas... como estrellas en el suelo... pero de colores. Y entonces...

Se mordió el labio. Sus párpados estaban apretados.

—Hombres —dijo.

Su respiración se aceleraba.

Dejó caer la cabeza, como si estuviera desanimada.

—¿Hombres que conoces, Lucy? —Asintió—. ¿Quiénes?

No hubo respuesta.

Algunas rápidas, profundas aspiraciones.

Sus hombros se juntaron.

—¿Quiénes son, Lucy? —pregunté, suavemente.

Ella se encogió.

Más silencio.

Y luego:

—Mi padre... y otros, y...

—¿Y quién?

Casi inaudiblemente:

—Una chica.

—¿Una niña pequeña, como tú?

Sacudió la cabeza.

—No, una mujer. Él la lleva... al hombro.

Los ojos se movían bajo los párpados. ¿Experimentaba el sueño?

—¿Tu padre lleva a cuestas a la mujer?

—No... uno de los otros.

—¿Le reconoces?

—No —dijo ella, en tensión, como desafiante—. Solo puedo verles la espalda —empezó a hablar rápidamente—. Está echada encima de un hombro y él la lleva... como un saco de patatas... con el cabello colgando.

Abrió los ojos de repente, mirando desorientada.

Es muy extraño. Es casi como si yo... estuviera dentro de aquello.

—Está bien. Relájate y experimenta lo que quieras.

Sus ojos volvieron a cerrarse. Su pecho se alzaba con esfuerzo.

—¿Qué ves ahora?

—Oscuridad —contestó ella—. Cuesta ver... Pero... la luna... Hay una gran luna... y...

—¿Y qué, Lucy?

—Todavía la llevan.

—¿Adónde?

—No lo sé... —Hizo una mueca. Su frente estaba húmeda—. Los voy siguiendo.

—¿Ellos lo saben?

—No. Estoy detrás de ellos... Los árboles son muy grandes... siguen andando, y andando... muchos árboles por todas partes... un bosque. Grandes árboles... ramas que cuelgan... más árboles... como de encaje... hermosos...

—Profunda inhalación—. Se paran. La dejan en el suelo.

Sus labios estaban blancos.

—¿Y entonces qué, Lucy?

—Empiezan a hablar, a mirar a su alrededor. Yo tengo miedo de que me vean. Pero ellos me dan la espalda y empiezan a moverse... ya no puedo seguir viéndoles, está demasiado oscuro... los pierdo... y después el sonido... frotar o crujir. O más bien como un rechinar. Una y otra vez.

Abrió los ojos. El sudor había resbalado hasta su nariz. Le di un pañuelo de papel.

Lucy esbozó una débil sonrisa.

—Básicamente es eso, la misma escena una y otra vez.

—¿Cuántas veces has tenido ese sueño?

—Unas cuantas... treinta o cuarenta veces. No las he contado.

—¿Cada noche?

—A veces. A veces solo dos o tres veces a la semana.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Desde que el juicio iba por la mitad... ¿qué hace, cuatro, cinco meses? Pero como ya le he dicho, después de empezar a verle, desapareció hasta la pasada noche, así que me imaginé que era solo la tensión.

—¿La niña del sueño se parece a alguna de las víctimas de Shwandt?

—No —dijo ella—. No sé... quizá sea un error, pero tengo la sensación de que todo eso no tiene nada que ver directamente con él. No sé por qué, es solamente una sensación.

—¿Alguna idea entonces de con qué tiene que ver?

—No. Probablemente no tenga sentido.

—¿Nunca habías tenido ese sueño antes del juicio?

—Nunca.

—¿Ocurrió algo hacia la mitad del juicio que te hiciera sentir especialmente tensa?

—Bueno —replicó ella—, realmente, empezó justo después de que testificara Milo Sturgis. Acerca de Carrie. Cuando apareció ella.

Me miró.

—Así que quizá me equivoco. Quizá oír hablar de Carrie me evocó algo...

me identifiqué con ella y me convertí yo misma en una niña pequeña. ¿Cree que eso es posible?

Asentí.

Sus ojos se desviaron hacia el océano.

—Lo curioso es que el sueño me resulta familiar. Una sensación de *déjà vu*. Pero también nuevo y extraño. Y ahora, el sonambulismo... creo que me preocupa perder el control.

—¿Nunca habías sufrido de sonambulismo antes?

—No que yo sepa.

—¿Mojabas la cama de pequeña?

Ella enrojeció.

—¿Y qué tiene que ver eso?

—A veces el sonambulismo y la enuresis están relacionados biológicamente. Algunas personas tienen una tendencia genética a ambas cosas.

—Oh... Bueno, sí, sí que lo hacía. Un poco, cuando era muy pequeña.

Se movió inquieta en su silla.

—¿Los sueños hacían que te despertaras?

—Me despertaba pensando en ellos.

—¿En algún momento de la noche en particular?

—Temprano por la mañana, pero cuando todavía está oscuro.

—¿Cómo te sientes físicamente cuando te despiertas?

—Un poco mareada... sudorosa y fría, con el corazón alterado. A veces me empieza a doler el estómago. Como si tuviera úlcera.

Se señaló con el dedo justo debajo del esternón.

—¿Has tenido úlcera?

—Solo una pequeña, durante unas semanas... el verano antes de empezar en la universidad. Los sueños me hacían sentir de la misma forma, pero no tan mal. Normalmente, el dolor desaparece si me quedo simplemente echada y trato de relajarme. Si no, me tomo un antiácido.

—¿Tienes a tener dolores de estómago?

De vez en cuando, pero nada serio. Soy tan saludable como un caballo.

—El sonido rechinante —pregunté—. ¿Tienes alguna teoría de lo que puede ser?

—¿Significa algo para usted?

Una larga pausa.

—Algo... sexual, supongo. ¿El ritmo?

—¿Cree que los hombres están abusando sexualmente de ella?

—Quizá... pero ¿qué importa? Es solo un sueño. Quizá deberíamos olvidar todo el asunto.

—Los sueños desagradables recurrentes normalmente significan algo que tiene uno en la cabeza, Lucy. Creo que tú eres lo bastante inteligente como para

enfrentarte a ello.

—¿Qué puedo tener en la cabeza?

—Eso es lo que tratamos de averiguar.

—Sí —ella sonrió—. Eso creo.

—¿Hay algo más que quieras decirme acerca del sueño?

Ella pensó.

—A veces cambia de foco... justo a la mitad.

—¿El cuadro se vuelve más claro? ¿O más confuso?

—Ambas cosas. Se enfoca y se desenfoca. Como si alguien dentro de mi cerebro estuviera ajustando una lente... una especie de homúnculo diminuto... un incubo. ¿Sabe lo que es?

—Un espíritu maligno que visita a las mujeres dormidas y las viola.

—Un espíritu maligno —repetió algo confusa—. Ahora estoy derivando hacia la mitología. Todo esto empieza a parecerme un poco tonto.

—La chica del sueño, ¿se parece a alguien que conozcas?

—Me da la espalda. No puedo verle la cara.

—¿Puedes describirla de alguna forma?

Lucy cerró los ojos y, una vez más, empezó a sudarle la frente.

—Déjeme pensar... lleva un vestido corto blanco... muy corto. Lo lleva subido por las piernas... largas piernas. Muslos bonitos, como de gimnasta... y largo cabello negro. Cayendo como una cortina.

—¿Qué edad dirías que tiene?

—Hum... tiene un cuerpo joven. —Abrió los ojos—. Lo extraño es que no se mueve, ni siquiera cuando el hombre que la lleva le da empujones. Como alguien... sin control. Es todo lo que recuerdo.

—¿Nada más de los hombres?

—Nada —mirando hacia su bolso.

—Pero uno de ellos definitivamente es tu padre.

Las manos de Lucy se unieron y se enlazaron estrechamente.

—Sí.

—Le ves la cara.

—Durante un segundo se vuelve y yo le veo.

Se había puesto pálida y la cara estaba de nuevo cubierta de sudor.

Le pregunté:

—¿Qué es lo que te preocupa ahora, Lucy?

—Pensar en ello... cuando hablo, empiezo a sentir... a sentirlo. Como si estuviera sumergiéndome en aquello.

—Pérdida de control.

—Sí. El sueño me asusta. No quiero estar allí.

—¿Qué es lo que te da miedo?

—Que ellos me encuentren. Se supone que yo no debería estar allí.

—¿Dónde se supone que deberías estar?

—Dentro.

—En la cabaña de troncos.

Asintió.

—¿Alguien te había dicho que te quedaras dentro?

—No lo sé. Solo sé que no debería estar allí.

Se frotó la cara, de una forma similar a como lo hace Milo cuando está nervioso o distraído. Aparecieron unas manchas en su piel.

—¿Y qué significa, entonces? —me preguntó.

—Todavía no lo sé. Tenemos que averiguar más cosas sobre ti.

Ella desdobló las piernas. Sus dedos permanecían enlazados, los nudillos completamente blancos.

—Probablemente esté haciendo una montaña de todo esto. ¿Por qué tengo que quejarme por un sueño estúpido? Estoy sana, tengo un buen trabajo... hay gente por ahí fuera sin hogar, asesinados en la calle, que mueren de sida.

—Solo porque otros lo tengan peor no tienes por qué sufrir en silencio.

—Otros lo tienen mucho peor. Yo lo he tenido muy bien, doctor Delaware, créame.

—¿Por qué no me hablas de eso?

—¿De qué?

—De tu entorno, tu familia.

—Mi entorno —dijo de forma ausente—. Me preguntó acerca de ello la primera vez que vine, pero yo lo evité, ¿verdad? Y usted no insistió. Pensé que era muy caballeroso. Luego pensé, quizá se está retirando como estrategia; probablemente tiene otros métodos de hurgar en mi cabeza. Un poco paranoica, ¿no? Pero hacer la terapia ha sido curioso. Nunca lo había hecho antes.

Yo asentí.

Ella sonrió.

—Creo que ahora me estoy saliendo por la tangente. Está bien. Mi entorno: nací en Nueva York hace veinticinco años, un catorce de abril. En el Hospital Lenox Hill, para ser más exacta. Crecí entre Nueva York y Connecticut, asistí a buenas escuelas de chicas y me licencié en el Belding College hace tres años... Es una pequeña facultad femenina a las afueras de Boston. Me licencié en historia, pero no podía hacer gran cosa con ese título, así que cogí un trabajo de contable en Belding, llevando las cuentas del Faculty Club y la Student Union. Era la última cosa que pensaba que haría: nunca fui muy buena para las matemáticas. Pero resultó que me gustaba. El sentido del orden. Entonces vi una oferta de trabajo de Bowlby y Sheldon en el boletín de empleo del campus y me presenté a una entrevista. Es una empresa nacional, solo tiene oficinas en Los Ángeles. Me dio un capricho, solicité el empleo y lo obtuve. Y al oeste, joven. Eso es todo. No es muy ilustrativo, ¿verdad?

—¿Y tu familia?—pregunté.

—Mi familia básicamente es Peter, a quien ya conoce. Tiene un año más que yo y estamos muy unidos. Su apodo es *Puck*... alguien se lo puso cuando era pequeño porque era como un duendecillo.

—¿Es tu único hermano?

—Mi único hermano del todo. Tengo un medio hermano que vive en San Francisco, pero no tengo ningún contacto con él. Tenía una hermana que murió hace algunos años —hizo una pausa—. Todos mis abuelos y tíos y tías murieron. Mi madre murió poco después de nacer yo.

Joven, pensé, para estar tan rodeada por la muerte.

—¿Y tu padre?

Ella miró hacia abajo rápidamente, como si buscara una lente de contacto perdida. Sus pies estaban planos en el suelo, su torso vuelto hacia mí, así que la tela de su blusa estaba tirante en torno a su estrecha cintura.

—Esperaba que pudiéramos evitar esto —dijo suavemente—. Y no precisamente a causa del sueño.

Se dio la vuelta. La intensa mirada que Milo había visto en la sala del tribunal.

—Si no quieres hablar de tu padre, no tienes que hacerlo. De verdad.

—No se trata de eso. Meterlo a él siempre cambia las cosas.

—¿Por qué?

—Por ser quien es.

Lucy levantó la vista al techo y sonrió.

—Es su turno —dijo, extendiendo una mano dramáticamente.

—¿Quién es?—pregunté siguiendo su juego.

Soltó una risita.

—Morris Bayard Lowell —enunciativa.

Otra risa, totalmente triste.

—Buck Lowell.

Había oído hablar de M. Bayard Lowell de la misma manera que había oído hablar de Hemingway y Jackson Pollock y Dylan Thomas.

Cuando estaba en el instituto, algunas de sus prosas y versos primerizos estaban ya en los libros de texto. Nunca me había preocupado demasiado conocer sus obras abstractas a base de manchas de pintura, pero sabía que estaban colgadas en los museos.

Publicó con menos de veinte años, hizo exposiciones con menos de treinta, y por fin el *enfant terrible* de la posguerra se convirtió en el Gran Patriarca de las Letras.

Pero hacía años que no había oído hablar de él.

—¿Sorprendido?—dijo Lucy, con un aspecto ceñudo pero satisfecha.

—Ya comprendo lo que quieres decir acerca de que las cosas cambian. Pero la única relevancia que tiene él para mí es su papel como padre tuyo.

Ella rio.

—¿Su papel? Pasar un buen rato, doctor Delaware. El gran momento de la concepción. El viejo Buck es de ese tipo de hombres de «ámala y déjalas». Abandonó a mi madre cuando yo tenía solo unas pocas semanas y nunca volvió.—Se alisó los mechones y se sentó más recta—. Entonces, ¿cómo es que yo sueño con él ahora, verdad?

—No es tan inusual. Un padre ausente puede ser una fuerte presencia.

—¿Qué quiere decir?

—Rabia, curiosidad. A veces se desarrollan fantasías.

—¿Fantasías acerca de él? ¿Como asistir a la ceremonia de entrega del Pulitzer de su brazo? No, no lo creo. No estuvo tan presente como para ser relevante.

—Pero cuando aparece en escena, las cosas cambian.

—Él es quien cambia las cosas. Es como ser la hija del presidente. O de Frank Sinatra. La gente deja de pensar en ti como quien eres y empieza a verte en relación con él. Y se quedan sorprendidos (tal como usted lo ha hecho) de saber que el Gran Hombre generó a alguien tan abrumadoramente vulgar.

—Yo...

—No, no importa —dijo ella, sacudiendo una mano—. Me gusta ser vulgar:

mi trabajo vulgar, mi coche vulgar, mi vulgar apartamento y mis facturas y mis impuestos y lavar los platos y sacar la basura. Lo vulgar es el cielo para mí, doctor Delaware, porque mientras crecía «nada» era rutinario.

—¿Tu madre murió poco después de nacer tú?

—Yo tenía un par de meses.

—¿Quién te educó?

—Su hermana mayor, mi tía Kate. Ella misma no era más que una niña, recién licenciada en Barnard, que vivía en Greenwich Village. No recuerdo demasiado de aquello excepto que nos llevaba a *Puck* y a mí a infinidad de restaurantes. Luego ella se casó con Walter Lazar... el escritor. Entonces era periodista. Se divorció de él un año después, y volvió a la universidad. Antropología... estudiaba con Margaret Mead y empezó a viajar en expediciones a Nueva Guinea. Eso significaba que *Puck* y yo debíamos estar internos en una escuela, y así fue como vivimos durante toda la educación secundaria.

—¿Juntos?

—No, a él le mandaron a escuelas masculinas y yo fui a escuelas de chicas.

—Debió de ser muy duro, estar separados.

—Estábamos acostumbrados a que nos llevaran de aquí para allá.

—¿Y qué hay de los medio hermanos que mencionaste?

—¿Ken y Jo? Vivían con su madre, en San Francisco. Como ya le he dicho, no tengo ningún contacto con ellos.

—¿Dónde estaba tu padre durante todo ese tiempo?

—Haciéndose famoso.

—¿Os ayudaba económicamente?

—Oh, claro, los cheques siguieron llegando, pero para él no era ningún problema, es rico por parte de su madre. Las facturas se pagaban a través de su banco, y mis gastos de manutención se enviaban a la escuela y eran repartidos a través de la directora... muy organizado para ser un «artista», ¿no cree?

—¿Nunca fue a visitarte?

Ella meneó la cabeza.

—Ni una sola vez. Dos o tres veces al año me llamaba, de camino hacia alguna conferencia o exposición.

Se quitó algo de una pestaña.

—Recibía el mensaje de ir a la oficina de la escuela y alguna secretaria me pasaba el teléfono, pasmada. Yo cobraba ánimos, decía hola, y su estruendosa voz aparecía tronando. «Hola, niña. ¿Has comido carne de ratón recién muerto para desayunar? ¿Todavía se mueven tus corpúsculos?» Ocurrente, ¿eh? Como una de esas estúpidas historias machistas de caza. Un resumen de lo que estaba haciendo, y adió. No creo que haya hablado ni veinte palabras con él en todos estos años. —Se volvió hacia mí—. Cuando tenía catorce años, finalmente, decidí que ya tenía bastante y envié a mi compañera de habitación a decirle que estaba

fuera del dormitorio. Nunca más volvió a llamar. Con el Gran Hombre solamente tienes una oportunidad.

Trató de sonreír, los labios se esforzaron en ello, luchando para formar la sonrisa. Finalmente, consiguió levantar las comisuras de los labios.

—No importa demasiado, doctor Delaware. Mi madre murió cuando yo era tan pequeña que realmente nunca supe lo que significó perderla. Y él no era... no era nada. Como le he dicho, mucha gente lo tiene mucho peor.

—Ese tema de ser vulgar...

—Realmente me gusta. No tener ni una pizca de talento, como *Puck*. Probablemente por eso él no tiene nada que ver con nosotros. Recuerdos vivientes de que él ha producido una mediocridad. Probablemente desearía que desapareciéramos. La pobre Jo le complació.

—¿Cómo murió?

—Subía a una montaña en Nepal y nunca volvió. Sus mujeres también le han complacido. De cuatro, tres han muerto.

—Tu madre debió de ser muy joven cuando murió.

—Veintiuno. Cogió la gripe y le dio una especie de *shock* tóxico.

—¿Así que solo tenía veinte años cuando se casó con él?

—Apenas. Él tenía cuarenta y seis. Ella también era una chica de Barnard, una universitaria. Se conocieron porque ella estaba a cargo de llevar conferenciantes al campus, y ella le invitó. Tres meses más tarde mi madre dejó los estudios, él la llevó a París, y se casaron. *Puck* nació allí.

—¿Cuándo se divorciaron?

—No lo hicieron. Poco después de que yo naciera, él volvió a Francia. Fue poco antes de que muriera mi madre. Los médicos le llamaron, pero él nunca se puso al teléfono. No dio señales de vida. Dos semanas después del funeral, le llegó una postal a la tía Kate junto con un cheque.

—¿Quién le contó todo esto?

—*Puck*. Él se lo oyó a tía Kate... fue a visitarla a Nueva Zelanda cuando acabó la universidad.

—¿Ken y Jo eran mayores que *Puck* y tú?

—Sí. Su madre fue la segunda mujer de él, mi madre fue la tercera. La primera fue Thérèse Vainquer... la poetisa francesa.

Meneé la cabeza.

—Parece que era muy apasionada en el París de la posguerra, iba por ahí con Gertrude Stein y todo ese grupo. Thérèse le dejó por un torero español y murió en un accidente de coche poco después. Después vino Emma, la madre de Ken y Jo. Era una artista sin demasiado éxito. Murió hace quince o dieciséis años... cáncer de mama, creo. Él la dejó por mi madre, Isabelle Frehling. Su cuarta esposa fue Jane nosequé, una conservadora ayudante del Museo de Arte Moderno de Nueva York. Se conocieron porque el museo tiene un puñado de

obras suyas almacenadas en el sótano y él quería que las exhibieran para revivir su carrera pictórica... Está bastante muerta, sabe. Como su carrera literaria. De cualquier manera, él la dejó al cabo de un año y no se ha vuelto a casar desde entonces. Pero no me sorprendería que cogiera a alguna otra jovencita ahora. La ilusión de la inmortalidad.

Cruzó las piernas y se sujetó una rodilla con ambas manos.

Estaba explicando muchos detalles de un hombre que supuestamente no había tenido ningún papel en su vida.

Lucy me leyó la mente.

—Ya lo sé, ya lo sé. Parece como si yo me preocupara mucho de averiguar todas estas cosas, pero fue *Puck* quien me las contó. Hace unos años, le dio por eso de «descubrir las propias raíces». No tuve corazón para decirle que a mí no me preocupaba nada.

Cruzó los brazos sobre el pecho.

—Bueno, al menos sabemos que la cabaña de troncos no es ningún lugar en el que hayas estado realmente. Al menos, no con tu padre.

—Llámele Buck, por favor. El señor Macho, el Gran Hombre, cualquier cosa excepto eso.

Se tocaba el estómago.

Recordando la úlcera que había padecido antes de la universidad, le pregunté:

—¿Dónde viviste el verano después de acabar el instituto?

Ella dudó durante un segundo.

—Fui de voluntaria a un Centro Social en Boston.

—¿Fue duro?

—No. Me gusta enseñar. Fue en Roxbury, niños del gueto que respondían de verdad. Puedes ver los efectos después de un verano.

—¿Nunca pensaste en dedicarte a la enseñanza?

—Lo pensé, pero después de todos los años que pasé en las escuelas (crecí en escuelas) no estaba dispuesta a meterme en otras aulas. Supongo que podría haberlo hecho, pero apareció lo de la contabilidad y yo me dejé llevar por la corriente.

Pensé en lo aislada que debió haber sido su infancia. Milo había hablado de tiempos duros que la habían fortalecido... un robo o algo parecido. Pero quizá no fuera nada específico, solo una acumulación de soledad.

—Eso es —dijo ella—. ¿Ahora entiende mi sueño?

—En lo más mínimo.

Me miró y rio.

—Bueno, eso es sinceridad.

—Mejor no responder que dar una respuesta equivocada.

—Cierto, cierto. —Rio un poco más, pero sus manos estaban tensas e inquietas mientras daba golpecitos con el pie—. Supongo que debería reñirme a

mí misma.

—¿Por qué?

—Él apareciendo en mis sueños... Es una... invasión. ¿Por qué ahora?

—Quizás estás preparada, ahora, para enfrentarte con tu ira hacia él.

—Quizá —dijo ella, dudosa.

—¿No te parece eso?

—No lo sé. Realmente, no siento ira hacia él. Es demasiado irrelevante para hacerme sentir ira.

La ira había tensado su voz. Yo le pregunté:

—La chica del sueño, ¿qué edad tiene?

—Diecinueve o veinte, supongo.

—La edad de tu madre, aproximadamente, cuando se casó con él.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Así que usted cree que estoy soñando con la violación de mamá? Pero mi madre era rubia y esa chica tenía el pelo oscuro.

—Los sueños no están sujetos a la realidad.

Ella pensó durante un rato.

—Supongo que puede ser. O algo más simbólico... las jovencitas que él anda siempre persiguiendo... pero realmente no creo que haya soñado con sus novias.

Lo siento.

—¿Por qué?

—Le presiono para que haga interpretaciones y luego las rechazo.

—Está bien. Es tu sueño.

—Sí... solo que desearía que no lo fuera. ¿Alguna idea de cuándo me veré libre de esto?

—No lo sé, Lucy. Cuanto más sepa de ti, mejor respuesta podré darte.

—¿Eso significa que tengo que seguir hablándole de mi pasado?

—Eso ayudaría, pero no si hace que te sientas incómoda.

—¿Tengo que hablarle de él?

—No hasta que no estés lista.

—¿Y si nunca estoy lista?

—Eso depende de ti.

—Pero usted cree que podría ser útil.

—Él estaba en el sueño, Lucy.

Ella empezó a hacer crujir uno de sus nudillos y se detuvo.

—Esto se está poniendo difícil —dijo—, quizá debería llamar a los colegas médiums psíquicos.

Cuando se fue, pensé en el sueño.

Sonambulismo. Enuresis.

Los patrones de sueño fragmentados aparecían a menudo como síntomas múltiples: pesadillas persistentes, insomnio, incluso narcolepsia. Pero la súbita aparición de sus síntomas implicaba una reacción a algún tipo de estrés: el material del juicio o algo que el juicio había evocado.

Su alusión a un íncubo era interesante.

Intrusión sexual.

Papá que secuestra a una doncella. Ruidos rechinantes.

A un freudiano le hubiera encantado aquello: sentimientos eróticos no resueltos hacia el padre ausente, volviendo para perseguirla.

Los sentimientos se despertaban porque el juicio había abatido sus defensas.

Lucy tenía razón en una cosa: su padre era diferente.

Y relevante.

Conduje a través de la ciudad, tomando la autopista de la costa hacia Sunset y dirigiéndome hacia el este por el campus de la Universidad.

En la Biblioteca de Investigación, busqué M. Bayard Lowell en el índice del ordenador. Página tras página de citas que empezaban en 1939 (el año en que había publicado su memorable primera novela, *El grito de la mañana*) e incluían sus otras novelas, libros de poemas y exposiciones de pintura.

Examinar todo aquello ocuparía un semestre entero. Decidí empezar por la época que correspondía al sueño de Lucy, unos veintidós años atrás.

La primera referencia era un libro de poemas titulado: *Mandato: vierte la luz*, publicado el día de año nuevo. El resto eran críticas. Busqué en los estantes y empecé mi curso de repaso de literatura americana.

En los estantes de poesía encontré el libro, un volumen delgado, de tapas grises, publicado por una editorial prestigiosa de Nueva York. La tarjeta de referencia mostraba que nadie lo había solicitado desde hacía tres años. Fui a la sección de publicaciones periódicas y arrastré volumen tras volumen de revistas encuadernadas a una salita vacía. Cuando los brazos se me empezaron a

entumecer, me senté a leer.

Mandato: vierte la luz resultó ser el primer libro de Lowell desde hacía diez años, su obra precedente era una antología de historias breves ya publicadas. La fecha de publicación del día de año nuevo era también la del cincuenta cumpleaños de Lowell. El libro había suscitado mucha atención: un adelanto de seis cifras, fue recomendado por uno de los clubs del libro, los derechos para el extranjero se vendieron a veintitrés países, incluso hubo una opción para llevarlo a la pantalla por una productora independiente de Hollywood, lo cual parecía extraño por tratarse de poesía.

Luego llegaron los críticos. Un periódico de gran tirada llamaba a la obra «vagamente sombría y deprimente, asombrosamente de aficionado y, según sospecha este crítico, un esfuerzo calculado por parte del señor Lowell de echar el lazo al mercado joven». Otro, describiendo la carrera de Lowell como «gloriosa, lujosa e históricamente imborrable», le dio un cierto crédito por tomar riesgos, pero etiquetó sus versos como «solo muy ocasionalmente mordaces, con frecuencia insulsos y desagradables, morbosos e incoherentes. La gloria se había convertido en vanagloria».

Mucho más en esta misma clave, con una sola excepción: un estudiante de doctorado de la Universidad de Columbia llamado Denton Mellors, que escribía en el *Manhattan Book Review*, exaltaba: «Oscuramente encantador, rico de texturas líricas».

Por lo que yo podía asegurar, Lowell no había reaccionado públicamente al desastre. Un párrafo a final de página en el *Publishers Journal* del veinticuatro de enero indicaba que las ventas del libro estaban «significativamente por debajo de las expectativas». Artículos similares aparecieron en otras revistas, rumiando la muerte de la poesía contemporánea y especulando en qué se había equivocado Bayard Lowell.

En marzo, el *Manhattan Book Review* informaba que se rumoreaba que Lowell había dejado el país, con destino desconocido. En junio, una revista inglesa de cotilleos informaba de su presencia en un pequeño pueblecito en los Cotswolds.

Habiéndonos confirmado que el personaje con jersey y gorra que vagaba entre las ovejas era en realidad el otrora famoso americano, tratamos de aproximarnos a él, pero fuimos abordados por dos formidables mastines que no mostraron ningún interés en nuestras salchichas con patatas y nos convencieron a fuerza de gruñidos de batirnos en apresurada retirada. ¿Qué le ha ocurrido, nos preguntamos, al antiguo e insaciable apetito yanqui de atención del señor Lowell? ¡Ah, efímera fama!

Seguían otros avistamientos en el extranjero aquel verano: Italia, Grecia, Marruecos, Japón. Luego, en septiembre, el *Los Angeles Times Book Review* anunciaba que el « autor ganador del premio Pulitzer señor M. Bayard Lowell» volvía a asentarse al sur de California y contribuiría con esporádicas colaboraciones en su publicación. En diciembre, la columna « Últimas noticias en Propiedades» de la sección inmobiliaria del *Times* informaba que Lowell acababa de pagar un depósito por veinte hectáreas de terreno en Topanga Canyon.

Las fuentes informan de que es muy boscoso, un campamento rústico que necesita reparación. Utilizado últimamente como colonia nudista, está fuera de las rutas habituales y parece perfecto para la nueva identidad salingeresca de Lowell. O quizás el autor-y-artista simplemente se va al oeste debido al clima.

En mayo, Lowell asistió a un acto benéfico del Club Internacional de Escritores PEN a favor de los presos políticos, una « gala de estrellas» en el hogar de Malibú de Curtis App, un productor cinematográfico. Dos fiestas más al oeste en abril, una en Beverly Hills, otra en Pacific Palisades. Lowell, con barba reciente y vestido con un traje de tela vaquera azul, fue fotografiado hablando con la chica *Playboy* del mes. Cuando se le acercaba un reportero, se alejaba.

En junio, pronunció un discurso de apertura de una fundación literaria en el que anunciaba la creación de una residencia para artistas y escritores en sus tierras de Topanga.

« Será un santuario —decía él— y se llamará Santuario. Una paleta en blanco sobre la cual los humanos dotados serán libres de grabar, garabatear, chorrear, emborronar, desviarse, distraerse, divagar, cavar en la tierra y de cualquiera de las maneras entregarse al Gran Ideal. El arte atraviesa el himen de la banalidad solo cuando a los nervios se les permite tañer libremente. Los que tienen el conocimiento, saben que las verdaderas lujurias son las de la sinapsis y la chispa» .

Un artículo de septiembre de la sección de espectáculos del *L. A. Times* informaba que una subvención del productor cinematográfico App estaba financiando la construcción de nuevos alojamientos en Santuario. El arquitecto: un prodigio japonés-americano de veinticuatro años de edad llamado Claude Hiroshima, cuyo último proyecto había sido la renovación de todos los lavabos de un hotel de Madrid.

« En Santuario —decía—, mi objetivo es ser fiel a la esencial conciencia del locus, seleccionar materiales que proporcionen una síntesis con la geometría física y mental predominante. Existen ya algunas estructuras de troncos en la

propiedad, y quiero que las nuevas construcciones sean indistinguibles de ellas» .
Estructuras de troncos.

O bien Lucy había leído algo de aquel retiro o su hermano se lo había contado.

Diciembre, otro suelto del *Publishers Journal*: la publicación en edición de bolsillo de *Mandato: vierte la luz* había sido cancelada y las ventas de las obras de Lowell (las que había publicado anteriormente) habían bajado, así como los precios de sus telas.

Marzo: el *Village Voice* publicaba una altamente desfavorable visión retrospectiva del trabajo de Lowell, sugiriendo que su lugar en la historia debía ser valorado de nuevo. Tres semanas después, una carta de alguien llamado Terrence Trafficant de Rahway, Nueva Jersey, atacaba el artículo, calificando al autor de « sanguijuela, gusano hijo de puta» , y aclamaba a Bayard Lowell como « el Jesús siniestro del pensamiento de América del siglo veinte... todos vosotros estáis demasiado jodidamente bloqueados y preternaturalmente densos para daros cuenta de ello, vosotros gilipollas jodidos revisionistas fariseos de Nueva York» .

Julio: el final de la construcción de Santuario fue anunciado por Lowell en el *L. A. Times Book Review*. Se presentaba al primer grupo de amigos de Santuario.

Christopher Graydon-Jones, veintisiete años, escultor en hierro y « objetos hallados» , Newcastle, Inglaterra.

Denton Mellors, veintiocho años, antiguo doctorando de literatura americana en la Universidad de Columbia y crítico del *Manhattan Book Review*: « El señor Mellors completará el trabajo de su primera novela, *La novia*» .

Joachim Sprentzel, veinticinco años, compositor de música electrónica de Munich.

Terrence Gary Trafficant, cuarenta y un años, ensayista y antiguo residente de la Prisión Estatal de Nueva Jersey en Rahway, donde había estado cumpliendo condena de trece años por homicidio.

El periódico del día siguiente solo se preocupaba de Trafficant, describiendo cómo la aceptación como miembro de Santuario había acelerado la libertad condicional del exconvicto, y detallando el historial criminal de Trafficant: robo, asalto, uso de estupefacientes, intento de violación.

Encarcelado casi de forma continua desde que tenía diecisiete años, el protegido de Lowell se había ganado una reputación como preso combativo. Con la excepción de un diario de la prisión, nunca había producido nada ni remotamente artístico. Una foto lo mostraba en su celda, con unas manos tatuadas agarradas a los barrotes: delgado y pálido, con largo, lacio cabello, malos dientes, mejillas hundidas, una perilla diablesca.

Preguntado acerca de la oportunidad de la selección de Trafficant, Lowell dijo: « Terry es dolorosamente auténtico en los temas fisiológicos de la libertad y

la voluntad. También es un anarquista, y eso será una influencia estimulante» .

Mediados de agosto: la inauguración del Santuario fue celebrada con una fiesta que duró toda la noche en la antigua colonia nudista. El *catering* lo suministró el *chef* Sandor Nunes del restaurante Scones, la música, cuatro bandas de rock y un contingente de músicos de la Filarmonía de Los Ángeles, ambientado por Bayard Lowell «con un largo caftán blanco, bebiendo y lanzando monólogos, rodeado de admiradores» .

Entre los invitados que fueron vistos: un profesor de psicología convertido en el sumo sacerdote del LSD, un tratante de armas árabe, un magnate de los cosméticos, actores, directores, agentes, productores y un enjambre de periodistas.

Terry Trafficant fue localizado rodeado de su propio grupo de fans. Su diario de la prisión, *Del hambre a la rabia*, acababa de ser comprado por el editor de Lowell. Su editor lo llamaba «una inyección intravenosa de veneno y belleza. Uno de los libros más importantes que ha aparecido este siglo» .

El teniente de policía de Nueva York que había arrestado a Trafficant por los cargos de homicidio también quedaba citado: «Ese tipo es un mal asunto de verdad. También podrían encender un cartucho de dinamita y esperar a que estalle» .

Las siguientes pocas citas de Lowell resultaron ser referencias en entrevistas con Trafficant. El expresidiario se describía a sí mismo como: «Auténtica escoria, un aborígen urbano explorando un nuevo mundo», citaba a los clásicos, la teoría marxista y la literatura de vanguardia de la posguerra. Cuando le preguntaban por sus crímenes, respondía: «Eso es cosa muerta, y yo no soy un enterrador» . Agradeciéndole a Buck Lowell su libertad, llamaba a su mentor «uno de los cuatro hombres más grandes que han vivido jamás; los otros tres eran Jesucristo, Krishnamurti y Peter Kurten» . Cuando le preguntaron quién era Peter Kurten, dijo: «Búscalos tú, Jack», y se acabó la entrevista.

El artículo identificaba a Kurten como un asesino en serie alemán apodado *El monstruo de Düsseldorf*, que había violado y asesinado sádicamente a docenas de hombres, mujeres y niños entre 1915 y 1930. Kurten tenía otras peculiaridades también: disfrutaba del coito con diversos animales de granja y fue a su ejecución esperando poder oír el burbujeo de su propia sangre en el preciso momento de la muerte.

Cuando volvieron a contactar con él y le preguntaron cómo podía llamar a eso «grandeza», Trafficant replicó: «Es todo una cuestión de contexto, amigo», y colgó.

Siguió una tormenta de cartas ultrajadas. Algunos líderes religiosos condenaron a Lowell en sus sermones del domingo. Lowell y Trafficant rehusaron conceder más entrevistas, y después de una semana o dos el ruido se acalló. En mayo fue publicado *Del hambre a la rabia* y tuvo buenas críticas, se

publicó una segunda edición y llegó hasta el número 10 en la lista de ventas del *New York Times*. Sin embargo, una gira de promoción del libro de Trafficant fue cancelada porque el autor no compareció para realizar una entrevista en un programa de televisión de ámbito nacional.

Cuando le preguntaron por el paradero de Trafficant, Buck Lowell dijo: «Terry nos dejó hace un par de semanas. Justo después de toda la estúpida movida de Kurten. Las palabras significan algo diferente para hombres como él. Se sintió profundamente herido» .

«¿Un alma sensible?», preguntó el entrevistador.

« Todo es una cuestión de contexto» , respondió Lowell.

Durante las siguientes dos décadas, la cobertura sobre Lowell disminuyó de manera constante, y al final de ese periodo no había quedado nada sino unas cuantas tesis doctorales, que le imprimían esa peculiar perversidad jubilosa que pasa por sabiduría en el mundo académico. *Mandato: vierte la luz* no se volvió a publicar, y no aparecieron más libros ni obras pictóricas. Tampoco hubo ninguna mención de Terry Trafficant, aunque su libro se publicó en edición de bolsillo.

Examiné el volumen gris y luego me fui a casa. Cuando pasé por Topanga Canyon, me preguntaba si el gran hombre viviría allí todavía.

En Las Flores Canyon, el ruido estático sustituyó a la música en mi radio. Manipulé el mando y recogí la palabra Shwandt al final de un boletín de noticias. Entonces el locutor dijo: « Y ahora seguimos con más música» .

No pude encontrar ninguna emisora con noticias y cambié a onda media. Todas las emisoras de noticias estaban dando la información de deportes, y lo demás era charla, música y gente tratando de vender cosas.

Me di por vencido y me concentré en la belleza de la carretera, abierta y limpia como si estuviera festoneada por un agua más que azul. Incluso el paseo comercial cerca del muelle de Malibú no parecía tan malo en aquel atardecer soleado. Tiendas de bikinis, escuelas de buceo, puestos de almejas, empresas inmobiliarias que todavía pretendían tener algo que hacer durante la depresión económica.

Una vez en casa, cogí una cerveza y me llevé los poemas de Lowell al porche. Pronto me di cuenta de que esa lectura no iba a ser muy divertida.

Era asqueroso. Nada parecido a los versos fecundos y las historias llenas de alegría de vivir que Lowell había producido durante los años cuarenta y cincuenta. Casi todos los poemas trataban explícitamente de violencia, y muchos parecían incluso glorificarla.

El primero, titulado « Homicidio» , era casi un *haiku*:

*Él llega a la puerta
con su maletín-apéndice. Y
Encuentra que
Ella ha disparado a los niños
Pero el perro todavía vive
Hay que darle de comer.*

Otro proclamaba:

*Más allá de los prados a través de los bosques para:
Claridad
Castidad*

Priapismo
Sodomía
Carnicería

Perfectamente preparados para el desmembramiento

Pule el hueso. Arroja el I Ching.
Y luego tira las leyes por la ventana.

El título del poema era una página entera en negro. Otros poemas no parecían ser otra cosa que conjuntos aleatorios de palabras, y un poema de seis páginas titulado «Ccállatte» consistía en cuatro versos de cuatro líneas en un lenguaje que una nota a pie de página identificaba como «finlandés, estúpido».

El poema final estaba impreso en letras tan pequeñas que había que esforzarse para leerlo:

Hondeada y flechada, ella se lo suplica
¿Qué mierda de idiotéz... ¿quién se cree ella que es?
Plaf.
¡Rendirse!
Plaf.
Justamente así...
ASÍ.

Era fácil comprender por qué el libro no había tenido éxito... y por qué le había encantado a Trafficant.

Me lo imaginaba leyéndolo absorto en su celda, luego corriendo a la defensa de Lowell.

Sus motivos podían haber sido algo más que compartir un gusto literario. Con pocas palabras de apoyo, se había comprado a sí mismo una libertad bajo palabra.

Releí el poema final.

Una mujer que suplicaba, luego era menospreciada por rendirse.

¿Clásicas fantasías masculinas de violación?

El incubo de Lucy... Toda la imaginería de rapto del sueño.

¿Habría leído ella ese espantoso librito, quizá como parte de la investigación en busca de sus «raíces» que hizo su hermano?

¿Lo leyó y se identificó con la víctima?

¿Y si el sueño representaba algo más personal... como haber sufrido abusos ella misma?

En su declaración antes de formar parte del jurado, ella había negado haber sido nunca víctima de un delito. Pero si aquello había ocurrido hacía mucho tiempo, ella podía haberlo reprimido, no recordarlo.

El sueño había empezado después de que escuchó a Milo testificar acerca de Carrie.

Se identificaba con una víctima infantil.

¿Sufrió abusos en la infancia, no por su padre (no había estado lo suficientemente cerca como para hacerlo) sino por un padre suplente? ¿Un profesor o algún otro adulto en el que confiaba?

Los otros hombres del sueño... ¿se unían a su padre porque la habían herido de alguna otra forma?

Pensaba en ella cuando se despertó en el suelo de la cocina.

La indefensión de la postura.

Victimización.

O quizá no fuera nada de eso.

Le di vueltas a todo esto durante un rato más, no pude ir más allá, y entonces volví hacia atrás. Recordando las noticias que había oído en la radio del coche, conecté la televisión y cambié de canal hasta que encontré una edición de noticias. Algo acerca de Europa del Este, luego apareció la cara de Shwandt, mirando de reojo, por encima del hombro izquierdo del locutor.

La policía de Santa Ana está investigando el asesinato y mutilación de una joven, aún sin identificar, cuyo cuerpo fue encontrado, embutido en una bolsa de basura, junto a la autopista de Santa Ana esta mañana temprano, cerca de la salida de Main Street. Fuentes cercanas a la investigación dicen que el crimen guarda sorprendentes similitudes con los asesinatos en serie por los cuales el *Bogeyman*, Jobe Shwandt, fue recientemente sentenciado a muerte, y se está considerando la posibilidad de que opere en Orange County un asesino imitador. Seguiremos informando de esta terrible historia según aparezcan más detalles.

Demasiada basura, tenía que quitármela de encima sudando. Como si mis rodillas tuvieran dieciocho años, salí a dar una buena carrera por la playa. Cuando volví, sonaba el teléfono. Mi servicio y Lucy otra vez.

—¿Doctor Delaware? Estoy... le llamo desde el trabajo. Tengo... un pequeño problema —su voz sonaba tan baja que apenas podía oírla. El ruido de fondo no ayudaba demasiado.

—¿Qué ha ocurrido, Lucy?

—El sueño. Yo... lo he tenido otra vez.

—¿Desde la sesión de esta mañana?

—Sí —su voz tembló—. Aquí. En el trabajo, encima de mi escritorio... Dios

mío, es tan... tengo que hablar bajito; estoy en un teléfono público en el vestíbulo y la gente me está mirando. ¿Puede oírme?

—Te oigo bien.

Ella retuvo el aliento.

—¡Me siento tan estúpida! ¡Quedarme dormida en el escritorio!

—¿Cuándo ha ocurrido eso?

—A la hora del almuerzo. Yo me quedé comiendo un bocadillo, tratando de ponerme al día en el trabajo. Creo que me quedé dormida, no lo sé, realmente no lo recuerdo.

—¿Has tomado algún tipo de medicación?

—Solo un analgésico para el dolor de cabeza.

—¿Ni antihistamínicos, ni nada más que pueda haberte amodorrado?

—Nada. Solo... me he quedado dormida —susurró—. Luego algo ha debido despertarme... me he encontrado en el suelo, las piernas... el sueño todavía estaba en mi cabeza, reverberando. ¡En medio de la oficina! ¡Dios mío!

—¿Estás herida?

—No físicamente. Pero la humillación... ¡todo el mundo cree que estoy loca!

—¿Había mucha gente a tu alrededor cuando te has caído?

—No cuando me he caído, pero sí después. Era la hora del almuerzo; ¡un montón de gente volvía entonces y me han visto en el suelo! He ido corriendo al baño para arreglarme. Cuando he vuelto, mi jefe estaba allí. Él no aparece nunca por el área del personal. Había una mirada en su cara... como de: ¡qué especie de loca está trabajando para mí!

—Si hay algo que le preocupa, Lucy, probablemente sea que le ponga una demanda.

—No, no, estoy segura de que piensa que soy un fenómeno. Quedarme dormida en pleno día... Me he excusado otra vez para ir al baño, he salido al vestíbulo y le he llamado.

—Ven, hablaremos.

—Yo... creo que sería lo mejor. Creo que no soy capaz de volver ahí dentro ahora.

Llamé a un neurólogo de Santa Mónica llamado Phil Austerlitz, y le dije que posiblemente le enviaría a una paciente. Cuando le conté lo que había ocurrido, me dijo:

—¿Pienzas en la narcolepsia?

—Tiene los patrones del sueño alterados. Sufrió de enuresis de niña.

—Pero nada crónico en la etapa adulta.

—Todo empezó hace cinco meses. Mientras hacía de jurado en el caso del

Bogeyman.

—Parece ser estrés.

—Eso es lo que creo, pero quiero cubrir todas las posibilidades.

—Claro, la examinaré. Gracias por recomendarme. Parece algo interesante. Llevo toda la semana tratando tumores cerebrales. Gente de nuestra edad, o más joven incluso. Debe de ser algo que hay en el aire.

Llamó a la puerta de casa poco después de las cinco. Llevaba el cabello atado en una cola de caballo y la cara ojerosa. Cuando le di la mano estaba floja y húmeda.

Le di un vaso de agua y la hice sentar. Tomó un sorbo y escondió la cara entre las manos.

—¿Qué me está pasando, doctor Delaware?

Le toqué la mano.

—Lo averiguaremos, Lucy.

Ella tensó la boca.

—Ha sido diferente esta vez. Esta vez he visto algo más.

Respiró hondo. Otra vez. Apartó su mano de la mía. Yo me senté.

Le costó unos minutos más recobrar la compostura.

—¿Recuerda el ruido rechinante del que le hablé? ¿Lo que pensaba que podía ser algo sexual? No tenía nada que ver con el sexo.

Se inclinó hacia delante.

—Lo he visto. Estaban cavando una tumba... enterrándola. El ruido de rascar eran las palas que golpeaban las piedras. Esta vez, yo estaba más cerca. Todo era más claro. Nunca ha sido tan real. Era...

Se puso una mano sobre los ojos y sacudió la cabeza.

—Estaba tan cerca que casi podía tocarlos... casi encima de ellos. Parecía tan real...

—Los mismos hombres.

—Sí. Tres.

—Incluyendo a tu... incluyendo a Lowell.

Ella se descubrió los ojos y se humedeció los labios y miró al suelo.

—Él era uno de los que cavaban. Trabajaba duro... jadeando y resoplando. Todos lo hacían. Y juraban. Podía oír su respiración... fatigosa, como si hubieran corrido. Entonces la metieron allí y...

Sus hombros empezaron a temblar.

—Empecé a sentirme transformada... mi alma abandonaba mi cuerpo. Realmente la vi, revoloteando como una pluma blanca. Y entonces entró en el cuerpo de ella.

Se puso de pie repentinamente.

—Necesito andar.

Anduvo por la habitación hasta las puertas de cristal, luego volvió atrás. Repitió este paseo un par de veces más antes de volver a su asiento.

Se quedó de pie, con las dos manos en el respaldo de la silla.

—Puedo notar el gusto de la tierra, doctor Delaware. Siento como si hubiera estado en esa tumba... Trataba de quitarme la tierra de encima, pero no podía moverme. Continuaban tirándome tierra encima... ahogándome. Yo pensaba: así es la muerte, esto es terrible; ¿qué he hecho yo para merecerlo, por qué me están haciendo esto?

Sus ojos se cerraron y ella se inclinó tanto que yo salté y le sujeté el hombro. Su cuerpo se tensó pero no pareció notarme.

El sonido de las olas venía de la playa, como una salva de aplausos. De repente, su respiración se hizo más rápida.

—Lucy —susurré.

Como si su nombre fuera una sugestión poshipnótica, ella abrió los ojos y parpadeó rápidamente.

—¿Qué ha pasado entonces, Lucy?

—Que me he despertado... Me he encontrado en el suelo... otra vez. Las piernas... —Se encogió.

—¿Qué les pasaba a tus piernas?

—Estaban... —Aparecieron manchas de color en sus mejillas—. Extendidas, abiertas, delante de todo el mundo. Me he sentido tan humillada...

—La gente comprende los accidentes, Lucy.

Ella miró mi mano en su hombro. Yo la quité y se sentó.

—Dios mío —dijo—. Esto es una locura... ¿voy a perder la cabeza del todo?

—No —respondí firmemente—. Obviamente, estás reaccionando a algún tipo de tensión, y vamos a averiguar de qué se trata. También quiero que veas a un neurólogo para descartar cualquier problema orgánico.

Ella contuvo el aliento y me miró, aterrorizada.

—¿Como qué? ¿Un tumor cerebral?

No, nada de eso, no quería asustarte. Solo necesitamos descartar cualquier desorden que pueda responder a la medicación. Es improbable, pero quiero ser cuidadoso, para tener el camino bien despejado.

—Nuestro camino... Suena como si fuéramos a hacer un viaje.

—De algún modo lo es, Lucy.

Ella se apartó de mí.

—No conozco a ningún neurólogo.

Le di el nombre y el número de Phil.

—No será agresivo ni doloroso.

—Eso espero. Odio que me manoseen. Le llamaré mañana, ¿de acuerdo? Será mejor que me vaya a casa ahora.

—¿Por qué no te quedas un rato y te relajas antes de irte?

—Le agradezco el ofrecimiento, pero no, gracias. Estoy realmente cansada, solo quiero meterme en la cama.

—¿Quieres un poco de café?

—No, estoy bien... es más fatiga emocional que sueño.

—¿Estás segura de que quieres irte ya?

—Sí, por favor. Lo siento por el lío.

—No es ningún lío, Lucy.

—Gracias por su tiempo... lo arreglaremos todo —mirándome para que se lo confirmara.

Yo asentí y la acompañé hasta la puerta. Ella la abrió y me dio las gracias otra vez.

—No quiero añadir nada a tu carga —le dije—, pero vas a verlo en las noticias de la noche. Han encontrado hoy un cuerpo que coincide con las víctimas del *Bogeyman*. Debe haber un copión por ahí fuera.

—Oh, no —dijo ella, apoyándose contra el marco de la puerta—. ¿Dónde?

—En Santa Ana.

—Eso está en Orange County... así que Milo no estará a cargo. Fatal. Él podría resolverlo.

Phil Austerlitz me llamó al día siguiente a las cinco de la tarde.

—Está en perfecto estado —dijo—. La persona más sana que he visto desde hace mucho tiempo, excepto por la ansiedad. Aun con eso, su presión sanguínea es buena. Me gustaría que la mía fuese así de buena.

—¿Qué tipo de ansiedad has notado?

—Estaba asustada. Le ponía nerviosa que la tocara... quería saber exactamente lo que iba a hacerle, cómo, cuándo, por qué. ¿Quieres saber mi hipótesis? Inhibición sexual extrema. ¿Fue a verte por ese tema?

—No estoy tratando su vida sexual por ahora, Phil.

—¿No? ¿Qué clase de psiquiatra eres tú?

Ella no llamó para concertar ninguna visita ni ese día, ni al siguiente. El asesinato de Santa Ana fue una historia de la página diez de los periódicos: la víctima era una prostituta de veintiún años llamada Shannon Dykstra que había crecido a un par de manzanas de Disneylandia y se había hecho adicta a la heroína cuando todavía estaba en el instituto. Los medios de comunicación se metieron mucho con eso... muchos comentarios irónicos sobre el Reino Mágico que se descarriaba.

Esa noche, preparé un par de bistecs e hice una ensalada, y a las siete Robin y yo nos sentamos a cenar, mientras *Spike* pedía solomillo. Cuando acabamos, Robin dijo:

—Si no tienes otros planes, creo que podría trabajar un poco. El tiempo que estoy perdiendo con la casa me está entorpeciendo mucho.

—¿Quieres que te eche una mano?

—No, cariño, pero si puedo ponerme al día, eso me ayudaría.

Spike la vio partir con añoranza, pero decidió quedarse y acabar sus restos de comida. Anduvo por allí dando vueltas mientras yo lavaba los platos y me siguió al sofá, y cuando me puse a tocar la guitarra, se quedó junto a mí con los flojos labios emitiendo ronquidos en si bemol que desentonaban a un kilómetro.

Poco después de las nueve, me llamó Milo y le pregunté si estaba implicado en el caso Dykstra.

—Estoy implicado pero no obligado... ¿sabes cuál es la diferencia? En un

desayuno de huevos con jamón, el pollo está implicado, el cerdo está obligado. Santa Ana me llamó para comparar las notas, y mañana voy a pasarme por allí para echarle un vistazo al expediente de Shwandt.

—¿Tan parecido es?

—Condenadamente idéntico. La posición del cuerpo, el tipo de heridas, la decapitación con la cabeza vuelta a poner en su sitio, todo el cuerpo manchado de excrementos y metidos en las heridas. Pero todo eso salió a la luz en el juicio, cualquiera puede haberlo copiado.

—Otro monstruo.

—La prensa hizo de Shwandt una maldita celebridad, y si ahora les da por llamarle a este *el Bogeyman Dos*, tendremos diversión. De cualquier manera, me alegro de no llevar este caso. Estoy muy ocupado con algunos bonitos paseos en coche pasados de moda... ¿Cómo está la señorita Lucy?

Me aclaré la garganta.

—Ya sé, ya sé —continuó—. No puedes entrar en detalles clínicos. Solo dime si está bien, en resumidas cuentas. Porque ha dejado cuatro mensajes en mi oficina hoy. Le he devuelto la llamada, pero salió un contestador con un chico de voz perezosa.

—Es su hermano. No sé nada de ella desde hace un par de días. ¿Cuándo te ha llamado?

—Esta mañana. Me pregunto si hay algún problema... si todavía la estás tratando... no, olvídale, ni siquiera puedes decirme eso, ¿verdad?

—Dejémoslo así —contesté yo—. Si un paciente está en peligro inminente de autolesión, es mi deber ético llamar a la policía o al personal médico adecuado. No te he llamado ni a ti ni a nadie más.

—Está bien. Intentaré llamarla mañana. ¿Qué tal vosotros?

—Tirando. ¿Y Rick?

—Cortando y suturando. Con nuestros horarios, no tenemos demasiado tiempo. Seguimos hablando de tomar unas vacaciones, pero ninguno de los dos quiere hacer planes.

—Obligación. La gente tiene muchos problemas con eso.

—Una mierda —dijo él—. Yo estoy totalmente obligado. Soy un cerdo, ¿recuerdas?

Lucy, por fin, llamó el viernes por la mañana.

—Si tiene tiempo hoy, puedo ir.

—¿Después del trabajo?

—A cualquier hora. Estoy en casa.

—¿Estás enferma?

—No, no he vuelto al trabajo desde... la caída. El doctor Austerlitz fue muy amable, por cierto. Me dijo que estaba bien.

—Lo sé. Hablé con él. ¿Qué tal has dormido los últimos días?

—Bastante bien, en realidad, desde que hablé con usted. No he tenido ningún sueño, y me despierto en la cama, así que quizá fue una cosa temporal y lo que necesitaba era desahogarme.

Yo recordé la última sesión. Montones de preguntas, ninguna respuesta.

—¿Has conseguido hablar con el detective Sturgis?

—¿Le ha dicho que le llamé?

—Me llamó anoche para preguntarme si había surgido algún tipo de emergencia. Dijo que no había podido hablar contigo.

—Ustedes dos son muy amigos, ¿verdad?

—Sí, lo somos.

—Él habla de usted como si fuera un genio. ¿Le dijo que yo estaba bien?

—No le he dicho nada. La confidencialidad.

—Oh. Está bien; puede hablar con él en cualquier momento. Le doy permiso.

—No creo que hubiera razones para ello, Lucy.

—Oh, bueno... Lo que quiero decir es que confío en él, y después de lo que me ha pasado, creo que juzgo bien a los hombres. De todos modos, ya he hablado con él. La razón por la que quería hablar con Milo es que he recibido unas llamadas las últimas semanas.

—¿Qué tipo de llamadas?

—De esas que no dicen nada. Creo que no debe de ser nada importante.

—¿Cuántas?

—Un par a la semana, quizá cuatro o cinco en total, la mayoría cuando estoy preparando la cena o viendo la televisión. Parece ser un cruce de líneas telefónicas. Milo no pareció muy preocupado. Dijo que yo debía colgar enseguida, y que si no cesaban las llamadas, podía conseguir un aparato de la compañía telefónica para grabar el número desde el que llamaban.

—Parece una buena idea —asentí, manteniendo la voz tranquila. El asesino que había quemado mi casa había avanzado gradualmente, empezando por las amenazas—. ¿Te gustaría venir a mediodía?

—Oh —exclamó ella, como si hubiera olvidado que había llamado para concertar una cita—. Claro. A mediodía será perfecto.

Llegó cinco minutos tarde y entró alegremente con un jersey de cuello alto de algodón blanco y unos vaqueros rojos, calcetines blancos y mocasines. Llevaba unos pequeños pendientes color rubí en las orejas y el pelo suelto. Era la primera vez que se lo veía así. La favorecía.

Me dijo:

—Todo va bastante bien.

—Me alegro de que te encuentres mejor —contesté.

—Lo estoy, realmente. Quizás es porque me he tomado un respiro en el trabajo. Siempre pensaba que el trabajo era lo más importante para mí, pero después de estar fuera un par de días no lo echo de menos.

—¿Estás pensando en dejarlo definitivamente?

—No soy muy derrochadora, así que tengo ahorrado lo bastante para que me dure una temporada. —Ella emitió una sonrisa confusa.

—¿Qué pasa?

—También tengo un fondo fiduciario... no lo suficiente para ser rica, pero son unos mil dólares al mes, así que es un buen respaldo. A eso me refería cuando decía que otros tienen las cosas mucho peor.

—¿Te sientes incómoda por tener ese respaldo económico?

—Bueno —respondió—. No hice nada para ganármelo. Y viene de la familia de « él » ..., de su madre. Una cosa que se transmite cada dos generaciones. Para ahorrar impuestos. Normalmente yo doy una buena cantidad a obras benéficas, pero si ahora puede ayudarme un poco a suavizar las cosas, ¿por qué no aprovecharlo?

—Estoy de acuerdo.

—Quiero decir que no tengo que probar nada. En tres años nunca he cogido un día libre por enfermedad... ¿cree que esto es irresponsabilidad? ¿Dejar de trabajar de esta forma?

—En absoluto.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Entonces... como ya dije, todo está bien... También he hablado con Milo del nuevo asesinato. La policía de Santa Ana le está consultando, y eso es estupendo. Me acuerdo de lo muy impresionada que estaba yo cuando él testificó. Todos aquellos detalles que manejaba de memoria, sin dejar en ningún momento que el abogado de la defensa le intimidara... creo que su estatura ayuda también: ¿cuánto mide, un metro noventa y cinco?

—Un metro noventa.

Ella tenía buen color y sus dedos tejían un jersey invisible.

—Hay algo que quiero decirle —dijo—. Me siento muy atraída por él.

Manteniendo la cara sin expresión, siguió mirándole a los ojos.

Ella cruzó las piernas y se tocó un pendiente.

—Hace mucho tiempo que no he sentido algo parecido por un hombre —mirando a otra parte—. Excepto algunos pocos errores, soy básicamente virgen.

Yo asentí.

—Grandes errores —dijo ella—, eso se lo garantizo. Pero los he dejado atrás.

—¿Eso es lo que querías decir esta mañana cuando me has dicho que debido a lo que te había pasado sabías juzgar bien a los hombres?

Ella murmuró algo que no pude entender.

—¿Lucy?

Otro murmullo que sonaba como « Fíjate » .

Su boca continuaba moviéndose. Cerró los ojos.

—Yo hice de puta. ¿Vale?

No contesté.

—Solo un verano.

Recordando la úlcera, le pregunté:

—¿El verano que estuviste enseñando en Boston?

—Era una virgen ingenua. Entonces conocí a alguien en Head Start, el tío de uno de mis alumnos. Un joven negro atractivo, encantador, brillante. Solía venir y recoger al pequeño, y empezamos a hablar. Una cosa conduce a la otra. Yo pensaba que estaba enamorada. Después de pasar juntos un tiempo, me pidió que estuviera también con un amigo suyo. No me gustaba la idea, pero acepté. Resultó no ser tan malo como había pensado... el amigo era agradable y me trajo un regalo, un champú. L'Oreal. Todavía recuerdo eso.

Se abrieron sus ojos. Las lágrimas los llenaban.

—Fui capaz de pensar en otra cosa y soportarlo. Y Raymond estuvo orgulloso de mí. Decía que me amaba, y que yo mostraba mi verdadero amor por él. A la semana siguiente, trajo a otro amigo. —Lucy levantó rápidamente las manos—. Fue malo, pero podía haber sido mucho peor. Sus otras chicas estaban todas trabajando en la calle. Él me dejó trabajar en una habitación. Limpia, caliente, con televisión en color. Se aseguraba de que no me tocara ningún tipo violento. Los hombres venían por mí misma. Fue casi como ser una chica popular.

Dejó escapar una risa estrangulada.

Eso es. Mi sórdido pasado. Diez semanas de esclavitud blanca y pecado mortal, y luego me fui a Belding y Raymond encontró a otra idiota.

Apartando el pelo de su cara, se obligó a mirarme.

—No he vuelto a estar con ningún hombre desde entonces. ¿Cree que estoy todavía demasiado manchada para su mejor amigo?

—Has demostrado mucho coraje al decírmelo —le contesté.

—No debe preocuparle que yo tenga malas intenciones con él, o que sea alguna especie de caso clínico de dependencia. Cuando le digo que me siento atraída por él, quiero decir «psicológicamente». Su amabilidad, su solidez. Estoy reuniendo todo mi coraje para hacerle saber lo que siento. ¿Le parece bien?

—No necesitas ningún permiso mío, Lucy.

Pensaba en las complicaciones que vendrían.

Ella me miró.

—No lo aprueba, ¿verdad? —dándose una palmada en la mano, se puso a examinar el suelo—. Ha sido un gran error decírselo.

—Lucy, no es eso...

—Debí haberlo sabido —decía ella suavemente—. Usted está autorizado por sus sentimientos. Yo le digo que he sido una puta, y es natural que no quiera que me acerque a su amigo.

—No es eso, en absoluto.

—¿Y entonces qué es? ¿Por qué le ha cambiado la cara cuando le he hablado de que me gustaba Milo?

—No hay nada terrible en ello, ni en ti. Lo que ocurra entre Milo y tú o cualquier otra persona no es de mi incumbencia.

Ella me estudió.

—Perdóneme, doctor Delaware, pero eso no suena nada sincero. Usted es un hombre encantador y realmente aprecio todo lo que ha tratado de hacer por mí, pero aquí está pasando algo, algún tipo de resistencia. Yo soy capaz de notar esas cosas —otra risa sin alegría—. Quizá venga de tirarme a diez desconocidos cada día. Acabas siendo muy bueno en evaluar rápidamente a la gente.

Se levantó y caminó por la habitación.

—Lucy fracasa en la terapia... Ver al amigo de Milo ha sido un error... ¿cómo puedo exponerme a mí misma ante usted y esperar que sea imparcial? ¿Cómo puedo esperar que usted acepte cualquier tipo de viaje con una puta?

—Tú no eres una puta.

—¿No? ¿Cómo puede usted estar seguro? ¿Ha tenido algunas otras pacientes que fuesen putas?

—Lucy...

—Durante siete años —dijo entre sus mandíbulas apretadas—, no he tocado ni siquiera a ningún hombre. Durante siete años he estado pagando el doble de mis impuestos para los pobres, sin comer carne, haciendo todas las buenas obras que podía a fin de limpiarme a mí misma. Por eso quería estar en aquel jurado. Para llevar a cabo alguna buena obra más importante. Y ahora finalmente encuentro a un hombre que me gusta, y me siento sucia... juzgada por usted como yo juzgué a Shwandt. Debería haberme mantenido apartada de eso. ¿Quién soy yo para juzgar a nadie?

—Shwandt es un monstruo. Tú caíste en una trampa.

Ella me volvió la espalda.

—Él es un monstruo y yo soy mala... somos todos culpables de una manera u otra, ¿no es así? ¿Es esa la única razón por la que no quiere que me acerque a Milo, o está él comprometido con otra persona?

—No creo que deba discutir su vida personal.

—¿Por qué no? ¿Es paciente suyo también?

—Estamos aquí para hablar de ti, Lucy.

—Pero a mí me gusta él, ¿eso no lo convierte en algo importante? Si no fuera su amigo, estaríamos hablando de él.

—Y yo no sabría nada de su vida personal.

Ella se detuvo. Se humedeció los labios.

—De acuerdo, está comprometido. Aunque sé que no está casado... le pregunté si lo estaba y dijo que no. —Se volvió agudamente y se encaró conmigo—. ¿Me mintió?

—No.

—Así que está saliendo con alguien... quizá viviendo con alguien... ¿es guapa? ¿Como su mujer? ¿Salen ustedes los cuatro juntos?

—Lucy, deja de atormentarte a ti misma.

Sabía que mi reticencia estaba alimentando sus fantasías. Sabía que no podía advertir a Milo... ahogado por la confidencialidad.

Volviéndose de espaldas a mí, apretó las manos contra las puertas de cristales, vio las huellas que había dejado y trató de limpiarlas con el borde de su jersey.

—Lo siento.

Casi sollozando.

—No hay nada que...

—No puedo creer que yo haya dicho todas esas cosas. Cómo puedo ser tan...

—Vamos.

La conduje de vuelta a su silla. Ella empezó a sentarse, luego se puso de pie y echó a andar, agarró su bolso y se dirigió hacia la puerta.

La alcancé justo cuando la estaba abriendo. Una brisa marina desordenó su cabello. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Por favor, vuelve, Lucy.

Ella sacudió la cabeza violentamente.

—Déjeme ir. No puedo soportar más humillación.

—Hablemos de...

—No puedo. Ahora no. Por favor... Volveré. Se lo prometo. Pronto.

—Lucy...

—Por favor, déjeme ir. De verdad, tengo que estar sola. Lo necesito.

Yo me aparté.

Ella salió al porche.

¿Había y o enmarañado las cosas o era algo que no había podido evitar?

Ver a un amigo de él ha sido un error.

¿Quién podía saber que un tratamiento por trauma se convertiría en esto?

¡Maldita sea, qué enredo!

Traté de llamarla una hora más tarde. No hubo respuesta. Lo intenté una vez más, una hora después, y decidí darle tiempo para que pensara.

Esa noche, Robin y yo preparamos lenguados de playa y patatas fritas y nos entretuvimos con la comida. Yo estaba preocupado y trataba de esconderlo mostrándome especialmente afectuoso. Ella sabía que pasaba algo, pero no dijo nada mientras mirábamos la puesta de sol.

Luego Robin se fue a tallar un poco, *Spike* se quedó dormido y yo salí con el *Seville* y conduje sin ningún objetivo por la costa, cogí la autopista en Ventura por ninguna razón en particular, y me deslicé por las oscuras, vacías calles. Había muchas tiendas tapadas con tablas y letreros de « Se alquila ». La recesión había golpeado fuerte la ciudad, y ver aquello no mejoraba nada mi estado de ánimo.

Cuando volví, Robin estaba en la cama leyendo *Mandato: vierte la luz*. Lo cerró y lo tiró sobre el cubrecama.

—¿Por qué has sacado esto?

—Investigación.

—¿De qué?

—El lado oscuro.

—Qué porquería. No puedo creer que este sea el mismo autor que nos hacían leer en las clases de Literatura.

—Los críticos tampoco lo podían creer. Mató su propia carrera.

—Escribía de una forma totalmente diferente —dijo ella—. *Caballos oscuros*. Ese largo poema acerca de París: « El mercado ». Recuerdo especialmente *Caballos oscuros* porque tuvimos que analizarlo en primer curso en Literatura. Yo odiaba los deberes pero pensaba que el libro era fascinante, cómo convertía el hipódromo en un mundo en miniatura, con todos esos personajes curiosos. Esta basura es espantosa. ¿Qué le ocurrió?

—Quizá gastó toda su ración de talento.

—¡Qué misógino! En serio, ¿qué tipo de investigación estás haciendo?

—Tiene que ver con un paciente, Rob. Alguien en quien él ha influido.

—Oh. Suena inquietante.

Yo me encogí de hombros y me desnudé.

—Es muy amable por tu parte identificarte con tu paciente hasta ese punto.

—Para eso fui a la escuela.

Puse el libro en mi mesilla y me deslicé bajo las sábanas. Ella rodó hacia mí.

—Suena como si estuvieras preocupado.

—No, solo exhausto.

Ella no dijo nada. Sus enormes ojos oscuros atraparon los míos y los mantuvieron cautivos. Sus rizos caían sobre sus hombros desnudos como una sombra en la luna. La rodeé con mis brazos.

—Está bien —dijo ella—. ¿Tienes la energía suficiente para identificarte conmigo? Tengo todo tipo de sentimientos.

Estaba todavía con el albornoz de baño cuando sonó el teléfono a las siete y diez, a la mañana siguiente.

—¿Doctor Delaware? Habla su servicio de llamadas. El doctor Shaper pregunta por usted.

El nombre no me era familiar.

—Pásemelo.

Una voz de hombre dijo:

—¿Con quién hablo?

—Soy el doctor Delaware.

—Soy el doctor Shapoor del Hospital Woodbridge. Hemos tenido un intento de suicidio la noche pasada. Lucretia... Lowell. Finalmente, se ha despertado y ha dicho que era paciente suya.

El corazón me latía a toda velocidad.

—¿Cómo está?

—Estabilizada. Sobrevivirá.

—¿Cuándo ha ingresado?

—La noche pasada. Está consciente a ratos. Dice que nunca lo había hecho antes. ¿Es verdad?

—No que yo sepa, pero solo la he visto unas cuantas veces.

—Bueno, la mantendremos en vigilancia durante setenta y dos horas... ¡Un segundo! —Luego—: ¿Sabe cómo funcionan estas cosas?

—Sí.

—La verá uno de nuestros psiquiatras de plantilla. Probablemente pueda usted conseguir algún tipo de privilegios temporales... es usted doctor en medicina,

¿verdad?

—En psiquiatría.

—Oh. Entonces no sé. De cualquier manera...

—¿Cómo lo ha hecho?

—Gas. Abrió la puerta del horno y metió la cabeza dentro.

—¿Quién la encontró?

—Un chico la trajo. Yo acabo de entrar de guardia y he visto el mensaje en el expediente para llamarle.

—¿Ha tomado drogas o alcohol?

—De acuerdo con el historial, niega haber tomado drogas, pero lo veremos cuando tengamos los análisis de sangre. ¿Tiene un historial de drogadicción?

—No que yo sepa, pero ha pasado una temporada muy difícil recientemente.

—Ah... no cuelgue. ¿Qué? ¡Diles que esperen...! En fin... tengo que dejarle ahora.

—Me gustaría ir a verla ahora.

—Claro —contestó él—. No se va a ir a ninguna parte.

Después de colgar, me di cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaba el Hospital Woodbridge. Obtuve el número en información y llamé a una aburrida recepcionista que me dijo:

—Lo llaman Woodland Hills, pero realmente es Canoga Park Topanga, al norte de Victory.

Me situé y conduje hacia el sur por la autopista de la costa. Cogí la Kanan Dume Road hacia la carretera 101 y allí me quedé atascado en un embotellamiento. Salí por la siguiente salida, conduje hacia el norte hasta que encontré Victory y la seguí dieciséis kilómetros hacia Topanga Boulevard. El hospital era una columna de tres pisos de ladrillo marrón que parecía una tableta de chocolate gigante. Pequeñas ventanas con cristales ahumados, pequeños letreros de latón y una iluminada entrada de emergencia lo bastante brillante para taladrar la luz de la mañana.

El aparcamiento era gratuito, en un solar enorme. El guardia de la puerta apenas me miró cuando pasó. Le di mi nombre a la recepcionista y ella me abrió la puerta.

El lugar estaba lleno de dolor, gente herida y enferma instalada en sillas de plástico. Quejidos constantes se elevaban entre la eficiente charla médica. Un vaho de colostomía flotaba en el aire.

Cuando pasó, alguien dijo: «¿Doctor?» con una voz débil y esperanzada.

Shapoor estaba en la parte exterior de una habitación con el rótulo de «Observación 2», leyendo un historial clínico. Era un alto, elegante indio de unos treinta años, tenía el cabello negro y ondulado, los ojos húmedos y un aliento de

nicotina. Su placa de identificación decía que era un residente de segundo año. Llevaba una corbata pintada a mano, y los discos de su estetoscopio eran dorados. Me presenté. Él siguió leyendo.

—Lucy Lowell —dije.

—Sí, sí, y a lo sé. —Señaló la puerta.

—¿Qué hace ahora? —pregunté.

—La hemos remendado.

—¿Tenía heridas?

—Habla en sentido figurado. —Cerró el historial de golpe—. Está bien. La hemos salvado. De momento.

—¿Han recibido ya sus análisis de sangre?

—No hay ningún narcótico que nosotros hayamos detectado.

—¿Cuáles son los efectos secundarios del gas?

—Un dolor de cabeza muy desagradable durante los próximos días, debilidad general, quizá desorientación, congestión, dificultades respiratorias... todo depende de la cantidad que absorbiera realmente. La hemos limpiado con mucho cuidado.

—¿Estaba consciente cuando ha llegado?

—Semiconsciente. Pero perdía la consciencia a ratos. Típico.

—¿La persona que la trajo está todavía aquí?

—No lo sé. La psiquiatra de guardia le puede informar. Ella no volverá hasta tarde hoy, pero cree que definitivamente se precisa una custodia involuntaria.

—¿Cómo se llama?

—Doctora Embrey. Puede dejar su tarjeta en recepción o a la enfermera de guardia y pedirles que se la entreguen.

Se quitó el estetoscopio y fue hacia la siguiente puerta. Yo abrí la de Lucy.

Estaba en la cama, con los ojos cerrados, respirando fuerte, con las manos planas encima de los muslos. Llevaba el pelo recogido en lo alto con una cinta elástica. Una bolsa de plástico con un líquido claro goteaba en sus venas, el oxígeno silbaba por un tubo delgado que corría desde un tanque presurizado hasta su nariz. Un banco de monitores detrás de la cama emitía pitidos, relampagueaba y gorgoteaba, tratando de cuantificar la calidad de su vida.

Sus signos vitales parecían buenos, la presión sanguínea un poco baja. Tenía la cara sudorosa, pero los labios estaban secos.

Yo la miré, reviviendo nuestras sesiones, y me pregunté si quizás hubo algún signo de advertencia.

Por supuesto que los hubo, genio. Toda esa vergüenza y esa rabia...

La confesión fue muy amarga.

Nada podía indicar que ella fuese a ir tan lejos, pero ¿qué demonios sabía yo de ella?

Ahora estaba fuera de mis manos. Estaba en manos de la administración,

encerrada durante tres días. Más, si la psiquiatra convencía al juez de que ella seguía siendo un peligro para sí misma.

Una mujer psiquiatra. Quizá fuese lo que ella necesitaba. Dios sabe que yo no fui precisamente su salvador.

Lucy emitió un sonido profundo como un ronquido, y sus ojos se movieron debajo de unos párpados hinchados.

Más frágil de lo que yo había pensado.

¿Su verano como prostituta fue la causa o, más probablemente, un síntoma?

Me preguntaba si todo lo que ella me había contado era cierto.

Por lo que yo sabía, su padre podía ser perfectamente un camionero de Bell Gardens, cuyo rasgo más cercano a la fama era una suscripción a la revista *People*.

¿Quién la había llevado al hospital?

¿Quién la había sacado del horno?

Sus ojos se abrieron parcialmente. Trató de parpadear, pero no podía. Yo me puse en su campo de visión; al principio no enfocaba bien. Entonces vi sus pupilas dilatadas. Una mano se movió, los dedos se extendieron hacia mí. De repente, cayeron.

Yo los cogí. Su boca se torció, luchando por conseguir una expresión, finalmente se quedó en la fatiga.

Le sonreí. Ella hizo un débil gesto de asentimiento. El tubo de oxígeno se salió de su nariz, y el silbido creció mientras el precioso gas se escapaba.

Lo volví a poner en su sitio. Lucy se pasó la lengua por los labios, y sus ojos se abrieron completamente.

Trataba de hablar, pero todo lo que salió fueron gruñidos inarticulados.

—Está bien, Lucy.

Se dejó caer hacia atrás. Sus dedos se enfriaron y aflojaron. Durante los siguientes veinte minutos, se quedó dormida mientras yo le sujetaba la mano. Vino una enfermera, la examinó y la dejó, cerrando con fuerza la puerta. Lucy se despertó con un sobresalto, y la presión sistólica se disparó.

Había pánico en sus ojos.

—Estás bien, Lucy. Estás en la sala de urgencias del Hospital Woodbridge, y lo estás haciendo muy bien.

Empezó a toser y no podía parar. El tubo de oxígeno volvió a caer. Cada espasmo la levantaba del colchón, una gimnasia involuntaria que tensaba su cara con dolor. Tosió más fuerte y escupió una mucosidad gris de feo aspecto que yo le limpié.

Cuando cesaron las toses, volví a colocarle el tubo.

Le costó mucho tiempo recobrar el aliento.

—¿Qué —dijo ella, muy suave y roncamente— ha pasado?

—Estás en la sala de urgencias del Hospital Woodbridge.

Confusión.

—¿Cuál es la última cosa que recuerdas, Lucy?

Ella me dirigió una mirada desconcertada.

—Dormir.

Su cara se torció y sus ojos se cerraron. ¿Más dolor... o vergüenza? ¿O ambos?

Los ojos se abrieron.

—Duele.

—¿El qué?

—La cabeza.

Se quejó y lloró.

Examiné el contenido de su gota a gota: glucosa y electrolitos, ningún analgésico. Apreté el botón de llamada a la enfermera. Un ladrido llegó a través de un altavoz en la pared: «¿Sí?».

—La señorita Lowell tiene dolores. ¿Puede tomar algo?

—Espere.

Lucy tuvo otro ataque de tos y escupió. Me miró mientras yo le secaba los labios.

—¿Qué... ha pasado? —empezó a temblar y sus dientes castañetearon.

Le puse otra manta encima. Ella dijo algo que no pude entender y me incliné para oírla.

—¿Estoy enferma?

—Has pasado una experiencia muy dura.

—¿Qué?

Las lágrimas se escurrían por sus mejillas, fluyendo bajo el tubo del oxígeno y hacia su boca. El miedo le deformaba la cara como si fuera de masa blanda.

—¿Estoy enferma? —repetió.

Yo le sujeté de nuevo la mano.

—Lucy, dicen que has tratado de suicidarte.

La conmoción le hizo abrir los ojos de par en par.

—¡No! —un susurro, más movimiento de labios que sonido—. ¡No!

Le di un suave apretón a sus dedos y asentí.

—¿Cómo?

—Gas.

—¡No!

Detrás de ella, los monitores saltaron. El corazón se aceleró, la presión sistólica se elevó. Su mano en la mía era una garra húmeda.

—¡No!

—Está bien, Lucy.

—¡No!

—Te creo —mentí—. Trata de relajarte.

—¡No lo hice!

—Está bien, Lucy.

—¡No!

—Está bien, ahora cálmate.

Ella sacudió la cabeza. El tubo de oxígeno se salió de su nariz como una piedra de una honda. Cuando trató de ponerlo en su lugar, volvió la cabeza y la apartó de mí, con el pecho levantado, respirando fatigosamente.

Se abrió la puerta y la misma enfermera entró. Joven y de cara cuadrada, con el pelo corto.

—¿Qué ocurre?

—Está preocupada.

—¿Qué le ha pasado al tubo?

—Se soltó. Iba a volvérselo a poner.

—Bueno, será mejor que se lo pongamos bien ahora.

Cogió el tubo y trató de insertarlo en la nariz de Lucy.

Ella se volvió a apartar.

La enfermera puso una mano en la cadera e hizo girar el tubo con la otra.

—Ahora, escúcheme —le dijo—. Estamos muy ocupados y no tenemos tiempo de hacer el tonto. ¿Quiere que le sujetemos la cabeza con esparadrapo para mantener el tubo en su sitio? Tendría que estar muy tirante, y créame, su dolor de cabeza sería mucho peor.

Lucy se mordió el labio y sacudió la cabeza.

—Entonces estese quieta, es por su bien. Estamos tratando de cuidarla y ponerla bien.

Asentimiento. El tubo volvió a su sitio.

—Buena chica. —La enfermera comprobó los monitores—. Su pulso está por encima de noventa y ocho. Será mejor que se tranquilice.

No hubo respuesta.

—¿De acuerdo?

Asentimiento.

La enfermera se volvió hacia mí.

—¿Es usted familiar?

—Su terapeuta.

Mirada inquisitiva.

—Bueno, eso está bien. Quizá pueda hacer que se calme. —Se dirigió hacia la puerta.

—¿Y el dolor?

—No puede tomar nada. No hasta que estemos realmente seguros de que está bien limpia.

Lucy gruñó.

—Lo siento, querida, es por su propio bien. —La enfermera abrió la puerta,

dejando entrar la luz fluorescente y el ruido de fuera—. Trate de pensar en algo agradable. Y no se preocupe más, eso solo hará que su cabeza se ponga peor.

La puerta se cerró. Volví a sujetar la mano de Lucy. Tan falta de vida como un guante.

Ella dijo:

—No lo he hecho.

Yo asentí.

—¡De verdad!

—Te creo, Lucy.

—¿Puedo volver a casa?

—Quieren tenerte en observación un tiempo.

Su espalda se arqueó.

—Por favor.

—No depende de mí, Lucy.

Trató de salir de la cama. El tubo volvió a salirse, silbando y enroscándose en la cubierta como una serpiente furiosa. Los monitores bailaban.

—Escúchame —dije yo, poniendo mis manos en sus hombros y empujándola hacia atrás sin resistencia.

De nuevo, volví a poner el tubo en su lugar. Ella se apretó contra mí.

—¡Lléveme a casa!

—No puedo, Lucy. Esa enfermera no era muy diplomática, pero tenía razón en una cosa: necesitas tranquilizarte ahora. Y cooperar.

Mirada aterrorizada, ojos desorbitados. Gran confusión.

Más toses.

—¿Por qué —preguntó ella, casi sin respiración— no puedo... irme a casa?

—Porque ellos creen que tú has intentado suicidarte. Te tendrán en observación durante setenta y dos horas. Eso significa que legalmente pueden retenerte aquí durante tres días y ofrecerte tratamiento psiquiátrico. Después de eso, si no representas ningún peligro para ti misma o para alguien más, te dejarán ir.

—¡No! —Ella se quejó y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Es la ley, Lucy. Es por tu propia protección.

—¡No!

—Siento mucho que estés pasando por todo esto, y quiero verte sana y recuperada lo antes posible. Por eso tienes que cooperar.

—¿Usted... me tratará...?

—Lo siento, Lucy. No soy parte del personal de aquí. Te tratará una psiquiatra llamada doctora Embrey, una mujer. Yo hablaré primero con ella...

—¡No!

—Sé que da miedo, Lucy, pero por favor, sopórtalo.

—¿Tres días?

—Me quedaré contigo. Lo prometo.

Más quejidos. Ella vaciló y levantó una mano hasta tocarse la sien.

—¡Ooh!

—Tranquilízate —dije—. Sé que es duro.

—¡Oh!

La mano se apartó de la cabeza y se quedó junto a su costado. Se señaló la caja torácica con un dedo.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Rota.

—¿Crees que te has roto una costilla?

Sacudió la cabeza.

—Yo. Rota.

—No, no lo estás. —Le acaricié la cara—. Solo un poco magullada.

—No... rota.

—Te pondrás bien, Lucy. Trata de descansar un poco.

—Milo.

—¿Quieres que le diga a Milo que estás aquí?

—Dígale... que alguien...

—¿Alguien?

—Alguien... —Luchando por recobrar el aliento, hizo una profunda, dificultosa inhalación.

El latido de su corazón había subido hasta cien. Ciento diez...

—Alguien... —repetió. Golpeándose las costillas. Había terror en sus ojos—. Alguien...

—¿Alguien qué? —Me incliné hacia ella.

—¡Quiere matarme!

Lucy se dejó caer y se quedó dormida. Los monitores tardaron un minuto más en volver a bajar.

Esperé un poco, luego salí para tomar un café. Un hombre en el vestíbulo dijo:

—Perdone, ¿es usted su médico?

Parecía tener unos treinta años. Un metro setenta y cinco de altura, ancho de hombros, robusto, de cara redonda, con un fino cabello castaño, un bronceado de golf y grandes ojos también castaños. Su chaqueta azul tenía algo de cachemir, y su camisa de color granate era de algodón de calidad. Llevaba unos pantalones de lino beige que caían perfectamente sobre unos mocasines color granate.

—Soy el doctor Delaware, su psicólogo.

—Oh, bien —extendió la mano—. Ken Lowell. Su hermano.

El movimiento del vestíbulo nos distrajo a ambos. Un viejo, blanco como la cera y esquelético, estaba siendo conducido por un auxiliar a una silla de ruedas. La sangre goteaba por debajo de su camisión hospitalario y pintaba una sinuosa huella escarlata en el suelo de linóleo gris. Tenía los ojos en blanco y la boca abierta. Solo sus miembros temblorosos indicaban que estaba vivo.

Ken Lowell se quedó mirando la silla que rodaba y se alejaba. Nadie corrió a limpiar la sangre.

Se volvió de espaldas a mí, con aspecto de náuseas. Las buenas ropas le hacían parecer un turista que había ido de visita a los barrios bajos.

—Doctor Delaware. Ella preguntaba por usted. Yo pensaba que estaba delirando, que quería ir a Delaware por algún motivo —sacudiendo la cabeza—. ¿Cómo está?

—Se está recuperando físicamente. ¿La ha traído usted?

Él asintió.

—¿Lo había hecho antes?

—No, que yo sepa.

Sacando un pañuelo de seda granate de su bolsillo del pecho, se secó la frente.

—¿Qué le pasará ahora?

—Se quedará aquí retenida durante al menos tres días, y una psiquiatra del hospital determinará su tratamiento.

—¿Puede ser obligada contra su voluntad?

—Si la psiquiatra, la doctora Embrey, cree que todavía está en peligro, puede ir al tribunal y pedir una extensión. Eso no es muy usual, sin embargo, a menos que el paciente cometa otro intento de suicidio en el hospital o experimente algún colapso.

—¿Qué la ha conducido a esto, doctor? ¿Estaba muy deprimida?

—Lo siento, pero no puedo discutir los detalles con usted... la confidencialidad.

—Ah, claro. Lo siento. Lo que pasa es que no sé mucho de ella. A todos los efectos prácticos, somos como dos desconocidos. No la he visto desde hace veinte años.

—¿Cómo es que la trajo, entonces?

—Pura casualidad. Es bastante asombroso. Yo buscaba a *Puck*, mi medio hermano, Peter, el hermano de Lucy. Teníamos una cita para cenar en mi hotel a las siete, y no apareció. Eso me preocupó; no creía que fuese algo que se pudiera olvidar. Así que esperé un rato, luego fui a su apartamento en Studio City. No había nadie. *Puck* me había dicho lo muy unidos que estaban él y Lucy, así que, como una probabilidad remota, decidí ir a buscarlo a casa de ella. Eran más de las diez cuando llegué, y no hubiera subido, pero las luces estaban encendidas y las cortinas medio abiertas. Cuando fui hacia la puerta, me pareció que olía a gas. Llamé, no respondieron, miré a través de la ventana, y la vi de rodillas en el suelo de la cocina. Golpeé fuerte el cristal y ella no se movió, así que rompí la puerta y le saqué la cabeza del horno. Tenía pulso y respiraba, pero no tenía demasiado buen aspecto. Llamé a urgencias. Tardaron mucho tiempo. Mientras esperaba que llegase la ambulancia, busqué hospitales en el listín y encontré este sitio. Todavía no habían aparecido y me dije, que se jodan, y la traje yo mismo.

Él metió el pañuelo de nuevo en su bolsillo y sacudió la cabeza.

—¿Es usted de San Francisco? —pregunté.

—¿Cómo lo sabe?

—Lucy me lo dijo.

—¿Le habló de mí?

—Le pregunté por su historia familiar.

—Oh. Realmente, soy de Palo Alto, pero tengo muchos negocios aquí en Los Ángeles... inmobiliarias, la mayoría participaciones en sociedades y quiebras. Pero dado el estado actual de la economía, vengo mucho más a menudo, y he empezado a pensar en contactar con *Puck* y Lucy... me parece mal no haber intentado tratarnos más. Lucy no estaba en el listín pero *Puck* sí, así que hace unas semanas le llamé. Se sorprendió mucho de oírme; fue un poco violento. Pero hablamos unas cuantas veces más y finalmente accedí a cenar conmigo.

—¿Iba a asistir Lucy también?

—No, él no quería que ella fuese... la protege, supongo. Fue un experimento.

El trato era que si funcionaba, la meteríamos también a ella... él estaba muy nervioso con este asunto. Sin embargo, me quedé muy sorprendido cuando me plantó.

—¿Ha tenido alguna noticia de él desde entonces?

—No. He intentado llamarle un par de veces desde aquí, pero no contesta. —Miró su reloj de pulsera—. Quizá debería intentarlo de nuevo.

Había un teléfono público en el vestíbulo. Llamó, esperó y volvió meneando la cabeza.

—Pobre chica —dijo, mirando hacia la puerta de la habitación de Lucy—. Puck dijo que había pasado unos momentos muy difíciles por algún tipo de obligación como jurado, y que estaba bastante preocupada, pero no tenía ni idea de que fuese tan... vulnerable.

Se abrochó la americana. Tirante alrededor de la cintura.

—Demasiadas comidas de negocios —sonrió tristemente—. Sin embargo, soy consciente de que ella seguramente no lo ha tenido fácil. ¿Le dijo quién es nuestro padre?

Asentí.

Él siguió:

—No sé si Lucy tenía algún contacto con él, pero si lo tenía, juraría que eso ha contribuido en parte a su estrés.

—¿Y eso por qué?

—Ese hombre es un total y absoluto hijo de puta.

—¿Ha mantenido usted alguna relación con él?

—No hay manera. Él vive allí... en Topanga Canyon, gran extensión. Pero nunca le llamaré —desabrochándose la chaqueta—. Cuando empecé en el mundo de los negocios, solía tener fantasías de que él iba a la ruina y yo compraba baratas sus tierras —sonrisa—. Yo mismo también he hecho terapia... me divorcié el año pasado.

—¿Qué ocurrió hace veinte años?

—¿Perdón?

—Usted ha dicho que la última vez que vio a Lucy fue hace veinte años.

—Oh. Sí, veinte, veintiuno, algo así. —Él bizqueó y se rascó un lado de su nariz—. Yo tenía nueve años, así que fue hace veintiuno. Era verano y mi madre decidió ir a Europa a recibir clases de pintura... ella era artista. Nos llevó en coche (a mi hermana Jo y a mí) a Los Angeles, y nos dejó en Santuario. Ese es el nombre de aquel lugar en Topanga.

—Ya he oído hablar de eso... un refugio para escritores.

—Sí. En fin, allí estaba ella, quitándose de encima, sin previo aviso. Él se alegró tanto como si le abrieran un forúnculo, pero ¿qué podía hacer, echarnos a patadas?

—¿Y Lucy estaba también allí?

—Lucy y *Puck*. Llegaron un par de semanas antes que nosotros. Eran muy pequeños, nosotros no sabíamos quiénes eran; nuestra madre no nos había dicho ni siquiera que existían, solo que él la había dejado por otra mujer. Luego resultó que la madre de ellos había muerto hacía unos años, y la tía que los había cuidado se acababa de casar y también se los había quitado de encima.

—¿Qué edad tenían?

—Déjeme pensar, si yo tenía nueve, *Puck* debía de tener... cinco. Así que Lucy tenía cuatro. Nosotros los veíamos como bebés, no teníamos nada que hacer juntos. Para decirle la verdad, nos sentimos agraviados por ellos... Nuestra madre siempre estaba criticando a la suya por robarle a su marido.

—¿Quién los cuidaba?

—Una niñera o canguro. Lo recuerdo porque dormían con ella en la casa principal, mientras que Jo y yo estábamos en una pequeña cabaña y básicamente nos las arreglábamos solos. Pero estuvo bien. Corríamos por allí, hacíamos lo que queríamos.

—Hace veintiún años. Debió de ser justo después de la inauguración de Santuario.

—Lo acababan de abrir —replicó él—. Recuerdo que dieron una gran fiesta de inauguración, y a nosotros nos obligaron a quedarnos en la cabaña. Con todas aquellas bandejas de comida. Y muchas toneladas más extendidas en esas largas mesas blancas de banquete, hubo sobras para semanas. Yo me metía a escondidas en la cocina y birlaba pasteles. Engordé cinco kilos... ese fue el principio de mi problema de peso.

Gente que gritaba o quizá se reía... y luces como luciérnagas.

Otra mirada al reloj.

—Bueno, me alegro mucho de conocerle. Si puedo hacer algo más...

Se volvió para irse.

—¿Cuánto tiempo se quedará en Los Ángeles?

—Tenía que volar de vuelta esta misma noche. ¿Cree usted... hay alguna oportunidad de que Lucy quiera verme?

—Es difícil decirlo ahora. Ella no está en condiciones.

—Claro, lo comprendo —dijo él tristemente—. Me pregunto dónde estará *Puck*, por qué no aparecerá.

Sacó una cartera de piel de cocodrilo y extrajo una tarjeta de negocios y me la tendió.

GRUPO ALPHA

Kenyon T. Lowell

vicepresidente sénior

adquisiciones

(415) 547-7766

—Tengo reuniones todo el día, pero probablemente pueda quedarme por aquí hasta mañana por la mañana. Si ella quiere verme, o si usted sabe algo de *Puck*, estoy alojado en el Westwood Marquis.

—¿Tiene a mano el número de su hermano?

—Aquí mismo.

Una tarjeta idéntica salió del billetero. En el reverso había un número del Valle escrito con bolígrafo azul.

—Déjeme un trozo de papel y lo copiaré.

—Quédesela —respondió él—. Me lo sé de memoria.

Él salió y yo volví a la habitación de Lucy. Todavía dormía, y yo le di mi nombre a la enfermera de guardia junto con un mensaje para la doctora Embrey. Luego llamé a la policía de Los Ángeles Oeste y encontré a Milo en su despacho.

—¿Qué pasa, Alex?

—Lucy trató de suicidarse anoche. Está ya fuera de peligro físicamente, pero todavía bastante confusa. Estoy en el Hospital Woodbridge, en el Valle. La retendrán aquí.

—Mierda. ¿Qué ha hecho, cortarse las venas?

—Meter la cabeza en el horno.

—¿La encontraste tú?

—No, su medio hermano. Afortunadamente para ella, él pasó a buscar al otro hermano y la vio a través de la ventana, de rodillas en la cocina. Es la Providencia.

—¿Las cortinas estaban abiertas y ella metió la cabeza en el horno? ¿Qué es eso, un grito de auxilio?

—¿Quién sabe? No me dio ninguna pista. Aun así, me cuesta mucho no sentirme como un verdadero idiota.

—Dios mío, Alex, ¿qué demonios ocurrió?

—Es muy complicado. Mucho más de lo que imaginas.

—Y no puedes decírmelo.

—No ahora, pero de hecho, tengo que hacerlo. Pero no por teléfono. ¿Cuándo podemos vernos?

—¿Vamos a la ciudad?

—Sí.

—Gino, en la calle cuarenta y cinco.

La *trattoria* Gino está en Pico, no lejos de la comisaría de Los Ángeles Oeste: manteles a cuadros, botellas de Chianti colgadas del techo, ásperos vinos.

Incluso durante el día, el lugar está oscuro, iluminado por velas en las mesas en unos globos de color ámbar que nunca se han limpiado. El de la mesa de Milo, una del rincón posterior, le iluminaba desde el fondo, acentuando cada cráter y

cada protuberancia y dándole el aspecto de una gárgola con dolor de espalda crónico.

Llevaba un traje oscuro, camisa blanca y corbata oscura. Incluso a esa distancia yo podía notar que se había cortado el pelo hacía poco... rapado militar por los lados, largo e hirsuto por encima, patillas hasta el lóbulo que están de moda ahora, y contra las normas del departamento.

Había dos cervezas frente a él. Empujó una hacia mí. Ante aquella sucia luz sus ojos verdes parecían de un color castaño gris.

—¿Cómo es que de repente puedes contármelo?

—Porque Lucy me lo ha pedido. Ha dicho que alguien está tratando de matarla, y quiere que tú la protejas. Estoy seguro de que es algún tipo de delirio inducido por el gas... o autonegación, porque no puede enfrentarse al hecho de que ha intentado suicidarse. Pero me lo tomo como una orden formal.

—¿Cómo se imagina que alguien ha querido matarla con gas? ¿Arrastrándola hasta el horno y metiendo su cabeza dentro?

—Ella todavía no está tan coherente como para discutir los detalles.

—¿Recuerdas las cuatro llamadas que tuvo? Parece que ha recibido algunas llamadas misteriosas.

—Me lo contó. Dijo que tú creías que no era nada serio.

—No lo creí porque ella no lo creía. Me dijo que podía ser algún problema técnico con su teléfono; la línea va y viene continuamente. Su forma indiferente de explicar todo el asunto me hizo preguntarme si ella realmente deseaba contarlo.

—Seguro que sí quería. Eso es parte de lo que tenía que decirte. Ella se ha enamorado locamente de ti. Me lo dijo durante la sesión de ayer.

Él se quedó quieto y callado.

—Quería mi aprobación, Milo. Yo no podía decirle que tú eres gay porque no quería violar tu intimidad. Y tampoco podía advertirte a ti acerca de sus sentimientos por culpa de la confidencialidad. Ella se quedó muy preocupada y se fue. Y ahora esto. Me siento como si yo realmente le hubiera fallado, pero no sé de qué otro modo podía haberlo hecho.

—Podías haberle contado lo mío, Alex. Yo no soy tu paciente.

—No creí que fuese apropiado meterme en tu vida personal. Ella era la paciente; yo trataba de concentrarme en ella.

—Dios mío. —Sus mejillas se convirtieron en fuelles y exhaló aire cargado de cerveza.

—¿Te ha mostrado alguna vez sentimientos románticos?

—No lo sé —exclamó, furioso—. Creo que sí, recapacitando... Quiero decir, ella me iba detrás, me llamaba, pero yo creía que era una cosa entre policía y víctima. Como si buscara a su hermano mayor. —Se frotó un ojo—. Está jodida la cosa, ¿eh? ¡Maldita sea! Soy un gilipollas por dejar que haya ido tan lejos.

Todos estos años he tenido mucho cuidado de no implicarme personalmente con las víctimas ni sus familiares. ¿Y por qué ella ahora?

—Tú no hiciste nada malo. Le diste apoyo, y cuando se hizo evidente que necesitaba algo más, me la enviaste a mí.

—Sí, pero había algo más. En mi cabeza. Ella probablemente se dio cuenta.

—¿Qué más?

—Implicación. Me he sorprendido pensando en ella. Preocupándome por ella. Algunas veces la he llamado yo, solo para ver cómo estaba.

Golpeó con una de sus grandes manos la mesa.

—¿De qué otra forma se lo podía haber tomado ella? ¿Qué me pasa, soy un idiota?

Sacudió la cabeza.

—Demonios, ella era solo un jurado. He tratado con miles de víctimas que lo habían pasado muchísimo peor. Debo de estar mal de la cabeza.

—Tú no le has metido la cabeza en el horno.

—Ni tú tampoco, pero te sientes fatal.

Los dos bebimos.

—Si yo no hubiera tratado de ayudarla —siguió él—, no hubiera sabido que había metido la cabeza en el horno, ¿verdad? Y tú y yo estaríamos sentados aquí hablando de otra cosa.

Tenía el vaso vacío y llamó para que le trajeran otro, mirándome.

—No, gracias.

Él siguió:

—La ignorancia es la felicidad, ¿no? Toda esa cháchara sobre el autoconocimiento y la comprensión, pero por lo que a mí respecta, creo que ser un buen avestruz es la clave para la estabilidad psicológica. Cielos, ahora la tengo sentada en mi hombro... Así que, ¿qué tengo que hacer? decirle, mira, querida, si me gustasen las mujeres, tú serías la primera de mi lista. También podría volver a meterle la cabeza en el horno.

—No hay necesidad de hacer nada ahora mismo —dije yo—. A ver cómo pasa ella las setenta y dos horas. Si la psiquiatra del Woodbridge es buena, sabrá cómo llevar este asunto.

—Setenta y dos horas... gracias a la ley.

—Hay algo más que debes saber —le conté lo del verano de Lucy como prostituta.

—Oh, Dios mío, esto cada vez es mejor. Solo una aventurilla de verano, ¿eh?

—Eso dice ella. Me lo confesó justo después de decirme cuáles eran sus sentimientos por ti. Me preguntó si pensaba que ella no era lo suficientemente buena para ti. Como si me estuviera dando una razón para rechazarla.

—No lo suficientemente buena para mí —emitió una risa pavorosa—. ¿Te acuerdas que dije que me recordaba a una chica de instituto que se convirtió en

monja? Alguien más que se convenció a sí mismo de que yo era maravilloso.

Esta vez se frotó la cara. Fuerte. Y tras una pausa continuó:

—El baile de fin de curso en Hoosierville. Todas aquellas pequeñas vírgenes y supuestas vírgenes de Nuestra Señora en nuestros brazos, los de los chicos con espinillas de Saint Thomas. Yo tenía dieciocho años y ya sabía que era gay desde hacía un par de años, no tenía nadie a quien contárselo. Su nombre era Nancy Squires, y cuando ella me pidió que la acompañara al baile le dije que sí porque no quería herir sus sentimientos. Le llevé un prendedor de orquídeas, esmoquin, el coche de papá bien limpio y encerado. Bailamos el twist en el gimnasio. Puré de patatas y el jodido Hully Gully. Bebimos un maldito ponche. —Miró su vaso de cerveza—. Ella era bonita, si te gustan delgadas, pálidas y torturadas. Escribía poesía, coleccionaba pequeñas chucherías de porcelana y no sabía vestirse, y daba clases particulares de matemáticas a los chicos. Por supuesto, las otras chicas la trataban como si fuera leprosa. —Se volvió y se encaró conmigo—. Era una persona encantadora con la que hablar, una verdadera dama. Entonces, cuando la llevaba a casa, ella puso sus manos en mis hombros y cuando yo aparqué frente a su casa ella me dijo que me amaba. Fue como si me dieran un puñetazo. Como yo era un genio, le dije que yo la quería como amiga, pero que no podía amarla. Luego le expliqué por qué. —Emitió otra risa espantosa. Con aquella mala luz parecía un asesino—. Ella no dijo ni palabra durante un rato. Dejó caer las manos y me miró como si yo fuera la mayor decepción de sus dieciocho años de vida. Ella no lo había tenido muy fácil. Su familia era un puñado de gilipollas, tenía hermanos en la cárcel, el padre era un borracho que le pegaba de vez en cuando, quizá algo peor. Y ahí estaba yo, la gota que colmaba el vaso. —Se frotó los párpados—. Se quedó mirándome. Finalmente, sacudió la cabeza y dijo: «Oh, Milo, vas a acabar en el infierno». Sin ira. Compadeciéndome. Luego dio unas palmaditas a su recién adquirida amiguita y salió del coche, y esa fue la última vez que la vi. A la semana siguiente, ingresó en un convento de Indianápolis. Hace cinco años, mi madre me escribió y me contó que la habían asesinado en Salvador. A ella y un grupo de monjas que lavaban ropa en un río. —Levantó las manos—. Se puede hacer un guión de película.

—Lucy te recuerda mucho a ella.

—Podrían ser hermanas, Alex. La forma en que se culpa a sí misma... la vulnerabilidad.

—Desde luego que hay vulnerabilidad. Dado lo que he sabido de su niñez, no es ninguna sorpresa. Su madre murió poco después de nacer ella; su padre abandonó a la familia. Funcionalmente, es huérfana.

—Sí, y a lo sé. Me hablaba una vez de Shwandt. Me decía que él tenía padre y madre, un bonito hogar, un padre que era abogado, así que, ¿qué excusa tenía? Dijo que su propio padre era un degenerado.

—¿Te dijo quién es su padre?

Él levantó la vista.

—¿Quién?

—M. Bayard Lowell.

Mirándome fijamente, puso las manos en torno a su vaso.

—¿Qué es esto, el Gran Día de la Jodida Sorpresa? ¿La puta luna que está en Piscis o Herpes o yo qué sé? ¿Lowell el de las « Belles Lettres » ?

—Ese mismo.

—Increíble. ¿Aún vive?

—Vive en Topanga Canyon. Su carrera se apagó y él se trasladó a Los Ángeles.

—Lo leí en el instituto.

—Como todo el mundo.

—¿Y ella es su hija? Increíble.

—Ahora comprenderás por qué tiene tanto impacto, aun ausente.

—Claro. Está ahí siempre, como el maldito Ogro de cinco metros.

—Lucy lo comparaba a ser hija del presidente. Puedo entender su búsqueda de una figura autoritaria benévola. Quizá tus ideas del hermano mayor no estuvieron demasiado lejos de la verdad.

—Fabuloso. Y ahora yo la decepciono, también... ¿Cómo voy a manejar esto? ¿La visito o me mantengo a distancia?

—Veamos qué tal le va durante los próximos días.

—Claro. La cabeza en el horno... ¿No tienes idea de qué la pudo conducir hasta eso?

Yo sacudí la cabeza.

—Estaba preocupada, pero nada que indujese al suicidio.

—Preocupada por mí.

—Sí, pero también habíamos empezado a meternos en otros asuntos... la prostitución, los sentimientos hacia su padre. Y el sueño que te mencionó. También quiero hablarte de eso.

Le describí la historia de la chica enterrada.

Milo dijo:

—Yo no soy psiquiatra, pero lo que oigo es: « Papá me asusta de muerte » .

—Ella empezó a tener esos sueños a mitad del juicio, justo después de que tú testificases por lo de Carrie. Yo me imaginé que todo ese horror había elevado su nivel de ansiedad y liberado sentimientos largamente enterrados hacia Lowell... se veía a sí misma como una especie de víctima. Sus últimos poemas eran viciosamente antifemeninos; ella debió de haberlos leído y tuvo una fuerte reacción. Y la última vez que discutimos el sueño, ella dijo que sentía que su alma entraba en el cuerpo de la chica de pelo oscuro... como si estuviera siendo enterrada también. Se identificaba explícitamente con la víctima. Pero algo que

me dijo su medio hermano en el hospital me hizo preguntarme si no habrá algo más. Ella dice que no había tenido contacto con Lowell en toda su vida, pero el hermano dice que hace veintinueve años ella pasó un verano con él en Topanga. Los cuatro niños estuvieron allí. Lucy tenía cuatro años entonces... la edad que aparece en el sueño. Y el refugio de Lowell tiene edificios de troncos, exactamente tal como ella los describe. Ahora bien, los periódicos recogieron la inauguración del retiro y también su arquitectura; yo encontré los recortes, así que ella también pudo haberlo hecho. O pudo haber oído hablar de ello a su hermano Peter. Él hizo un poco de investigación familiar y la informó. Si es este el caso, ella niega categóricamente haber estado allí. Pero la alternativa es que ella realmente no lo recuerde. Quizá porque ese verano ocurrió algo muy traumático.

—¿Papá le hizo algo?

—Como decía, sus últimos poemas eran groseramente misóginos. Si abusó de ella, puedo entender por qué el juicio sacó a flote sus recuerdos... sexo y violencia mezclados. Algo sí que es seguro: ella está luchando contra algo importante. La naturaleza recurrente del sueño, su intensidad (cuando habla de él realmente parece experimentarlo): ella está como en trance. Casi como si se estuviera hipnotizando a sí misma. Y eso me dice que las fronteras del ego se están debilitando; es algo muy potente. Así que quizá yo habría debido ser más cuidadoso. Más precavido. Pero no había una depresión profunda, ningún indicio de que ella fuese a hacer algo así.

—¿Qué sabes de los otros dos tipos del sueño?

—Podrían ser parte de su fantasía o quizá lo que le ocurrió a ella no fue en solitario. Y tengo otro posible participante. Ese verano, Lowell tenía un protegido viviendo con él que se llamaba Terry Trafficant. Una carrera criminal, historial de intento de violación, asalto, homicidio involuntario. Estaba encerrado hasta que Lowell le ayudó a obtener la libertad condicional y a publicar su diario de la prisión. Se convirtió en un *bestseller*.

—Sí, sí, yo entonces todavía no era policía, estaba en la universidad, pero recuerdo que pensé lo estúpido que era.

—Así pensaba también mucha otra gente. El último policía que lo detuvo dijo que era un cartucho de dinamita que tarde o temprano explotaría. Hubo un escándalo acerca del patronazgo de Lowell, luego Trafficant desapareció. Un tipo como ese, con tantos años en confinamiento, meterlo en Topanga Canyon con una linda niña pequeña alrededor, quién sabe.

Milo hizo una mueca.

—¿El historial de Trafficant incluye la pedofilia?

—No recuerdo haber leído nada de eso, pero un tipo como él muy bien podría no tener ningún reparo en el sexo con una niña pequeña.

—Sí. La otra posibilidad, Alex, es que no le ocurriera nada directamente a

ella pero que viera algo. Ni siquiera algo criminal... pudo ser alguna escena sexual fuerte, alguna especie de orgía. Una chica y tres hombres... eso aterrorizaría a una niña de cuatro años, ¿verdad? ¿Y si el ruido de rechinar era exactamente lo que había pensado al principio, y su mente ha adoptado precipitadamente esta última versión? Como tú dijiste, sexo y violencia están mezclados en su cabeza.

Pensé en ello.

—Es posible, claro. El medio hermano me dijo que los niños estaban en Santuario cuando se hizo la inauguración. Dieron una gran fiesta. Los periódicos la describen como una escena bastante estrambótica. Y en el sueño, Lucy habla de ruidos y luces en la noche en que abandona la cabaña. Pudo haber visto algo clasificado « X ».

—Implicando a papaíta. Él y otros dos tipos haciéndoselo con una chica — dijo él—. No es el tipo de cosa que una niña pequeña pueda asimilar fácilmente.

—Y el juicio lo ha revivido... Por otra parte, ¿y si ella realmente presencié algún acto violento y por eso precisamente oír hablar de Shwandt le evocó recuerdos de un crimen? Quizá, inconscientemente, estuviera motivada para ser jurado para arreglar de algún modo algo malo. Quizás esa fue la firmeza que vieron los acusadores.

—Es posible —asintió.

—Trafficant había cometido un intento de violación, Milo. Y él desapareció de escena después de la fiesta.

—¿Fugado?

—¿Por qué otro motivo hubiera desaparecido en la cumbre de su celebridad? Todos esos años entre rejas, luego se convierte en un escritor de *bestseller*, no hubiera tenido sentido desaparecer a menos que tuviera algo que ocultar. Él y Lowell... la publicidad hubiera sido devastadora. Así que quizá cogió el dinero y huyó. Por lo que sabemos, puede estar en alguna isla tropical viviendo de sus derechos de autor.

Milo se frotó la cara y contempló la luz de la mesa.

—Para que todo esto tenga sentido, no tendría que haber ningún testigo, lo cual significa violencia llevada hasta sus últimas consecuencias.

—Quizá Lucy realmente presenciara un enterramiento. Lowell y Trafficant y alguien más deshaciéndose de un cuerpo.

Milo pensó largo rato.

—Es un infierno de salto en el vacío basado en un sueño. Por lo que sabemos, Trafficant desapareció porque murió. Se gastó toda su pasta en drogas y murió de sobredosis. Era un perdedor psicópata. ¿No acaban siempre haciendo algo autodestructivo?

—Normalmente, sí. Pero aun así, la idea de él y Lucy allí al mismo tiempo, la forma en que ella ha olvidado aquel verano, y ahora eso de soñar con una

chica muerta... Podría llamar al editor de *Traffigrant* y averiguar si sabe dónde está. Si te sientes con ánimo para ello, puedes buscar sus antecedentes.

—Claro, por qué no... *Bestseller*. —Moviendo la cabeza—. ¿Qué les ocurre a todos esos intelectuales? Todos esos idiotas manifestándose por Caryl Chessman como si fuera un santo. Norman Mailer con sus mascotas reptantes, William Buckley alentando a ese gilipollas de Edgar Smith... que golpeó a una chica de quince años hasta la muerte con un bate de béisbol.

Pensé en ello.

—Supongo que los artistas y escritores pueden llevar una vida bastante aislada. Sin embotellamientos ni relojes para fichar. Si te pagan por inventar cosas, puedes llegar a confundir tus fantasías con la realidad.

—Creo que es algo más que eso, Alex. Creo que los así llamados «creadores» piensan que son mejores que los demás, que no tienen que someterse a las mismas leyes. Recuerdo que una vez, cuando entré en el cuerpo, hice un turno de calabozos en el Palacio de Justicia, y había un profesor de sociología que llevaba un grupo de visita, estudiantes serios, con sus plumas y cuadernos. Pasaron por delante de la celda de un gilipollas y estaba llena de dibujos... asquerosos, pero muy bien hechos; el tipo tenía talento de verdad. Eso no le impidió robar en licorerías y disparar a los propietarios. El profesor y los alumnos estaban totalmente deslumbrados. Cómo puede alguien con tanto talento estar aquí. ¡Qué injusticia! Empezaron a hablar con el tipo. Este es un psicópata experimentado, así que inmediatamente se huele una salida y juega con ellos como si tocara la guitarra: soy el Artista Incomprendido, robaba porque no podía permitirme comprar telas y pinturas... —Meneó la cabeza—. El maldito profesor realmente vino a verme y me preguntó quién era el oficial de libertad condicional de aquel tipo. Me dijo que era «criminal» tener entre rejas a un hombre con tanto talento. Esa es la ecuación que plantean, Alex: si tienes talento, tienes privilegios. De vez en cuando aparece algún artículo de mierda, algún loco idealista que quiere establecer un programa para enseñar a los presos a pintar o esculpir o tocar el piano o escribir asquerosas historias cortas. Como si eso fuera a constituir ni una maldita mierda de diferencia. La verdad es que en la cárcel siempre ha habido muchísimo talento. Visita cualquier penitenciaría y oírás buena música, verás cantidad de trabajos artísticos excelentes. Si me preguntas, yo diría que los psicópatas tienen más talento que el resto de la gente. Pero siguen jodidos psicópatas.

—Actualmente hay una nueva teoría sobre eso. La psicopatía es una forma de creatividad. Y tienes razón, no pocas personas artísticamente brillantes tienen un bajo coeficiente moral: Degas, Wagner, Ezra Pound, Philip Larkin. Por lo que he oído, también Picasso era una persona con la que resultaba difícil vivir.

—Entonces, ¿por qué la gente es tan condenadamente estúpida?

—Ingenuidad, deseo de creer lo mejor de los demás... ¿quién sabe? Y no son

solo el grupo de los « creadores» los que se lo tragan. Años atrás, los psicólogos sociales descubrieron algo llamado el electo halo. La mayoría de la gente cree sin problemas que si tú eres bueno en algo, esa bondad se transmite a otras áreas que no están relacionadas. Por eso los atletas se hacen ricos haciendo publicidad de productos.

—Sí —afirmó él—. Trafficant podía haberse aprovechado. Alguien podía haberle pagado para anunciar cuchillos.

—Lowell le dejó suelto en la sociedad. Lo sumergió en una situación completamente desestructurada llena de alcohol, drogas, admiradoras. Y lindas niñas pequeñas.

Milo rio tristemente.

—Aquí estamos los dos, sintiéndonos frustrados y construyendo un bonito castillo de naipes. Te aseguro que es interesante... los malhechores desocupados casi siempre huelen cualquier tipo de problema. Pero como has dicho, Lucy pudo haber leído algo de él u oír hablar de él a su hermano. Quizá todo el maldito sueño sea una pura invención.

—Puede ser —admitió—. Salió mucho en los medios de comunicación.

—Aunque ella me gusta mucho, tiene problemas, ¿verdad? La cabeza en el horno, esa historia paranoica de que alguien trata de matarla. Y esas llamadas extrañas. Me siento muy malo diciendo esto, pero ahora que sé que ella quiere acercarse a mí, sería un idiota si no me preguntara si se las ha inventado para llamar la atención. Incluso la forma que eligió de matarse tiene un aire así, ¿verdad? ¿Gas, con las cortinas abiertas?

Se bebió de un trago el resto de su cerveza y me miró.

—Sí, hay algo de histérico en eso —asentí—. Pero seamos caritativos y asumamos que incluso aunque se esté inventando cosas, sea por necesidad más que por manipulación. Eso no elimina la posibilidad de que algo la traumatizara aquel verano. No lo olvides, ella no está proclamándose a sí misma como víctima o tratando de comprender alguna cosa del sueño. Al contrario, tiende a minimizar las cosas, como hizo con las llamadas. Es una avestruz, Milo, que bloquea completamente aquel verano entero. Mi intuición me dice que ocurrió « algo» cuando ella tenía cuatro años, algo que ha quedado almacenado en su inconsciente. Algo que se relaciona, directa o indirectamente, con Lowell. No es la única con fuertes sentimientos contra él. El medio hermano le llamó « un absoluto hijo de puta». Él trabaja en el negocio de inmobiliarias y su gran fantasía es ejecutar una hipoteca sobre las tierras de papá. Quizás ese verano fue malo para todos los niños de Lowell.

—De acuerdo —corroboró—. Digamos que de alguna forma llegamos hasta el fondo de esto, averiguamos que papá hizo algo terrible hace veintinueve años. Y aceptemos que Lucy se recupera hasta el punto en que puede soportarlo todo. ¿Y entonces qué? ¿Llevamos a ese bastardo ante la justicia? Sabes lo que valen ante

un tribunal los recuerdos sin pruebas. Y el hecho de que ella estuviera haciendo terapia lo hace incluso más débil. Hoy en día, los fiscales dan por sentado que cualquier cosa obtenida en la consulta de un psiquiatra es una mierda hasta que no se pueda probar de otra forma. Demasiados casos han sido desestimados por los tribunales, demasiadas exageraciones pseudopsicológicas, mierda satánica... si tú «crees» que han abusado de ti, han abusado de ti.

—El bebé en su bañerita... como cuando los tribunales desestiman las pruebas extraídas con hipnosis. Pero tú sabes tan bien como yo que la hipnosis realmente ayuda a algunos testigos a recordar hechos. Y muchos pacientes consiguen recuerdos válidos durante la terapia. He visto docenas de corroboraciones. La clave es no introducir nada en la cabeza del paciente y no dirigirle nunca. Permanecer completamente escéptico, pero guardártelo para ti hasta el final, y si acabas obteniendo algo, comprobarlo al máximo.

—Lo sé, lo sé, solo estoy diciendo que es una batalla difícil.

—Mira, incluso aunque no resulte nada legalmente, yo creo que, llegados a este punto, conocer lo que realmente ocurrió, o no ocurrió, la ayudará mucho.

—¿Y si averiguamos que papá hizo algo, o no podemos tocarlo legalmente, y el bastardo queda impune? ¿Qué tal le sentaría eso a la psiquis de ella?

—¿Entonces qué sugieres, enterrarlo?

—No sugiero nada, solo creo problemas para mantener activa la mente.

—Qué buen amigo —bromeé—. De todas formas, esto probablemente sea solo teoría. Después del resultado de la última sesión, dudo que Lucy quiera volver a verme. Quizá se sienta unida con Embrey... quizá ver a una mujer lo haga más fácil. Quienquiera que vaya a ser su terapeuta, necesitará saber lo que está pasando.

—¿Crees que la retendrán más tiempo después de las setenta y dos horas?

—No a menos que ella realmente se desmorone. Lo que me preocupa es lo que le pase cuando salga.

Ninguno de los dos hablamos durante un rato. Yo pensaba en todas las posibilidades que habíamos examinado. Me preguntaba si Lucy se llevaría bien con Embrey. Me encontré a mí mismo deseando que así fuera.

—¿Qué? —exclamó Milo.

—Ese verano. Al menos podríamos tratar de eliminar cosas averiguando si hubo alguna denuncia de violación, muerte o desaparición de alguna chica con el pelo oscuro en Topanga aquel verano. Si las hubo, quizá tengamos una posible corroboración. Si no, eso también podría definir el foco de la terapia de Lucy. En cualquier caso, no tenemos que decírselo a ella hasta que sea el momento adecuado.

—Eliminar cosas, ¿eh?

—No veo que tenga nada de malo.

Se rascó un diente con una uña.

—Supongo que podría hacer una llamada al *sheriff* de Malibú. Es un vecindario con bajo índice de criminalidad, no creo que tengan mucho papeleo que consultar, suponiendo que conserven los antiguos archivos. También puedo buscar los antiguos registros del señor Trafficant. ¿Cuándo fue exactamente esa fiesta?

—Agosto... a mediados de agosto.

Sacó su bloc de notas y escribió algo. Su vaso de cerveza estaba vacío y él cogió un bastoncito de pan.

—Espero que se restablezca —dijo suavemente.

—Amén.

Dándole vueltas al bastoncito, lo volvió a dejar.

—Todavía no he comido. ¿Tienes hambre?

—Realmente, no.

—Yo tampoco.

II

Milo había dejado su coche sin marcas en la esquina junto al restaurante, en una zona de carga, y una guardia urbana se aproximaba a él con una mirada predatoria en sus ojos.

Milo sacó su insignia, meneó el dedo e hizo una mueca. La guardia urbana dio un gruñido, volvió a su cochecito y salió zumbando.

—¡El poder! —dijo Milo—. Te embriaga como el coñac más fino y no te estropea el hígado.

Mientras entrábamos en el coche, dije:

—¿Algo nuevo sobre el crimen de Santa Ana?

—Los abogados de Shwandt van a usarlo como base para una anulación de juicio.

—Estás bromeando.

—En la lógica de los abogados, la similitud entre este crimen y los del *Bogeyman* proyectan dudas sobre la culpabilidad de Jobe en todos ellos. Solo tenemos pruebas físicas en los casos de Carrie, Marie Rosenhut y Berna Mendoza. Todos los demás son circunstanciales.

—¿Y qué? Todavía quedan esos tres que él sí cometió.

—Tres contra quince. La carga de víctimas —es una frase suya— predispuso al jurado en contra de él y por eso lo condenaron a la pena de muerte. Quieren un nuevo juicio sobre el caso de Carrie y los otros dos con pruebas físicas también... frutos del árbol envenenado o alguna mierda por el estilo.

—Absurdo. Como tú dijiste, cualquiera que hubiera estado en el juicio o hubiera leído las transcripciones podía tener suficiente información como para copiar el delito.

Me puso la mano en el hombro.

—La lógica no tiene nada que ver con esto. Es un juego. Hay toda una subespecie de listillos que viven de rellenar apelaciones para la pena de muerte. Lo han convertido en todo un arte, y nosotros les pagamos con nuestros impuestos. —Sacudió la cabeza y rio—. ¿Qué dice de eso nuestra sociedad, Alex? Un trozo de mierda como Shwandt puede despedazar mujeres y niños, sacarles los ojos, cagarse encima de ellos, y obtener el apoyo legal de unos sabuesos, acceso a una biblioteca legal, tres metros cuadrados, televisión, revistas, sabrosa

comida. Quiero decir que, olvidando teologías e ideologías, dime, ¿qué razón puede hacer que dejemos vivir a alguien como él?

—Yo no tengo argumentos.

—¿Quiere eso decir que te has convertido finalmente?

—¿A qué?

—A la Iglesia de la Abjecta Hostilidad.

—Depende del día en que me cojas.

Milo rio y puso en marcha el coche.

Le pregunté:

—¿Crees realmente que hay alguna posibilidad de que haya un nuevo juicio?

—¿Quién demonios lo sabe? Al maldito cuerpo de la prensa le encantan las historias asquerosas. Las alimenta como a focas amaestradas.

Me pregunté cómo reaccionaría Lucy ante ese circo legal. ¿Lo vería como una degradación de lo que ella había hecho en su estrado del jurado?

Por el momento, aquel parecía el menor de sus problemas.

Llamé al Hospital Woodbridge y usé mi título para pedir información a una enfermera.

La paciente estaba durmiendo todavía. La doctora Embrey no había regresado aún.

Traté de llamar a Peter Lowell. No hubo respuesta.

Llamé a mi servicio telefónico y descubrí que la doctora Wendy Embrey me había dejado un mensaje. La llamé y salió el contestador con su voz. Le dije que me encantaría hablar con ella y volví al Seville.

No podía apartar de mi mente la idea de que a Lucy le había ocurrido algo aquel verano. No podía olvidar la idea de una niña pequeña y un asesino en libertad condicional allí juntos. Dirigiéndome hacia el norte por Westwood Boulevard, fui a Vagabond Books, aparqué en la parte de atrás y entré en la tienda.

El propietario estaba tocando el saxo. Levantó la vista mientras me acercaba, sin perder una nota. Luego me reconoció y dijo:

—Hey.

El mostrador de cristal con las primeras ediciones frente a la caja registradora tenía dentro algo nuevo, junto con los libros. Una gran pistola automática plateada.

Él me vio mirarla.

—Hay un tipo rondando por ahí que roba en las tiendas de libros de segunda mano. Llega justo antes de cerrar, saca una pistola, golpea y sodomiza al empleado y se lleva la caja. Al chico de Pepys Books le están haciendo la prueba del sida.

—Dios mío.

Se tocó la cola de caballo.

—¿En qué puedo servirle?

—Busco *Del hambre a la rabia*, de Terrence Trafficant.

Sacó la pistola, se la puso en el cinturón y salió de detrás del mostrador. Se metió en la parte de atrás de la tienda, luego volvió con un libro de bolsillo de aspecto gastado. Tapas de un rojo brillante, el título en letras negras que parecían cuchilladas.

Dos subtítulos propagandísticos de sobrecubierta:

« ¡Perturba y conmueve con toda la cruel autoridad
de la silla eléctrica! » *Time*.

« Retorcido, heroico, visionario, tocado por el genio,
Trafficant nos sujeta por el cuello y nos obliga a mirar
nuestra propia pesadilla. Puede ser uno de los libros
más importantes de este siglo » .

Denton Mellors, *The Manhattan Book Review*.

—¿Está haciendo algún tipo de investigación psicológica? —preguntó, registrando la venta—. No puede ser que lo lea por gusto. Es una basura.

Yo abrí el libro. Más alabanzas exageradas del *Newsweek*, de *Vogue*, *The Washington Post*, el *Times* de las dos costas.

—Los críticos no lo creían así.

—Los críticos son ovejas descerebradas. Créame, es una porquería.

—Bueno —dije, mientras le pagaba—, usted tiene el arma.

Volví a casa a las tres, sintiéndome inquieto, pero cansado. El océano era verde y sedoso. Dejé el libro en la mesa de café, salí, me eché en una tumbona, dejé que los ultravioletas me dieran de lleno en la cara y me quedé dormido.

Robin me despertó con un beso.

—Te llaman por teléfono.

—¿Qué hora es?

—Las cinco y cuarto.

—Debo de haberme quedado traspuesto.

Ella me secó la frente.

—Estás muy caliente. Tienes que tener cuidado con el sol, cariño.

Cogí la llamada en la cocina, frotándome los ojos y aclarándome la garganta.

—Soy el doctor Delaware.

—Doctor, soy Audrey, de la consulta de la doctora Wendy Embrey. La doctora Embrey me ha dicho que le diga que puede verle con referencia a Lucretia Lowell, si usted puede. ¿Le iría bien mañana?

—También podría ser esta noche.

—La doctora Embrey estará fuera esta noche... asiste a varios hospitales. ¿Mañana a la hora de comer?

—Claro. ¿Dónde?

—Estará en la universidad toda la mañana. Si le parece bien, puede reunirse con usted en el comedor de la facultad de Medicina a las doce y media.

—Sería perfecto.

—Bien. Se lo diré.

—¿Qué tal está la señorita Lowell?

—Estoy segura de que está todo lo bien que podría esperarse.

Leí *Del hambre a la rabia* con el desayuno. El vendedor tenía razón.

El estilo de Trafficant era crudo e incontrolado, hirviendo de retórica revolucionaria de instituto y de obscenidades. Su editor había conservado sus faltas de ortografía, buscando, supongo, una decidida autenticidad.

En la primera mitad, trabajaba dos temas a fondo: «La sociedad me ha jodido» y «estoy desquitándome». Las siguientes cincuenta páginas eran cartas que había escrito a diversas celebridades y funcionarios públicos. Solo dos habían respondido, el congresista del distrito de Trafficant en Oklahoma (que le contestó con una carta formulario de «querido elector») y M. Bayard Lowell, que alabó la «sangrienta poesía» de Trafficant.

Los dos hombres empezaron a escribirse, Trafficant despotricando y Lowell compadeciéndole. La página final era una fotocopia de la aprobación de la libertad condicional de Trafficant.

Había una biografía y una foto en la cubierta posterior, la misma foto de cara que habían publicado los periódicos.

Terrence Gary Trafficant, de origen incierto y sangre caliente, nació el 13 de abril de 1931, en Walahachee, Oklahoma. Golpeado a menudo y amamantado por lobas, pasó sus años formativos en varias instituciones e infiernos en la tierra. Su primera aventura punitiva importante llegó a la edad de diez años, cuando fue encerrado en la Institución Infantil de Oklahoma por robar cigarrillos. Demostró ser un preso poco cooperativo y alternó durante los siguientes treinta años una firme escalada de violencia y la encarcelación, la mayoría del tiempo en celdas de aislamiento. Él ofrece una perspectiva única de nuestra percepción de lo bueno y lo malo. *Del hambre a la rabia* ha sido comprado para su

adaptación como película.

Un psicópata que se abre camino en Hollywood... no era un trecho demasiado largo. Sin embargo Trafficant le había dado la espalda a todo aquello.

Un escritor de *bestseller* que admiraba al Monstruo de Düsseldorf.

Fija escalada de violencia... Cuanto más sabía de aquello, más duro me resultaba ignorar su presencia aquel verano.

Llamar a su editor... demasiado tarde para llamar a Nueva York.

Dejé volar mi imaginación: Trafficant seduce a la chica del pelo largo. Las cosas se le van de las manos... o quizás ella se resiste y él la viola, y luego la mata. Y se lo dice a Lowell. Lowell se aterroriza, se apresura a enterrar las pruebas, sin saber que una niña pequeña está mirando.

Una niña pequeña que moja la cama... quizá las sábanas empapadas la despertaron.

Se despertó y salió y vio aquello.

Y ahora estaba pagando por ello.

La cafetería de la facultad de Medicina era una barahúnda de ruido de cubiertos, con batas blancas por todas partes. Poco después de entrar, una guapa mujer asiática con un traje de seda color ciruela se acercó a mí.

—¿Doctor Delaware? Soy Wendy Embrey.

Era joven y menuda, con un largo, lacio pelo de un negro azulado, y ojos de ónix. Un distintivo de la facultad con foto colgaba de su solapa y la mostraba con el pelo rizado con permanente. W. TAKAHASHI-EMBREY, Doctora en Medicina, Psiquiatría.

—Tengo una mesa allí —me dijo—. ¿Quiere comer algo?

—No, gracias.

Ella sonrió.

—¿Ha comido aquí alguna vez?

—Ocasionalmente.

—¿Está usted en nómina? —preguntó, mientras caminábamos hacia su mesa.

—No. Trabajo en la ciudad.

—Yo hice la especialidad en la ciudad. ¿Se dedica a la psiquiatría?

—Pediatría. Soy psicólogo infantil.

Me dirigió una mirada de curiosidad y nos sentamos. En su bandeja había un bocadillo de atún, ensalada de col, postre de gelatina y un vaso de leche. Desenvolvió los cubiertos y extendió la servilleta en su regazo.

—¿Pero Lucretia era paciente suya?

—Sí. De vez en cuando trato también a adultos... terapias de corta duración, normalmente relacionadas con el estrés. Me la recomendó la policía.

Otra mirada curiosa. Seguro que había acabado su etapa de residente solo hacía un año o dos, pero había aprendido muy bien sus matices terapéuticos.

—Soy consejero ocasional de la policía.

—¿Qué tipo de estrés estaba sufriendo ella?

—Fue jurado en el caso del *Bogeyman*.

Ella cogió su tenedor.

—Bueno, eso realmente tuvo que ser difícil. ¿Cuánto tiempo hace que la trata?

—Solo unas pocas sesiones. Ella vino a verme porque tenía problemas de sueño. Una pesadilla recurrente y después algo de sonambulismo.

—¿Andaba dormida?

—Al menos una vez, antes del intento de suicidio. Se despertó en la cocina. Supongo, mirándolo retrospectivamente, que puede haber sido una especie de ensayo para el intento de suicidio. También tuvo un episodio de lo que parecía ser narcolepsia... se quedó dormida en el escritorio en el trabajo, y se despertó en el suelo.

—Sí, ella me lo ha contado. Me ha dicho que la mandó usted al neurólogo y que él diagnosticó que estaba perfectamente sana.

—Phil Austerlitz. Trabaja aquí.

—¿Las pruebas dieron negativo, tal como decía ella?

—Sí. Él pensó que se trataba de estrés.

El tenedor se hundió en la ensalada de col.

—Eso es lo que dijo también el neurólogo de Woodbridge. Interesante, sin embargo, lo del sonambulismo. ¿Cree usted que el intento de suicidio pudo haber ocurrido durante una especie de trance sonámbulo? He leído historias de casos de autodestrucción durante el despertar del sueño profundo. ¿Ha visto alguna vez algo semejante?

—Intentos de suicidio no, pero he tratado a niños con terrores nocturnos que se herían a sí mismos moviéndose y andando por ahí. Incluso conocí a una familia en la que el hijo y el padre, ambos, sufrían de terrores. El padre trataba de estrangular a la madre durante el sueño. Y hay casos de gente que ha cometido asesinatos y después alegado que estaba sonámbulo.

—¿Alegado? ¿No cree que sea posible?

—Es posible, pero raro.

Ella comió un poco de col, miró a su bocadillo, luego a mí.

—Es un caso extraño. Su negación es absoluta. Normalmente, con los que intentan el suicidio, se ve justo lo contrario: culpabilidad, confesiones, promesas de no volverlo a hacer nunca, porque se sienten físicamente despreciables y quieren escapar de la vigilancia. Los casos realmente graves, los que sienten haber fallado, o bien se vuelven realmente locos o se quedan mudos. Pero Lucretia coopera y es muy diáfana; ella entiende por qué tiene que estar en observación. Aunque sigue obstinada en que no intentó matarse. Actitud que se

podría considerar muy tonta si lo que quieres es intentar convencer a tu psiquiatra de que te deje ir, ¿verdad? En las manos equivocadas, puedes ser etiquetada como delirante.

—¿No cree que ella delire?

—Todavía no sé bien lo que creo, pero lo cierto es que ella no parece loca. Quizá me esté olvidando de algo, pero creo que ella está convencida verdaderamente, a un nivel consciente, de que no cometió ese intento de suicidio.

—¿Le dio alguna explicación de lo que ocurrió?

—Dice que se quedó dormida y se despertó en el hospital, y que su primer pensamiento cuando usted le dijo por qué estaba allí era que alguien había intentado matarla. Ahora que está plenamente consciente, se da cuenta de que eso no tiene sentido. En resumen, está bastante confusa. Yo podría estar totalmente equivocada, pero no le veo ningún brote esquizofrénico. Solo depresión... pero no la depresión abrumadora que se asociaría con el intento de suicidio. Hice que nuestro psicólogo le hiciera unas pruebas para ver si sufría un desorden bipolar. Ella parece tener tanto interés en mantenerse ocupada que pensé que ahí había algún tipo de manía y que el sueño diurno había sido un estallido después de un episodio. Él le encontró un cociente un poco elevado en cuanto a depresión y ansiedad, pero ningún indicio maniaco. Y su nivel de engaño era normal, así que parecía estar diciendo la verdad. Dijo que a menos que le hubieran hecho muchísimas pruebas y supiera cómo manipular los resultados, no había serios trastornos de personalidad.

Podía tener otros motivos para sufrir ansiedad. Justo antes del intento de suicidio, llegamos a ciertas zonas que le preocupaban. Tuvo una niñez muy aislada... Su madre murió cuando ella era pequeña, y tuvo una relación muy problemática con un padre ausente. Pero siempre fue coherente, y si hubiera estado realmente alterada dudo de que hubiera podido aguantar tres meses en aquel jurado.

—¿Qué zonas eran las que le preocupaban?

Le describí el sueño.

—Interesante —observó ella—. ¿Alguna indicación de que él la molestara?

—Ella niega hasta el hecho de haber estado con él, pero su hermano me dijo que pasó un verano en aquel lugar cuando tenía cuatro años. Así que ella o bien niega aquello o lo tiene completamente enterrado. En cuanto a lo que ocurrió realmente allí, lo ignoro.

Le conté lo de Trafficant, insistiendo mucho en lo especulativo que era todo aquello.

—Bueno —dijo—, en resumidas cuentas, parece como si mucha basura saliera a la superficie. Puede llevar mucho tiempo sacarla toda a flote. Tendremos que ser muy cuidadosos.

—Además de la basura, ella pasó un breve episodio de trabajo como

prostituta cuando tenía dieciocho años. Ella niega que sienta culpabilidad, pero seguramente hay mucha. Y además se ha enamorado de uno de los detectives que trabajaban en el caso del *Bogeyman*, el que me la encomendó. Y él es gay.

Ella dejó el bocadillo.

—¿Con solo unas pocas sesiones apareció todo eso?

—La mayoría durante la última. Demasiado, demasiado pronto, pero yo no podía pararla. Esa misma noche metió la cabeza en el horno.

—Maravilloso.

—¿La va a dejar ir después de las setenta y dos horas?

—No es ni psicótica ni violenta, no creo que ningún juez me diera más tiempo. Pero estoy segura de que necesita un estrecho seguimiento externo... Una prostituta... parece tan formal. ¿Cuánto duró?

—Parte de un verano. Ella dice que era virgen antes de eso. Y Phil Austerlitz dice que tiene una auténtica aversión a que la toquen.

Ella unió sus manos.

—Creo que comprendo lo que quiere decir de ese verano con su padre... A pesar de todo esto, se ha relacionado bien con un terapeuta masculino... habla muy afectuosamente de usted. ¿Tiene pensado seguir con su caso?

—Lo último que desearía para ella es abandonarla otra vez, pero puedo no ser la persona adecuada para ella. El policía que le gusta es muy amigo mío.

Le conté la petición de Lucy de mi permiso para amar a Milo. Mi silencio. Su reacción.

—Así que ella no sabe que él es gay.

—Todavía no.

Abrió el envase de la leche.

—No quiero meterme en nada personal, pero ¿él es su amante?

—No, solo un amigo —repliqué y añadí—: Yo soy heterosexual.

Me preguntaba por qué aquello sonaba tan a la defensiva.

—Ya veo lo que quiere decir con eso de complicaciones.

—Quizá por el interés de ella fuese bueno transferir su caso, si puede hacerse sin traumatizarla. Cuando supe que iba a ser tratada por una mujer, me alegré.

—Parece que tenemos una buena relación. Ella colabora mucho, da la sensación de que cuenta muchas cosas. Luego reviso mis notas y me doy cuenta de que no me ha explicado gran cosa.

—Yo tenía la misma sensación al principio. Como ya le he dicho, la mayor parte del material interesante apareció en la última sesión.

—Quizá sea el estilo de su familia. He hablado con su hermano, y tampoco me contó demasiado. Dada la situación, pensaba que querría que yo supiese la mayor cantidad de cosas posible.

—Él mismo no sabe mucho de ella. Es solo su medio hermano, no la ha visto desde hace veinte años.

—No, no hablo del que la trajo. Era el otro, Peter. Me llamó esta mañana desde Taos. Dice que ha sabido lo de Lucretia a través de Ken. Muy preocupado por no poder estar con ella, pero no podía volver. Y cuando intenté preguntarle cosas, él se echó atrás, como si tuviera mucha prisa por dejar el teléfono.

—¿Por qué no podrá estar con ella?

—Obligaciones de negocios. Yo llamé a Ken... ha vuelto a Palo Alto. No sabía nada, como usted dijo. Muy amable de su parte pagar los gastos hospitalarios de ella.

—Tuve la impresión de que quería relacionarse.

—Yo también. Se ofreció a ocuparse de todo... parece que tiene dinero. Lucretia no tiene seguro porque ha dejado su trabajo, así que es una suerte. El hospital mira con desconfianza a los médicos que tratan a pacientes que no son de pago. Hoy en día, tenemos que ser también contables, ¿verdad?

Asentí.

—De todos modos —continuó diciendo—, parece una familia complicada. ¿Hay algún otro pariente en la ciudad que pueda ayudarla?

—En la ciudad sí —le contesté—, pero no la apoyará.

Le conté quién era el padre de Lucy, y ella cogió su gelatina sin mostrar una reacción excesiva.

—Yo era más bien de matemáticas, nunca me fue mucho la ficción. Luego entras en la facultad de Medicina y todo tu mundo se limita... Así que el dolor del abandono podría ser mucho peor. Él está disponible para todo el mundo excepto para ella... y ahora ese sueño, tan condenadamente freudiano. Empieza a sonar como la antigua psiquiatría pasada de moda. No me convence nada.

—¿Qué es lo que suele usar? ¿Medicación?

—Casi siempre. Trabajo para seis salas de urgencias diferentes y raramente tengo que hacer ningún seguimiento. Así que, en efecto, si Lucretia quiere seguir viéndome, me interesaría mucho. Es una mujer muy interesante.

—¿Dónde tiene su consulta?

—En Tarzana. Tengo espacio para alquilar a otro psiquiatra. —Me dio su tarjeta—. ¿Y usted dónde está?

—En Malibú.

—No está mal. Quisiera que nos mantuviéramos en estrecho contacto. Necesitamos asegurarnos de que ella no le ve a usted solo como otro hombre que la ha abandonado.

—Pensaba visitarla mientras esté ingresada. ¿Cuándo quiere que empiece?

—Cuando quiera. Le dejaré su nombre a la enfermera de guardia.

Comió un poco más de gelatina y se acabó la leche, luego se limpió el bigote blanco que le había quedado.

—Mientras esté allí, sin embargo, procure mostrarse despreocupado. Especialmente en lo concerniente a su amigo gay. Quisiera mantenerla apartada de cualquier otra sorpresa hasta que tenga una impresión mejor de lo que le ocurre. ¿Le parece acertado?

—Sí, pero una vez salga, es muy probable que vaya a buscarle. Le ve como a un protector.

Le describí cómo habían conectado Milo y ella durante el juicio.

—Bueno —dijo ella—, por ahora, yo le diría que se mantuviera al margen. Lo que Lucy necesita es protección ante sus propios impulsos.

Volví a casa pensando que Wendy Embrey sería muy adecuada para Lucy. Pero me preguntaba cómo reaccionaría Lucy ante un cambio de terapeuta.

Yo tenía mis propios conflictos con esa transición: aliviado por la oportunidad de salir de aquel embrollo, pero bastante culpable al mismo tiempo por lo buena que me resultaba esa libertad. Y seguía interesado en saber lo que había ocurrido aquel verano. ¿Por ella o por mí? Las preguntas no eran reconfortantes.

Puse un poco de música y conduje como un robot. Cuando llegué a casa, había camionetas de surfistas aparcadas todo a lo largo del desvío que llevaba a la playa pública.

Cuando abrí la puerta, sonaba el teléfono.

Era una llamada de larga distancia de Ken Lowell.

—Hola, doctor. ¿Alguna novedad sobre Lucy?

—Parece que está respondiendo bien.

—He hablado con la doctora Embrey y parecía bastante competente, pero me siento un poco confundido. ¿Quién va a ser el médico de Lucy?

—Mientras Lucy esté en el hospital, estará a cargo de la doctora Embrey.

—Desgraciadamente, parece que no puedo localizar a la doctora Embrey ahora. ¿Va usted a hablar con ella? Porque si va a hacerlo, me gustaría contarle algo. Creo que ella debería saberlo.

—Claro.

—He recibido una llamada de mi hermano esta mañana temprano, explicándome por qué no había aparecido para aquella cena. Una emergencia de negocios. En Taos, Nuevo México, por lo que parece. Le he dicho lo que le había pasado a Lucy y él se ha puesto verdaderamente como una moto. Pero después me ha dicho que no podía volver ahora porque estaba comprometido.

—Le ha dicho lo mismo a la doctora Embrey. Debe de haberla llamado justo después de hablar con usted.

—Pero eso no tiene sentido. Porque cuando nos vimos la semana pasada, no tenía ningún tipo de negocio... me dijo que había estado sin empleo desde hacía mucho tiempo. Así que, ¿qué era eso tan urgente?

—Realmente no lo sé, Ken.

—No, claro, no tiene por qué saberlo... Tengo que decirle, doctor, que su voz sonaba muy inquieta. No puedo dejar de pensar que se encuentra en algún aprieto. Me pregunto si Lucy le habrá dicho algo que usted pueda divulgar sin romper la confidencialidad.

—No lo ha hecho, Ken.

—Bien. Gracias. Vendré a Los Ángeles las próximas semanas. ¿Será adecuado que visite a Lucy?

—Tendría que consultarlo con la doctora Embrey.

—Sí, claro. Tengo que decírselo, doctor, esto es muy extraño.

—¿El qué?

—La familia instantánea.

A las cuatro y diez me llamó Robin para decirme que la habían invitado a asistir a una actuación aquella noche en el Whiskey, una banda de héroes del *trash-metal* que usaban unas guitarras que ella había fabricado.

—¿Te importaría mucho si paso? —le pregunté.

—Si tuviera una buena excusa, yo pasaría también. Zero ha venido a casa y me ha invitado personalmente.

—¿A qué hora crees que acabará?

—Tarde.

—¿Qué tal si me acerco antes y cenamos algo?

—¿Y *Spike*?

—Puedo llevar comida preparada.

—Eso sería estupendo.

—¿Cuándo puedo ir?

—Lo antes posible.

Compré unos tapones para los oídos en una farmacia en Point Dume y unos bocadoillos y bebidas en una tienda cercana. Me costó cuarenta minutos llegar a las obras. Había algunos camiones que salían de allí y Robin estaba conferenciando con un hombre con el pecho desnudo y un bigote de morsa manchado de tabaco. Casi calvo excepto por algunos mechones amarillos por detrás y una cola de caballo, estaba muy concentrado escuchándola hablar.

Robin me miró, me saludó y continuó hablando con él, empuñando unos papeles de copia. *Spike* estaba en el asiento trasero de su furgoneta, pegó su cara de rana contra la ventanilla posterior y ladró. Yo llegué hasta allí y lo saqué. Me lamió la cara y agitó sus patas en el aire, y cuando le dejé en el suelo, se levantó, me abrazó las rodillas y frotó su cabeza contra mi pierna.

—Qué chico más guapo. «Guapo» era su palabra favorita, después de «carne picada». Empezó a jadear; luego su morro se pegó a la bolsa que yo llevaba en la mano.

Robin preguntó:

—¿De acuerdo, Larry? —En un tono de voz que demostraba que estaba perdiendo la paciencia.

—Sí, señora.

—Así que haremos una inspección el próximo lunes. Si surge algún otro problema, házmelo saber enseguida. —Cambió los papeles a la otra mano.

—Sí señora. Claro que sí. —Larry me miró.

—Este es el doctor Delaware. Él paga las facturas.

—Señor —me dijo Larry—, estamos preparando un bonito sitio para usted, puede apostar que sí.

—Fantástico —exclamé.

Larry se rascó la cabeza, caminó hacia la casa y empezó a hablar con otro trabajador. El estanque estaba seco y medio lleno de tierra. Lo que una vez había sido un jardín era ahora un agujero fangoso. Las esquinas del nuevo tejado de la casa cortaban el cielo en ángulos agudos. El sol que aparecía a su través era blanco platino.

—¿Qué piensas? —inquirió ella.

—Muy bonito.

—No tardará en serlo. —Me besó la mejilla.

Seguí mirando la construcción. El armazón estaba completo y las paredes habían sido preparadas y enyesadas parcialmente. El yeso era irregular, con marcas de paleta, todavía húmedo en algunas zonas. La casa original había tenido paredes de secoya y tejado de cedro. «Un montón de leña sobre unos cimientos», la había llamado el jefe de bomberos. El nuevo edificio sería de estuco y tejas. Ya rae había acostumbrado a ello.

Robin me rodeó con su brazo y fuimos a la furgoneta.

—Siento lo de esta noche.

—Hey, todos tenemos nuestras emergencias. Aquí hay algo para que conserves la salud.

Le di los tapones para los oídos y ella rio. Levantó la portezuela trasera, extendió una manta del ejército y sacamos la comida. Escuchábamos los ruidos de los martillos neumáticos y las sierras, alimentábamos a *Spike* con trocitos de bocadillo y veíamos los pájaros volar en círculo sobre nuestras cabezas. Enseguida, empecé a sentirme muy bien.

Llevé a casa a *Spike*, le di la cena, lo llevé a dar una carrera por la playa y lo coloqué frente el televisor. Luego me duché, me puse ropas limpias y me dirigí al Hospital Woodbridge; llegué al aparcamiento hacia las siete.

La Unidad Psiquiátrica estaba en la tercera planta, detrás de unas puertas giratorias que tenían el rótulo cerrado. Apreté un timbre, di mi nombre y oí el ruido del pestillo. Empujé y entré en un vestíbulo largo y bien iluminado.

La moqueta color chocolate estaba recién limpiada, y las paredes eran de un agradable color tostado. Había diez puertas a cada lado, y el mostrador de enfermería al final. Una enfermera estaba sentada. Una suave conversación venía de alguna parte, junto con diálogos de la televisión, música de radio y el ocasional timbre de un teléfono.

Cuando llegué al mostrador, la enfermera dijo:

—Doctor Delaware... sí, aquí está. Lucretia está en la 14, ahí detrás en el lado izquierdo.

Era muy joven y tenía un cabello rubio color maíz salpicado de cintitas

azules, y unos bonitos dientes.

Volví sobre mis pasos. Antes de llegar a la habitación número 14, se abrió la puerta de la 18 y una mujer menuda, de dulce cara y de unos cincuenta años me miró. Llevaba un vestido rosa, perlas y pantuflas rosa. La pared del fondo de su habitación estaba llena de fotos familiares, salía de allí un aroma a galletas de chocolate.

—Que tenga un buen día —me dijo, sonriendo.

Yo le devolví la sonrisa, tratando de no mirar los vendajes alrededor de sus muñecas.

Su puerta se cerró y yo llamé a la de Lucy.

—Entre.

La habitación era de tres metros por tres, pintada del mismo color tostado, con una cama, una mesilla de noche de imitación madera, un pequeño armario sin puerta, un escritorio y una silla que parecían de tamaño infantil. La televisión estaba en lo alto, en la pared, con el mando a distancia atornillado a la mesilla de noche. A su lado había una pila de libros de bolsillo. El que estaba encima se titulaba *Doloroso pecado*.

No había cuarto de baño. Una sola ventana fija, con marco incrustado de metal, ofrecía una vista del aparcamiento y el supermercado que estaba al lado del hospital.

Lucy estaba sentada en la cama, encima del cubrecama, vestida con vaqueros y una camiseta blanca con botones de arriba abajo. Llevaba las mangas enrolladas hasta el codo y el cabello recogido; sus pies estaban desnudos. Tenía una revista abierta en el regazo. Podía haber sido una universitaria pasando un rato libre en su habitación.

—Hola.

Dejé la revista a un lado. *La buena ama de casa*. La cubierta prometía: «Comidas de vacaciones por las que tu familia te adorará».

—¿Qué tal estás? —le pregunté, sentándome en la silla.

—Me alegro de estar fuera de allí.

—¿Te tratan bien?

—Bien, pero sigue siendo una prisión.

—He hablado con la doctora Embrey. Parece agradable.

—Bastante agradable. —Su voz era plana. Yo esperé—. No tengo nada contra ella —dijo—, pero no quiero volver a verla cuando salga.

—¿Y eso por qué?

—Porque es demasiado joven. ¿Cuánta experiencia puede tener?

—¿Ha hecho o dicho algo que pueda debilitar tu confianza?

—No, es muy agradable. Es solo su edad. Y el hecho de que es una de las personas que me han tenido aquí... un carcelero es un carcelero. Una vez salga, quiero acabar con este sitio y cualquiera que esté asociado a él. ¿Cree que es una

tontería?

—Creo que necesitas alguien con quien hablar.

—¿Y usted?

Yo sonreí y toqué las canas de mis sienes.

—Así que yo soy lo bastante viejo para ti.

—Usted tiene experiencia, doctor Delaware. Y ya hemos establecido una relación, ¿por qué empezar otra vez desde cero?

Yo asentí.

—No está de acuerdo —dijo ella.

—Nunca te abandonaré, Lucy.

—Pero usted cree que debería ver a Embrey. —Su voz se había puesto tensa.

—Creo que finalmente tú eres la que decides. No quiero que te sientas abandonada, pero tampoco quiero sabotear a la doctora Embrey. Parece muy capacitada, y está muy interesada en tu caso.

—Es una niña.

No dije nada.

Ella fue velozmente al borde de la cama y se sentó allí, con las piernas colgando, los dedos de los pies rozando la alfombra.

—Así que esto es todo en cuanto a mi terapia con usted.

—Siempre estaré ahí para ti, y te ayudaré en todo lo que pueda, Lucy. Solo quiero que hagas lo que sea mejor para ti.

Ella miró a un lado.

—Quién sabe, quizá ni siquiera necesite un terapeuta. —Se volvió hacia mí agudamente—. ¿Cree usted realmente que intenté matarme?

—Así parece, Lucy.

Una dolorida sonrisa revoloteó en su cara.

—Bueno, al menos usted es honrado. Y al menos usted me llama Lucy. Ellos me llaman Lucretia. Fue él quien me puso este nombre. Por Lucretia Borgia... él odia a las mujeres. El nombre completo de Jo era Jocasta. ¿Qué tal como edípico?

—¿Y tus hermanos?

—No, los nombres de los chicos están bien. Dejó que las madres les pusieran el nombre a los niños. Él solamente se dedicó a arruinar a las niñas.

—¿Arruinarlas, cómo?

—Nombres horribles, en primer lugar. ¿Cómo puedo tener confianza en este sitio si ellos ni siquiera me respetan lo bastante como para llamarme como yo quiero? He insistido en que me llamo Lucy, pero cada vez que viene una enfermera nueva, se limita a leer el historial. Lucretia esto, Lucretia lo otro. «¿Qué tal estás, Lucretia?» —Se levantó y miró por la ventana—. Yo no puse la cabeza en aquel horno —afirmó—. No tengo ni idea de cómo acabé allí, pero yo no lo hice. Ni sonámbula ni de ninguna otra manera.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque lo sé. Pero nunca se lo diría a Embrey. Ella pensaría que estoy loca.

—No, no lo pensaría —negué—. Y yo tampoco. Pero yo sí creo que puedes haberlo hecho sonámbula. No es usual, pero tampoco es imposible.

—Quizá para cualquier otra persona, pero no para mí.

Se volvió. Había llorado, y la humedad mojaba sus mejillas.

—Yo sé que suena extraño y paranoico, pero alguien está tratando de matarme. Le dije a Embrey que había cambiado de idea porque no quería que me encerrara para siempre. Pero hay algo que usted debería saber. ¿Puedo decirsele confidencialmente, sin que se lo cuente a ella?

—Esto me pone en un aprieto, Lucy.

—Está bien —aceptó—. Lo entiendo. No quiero hacerle eso. Pero de cualquier manera, ella no lo sabrá. No hasta que yo haya salido de aquí.

No hablamos. Ella se secó los ojos y sonrió.

—Gracias por venir. Gracias por hacer lo que usted cree que es lo correcto... Yo no puse la cabeza en aquel horno. ¿Por qué iba a hacerlo? Quiero vivir. —Se secó las mejillas—. Todas esas llamadas telefónicas. Pensaba que no eran nada... quizá no eran nada. Pero yo... se lo voy a decir, aunque usted probablemente pensará que estoy loca y me quedará encerrada hasta quién sabe cuándo.

Empezó a llorar.

Le puse la mano en el hombro y eso hizo que llorase más fuerte todavía.

Cuando se detuvo, dijo:

—No quiero que me encierren. Aprecio mi independencia.

—No haré nada para encerrarte, si prometes no hacerte daño.

—Eso es fácil. Yo no quiero hacerme daño a mí misma. Se lo prometo, doctor Delaware. Se lo juro.

Se sentó tranquilamente unos momentos.

—Una vez, poco después de que empezara a verle a usted, volví a casa y encontré que habían registrado mis cosas.

—¿Qué cosas?

—Las ropas... la ropa interior. No soy una fanática del orden, pero tengo cada cosa en su sitio. Y mis medias y sujetadores habían sido removidos en el cajón, como si alguien los hubiera sacado y vuelto a meter, doblados de una forma que yo nunca los doblo. Y habían desaparecido un par de medias.

—¿Por qué no se lo contaste a nadie?

—No lo sé. Solo ocurrió una vez, y yo pensé que quizá me lo estaba imaginando. El día anterior había llevado algunas prendas a la lavandería; pensé que era posible que me hubiera dejado las medias en la lavadora, o que estaba distraída y había guardado las cosas de una forma distinta... Quiero decir que no

soy del tipo de personas que siempre imaginan lo peor. Pero ahora me doy cuenta de que alguien estuvo en mi casa. —Ella me agarró el brazo—. Quizá por eso empecé a tener el sueño otra vez. Porque me sentí asustada. No lo sé; a veces pienso que me lo estoy imaginando todo. Pero no estoy loca.

Yo le di unas palmaditas en el hombro y ella me soltó el brazo.

—¿Ken me ha salvado realmente?

—Sí.

—¿Cómo es?

—Parece agradable.

—Otra cosa que me preocupa: ¿dónde está *Puck*? Embrey me ha contado una historia de que llamó desde Nuevo México, pero eso no tiene ningún sentido.

—Llamó también a Ken desde allí.

Lucy cogió otra vez mi brazo, más fuerte todavía.

—Entonces, ¿por qué no me ha llamado a mí?

Yo me quedé callado.

—No tiene sentido —repitió ella.

—Les dijo a la doctora Embrey y a Ken que estaba en una especie de viaje de negocios. Tenía una cita para cenar con Ken hace un par de noches, pero no se presentó. Por eso llegó Ken a salvarte. Buscaba a *Puck* en tu casa porque él le había dicho que estabais muy unidos.

—Lo estamos... *Puck* no me había contado nada de esa cena.

—Era una prueba que habían tramado entre los dos, para ver qué tal se llevaban. Si se llevaban bien, iban a involucrarte a ti también.

—¿Me estaban protegiendo? Típico. —Se levantó y se soltó el pelo—. *Puck* siempre está tratando de protegerme, aunque... ¿por qué no habrá llamado?

—¿Aunque qué?

Duda.

—Aunque él mismo tampoco es el chico más duro del mundo.

—¿A qué se dedica?

Otra pausa.

—A cosas diferentes a lo largo de los años. —Se volvió, con los castaños ojos encendidos—. Ahora, no está haciendo nada en particular. Tiene tres cursos de universidad y una especialización en Historia. Trata de encontrar algo decente con eso. Bueno, estoy segura de que volverá pronto y lo arreglaremos. Tengo muchas cosas que arreglar. Gracias a Dios, voy a salir pronto.

Salí del aparcamiento del hospital y me dirigí hacia la carretera. Estaba de acuerdo con Embrey: Lucy creía que no había intentado suicidarse.

¿Fue hasta el horno andando dormida?

No era imposible, pensaba yo. Para algunas personas, el sueño puede ser una segunda vida. Algunos sonámbulos niegan serlo; muchas personas que roncan dicen que son silenciosas. Yo había tratado a pacientes que experimentaban espantosos terrores nocturnos y se despertaban a la mañana siguiente diciendo que habían tenido dulces sueños. El hombre que trataba de estrangular a su mujer en sueños rehusaba creerlo hasta que le enfrenté con una cinta grabada.

Y Lucy tenía un historial de trastornos de sueño.

Así que quizá todo aquello se redujera a una singularidad psicológica.

Pero ¿y su recién expresada creencia de que alguien le había robado ropa interior?

Las llamadas misteriosas... ¿ideas delirantes?

Embrey no había encontrado ni psicosis ni desórdenes graves de personalidad, ni yo tampoco.

¿Acaso ambos queríamos creer lo mejor?

Incluso Milo había dejado a un lado su cinismo de policía y se había implicado más con ella que con nadie que hubiese conocido en su trabajo anteriormente.

Recordé su complejo de culpa mientras expresaba sus dudas sobre la credibilidad de Lucy.

Mi respuesta rápida era que ella, más que manipuladora, parecía necesitada.

Pensaba en la forma en que había conseguido que le prometiera no conspirar para encerrarla.

Mi instinto me decía que ella era sincera, pero ¿era cierto eso, o era yo quien quería creerlo?

¿Debí haber tratado de convencerla de permanecer con Embrey?

Quizá Embrey pudiera manejar eso por sí misma.

« *Quién sabe, quizá ni siquiera necesite un terapeuta* » .

¿Había dejado pasar aquello demasiado fácilmente?

Podría ser, debería ser...

Mañana por la noche, Lucy volvería a dormir en su propia cama.
Esperaba que no hubiera hecho una apuesta terrible.
Que la libertad no la matara.

Milo llamó por teléfono al día siguiente, justo después de mediodía; y yo le conté mi visita al Woodbridge y los sentimientos de Lucy sobre Wendy Embrey.

—¿Cómo es Embrey?

—Agradable, brillante, motivada.

—Pero ella no eres tú.

—No estoy seguro de que Lucy me quiera tampoco a mí. La noche pasada dejó escapar algo acerca de dejar completamente la terapia. Un momento después, me dice que tiene miedo de que alguien la persiga.

Le conté lo de su ropa interior.

—¿Se ha acordado de eso de repente?

—Lo consideró como un despiste, de la misma forma que no se preocupó por las llamadas telefónicas y las achacó a problemas técnicos. Como te dije, no juega el papel de víctima. Lo tiene difícil para ser dependiente. Habla de su hermano, Peter, como su único protector, pero él no está cumpliendo exactamente con ese cometido. Salió de la ciudad para un negocio urgente, aunque llevaba años sin trabajar. Y ha encontrado tiempo para llamar a Ken y a Embrey, pero no a Lucy.

—¿La evita?

—Eso parece. Lucy insiste en que están muy unidos, pero él es un tipo extraño. Le vi una vez cuando vino con ella a una sesión. No quiso entrar y se quedó sentado en el coche. Un tipo reservado.

—¿Reservado como un esquizofrénico?

—Solo fue un breve encuentro y yo no noté nada extraño... más bien parecía tener una gran timidez. Era lo bastante protector como para resguardarla de encontrarse con Ken de buenas a primeras, pero cuando le pregunté a Lucy a qué se dedicaba, ella se puso a la defensiva y dio excusas acerca de su falta de empleo. Como si fuera ella la que estuviera acostumbrada a protegerle a él. Ahora que ella está en crisis, la incapacidad de él de apoyarla podría ser traumática. Lo último que necesita Lucy es otro abandono.

—¿Podría visitarla?

—Embrey sugirió que te mantengas a la espera por ahora, y yo estoy de acuerdo.

—¿Y eso significa?

—No te ofrezcas voluntariamente, pero si ella se acerca a ti, no la rechaces.

—¿Cuándo saldrá?

—Mañana.

—Está bien, vosotros sois los médicos... De cualquier manera, yo te llamaba porque contacté con la oficina del *sheriff* de Malibú y ellos me han enviado un fax... si todavía estás interesado en el sueño.

—De una manera u otra, es relevante para el estado mental de Lucy.

—Bueno, nada demasiado jugoso. No hubo homicidios ni intentos de homicidio de mujeres en toda el área de la playa desde junio hasta noviembre de ese año. Y de las ocho violaciones que hubo, siete fueron en Oxnard, y ninguna de las víctimas coincide con la joven de cabello largo. Dos de ellas eran probablemente empleadas domésticas (mujeres de mediana edad), dos eran niñas, y las otras tres eran escándalos de bares mexicanos con putas, todos los cargos anulados. La octava fue en Malibú, pero en ningún sitio cerca de Topanga. En un rancho en Decker Canyon, unos vaqueros se emborracharon y asaltaron a una mujer que cuidaba los caballos.

—¿Tenía el pelo largo?

—Tenía cincuenta y cinco años, pesaba noventa kilos y tenía el cabello gris. No hubo ninguna mujer desaparecida en Topanga, tampoco, durante ese periodo de tiempo. Me han enviado un documento con cuatro casos de personas desaparecidas en el área que nunca se cerraron, pero una vez más eran al norte, en Oxnard y Malibú. Dado el gusto de la época, los niños de las flores haciendo *autostop*, cuatro no parecen demasiadas.

—¿Alguna de las cuatro coincide con la chica del sueño?

—Realmente no las he estudiado, Alex. Espera, déjame verlas... La primera es Jessica Martina Gallegos, Oxnard. Dieciséis años, en el segundo curso del instituto, cabello negro, ojos castaños, un metro cincuenta y cinco, sesenta y ocho kilos (no me parece una chica alta y de piernas largas), vista por última vez esperando un autobús a las diez de la noche frente al Teatro Carnivel en Oxnard Boulevard. Las fotos que llegaron por fax son un poco borrosas, pero puedo ver lo suficiente para decirte que no tenía un largo cabello flotante. Corto y rizado y teñido con las raíces oscuras.

» La número dos, Iris Mae Jenrette, treinta y dos años, uno sesenta y cinco, cincuenta kilos, rubia y ojos verdes, vista por última vez en el Beachrider Motel, Point Dume... Aparentemente esta venía de Idaho en luna de miel, tuvo una pelea con su maridito, cogió el coche y desapareció, y no volvió a casa... Largo cabello, pero de color rubio platino y cardado. ¿Quieres las otras dos?

—Por qué no.

—Karen Denise Best, diecinueve, uno setenta y tres, cincuenta y tres kilos, rubia y ojos azules... Camarera en el restaurante Dólar de Arena en Paradise Cove, vista por última vez trabajando en el turno de la cena... denunciada su desaparición por los padres en New Bedford, Massachussets; no recibieron su llamada telefónica semanal...

» Y la número cuatro, Christine Faylen, también diecinueve, uno sesenta y

siete, cincuenta y cuatro kilos, pelo y ojos castaños, estudiante de primer curso en el Colorado Estate... otra turista, que viajaba con dos amigas y se alojaba en un apartamento de alquiler en Venice. Aquí dice que salió a tomar una Coca-Cola en la playa de Zuma y no volvió con sus amigas. Estas dos tienen largo cabello liso, pero solo el de Faylen es oscuro.

—Un metro sesenta y siete, cincuenta y cuatro kilos. Esbelta. Podía tener las piernas largas. Y las circunstancias son interesantes. ¿Se fue a tomar una bebida a plena luz del día y no regresó?

—¿Y qué pasó? ¿Acabó en Topanga, quince, veinte kilómetros más lejos, en una fiesta? Por lo que sabemos, ella pudo aparecer al día siguiente y las amigas no molestarse en hacérselo saber al *sheriff*. Los casos de personas desaparecidas son así. Y no hay banderolas rojas en ninguno de estos. Mi voto es que Lucy nunca presenció ningún crimen, Alex. O bien vio a alguna persona haciendo algo sexual, y lo interpretó mal, o Papá y/o el malo de Trafficant le hicieron algo a ella. O toda la historia es una fantasía.

—Estoy seguro de que tienes razón.

—¿Pero?

—¿Pero qué?

—Hay un «pero» en tu voz.

—¿Te importaría si hiciera unas cuantas comprobaciones?

—¿Qué tipo de comprobaciones?

—Llamar a los familiares de las cuatro chicas desaparecidas. Especialmente a los de Faylen.

—¿Por qué, Alex?

—Para eliminar tantas variables como sea posible para quienquiera que acabe haciendo terapia con Lucy. Por Lucy misma. Ella parece cada vez más confundida. Cuanto más clara sea la información que tengamos, más probable será que nos acerquemos a la verdad.

—¿Y si no sigues haciendo terapia con Lucy? Tú has dicho que ella quería dejarlo.

—Entonces he perdido unas cuantas llamadas telefónicas. Digamos que se presenta en tu puerta. ¿No querrías saber lo más posible si ella empieza a convencerse a sí misma de que presenció un crimen?

—Me parece que sí... De acuerdo, aquí están los números, espero por tu bien que todas ellas hayan aparecido. Veintiún años de dolor no son una cosa muy agradable de desenterrar.

Yo los copié:

Gallegos y señora.

Iris Jenrette. 29/7. Marido, James Jenrette.

Karen Best. 14/8. Padres: señor Sherrell Best y señora.

Christine Faylen. 21/8. Shelley Anne Daniels, Lisa Joanne Constantino.

Padres: señor David Faylen y señora.

Me senté durante un largo rato pensando cómo amortiguar el impacto de cada llamada.

Luego empecé a apretar botones.

El número de la casa de los Gallegos era ahora el Economato de Nuestra Señora de la Misericordia. El listín de Ventura/Oxnard incluía un par de docenas de Gallegos, ninguno de ellos Ernesto o Jessica. La estudiante de secundaria tendría ahora cerca de cuarenta años, quizá estaba casada, quizá tenía sus propios hijos...

Pasé al número siguiente. Iris Jenrette. En Boise. Contestó una mujer.

—¿Está el señor James Jenrette?

—Está en el trabajo. ¿Quién es?

—Le llamo acerca de una información que pidió para un seguro del hogar.

—No me ha contado nada de eso. Ya tenemos un seguro completo.

—¿Es usted la señora Jenrette?

—Iris —dijo ella impaciente—. No sé de qué va esto. Tendrá que volverle a llamar después de las nueve. Trabaja hasta tarde en la tienda.

—Claro —afirmé.

Colgó.

El número de la familia Best en Massachussetts estaba comunicando, y en casa de los Faylen apareció un mensaje grabado: una voz de mujer anciana suavizada por unas risas amortiguadas de fondo.

—Hola, esta es la casa de Cynthia y Dave, no estamos en casa o quizá sí que estamos pero somos tan perezosos que nos cuesta mover el culo y coger el teléfono. Así que si es usted uno de esos tipos persistentes, espere al típico bip y diga su típico mensaje.

En información de Denver pregunté si estaba registrada Christine Faylen y me dieron un número de inmediato.

—Oficina legal.

—Con Christine Faylen, por favor.

—La oficina está cerrada, esta es la central de teléfonos.

—Tengo que hablar con la señora Faylen. Es importante.

—Un momento.

Unos minutos más tarde, se puso una mujer.

—Chris Faylen.

—Señorita Faylen, le llamo del Departamento de Registros de la Ciudad de Malibú. Estamos revisando nuestros archivos y ha aparecido su nombre a propósito de un informe de personas desaparecidas de hace veintidós años.

—¿Qué?

Le di la fecha y el lugar exactos.

—Una tal Christine Faylen fue dada por desaparecida de la Zuma Beach por Shelley Anne Daniels y Lisa Joanne Constan...

—Shelley y Lisa, claro, claro, qué estupidez. Está bromeando, ¿todavía tienen registrado eso?

—Me temo que sí.

Ella se echó a reír con una risa estridente, espontánea.

—Increíble. Bueno, puedo asegurarle que no estoy desaparecida... quizá un poco mentalmente, pero el cuerpo está perfectamente a salvo aquí. Ja, ja.

—Me alegro de oírlo.

—Todo este tiempo... ¿no habrán estado buscándome, verdad? Dios mío, es tan... —Carcajadas.

—No recientemente, es solo una cuestión de...

—Increíble —repetió ella—. Qué gracia. ¿Tengo que rellenar algún formulario o algo por el estilo?

—No, no, su confirmación verbal es...

—¿Están seguros ahora? Porque yo soy abogada, no estaría bien eso de no existir. Y he visto todo tipo de desgracias cuando los papeles no están en regla... podría no haber estado acumulando mi Seguridad Social todo este tiempo... increíble.

—No se ha mandado ninguno de sus datos al gobierno federal.

—¿Está usted seguro?

—Completamente.

Más risas. Parecía simpática.

—Personas desaparecidas. Ja, ja, ja. Solo falté durante tres días, me encontré con... ja, ja, no tenemos por qué entrar en detalles. De todos modos, gracias por llamar.

—Ha sido un placer, señorita Faylen.

—De vuelta desde la tierra de los Desaparecidos. Ja, ja, ja.

Probé otra vez con el número de Karen Best. Esta vez, el teléfono sonó tres veces y una mujer lo cogió y contestó:

—Hola.

—¿Señora Best?

—¿Sí?

—¿La señora de Sherrell Best?

—No, soy Taffy. ¿Quién es?

—Le llamo desde California, estoy tratando de localizar a Karen Best.

Silencio.

—¿Quién es?

Su voz había sonado tensa. Una historia falsa, quizá no diera resultado.

—Soy el doctor Alex Delaware. Soy un psicólogo que a veces hace trabajos para la policía de Los Ángeles. El nombre de Karen apareció al revisar algunos casos de personas desaparecidas que no han tenido un seguimiento posterior.

—¿Cómo que seguimiento posterior?

—Comprobar si las personas aparecieron por fin o no.

—¿Por qué?

Más tensión. Yo notaba también un nudo en el estómago.

—Porque pueden estar relacionadas con un caso actual. Lo siento, pero no puedo decirle nada más, señora...

—¿Cuál ha dicho que era su nombre?

—Delaware. Puede usted llamar al detective Milo Sturgis de la comisaría de Los Ángeles Oeste para verificarlo.

Le di el número de Milo.

Ella me interrumpió.

—No cuelgue.

El teléfono sonó con estrépito.

Un momento después, un hombre dijo:

Soy Craig Best. Karen era mi hermana. ¿Qué sucede?

Le repetí lo que le había contado a su mujer.

No, nunca apareció. ¿De qué se trata, una especie de proyecto de investigación?

—El nombre de su hermana apareció en relación con otro caso.

—¿Qué tipo de caso?

—Una persona de Los Ángeles recuerda haber visto cómo se llevaban a una joven en un lugar y un momento determinado. Estamos comprobando los casos de personas desaparecidas que pueden estar relacionados.

—¿Recuerdos? ¿Qué es, una especie de vidente? Porque ya hemos pasado por eso.

—No. Es un posible testigo, pero tengo que recalcar que esto es muy dudoso todavía...

—¿De qué momento y lugar está hablando usted?

—El área de Malibú. A mediados de agosto. Su hermana estaba trabajando como camarera en un lugar llamado...

—El Dólar de Arena. Antes de eso había trabajado en Beverly Hills.

—¿De camarera?

—Sí, en un restaurante chino, Ah Loo. Ella buscaba trabajos en los barrios de moda porque quería ser actriz y pensaba que podría meterse en el mundo de las películas. Dios sabe dónde se metió al final... ¿Qué le hace pensar que fue a

Karen a quien vio su testigo?

—No lo sabemos, señor Best. La investigación está todavía en una fase inicial, y siento si esto...

—¿Investigación? —Se sorprendió—. Nunca pudimos conseguir que el sheriff de Malibú hiciera una investigación en serio. ¿Qué es lo que están investigando ahora?

—¿Le importaría que verificara con usted unos datos? —Le leí la descripción del peso y la estatura de Karen.

Él afirmó:

—Sí, eso es.

Cabello rubio...

—Dios mío —exclamó—. No puedo creer que todavía figure eso ahí. Les dijimos que ese verano se había teñido de moreno. ¡Qué brillantes!

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué se había teñido de rubia a morena? Normalmente siempre pasa al revés.

—Precisamente por eso. Todo el mundo en Los Ángeles era rubio. Ella quería destacar. Su pelo natural era precioso; mis padres pensaban que lo era... ¿qué color de pelo se supone que vio ese testigo?

—No se trata de un recuerdo muy claro, pero la chica que describe tenía largo pelo oscuro y largas piernas.

Silencio.

—Karen tenía verdaderamente las piernas muy largas; todo el mundo decía que podía ser modelo... Dios mío, ¿me está diciendo que quizá sepamos algo finalmente ahora?

—No, lo siento. Todo es muy provisional.

—Sí —respondió él—. Por supuesto. No hay razón para empezar a tener esperanzas ahora. Nada que esperar en absoluto. Ella está muerta. Yo acepté este hecho hace años, no he pensado en ella como si estuviera viva desde hace mucho tiempo. Pero mi padre... usted le llamaba a él, ¿verdad? Él alucinará.

—¿Todavía piensa que está viva?

—Hoy por hoy, ya no sé lo que piensa. Digamos que él no es de los que lo dejan pasar. Buscar a Karen le arruinó financieramente. Le compramos su casa como un favor, después de que muriera mi madre se fue a California.

—¿Vive aquí?

—En Highland Park

A una hora y media de carretera de Malibú. Pregunté:

—¿Se trasladó aquí para buscar a Karen?

—Esa era la razón oficial, pero él es... ¿qué puedo decir? Es mi padre. Hable con él y véalo usted mismo.

—No querría angustiarle.

—No se preocupe... no podría usted. Aquí tiene la dirección y el teléfono.

Se lo agradecí.

Él me preguntó:

—Y ahora dígame, ¿qué quiere decir con eso de que « se la llevaron » ? ¿Que la raptaron, o algo peor?

—El testigo recuerda que la chica era llevada a cuestras por varios hombres, pero el testigo era muy joven por aquella época, así que los detalles pueden no ser muy precisos. Incluso podría no ser Karen. Siento haberle llamado sin tener algo más concreto. Estamos muy lejos de tener pruebas concretas.

—Muy joven. ¿Quiere decir un « niño » ?

—Sí.

—Oh. Entonces sí que es algo realmente poco consistente. ¿Hay otras chicas implicadas? Porque no puedo creer que se tome todas estas molestias solo por Karen. ¿Es algo así como un asesino en serie?

—No hay motivos para creer eso, señor Best. Le prometo que le informaré de todo lo que averigüemos.

—Espero que lo haga. Karen era mi única hermana. Yo mismo he tenido seis hijos... no sé qué tiene que ver eso.

Yo sí. Reemplazo.

—¿Hay algo más que quiera usted decirme? —le pregunté.

—¿Qué podría decirle? Que era muy guapa, muy dulce, una chica encantadora realmente. Hubiera cumplido los cuarenta el mes que viene. Pensé en eso cuando cumplí los treinta y ocho. Está muerta, ¿verdad?

—No tengo ningún...

—Esta es la conclusión —dijo él tristemente—. Tiene que estarlo. Yo sabía que algo malo le había ocurrido cuando dejó de llamar... ella siempre llamaba, al menos una vez a la semana, el domingo normalmente, también otros días. Ella nunca nos hubiera dejado colgados todos estos años. Si hubiera estado viva, habríamos sabido algo de ella. Seguro que se vio implicada en algo terrible. Si usted lo averigua, no importa lo malo que sea, llámeme. No confíe en que mi padre me llame. Deme su número de teléfono.

Yo lo hice, junto con el de Milo.

Antes de colgar, me dio las gracias, y eso me hizo sentir muy rastrero.

Veintiún años de dolor.

El número de Sherrell Best estaba ante mí. No iba a ser fácil.

Contestó una cinta con una voz de mujer grabada.

—Bienvenidos a la Iglesia de la Mano Tendida. Si llama por las donaciones de comida, nuestro almacén está situado en el mil seiscientos setenta y ocho de North Cahuenga Boulevard, entre Melrose y Santa Mónica. Nuestra recepción de mercancías está abierta veinticuatro horas al día...

Pensando que me había equivocado de número, colgué, volví a marcar y salió la misma cinta. Esta vez la escuché hasta el final.

—... especialmente comida en lata, leche en polvo, y alimentos infantiles. Si llama buscando guía espiritual, nuestro número de ayuda veinticuatro horas al día es...

Copié aquel número. La cinta acababa con una cita de los Corintios:

Cristo nuestro Redentor se ha sacrificado por nosotros: por lo tanto, guardemos la fiesta, no con la vieja levadura, ni tampoco con la levadura de la malicia y la iniquidad, sino con el pan sin levadura de la sinceridad y la verdad.

En el número de ayuda contestaba también una mujer. Pregunté por Sherrell Best.

—El reverendo ha salido con los paquetes. ¿Puedo ayudarle yo?

Le conté la semiverdad del psicólogo de la policía.

—¿La policía? —se alarmó—. ¿Hay algún problema?

—Es sobre la hija del reverendo.

—¿Karen? —su voz subió una octava.

—Sí.

—Un minuto.

Segundos después, un hombre dijo:

—Sherrell Best. ¿Qué pasa con Karen?

Empecé a contarle mi historia introductoria. Con todo detalle.

Él me cortó:

—Por favor, señor. Dígame lo de Karen.

Le repetí la historia que le había contado a su hijo. Cuando hube acabado, dije:

—Gracias al Señor, sabría que ella sería encontrada.

—Reverendo Best, y o no querría...

—No se preocupe, señor, no espero que ella nos sea restituida. Solo hubo una Resurrección. Pero la verdad... sabría que aparecería. « En Tu paciencia posees nuestras almas» .

—Realmente, no sabemos la verdad, reverendo. Solo...

—Esto es el principio, señor. ¿Qué es lo que recuerda ese testigo?

—Solo lo que le he contado, señor.

—Bueno, y yo tengo algunas cosas para usted. Nombres, fechas, pistas. ¿Quiere que se las enseñe? Puede sonar estúpido, pero, por favor, ¿soportaría usted a un viejo maniático?

—Ciertamente.

—¿Cuándo podemos encontrarnos? Yo iré a verle.

—¿Qué tal mañana?

Una pausa.

—Si es necesario, señor, esperaré hasta mañana, pero hoy sería mejor.

—Puedo verle esta noche. Sobre las nueve.

—A las nueve será perfecto. ¿Dónde será? Tengo el archivo en casa.

—En su casa estará bien.

—Vivo en Highland Park —repetió la dirección que su hijo ya me había dado

—. ¿Desde dónde viene usted?

—Desde el oeste.

—Si quiere, puedo ir yo a verle a usted.

—No, no importa.

—¿Seguro? Está bien, entonces. Lo tendré todo preparado para cuando llegue usted. ¿Se quedará usted a cenar? Puedo prepararle algo.

—No es necesario.

—¿Café entonces? ¿O té?

—Un café.

—Café —murmuró él, como si estuviera confiando un menú a la memoria

—. Le espero entonces, señor. Dios le bendiga.

A las ocho y cuarto dejé a Robin y *Spike* en el taller del garaje y conduje por el Malibú Canyon hacia la 101. A mitad de camino a través del Valle esta giraba hacia la 134, y unos pocos kilómetros más tarde conecté con la carretera de Glendale sur, y salí justo pasado Eagle Rock, en Highland Park

Las calles estaban oscuras, empinadas y torcidas, atestadas de pequeñas

casas, dúplex y edificios de apartamentos en solares heterogéneos, con el silencio suburbano roto por la salmodia constante de la autopista. Solares con matorros albergaban coches viejos y camiones. El barrio había sido una vez de clase trabajadora blanca; ahora era en su mayor parte de clase trabajadora hispana. Las bandas hacían alguna que otra incursión. Un jefe de policía vivió allí, pero eso no había cambiado demasiado las cosas.

La casa de Sherrell Best era una edificación que tenía vistas a un arroyo seco y las seis pistas de asfalto que corrían paralelas a él. Cuadrada, con un tejado bajo de alquitrán. Estaba estucada y parecía de color rosa con la luz nocturna. La hierba estaba hendida por un camino de cemento. Unas rejas de acero protegían las ventanas.

De la puerta de al lado salía música española. La casa de Best estaba silenciosa pero todas las luces estaban encendidas... unos retazos de color amarillo detrás de unas cortinas tejidas. Había un Olds 88 de veinte años de antigüedad aparcado en el camino de entrada.

Él estaba ya en la puerta principal antes de que yo llegara, un hombre pequeño y redondo con una cabeza pequeña y redonda. Llevaba unas gafas con montura negra, una camisa blanca de lavar y poner y una estrecha corbata gris con un sujetacorbatas.

—¿Doctor Delaware?

Abrió la puerta, después la cerró detrás de nosotros y pasó el cerrojo. La casa olía a sopa vegetal en lata. La parte frontal la ocupaban un bajo y estrecho salón y un comedor todavía más estrecho. Los muebles eran viejos, de aspecto remilgado y arreglados muy cuidadosamente: mesas de madera pulida con patas estilo Reina Ana, lámparas con abalorios que formaban sombras florales, sillas tapizadas y con tapetitos. Una alfombra gris de nudos estaba extendida sobre el suelo de vinilo como un cachorro dormido. Las paredes estaban cubiertas con grabados enmarcados de escenas bíblicas. Todos los personajes parecían nórdicos y al borde del colapso emocional.

—Aquí está nuestro café, señor. Por favor, siéntese.

La mesa del comedor era del tamaño de una mesa de *bridge* y con patas de metal, atestada con una cafetera eléctrica, dos tazas de plástico sobre sus platillos, una caja de azúcar, un recipiente de medio litro de crema de leche y un plato de galletitas Oreo. Al lado había una caja de cartón de sesenta centímetros cuadrados en la que ponía KAREN con un rotulador negro.

Nos sentamos uno frente al otro y Best cogió la jarra y empezó a verter el café. Su cutis era rojo y moteado, como mollejas crudas, y sus ojos azules sobresalían detrás de las gruesas lentes. Las arrugas marcaban su frente, como si la carne hubiera sido arada. El borde del cuello de su camisa se hundía en la carne de su cuello como un cuchillo en la manteca. Su boca era estrecha, su nariz ancha y bulbosa con grandes poros. El poco pelo que tenía era liso y negro.

—Karen se parecía a su madre —me dijo—. ¿Leche, azúcar?

—Solo está bien. —Cogí la taza.

—La señora Best era muy guapa. En nuestro pueblo se preguntaban qué habría visto en mí.

Una corta risa. Amplios espacios entre unos dientes marrones, muchas fundas de plata.

—Mi hijo Craig también salió a ella. Tome una galleta... Karen solía romperlas y comerse primero el relleno. Podía pasar media hora con una sola galleta.

Detrás de él, contra un telón de fondo de árboles frutales y doradas gavillas, una Ruth de ojos húmedos abrazaba a Noemí.

Llenó su taza.

—¿Qué es exactamente lo que le condujo a Karen?

—Ya se lo dije, reverendo.

—¿Recuerdos? ¿Tiene usted hijos, doctor?

—No.

Sus labios se fruncieron y sus ojos se cerraron un momento.

—Aquí tiene. —Alcanzó la caja—. Déjeme que le enseñe lo que tengo, y usted me dirá si alguna de estas cosas le puede ayudar.

Se puso de pie, hundió las manos en la caja, como un cirujano recolocando las vísceras. El poco espacio que quedaba en la mesa pronto se llenó con blocs de notas con espiral, paquetes atados de recortes de periódico y otros papeles.

Desató primero los recortes y me los pasó. El papel estaba quebradizo y reseco, del color del té flojo. Los recortes tenían veintiún años de antigüedad, todos de una publicación de la playa llamada Shoreline Shopper.

Best se comió una galleta, luego otra, mientras miraba cómo leía yo.

Las primeras páginas eran de los anuncios por palabras. Un anuncio por palabras publicado durante dos meses, subrayado de azul:

Perdida. Recompensa. Karen Denise Best, diecinueve años, un metro setenta y tres, cincuenta y tres kilos, pelo rubio quizá teñido de moreno, ojos azules, habla con acento de Nueva Inglaterra, cicatriz de apendectomía. Nuestra hija fue vista por última vez caminando por la carretera hacia la autopista de la costa y el restaurante El Dólar de Arena en Paradise Cove. Nosotros la queremos y la echamos de menos y estamos preocupados. Por favor, llamen a cualquier hora, al 508-555-4532. Cualquier información que conduzca a encontrarla será recompensada en efectivo.

—¿Llamó alguien? —le pregunté.

—Llamaron muchas personas. Mentirosos y bromistas, y algunas personas

bienintencionadas que pensaban que la habían visto. Yo me gasté mil ochocientos cincuenta y cinco dólares. —Metió un dedo bajo sus gafas y se frotó el ojo.

Volví a los recortes. El último era un artículo de la página del editorial, escrito por la editora del periódico, una mujer llamada Marian Sonner, y rodeado de anuncios de tiendas locales. Una foto de mala calidad de una guapa chica rubia estaba colocada en medio del texto. Incluso aquella borrosa reproducción no podía ocultar la inocencia y el entusiasmo de aquel rostro en forma de corazón.

UN PADRE VIAJA DESDE EL ESTE EN BUSCA DE SU HIJA PERDIDA

Malibú. Especial para el *Shopper*.

Sherrell Best es un hombre decidido. Quizás incluso obstinado, pero ¿quién puede culparle? ¿No forma parte acaso la obstinación del sueño americano, malibuitas?

Crecido en medio de la Gran Depresión, luchó en la Segunda Guerra Mundial, alcanzando el rango de sargento, volvió y se casó con su novia del colegio, la encantadora Eleanor, y estableció un negocio de suministros de fontanería partiendo de la nada. Para coronar todo esto, él y Eleanor tuvieron dos hijos: la bella y rubia Karen y, dos años más tarde, el pecosó Craig.

Hasta aquí muy bien. Y entonces todo se desmoronó.

Aquí, nada menos. En la así llamada Dorada California, donde las olas son azules y el cielo también, y a veces lo que le ocurre a la gente no es todo sol y cosas bonitas.

Malibú. El dorado corazón de un estado dorado. Donde la paz, la libertad y el amor son los prototipos de una nueva generación que nunca ha experimentado las privaciones de sus mayores.

Karen, bella de cuerpo y de corazón. Reina del baile y jugadora de voleibol y amante de los perros, dejó sus pretendientes en New Bedford, Massachusetts, para ir en pos de sus sueños.

Hollywood. Las pantallas.

Llegó con la Greyhound y supo que el sueño se representaba en Beverly Hills. Y en Malibú. Para algunos de nosotros, esos lugares son simplemente nuestra casa. Pero para Karen eran Encanto y Excitación. El sueño.

Como muchos otros, ella acabó trabajando de camarera (o debería decir Atracción del Día), lo siento, Marv y Barb D'Amato por la fama del Dólar de Arena.

Como tantos otros.

Pero entonces... a diferencia de tantos otros... ella desapareció.

Se esfumó.

Como la niebla cuando la disipa la brisa marina.

Se la vio por última vez hace seis meses. Dejaba el Dólar de Arena de Marv y Barb a pie después del turno de noche.

Y esa fue la última vez que se le vio.

Se esfumó.

Los *sheriffs* la buscaron. Hicieron todo cuanto pudieron, estamos orgullosos de nuestros hombres de azul.

Pero no pudieron encontrarla.

Ni tampoco pudo un detective contratado por Sherrell y su amada Eleanor.

Así que Sherrell ha venido aquí desde Massachussetts. Se quedará en el Motel Beachrider y vivirá de sus ahorros.

Tratando de encontrar a su princesa.

Esta es su descripción.

Karen Best. Puede llevar el pelo oscuro. Escribió a casa y dijo que se lo iba a teñir.

Para tener un aspecto más exótico.

Desaparecida.

Sherrell es un hombre decidido.

No es rico, pero pagará una fuerte recompensa a cualquiera que pueda encontrar a Karen.

Quizá usted le haya visto, repartiendo folletos en el aparcamiento del mercado Alexander. O frente al Shell Shack de Bill y Sandy Levinger del Frostee Kup, abajo en Cross Creek.

Haciendo preguntas.

«¿Ha visto usted a esta chica?»

Quizá usted pasó a su lado.

Quizá usted sacudió la cabeza y dijo, pobre hombre.

No importa. Él es un hombre decidido. No se rinde.

Ayudadle, malibuitas.

Si podéis.

Quizás esta historia pueda tener un final feliz.

Quizás esta sea realmente una generación de paz y libertad y amor.

Quizás...

—Ella tenía buenas intenciones. Era una mujer muy dulce, mayor, murió hace pocos meses y el periódico dejó de publicarse, —interrumpió Best, al doblar y o la página.

—¿Pagó usted por este artículo?

—Pagué muchas cosas. No lo lamento. —Se quitó las gafas y se frotó los ojos

un poco más—. ¿Más café?

—No, gracias. ¿Hicieron un buen trabajo los *sheriffs*?

—Supongo que cumplieron con su obligación. Preguntaron a la misma gente con la que yo había hablado. Finalmente, montaron una búsqueda real. Durante un día entero, en los cañones y barrancos. Después pasaron en helicóptero por la costa durante una hora, más o menos. Dijeron que no se podía hacer más. Demasiados matorrales, lugares donde sería difícil meterse. No creo que ellos pensasen realmente que iban a encontrarla por allí. Estaban convencidos de que se había escapado con un chico.

—¿Apareció algo de esto en alguno de los periódicos importantes? —inquirí.

—Los periódicos no estaban interesados. Los llamé a todos, una y otra vez. Nunca me devolvieron las llamadas. En parte fue porque las cosas funcionaban así, en aquella época. Todos esos *hippies* que se iban de casa. Pero Karen no era como ellos. Yo no digo que fuera un ángel de perfección. Pero no era *hippie*.

—¿Cuándo contrató al detective privado?

—Cuando los *sheriff* dejaron de contestar a mis llamadas. Contraté a dos, en realidad. Todo está aquí.

Me tendió una hoja de papel, perfectamente mecanografiada.

KAREN: PERSONAS IMPLICADAS

1. Fuerzas policiales

A. Sheriff del condado de Los Ángeles, comisaría de Malibú.

1. Agente Shockley (recogió la llamada y nada más)
2. Agente Lester (tomó declaración)
3. Sargento Concannon: a cargo de la investigación. Su superior: teniente Maarten, pero nunca le vi.
4. Varios *boy scouts* a las órdenes del sargento Concannon, junto con otros agentes, cuyos nombres no me fueron proporcionados.

B. Investigadores privados

1. Felix Barnard, 25603 Pacific Coast Highway, Malibú, California.

(Octubre-noviembre. Habló con el personal del Dólar de Arena: Sue Billings, Tom Shea, Gwen Peet, Doris Reingold, Mary Andreas, Leonard Korcik. Y con la casera de Karen, la señora Hilda Johansen, 13457 Paso de Oro, Pacific Palisades).

2. Charles D. Napoli, 6654 Hollywood Boulevard, Hollywood, California.

(Diciembre-enero. Volvió a entrevistar a los sujetos de F. Barnard, me hizo ver a los *sheriffs*, hizo de intermediario en el pago para ser miembro de Encuentra Personas.)

—¿Qué es Encuentra Personas?—le pregunté.

—Napoli me dijo que había una red nacional de detectives especializados en buscar a niños perdidos. La suscripción era de mil dólares durante el primer año, y quinientos más cada año después. El dinero se suponía que abría el acceso a centenares de archivos y contactos. En realidad no existía nada semejante. Napoli cogió el dinero y otros mil que le pagué por la investigación, y abandonó la ciudad. —Sonríó—. No lamento mi estupidez. «La esperanza no hace que nos avergoncemos». Después de que Napoli me engañase, acudí a una tercera firma, una que según sus anuncios encontraba a las personas desaparecidas en cuarenta y ocho horas. Cobraron una tasa de consulta y dijeron que todo lo que pudiera hacerse, se haría.

—Después del primero, ¿por qué contrató a alguien de fuera de Hollywood?

—Pensé que alguien de fuera podría ver las cosas con más claridad. Barnard era muy lento. Muy descuidado. Todos los de Malibú parecían del mismo estilo, gente sonriente pero que se movía muy despacio. Yo nunca había estado antes en California, no estaba acostumbrado a ese estilo.

—¿Cuándo se trasladó aquí?

—Dos años más tarde. Es decir, permanentemente. Antes de eso, venía cada dos meses un par de semanas cada vez. Me alojaba en moteles o vivía en un coche alquilado, conduciendo arriba y abajo por la costa cada día, desde la playa de Manhattan hasta Santa Bárbara. Una vez llegué hasta San Simeón, en el norte. Cada cañón o parque nacional que pasaba, lo atravesaba, andaba por allí, hablaba con los guardabosques, las cuadrillas de trabajadores, los campesinos, con todo el mundo. Se convirtió en un trabajo para mí. Mis negocios se resintieron. Luego mi esposa sufrió un aneurisma y murió, y yo vendí lo que había quedado de mis negocios y vine aquí para establecerme. Craig y Taffy se habían quedado, y yo les dejé vivir en la casa. Unos años más tarde, me la compraron. Fue un buen momento para que yo me fuera... ellos necesitaban su propia vida y yo quería dedicarme a buscar a Karen. Pasaba diez horas al día en el coche. Esperaba que un día me la encontraría de golpe en cualquier sitio. Quizás ella había perdido la memoria y estaba... en alguna parte. —Apartó las galletas—. ¿Qué es lo que recuerda su testigo?

—Solo lo que le conté, reverendo.

—Una joven llevada a cuestas por unos hombres. Eso es muy vago.

—Sí, lo es, y siento no poder prometerle que eso signifique alguna otra cosa. Traté de devolverle la hoja con los datos.

—No, es una copia. Puede quedársela, tengo muchas.

La doblé y me la guardé en el bolsillo.

—Una chica joven —dijo él—. Largo pelo oscuro, largas piernas... cuando Karen era pequeña solíamos llamarla *Cigüeñita*. Y su testigo, dónde... por cierto, ¿es un hombre o una mujer?

—No puedo decírselo.

Él frunció el entrecejo.

—¿Dónde cree ese testigo que ocurrió esa « abducción » ?

—En algún lugar rústico. Quizá una cabaña de troncos. Con árboles a su alrededor.

Él apretó su vientre contra el borde de la mesa.

—Usted es psicólogo de la policía. Podría hipnotizar a esa persona, ¿no? Eso ayuda a recordar.

—Es una posibilidad.

—¿Por qué no una probabilidad?

—El testigo se encuentra en un estado mental muy frágil.

—¿Cómo de frágil?

—Lo siento, no puedo decirle más.

—Claro, claro, por supuesto, lo siento... pero usted va a continuar la investigación.

—Haré todo lo que pueda, reverendo.

—¿Usted trabaja para el departamento de policía?

—Soy un consejero privado. El testigo es paciente mío. Un detective de la policía está al corriente de lo que yo estoy haciendo, pero todavía no es oficial.

Los salientes ojos se estrecharon.

—¿Por qué se está metiendo usted en todos estos problemas?

—Para ayudar a mi paciente.

Él me miró durante mucho rato.

—Es usted un amigo fiel.

Yo me encogí de hombros.

Manoseó sus gafas, miró su café pero no lo tocó.

—Yo le recomiendo mucho que encuentre una forma de hablar con Gwen y Tom Shea. En la hoja ella aparece por su nombre de soltera, Peet, pero ahora están casados. Trabajaban con Karen en el Dólar de Arena. Trabajaron con ella ese último turno. Siempre he pensado que sabían más de lo que dijeron.

—¿Y eso por qué?

—La forma en que actuaron cuando hablé con ellos... evasivos, nerviosos. Felix Barnard dijo que a él le parecían inocentes. También los *sheriffs*. Los dos eran chicos de la ciudad, de buena reputación, ninguno de los dos tenía ningún tipo de antecedente criminal. Pero le diré una cosa: cuando les pregunté por Karen, no podían mirarme directamente a los ojos. Habían sido amigos suyos;

Gwen servía las mesas, Tom atendía el bar. ¿Por qué les ponía tan nerviosos hablar de ella? Y ellos salieron del restaurante aquella noche solo unos minutos más tarde que Karen. Karen iba andando, pero ellos iban en coche. ¿No le parece que ellos podían haberla llevado?

—Quizá alguien la recogió.

—¿A quién le habría permitido ella que la llevara? No estaba saliendo con nadie, no tenía amigos íntimos. Y nunca hubiera hecho autostop. Hablamos de eso justo antes de que se fuera de Massachussetts.

Su voz seguía siendo baja, pero sus ojos saltones resaltaban incluso más y los surcos de su frente estaban húmedos.

—Estoy seguro de que ocultan algo. Sé el aspecto que tiene la culpabilidad.

Yo saqué el papel de mi bolsillo, lo desdoblé y señalé los dos nombres.

—Volví a verles —dijo Best—, les ofrecí dinero... lo que me quedaba antes de empezar a vender las propiedades y los valores. Ni siquiera quisieron hablar conmigo. Finalmente, Tom llamó al *sheriff*, se quejó de que estaba acosándoles. Volví a los pocos días, de todos modos, para ver a Gwen a solas. Ella no abrió la puerta, y al día siguiente Tom vino a mi motel y me amenazó con darme una paliza si no les dejaba en paz.

—¿Cómo acabó todo eso?

Él suspiró.

—Yo pasaba en coche por delante de su casa, una o dos veces a la semana. Entonces ellos de repente se fueron... se trasladaron a Malibú. Si eso no es culpabilidad, no sé lo que puede ser. Llamé al restaurante diciendo que era un amigo suyo, y me dijeron que se habían ido a Aspen. Pero han estado en Malibú durante los últimos dieciséis años. Tienen un local llamado Súbete a la Ola... una tienda de suministros para surf, cerca del muelle. Les va muy bien, debo añadir. Tom conduce uno de esos BMW y Gwen tiene una furgoneta moderna.

—Todavía pasa en coche por delante de su casa.

—Solo una vez al año, doctor Delaware. El aniversario de la desaparición de Karen.

—¿Hace usted algo más?

—¿Tratar de hablar con ellos? No, ¿qué sentido tendría? Para mí, es un día de reflexión. Voy conduciendo desde Santa Mónica a Santa Bárbara. Si veo a alguien sin hogar, me paro y le doy comida. A veces aparco junto a uno de sus campamentos, pero no hablo con nadie ni les enseño la foto de Karen. ¿Qué sentido tendría enseñar la foto de una chica de diecinueve años?

Parecía abatido. Encorvó los dedos bajo sus gafas y volvió a frotarse los ojos.

—Ahora tiene casi cuarenta años, pero todavía pienso en ella como si tuviera diecinueve... No se preocupe, doctor, no me meto con los Shea. Cualquier cosa que hicieran, tienen que vivir con ello. Y ahora tienen sus propias preocupaciones: un niño minusválido. Quizá un día comprendan que la

Providencia y el Destino emanan del mismo sitio. Cuando usted se acerque a ellos, no mencione mi nombre, estoy seguro de que ellos me consideran un loco lunático.

—¿Cuánto tiempo estuvo Karen en California antes de desaparecer?

—Cinco meses.

—¿Cada cuánto tiempo les escribía?

—No nos escribió nunca. Telefoneaba. Siempre el domingo, y a veces también el miércoles y el viernes. Por eso nos alarmamos aquel primer domingo. Era regular como un reloj con esas llamadas del domingo. Llamamos al restaurante, y nos dijeron que no había aparecido por el trabajo.

—Imagino que no dijo nada en alguna llamada anterior que pudiera dar alguna pista sobre su desaparición.

—Nada. Ella era feliz, disfrutaba del clima, de su trabajo, todo era maravilloso. Trataba de ganar el dinero suficiente para inscribirse en una escuela de interpretación.

—¿Mencionó de qué escuela se trataba?

—No, nunca llegó tan lejos.

—¿Qué les parecía a ustedes que se convirtiera en actriz?

—Nosotros realmente no creíamos que fuera a hacerlo. Pensábamos que lo intentaría durante un tiempo y luego volvería, iría a la universidad, encontraría a alguien agradable.

Su labio tembló perceptiblemente.

—Mi mujer recibía la mayoría de las llamadas. Normalmente, yo estaba en la tienda. Después de que Karen desapareciera, empecé a odiar aquella tienda. Se la traspasé a Craig, pero él la vendió y se puso a trabajar en la administración pública. Construcción y Seguridad. Después de mudarme aquí, dediqué mi primer año completo a buscar a Karen. El segundo año también, pero no aparecía nada. Tenía mucho tiempo y empecé a leer la Biblia. Hasta entonces no había sido un hombre religioso... iba a la iglesia, pero estaba pensando en pérdidas y ganancias mientras fingía devoción. Aquella vez, la Biblia empezó a significar algo para mí. Encontré un seminario en Eagle Rock y me apunté. Me ordené hace cinco años y puse en marcha la iglesia. ¿Sabe lo que hacemos?

—Distribuyen comida a la gente necesitada.

—A cualquiera, no hacemos preguntas. Nadie cobra por esto. Yo vivo de la Seguridad Social y de los pocos valores que me quedaban, y los otros son voluntarios. Los restaurantes donan la comida. Es una buena vida. Solo quisiera que Karen estuviera aquí para poder verlo.

Devoró una galleta y bebió un trago de un café que debía de estar frío.

Miré la caja de cartón.

Él vació el resto de su contenido en la mesa.

—Voy a despejar esto.

Recogió los platos y empezó a lavarlos.

Abrió el primero de sus álbumes fotográficos, que cubrían todo el desarrollo de Karen Best desde la infancia a la juventud. Pegado en el segundo había un pequeño sobre etiquetado: « Primer corte de pelo» .

Sujetando el paquetito contra la luz vi unos pocos mechones rizados dentro.

El programa de graduación del instituto. Karen, ganadora del premio Buena Ciudadana.

El libro del año del instituto, Karen en el French Club y las Song Girls. *Karrie. Her eyes speak volumes.*

Una foto del baile de graduación: Karen hermosa y con un aspecto más maduro por entonces, con el largo pelo rubio y sedoso y rizado por las puntas. Al brazo de un chico desgarbado con un pelo oscuro a lo Beatle y un bigote que le salía a duras penas.

Un prendedor de orquídeas secas en una bolsa de plástico duro con el nombre en relieve de una florista de New Bedford.

Un centenar o más de copias de la hoja que Best me había dado, sujetas con gomas elásticas.

Una copia del Padrenuestro.

Lo volví a meter todo en su sitio. Best estaba de pie ante el fregadero de la cocina, con las manos metidas en unos guantes de goma, el agua a chorro y emitiendo vapor.

Yo me acerqué.

Mientras él lavaba, miraba hacia algo que había encima del grifo.

Otro cuadro con una escena bíblica, esta un grabado en blanco y negro.

Una joven mujer que era arrastrada por el cabello.

El rapto de Dinah por Shechem.

Las manos enguantadas de Best estaban crispadas. El vapor había empañado sus gafas y sus labios se movían con rapidez.

Rezaba.

Cuando volví, me puse a leer la Biblia. Lo que averigüé me hizo difícil conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, Robin y yo tomamos el desayuno en la ciudad; luego yo conduje de vuelta a la biblioteca y le di un segundo vistazo al relato de la fiesta de Santuario del periódico. 15 de agosto. Karen Best había sido vista por última vez la noche anterior.

Después de fotocopiar el artículo, llamé a Milo. Estaba fuera pero cogió el teléfono Del Hardy. El detective negro era compañero ocasional de Milo, pero no habían trabajado juntos recientemente.

—Hola, doctor, ¿qué tal va eso?

—Bastante bien. ¿Cómo va la guitarra?

—Guardada en el armario, no tengo tiempo para tocar. Escucha, Pies Grandes está terminando con un robo en la Smart Shop de Palms, quizá puedas cogerle allí.

Me dio el número y hablé con una oficial femenina que finalmente me puso con Milo.

—Buenos días —sonaba distraído.

—No quiero molestarte, pero...

—No, ya he acabado aquí. ¿Qué pasa?

Se lo dije.

—La chica Best. ¿No era rubia?

—Se había teñido ese verano. Y según dice su hermano, tenía las piernas muy largas. Puede no resultar nada, pero voy a...

—Oh, oh, un equipo de televisión acaba de llegar, tengo que largarme. ¿Dónde estás?

—En Westwood.

—Ven a reunirme conmigo en Rancho Park, al norte, pasado el campo de béisbol... coge la primera entrada después del campo de golf y ve hasta el final. Me conocerás porque estaré alimentando los patos.

Me presenté allí un cuarto de hora más tarde y le encontré en un banco, cerca de un estanque de cemento poco profundo que había sido desecado pero que todavía estaba veteado con algas. Un perro vagabundo husmeaba la hierba.

No había ni patos ni gente a la vista. Le mostré la hoja de datos de Best y el recorte de periódico fotocopiado y señalé la fecha de la fiesta.

—La noche anterior ella no llamó a su casa, por cierto.

Él le echó una ojeada y me lo devolvió.

—¿Has visto al padre?

—A petición suya.

—¿Qué te ha parecido?

—Dedicado. Obsesionado.

—Así que os habéis llevado bien.

—Había una cierta afinidad —le resumí lo que Best me había contado de la búsqueda de Karen, acabando con sus sospechas de los Shea.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con Lowell y Trafficant? Paradise Cove está a... ¿cuánto? ¿Quince, veinte kilómetros de Topanga?

—Ella trabajaba en Paradise Cove, pero vivía cerca de la playa de Topanga. He pasado por allí al venir a la ciudad. Justo a un paso de la carretera de Topanga Canyon. Y después tenemos el marco temporal y su parecido físico con la chica del sueño.

Cruzando sus largas piernas, él levantó la vista al cielo. Un aeroplano estaba escribiendo allí algo ilegible. Sacudió la cabeza.

—Ese padre parece obsesionado hasta la locura. La forma en que ha acosado a esa gente...

—Dice que no lo ha hecho desde hace años. Si es verdad, indica un cierto autocontrol.

Milo continuó mirando al cielo.

—Realmente, eso me sorprende. Vive en la misma ciudad que ellos, cree que saben algo y los deja en paz.

—Quizá su trabajo le obliga a dejarles en paz. Llena sus días haciendo buenas obras.

—Alimentar a los pobres, ¿eh?

—Es posible que yo sea un tonto, pero me dio la impresión de ser un buen hombre, Milo. Que trata de sobrellevar su pérdida encontrando un sentido superior. La única cosa que me preocupó fue un cuadro que tenía colgado en la cocina, encima del fregadero. Era una estampa bíblica... Dinah raptada por Shechem. La miraba mientras lavaba los platos. Comprobé la historia cuando volví a casa. Está en el libro del Génesis. Dinah era la hija de Jacob; Shechem era un príncipe cananeo que la secuestró y la violó. Dos de sus hermanos tomaron venganza matándole a él y a todo su pueblo.

—Bonita imagen para que medite en ella un hombre religioso.

—No quiero acusarle. Sé lo que puede hacer la venganza.

Él bajó los ojos y me miró.

—Entonces, ¿cuál sería el guión aquí, en teoría? ¿Ella se fue a dar un paseo

por la montaña el viernes por la noche, acabó donde Lowell el día antes de la fiesta y la invitaron?

—No, a menos que fuera una excursionista experta. Estamos hablando de varios kilómetros de distancia de Topanga. Pero quizás estuviera haciendo autostop y fuera recogida por alguien. Y quizá la fiesta empezó temprano... o fue informal. Gente que llegaba a cualquier hora —le tendí el recorte—. Esto parece ser más una cosa distendida que una fiesta formal.

—¿Toda esa gente, peces gordos y tal entraban allí sin más ni más?

—Ya recuerdas cómo eran las cosas en los setenta. Paz, amor, gente jugando a la igualdad social. Best dijo que esa fue una de las razones por la que los *sheriffs* no tomaron en serio la desaparición de Karen. Los tiempos eran informales, chicos en la carretera, todo el mundo iba suelto por ahí.

Él miró hacia el campo de béisbol y los prados más alejados.

—Yo pasé los setenta empollando en la universidad, y luego disparando a chicos de negro, pero creo en tu palabra.

—Yo también era un empollón. Pero recuerdo que había autoestopistas más espesos que gaviotas en la autopista de la costa. Best dijo que Karen era una buena chica, pero ella llevaba casi medio año fuera de casa, y los chicos pueden cambiar rápidamente cuando prueban la libertad. Además, ella quería ser actriz. Imagina que estaba haciendo dedo... o simplemente iba andando por el cañón, relajándose después del trabajo. Y una persona con un rostro famoso pasó junto a ella... en una larguísima limusina. Le dijo que había una fiesta salvaje arriba en la colina, muchos tipos del mundo del espectáculo, cualquier cosa. ¿Rechazaría eso una aspirante a actriz?

—Creo que es plausible. Si la fiesta empezó temprano. Pero incluso así, todo lo que tienes en realidad es un sueño y una chica desaparecida.

—Una chica que llamaba a casa cada semana y de repente dejó de hacerlo. Y de la que nunca más se volvió a saber nada.

Él volvió a mirarme.

—Yo no digo que no esté muerta, Alex. Lo más probable es que así sea. Pero eso no significa que muriera donde Lowell, y después de todos estos años no sé cómo vas a conseguir averiguar algo más.

—Yo tampoco lo sé. Dios, espero de verdad no haber encendido un fuego debajo de Best. Como mínimo, le he dado falsas esperanzas.

—Bueno —aceptó—, si tienes razón en eso de que es un hombre de fe, quizá pueda sobrellevarlo.

—Quizá. —Me senté hacia adelante en el banco. Una pequeña araña incolora había trepado por mi rodilla. La cogí cuidadosamente y sus patas como filamentos se agitaron frenéticas. La puse en la hierba y vi cómo desaparecía entre las hojas.

Milo dijo:

—Algo me ha estado preocupando, sin embargo. Lo que me dijiste acerca de Peter, el hermano de Lucy. El chico no viaja nunca, pero da la casualidad de que está fuera de la ciudad cuando ella mete la cabeza en el horno... No tiene trabajo, pero está demasiado comprometido con sus «negocios» como para volver ¿Se molesta en llamar a Embrey y a un medio hermano que no había visto desde hacía veinte años, y no llama a Lucy? Y entonces me dices que es un poco raro. Y ahora Lucy dice que alguien manoseó su ropa interior, y él tiene una llave de su apartamento.

—¿Crees que fue él?

—Creo que parece como si él estuviera huyendo de algo. Quizás impulsos desagradables. Quizás está muy unido a ella de una forma que le espanta, así que huye al desierto para estar solo con sus malos pensamientos.

—Oh, cielos —exclamé—. Justo lo que necesita Lucy.

Pensé en mi breve encuentro con Peter y traté de recordar lo máximo que podía de él. Cara pálida, voz soñolienta. Manos frías. Jersey grueso en un día cálido. Ansioso por volver al coche. Mirando a su regazo...

—¿Y si él estuviese huyendo de algo más?

Le describí al hermano.

Milo me miró. Sus grandes cejas negras estaban levantadas.

—¿Yonqui?

—Coincide, ¿no? Sin trabajo, la actitud defensiva de Lucy... evasiva, realmente. Recuerdo cómo me dijo que él siempre estaba tratando de protegerla «aunque él mismo»... y no acabó la frase. Cuando le presioné dijo: aunque él mismo no es el chico más duro del mundo. Pero no era eso lo que había empezado a decir. Sé que solo son conjeturas, pero él realmente quería volver al coche. Cuando yo miré hacia atrás, le vi sentado inclinado en el asiento. Como si estuviera haciendo algo. Lucy miró también hacia atrás, y en esa ocasión su sonrisa crónica desapareció. Quizás él estaba inyectándose allí mismo. Quizás ella lo sabía.

—Yonqui —repitió él—. Puede ser. Los adictos hambrientos no esperan a encontrarse en una *suite* con ropa de cama limpia.

Eso explicaría su forma de huir de Lucy cuando ella le ha necesitado. Eso de hablar con todo el mundo excepto con ella, porque ella hubiera sabido que él estaba de viaje para hacer una compra, y él no quería tener que decirselo. ¿No llega mucha de esa basura de Nuevo México, a través de la frontera?

Él asintió.

—Pero no falta esa basura aquí, en Los Ángeles.

—Quizá él no pueda comprarla aquí. Porque igual ha acumulado muchas deudas... ese puede ser el motivo por el que dejó la ciudad. Evitar a los acreedores. El chico que no manda demasiadas noticias —mi estómago se tensó—. Es posible que los acreedores conozcan la existencia de Lucy y estén tratando

de usarla como influencia. Quizás esas llamadas misteriosas por teléfono fueran reales. Quizás alguien realmente entró en su casa y revolvió su ropa interior.

—No entró nadie —negó—. Ella dijo que no había ninguna prueba de eso.

—Está bien, quizás ellos registraron la casa de *Puck* y encontraron la llave del apartamento de Lucy.

—Es demasiado sutil para gente de esa. Les gusta romper cosas.

—Quizás estén en una etapa sutil. Intimidarlos a él para que salde sus cuentas y les pague. A lo mejor él se dedica a vender desde hace tiempo. ¿De qué otra forma podría pagarse su vicio, sin trabajo? Lucy tiene un fondo fiduciario familiar que le supone mil dólares al mes, así que él puede que lo tenga también. Pero con según qué vicios, mil al mes no te llevan demasiado lejos.

—¿Un fondo fiduciario de la parte de Lowell o de la familia de la madre?

—De Lowell.

—¿Papá abandona a los niños, pero les mantiene?

—Es una historia que se transmite cada dos generaciones, establecida por la madre de él para ahorrar impuestos. Quizás él no tenía control sobre ese asunto.

—Influencia —rumió—. Sí, estaría bien culpar de todo a los demonios de la droga y así restaurar la credibilidad de ella. Pero sigo sin ver ninguna conexión con la cabeza de ella en el horno.

—¿Y si alguien la drogó y la puso allí? Es una criatura de rutinas: se toma un vaso de zumo todas las noches, mira la televisión pública... Eso podría explicar que las cortinas estuvieran abiertas... ellos querían que la encontraran. Querían enviarle un mensaje a *Puck*. ¿No podría ser así? ¿Y si todos creemos que ella está mintiendo o negándose a admitir la realidad, y en realidad dice la verdad?

Milo se frotó la cara.

—Eso sí que sería imaginar algo, Alex. Mucho. Sería la Tierra de la Fantasía, porque no tiene ningún chichón en la cabeza, y en el hospital no le encontraron ningún tipo de droga en los análisis.

—¿Y si le dieron algo que no queda registrado en los análisis, como por ejemplo cloroformo?

—Hey —exclamó—, si quieres teorías, es mucho más probable que fuera el propio Peter el que intentara gasearla... frustrado porque ella no le quería dar dinero para la droga. O quizás él anda detrás del trozo de pastel de ella del fondo fiduciario, y se fue de la ciudad para tener una coartada. Y ha llamado a Ken para ver si ella ha muerto. Si esta teoría te gusta, te puedo dar seis más como esta por un cuarto de dólar. Un par de cuartos más, y te daré fantasías para un día entero.

A lo lejos, el perro olisqueó el aire y salió disparado detrás de algo.

—Tienes razón —asentí—. Me estoy dejando llevar por las quimeras porque me gustaría que ella no hubiera tratado de destruirse a sí misma. Pero lo hizo. Y en realidad, es posible que Peter no haya tocado la droga en su vida. Podría ser

solo un chico tímido con problemas circulatorios.

—No, hay algo raro en él. He querido comprobarlo en el ordenador esta mañana, pero me han llamado al mercado a las seis y media. Lo primero que haré cuando vuelva será jugar a las maquinatas. ¿Tienes su dirección?

—Ken dijo que vivía en Studio City. ¿Aún piensas en comprobar lo de Trafficant?

—Claro, ¿por qué no? Todavía estoy tocando diferentes teclas.

—Pobre Lucy —lamenté—. Otra herida.

—Sí —asintió él—. Parece que tiene el dolor en su carnet de baile.

Era la una del mediodía cuando volví a Malibú. Cuando me detuve en un semáforo en rojo cerca del muelle, eché un vistazo a la fachada del Súbete a la Ola. Un edificio blanco, con ventanas azules. Un letrero con gruesas letras blancas deletreaba el nombre sobre un mural de un surfista con un traje mojado que cabalgaba sobre una gran ola.

Paradise Cove estaba quince kilómetros más allá. Un letrero de neón en un poste alto apuntaba hacia la playa. El Dólar de Arena. Desayunos. Comidas. Cenas. Impulsivamente, cogí el desvío.

Una honda carretera me condujo a través de unos cinco kilómetros de flores salvajes, después un aparcamiento de remolques sombreado por altos eucaliptos desgreñados. Entre los árboles, el agua se veía lisa y plateada. Otros treinta metros y llegué a una caseta de guardabarreras y una barrera de madera bajada. Un letrero decía que la playa era privada y que me costaría cinco dólares seguir adelante, a menos que me quedara a comer en el restaurante.

El chico del guardabarreras sacó la cabeza. Se le estaba pelando la nariz y llevaba unas gafas de sol.

—El Dólar de Arena —dije.

—Cinco dólares. —Me tendió un billete—. Que le pongan un sello y se los devolveré cuando salga.

Conduje hacia el promontorio final, hasta un gran aparcamiento vacío. El restaurante estaba al fondo de todo, en la arena, un edificio con persianas de madera y una banderola de «Happy Hour» sobre la puerta.

Dentro había una zona de espera sombreada, alfombrada de fieltro rojo, con las paredes de madera barata, y en las que colgaban instrumentos náuticos corroidos por la sal. No había nadie esperando, pero un cigarrillo se estaba consumiendo en un cenicero. A la derecha había un bar como una caverna con un par de personas aposentadas mirando una telecomedia en un canal de televisión por cable. Justo enfrente había un mostrador vacío y más allá el restaurante.

La habitación principal era enorme, como solían ser los restaurantes de Los

Ángeles antes del *boom* del suelo, con dos largas hileras de reservados rojos con tachuelas de latón y la misma alfombra de fieltro. Toda la pared que daba a la playa era de cristal. Una gran tormenta, hacía unos años, había arrancado un tercio del muelle. Los restos sobresalían del agua. Habían unos pocos turistas en la playa. La gente del restaurante parecía más bien de la ciudad, pero no había demasiada y estaba desperdigada.

Un par de camareras estaba trabajando, una joven y pelirroja, la otra de unos cincuenta años y con una cara regordeta y un corto cabello gris. Las dos llevaban blusas color rosa, pantalones negros y delantales rojos, las mangas enrolladas, los ojos cansados. Un ayudante de camarero recogía los platos de una mesa en el rincón más alejado.

El dueño era un hombre alto, pesado, de barba blanca. Me vio y dejó de hablar con un camarero.

—Almuerzo para uno —pedí, y me condujo a un reservado junto a la ventana.

La camarera mayor apareció al cabo de unos minutos, muy profesional. Pedí el menú Pescador, a diez noventa y cinco (« Se sirve todo el día »): pescado empanado, huevos, carne guisada con verduras, zumo y café. La comida era buena y traté de comer despacio. Cuando acabé, el restaurante estaba casi completamente vacío y la camarera no estaba a la vista. Finalmente la localicé en el bar, fumando y mirando la televisión, y le hice una seña.

Ella se acercó, con aspecto irritado. La placa con su nombre decía « Doris ».

Le tendí un billete de veinte dólares y el billete de aparcamiento y ella fue a buscar el cambio. Saqué la hoja de datos de Best y comprobé los nombres de los empleados del restaurante.

—¿Doris Reingold?

Cuando ella volvió, le dije:

—Quédese con cinco dólares —y sonreí ampliamente.

—Gracias, señor, ¿qué tal estaba su comida?

—Excelente.

—El Pescador es una de nuestras especialidades más populares.

—Ya veo por qué... parece que todo está muy tranquilo hoy.

—Va y viene. Los domingos no se puede venir sin reserva.

—¿Tanto?

—Viene toda la gente de Hollywood... vienen a sus casitas de la playa para pasar el fin de semana. Barbra Streisand se sienta en ese rincón. Es muy menuda. También vienen algunos *chefs*, como el de La Poubelle. Traen a sus niños. Le digo siempre a Marvin que suba los precios, pero él no lo hará.

—¿Por qué?

Ella encogió los hombros.

—Una vieja costumbre. Seguramente cerraremos el año que viene, de todos

modos. Marvin no tiene muy buena salud, y le están yendo detrás por el terreno. Vale una fortuna.

—Fatal. Tendré que venir por aquí más a menudo mientras esté abierto.

—Hágalo. Podría acostumbrarme a clientes como usted —rio—. ¿Vive por aquí cerca?

—Acabo de trasladarme. Cerca de la línea del condado.

—¿En la playa?

Asentí.

—Oh, es muy bonito. Paso por allí cuando voy a casa, a Ventura. ¿Propiedad o alquiler?

—Alquiler.

Yo también. Solo los millonarios viven en propiedad, ¿verdad?

—Es mejor creerlo así. ¿Lleva mucho tiempo trabajando aquí?

Ella se tocó una mejilla e hizo una mueca.

—Se nota, ¿eh? Pero no voy a decirle cuánto hace exactamente, así que no me lo pregunte.

Yo le devolví la sonrisa.

—¿Y qué hará si cierran?

—No lo sé, quizá me dedique al *catering*. Con todos esos *chefs*, siempre sale alguna cosa. Pero yo no lo voy buscando.

—¿No le gusta el *catering*?

—Es un follón. Me dedicaba a eso hace años. Una amiga mía trabajaba aquí también, cogía encargos de *catering* para ella y también para quien quisiera. Un buen dinero, pero un buen follón también —ella parpadeó—. A Marvin nunca le gustó que hiciéramos pluriempleo. Lo hacíamos a sus espaldas.

—Estoy pensando en dar una fiesta de inauguración de mi casa nueva, necesitaría un buen suministrador. ¿Quién es su amiga?

Ella movió la cabeza.

—Ya no se dedica a eso. Se hizo rica... tiene su propio negocio.

—Afortunada ella.

—Sí.

—¿Con qué tipo de negocio se puede hacer uno rico hoy en día?

Ella me sonrió.

—Usted está viviendo en la playa, ¿a qué se dedica?

—Soy psicólogo.

—Oh —ella parpadeó otra vez—. Quizá no debería estar hablando con usted.

—No se preocupe, no estoy de servicio.

—Sabe, no creía que fuera usted eso. Me imaginaba que sería un abogado en el negocio de la música o algo así.

Tocaba el bolsillo de su delantal, donde había ido a parar su propina.

—Yo tocaba en un conjunto —dije—. En salas de fiestas. Sé lo que es

depender de la generosidad de la gente.

—Es verdad. Y la mayoría de las veces, la gente no es generosa. Por eso no me gustaba llevar el *catering* de las fiestas. Ves lo peor de la gente; para ellos, no eres más que un mueble. Y no te dan propinas. Una tasa de servicio colectiva. Si el jefe no es honrado, estás perdida.

—¿No era honrada su amiga?

—¿Quién...?, ah, ella. Sí, era bastante honrada.

—Debe de haber visto algunas fiestas interesantes, sin embargo. Trabajando por aquí.

Ella cogió un cigarrillo.

—¿Le importa?

Yo sacudí la cabeza. Lo encendió.

—Quizá para alguien fuera interesante. Para mí era solo servir y limpiar y gente que abusaba de mi paciencia —sacudió la cabeza y miró hacia atrás—. ¿Quiere más café? Quizás yo también tome un poco. Marvin está en el lavabo, como de costumbre.

—Me encantaría su compañía —dije yo.

Ella cogió la jarra y otra taza. Se sentó frente a mí, con el cigarrillo, y sirvió café para los dos.

—Ha sido realmente agradable trabajar aquí. Tan cerca del océano.

—¿Qué tal por Ventura?

—Moribundo. Quién sabe, quizá me vaya a otro sitio. Tengo dos hijos ya mayores, los dos en el ejército. Uno está en Alemania, otro cerca de Seattle. Tal vez a Nevada. Me gusta Nevada; es un lugar muy floreciente.

—¿Y su amiga rica no puede ayudarla a encontrar algo?

—No, como ya le he dicho, está en otras cosas. Ella y su marido tienen una tienda de surf... y yo no tengo nada que hacer allí.

—¿Súbete a la Ola?

—Sí, ¿la conoce?

—He pasado por allí. No parece un gran negocio.

—Créame, lo es. Tienen una casa de propiedad en la arena, en La Costa... de propiedad, no de alquiler... y eso no es cualquier cosa.

Ella dio una profunda calada mientras sus ojos se desviaban hacia la ventana.

—Ahí están otra vez.

Seguí sus ojos hacia la playa. Se estaba instalando allí un equipo de filmación, los equipos de sonido y camiones aparcados en la parte de atrás, y dos docenas de personas de pie alrededor.

—Anuncios. Vienen por aquí a todas horas: bronceadores, coches, Coca-Cola, lo que quiera. Le pagan tanto a Marvin que no tiene que subir los precios... y hablando del demonio...

Ella miró hacia fuera del restaurante. El hombre de la barba blanca venía

hacia nosotros, con la cabeza baja y el ceño fruncido, balanceando los brazos.

Se puso de pie y extendió una mano hacia él, sonriendo y murmurando:

—Tranquilo, Marvin. —Él la miró, luego me miró a mí, y finalmente se dio la vuelta y volvió a su reservado.

—De vuelta a la base. —Apagó su cigarrillo—. Encantada de hablar con usted.

—Lo mismo digo.

—Doris —dijo, tocando la placa—. Pregunte por mí la próxima vez que venga. Le daré un asiento junto a la playa...

Trabajos de *catering*, contratada por Gwen Shea.

Trabajo para todo el que lo quisiera.

Todos esos *chefs*..., contactos.

¿Estaba trabajando Karen Best en la fiesta del Santuario?

¿Salió temprano para preparar las cosas y no volvió nunca?

Me senté en el coche y le di otro vistazo a la lista de Best.

Felix Barnard, el detective privado, no había apuntado nada acerca de que ella hiciera pluriempleo.

¿Los otros no se lo dijeron para ocultárselo a Marvin?

O quizá Barnard no hizo las preguntas adecuadas.

Best había dicho que el detective era muy lento, demasiado perezoso. Busqué su nombre en el listín de Rostale, tanto en las páginas amarillas como en las alfabéticas, pero no encontré nada.

Un castillo de naipes.

Pero lo que Doris acababa de decirme estrechaba la conexión entre Karen Best y el Santuario un poquito más.

Quizá la intuición de Sherrell Best acerca de los Shea fuera correcta. Doris era una conversadora bien dispuesta. No había manera de sacar el tema de la desaparición de Karen con ella, pero valía la pena hacer otro intento.

Por no decir lo que significaría cualquier pequeño refuerzo positivo.

Leí nuevamente los nombres de las demás personas del Dólar de Arena.

Sue Billings
Mary Andreas
Leonard Korcik

Volví a casa y busqué sus nombres. Ninguna de las mujeres estaba en el listín, pero Korcik L. T., aparecía en Encinal Canyon.

Contestó un hombre.

—Vivero de plantas.

—Leonard Korcik, por favor.

—Soy yo, Len.

—¿Es usted el mismo Leonard Korcik que trabajaba en el Dólar de Arena?

—No, ese es mi padre. ¿Quién es usted?

—Trabajo con la policía solucionando unos casos antiguos de personas desaparecidas. Una chica llamada Karen Best desapareció hace unos cuantos años. A su padre le hicieron unas preguntas sobre este caso, y yo quería comprobar algunas cosas.

—Mi padre murió hace tres años.

—Lo siento. ¿Le mencionó alguna vez a Karen Best?

—¿Quién?

—Karen Best.

—¿Cuánto hace de eso?

—Veintiún años.

Él rio.

—Yo tenía siete años entonces. Nunca oí nada de eso.

—¿Qué hacía su padre en el restaurante?

—Trabajaba en el bar a tiempo parcial y limpiaba también. Ahora tengo un vivero de árboles. Si necesita algún árbol, llámeme.

Colgó.

Wendy Embrey llamó justo antes de las cinco de la tarde.

—No estoy segura del todo, pero creo que Lucy va a volver al tratamiento

con usted.

—¿Por qué?

—En el momento en que le dije que autorizaba su marcha, ella se cerró en banda... amistosamente, pero estaba claro que no me iba a decir nada más.

—¿Qué le hace pensar que vendrá a verme a mí?

—Le pregunté si usted había venido a visitarla y ella se iluminó. Si yo fuera usted, comprobaría mi nivel de transferencia regularmente. —Se esforzaba por ser graciosa, pero había aparecido un tono agudo en su voz.

—Yo no estoy tan seguro. Cuando fui a verla, ella dijo algo acerca de que no necesitaba ninguna terapia en absoluto.

—Estupendo —replicó—. Ahí tiene usted otro diez en capacidad de percibir la realidad. Bueno, uno solamente puede conducirlos hasta el agua... la falta de discernimiento no es ningún motivo para retenerla más de las setenta y dos horas. De todos modos, su padre me ha llamado. Ya que probablemente yo quedaré fuera del asunto, creo que se lo voy a pasar a usted.

—¿Cuándo ha llamado?

—Esta mañana —me leyó un número de teléfono muy rápido.

—¿Dejó algún mensaje? —dije, mientras lo copiaba.

—No, solo me llamó. Buena suerte. Ella sale esta noche.

Una mujer contestó:

—¿Sí?

—El doctor Delaware devolviendo la llamada del señor Lowell.

—¿Quién?

—Soy el psicólogo de su hija.

—Creía que la estaba tratando la doctora...

—Embrey. Ya no lleva su caso.

—Oh... Bueno, si usted es el doctor, el señor Lowell tendrá una entrevista con usted.

—¿Sobre qué?

—Lucretia, me parece.

—No puedo hacer eso sin el permiso de Lucy.

—Espere.

Pasaron unos segundos; después una voz muy baja y profunda dijo:

—Lowell. ¿Quién es usted?

—Alex Delaware.

—Delaware. El primero de los estados, un miserable y pequeño rincón atrasado. ¿Qué es usted, un canadiense francés? ¿Acadiano? ¿Rústico patán?

—¿En qué puedo servirle, señor Lowell?

—Usted no puede servirme en absoluto. Quizá sea yo quien pueda ayudarle a

usted. Mi chico me ha soplado el intento de suicidio de la chica, con la implicación, por supuesto, de que esto ha sido culpa mía, bla, bla bla. Dudo que ella haya cambiado mucho, esa chillona estreñida, los caracteres básicos no cambian nunca, así que puedo darle algunas interesantes informaciones. A menos que usted sea uno de esos biopsiquiatras frankenmaníacos que creen que el carácter es una simple cuestión de serotonina y dopamina.

—¿Cuál de sus hijos le llamó?

—El adicto a los opiáceos, ¿qué otro?

—Peter.

—El mismo.

—¿Desde dónde llamó?

—¿Quién sabe? Mi chica lo cogió. Y no trate de hacerme comparecer ante el Tribunal de la Progenie Arruinada. La culpa puede ser su mejor mercancía en el comercio, pero no es mi moneda. Le veré pasado mañana. Una hora como máximo, bastante menos si usted me aburre. Tendrá que venir usted a verme, yo no viajo.

—Lo siento. No puedo hablar con usted sin permiso de Lucy.

—¿Qué? —Él rio tan alto que tuve que apartar el auricular de mi oído—. ¿Bedlam es el Nuevo Olimpo? ¿Los lunáticos llevan el sanatorio? ¿De qué mierda está hablando usted ahora?

—Confidencialidad, señor Lowell.

—No hay secretos, hijo. No en la edad del masaje-mensaje. Los libros de McLuhan son una mierda (*furor loquendi*) pero es cierto que cada uno de nosotros está con la vista fija en los idiotas de los demás... Muy bien, ha perdido usted su oportunidad. *Salaam*, como dicen los árabes, al infierno con todo.

—Si Lucy consiente, me gustaría tener la oportunidad de hablar con usted. ¿Puedo volverle a llamar?

—¿Que sí puede? —volvió a reír—. Usted sabrá. También puede jugar al Go o comer pescado crudo como los japoneses, o jugar a los «pasos de gigante» y dar tres pasitos de niño, o follarse a sí mismo con una herramienta de jardín.

Robin y yo cenamos fuera, en el porche. La marea había batido la arena como si fuera nata, y la playa en penumbra era una llanura grisácea con picos y hondonadas. No podía dejar de pensar en mi conversación con Lowell.

¿Se había olvidado su dosis de litio, o es que cultivaba las locuras para llamar la atención?

Probablemente nadie le haría ya mucho caso.

¿Por qué habría llamado? Su oferta de proporcionar información era casi cómica.

El adicto a los opiáceos. El presentimiento acerca de Peter, confirmado.

Quizás una carrera destruida y la vejez finalmente eran la causa de que Lowell se interesara por las ruinas de su familia.

Una hija muerta, los otros tres enemistados con él.

Un drogadicto, una suicida...

Ken parecía un chico agradable, pero su antipatía por su padre estaba bien a la vista.

—¿En qué piensas, cariño? —dijo Robin.

—En nada.

Ella sonrió y me puso la mano en el brazo. Yo traté de apartar los pensamientos clínicos y volver hacia ella. En el cielo quedaban trazas de color todavía... un brochazo de color salmón, coronando el sol poniente. Jugeteaba con el castaño rojizo de su pelo y le daba un tono cobrizo y como de gato.

—¿Todavía con el trabajo? —decía ella, acariciándome.

—Ya no.

La atraje hacia mí y la besé profundamente. Su lengua se entretuvo en mi boca.

—*Carpe foxum* —dije yo.

—¿Qué es eso?

—Agarra a tu chica.

A pesar de una noche de sueño decente, mi primer pensamiento al despertarme fue: Lucy ha salido ya del hospital.

No me hacía muy feliz la idea de que ella tratase de desenvolverse por sí misma. Pero si la presionaba, probablemente se echaría atrás, así que decidí darle hasta el mediodía antes de llamarla yo.

Mientras tanto, le contaría a Milo lo que Doris Reingold me había contado a mí.

Él no había ido todavía a la comisaría y nadie cogía el teléfono en su casa. Llamé al servicio telefónico que usaba para sus trabajos privados y la cinta contestó: «Blue Investigaciones». Dejé un mensaje.

No eran las nueve todavía; Robin y *Spike* habían salido para una hora más o menos. Conduje hasta el supermercado de Trancas y compré algo de comida, pensando en todos los lugares de la autopista donde podía desaparecer una chica. Cuando llegaba a casa, Milo llamó.

—Estoy en casa de Lucy. ¿Puedes venir ahora mismo?

—¿Está bien ella?

—Físicamente, está bien. Ven aquí; hablaremos cuando llegues. Esta es la dirección.

La calle estaba a tres manzanas al norte de Ventura Boulevard. Aquella manzana estaba desnuda de árboles y abrasada por el sol; lodo eran apartamentos, la mayoría grandes bloques con aparcamiento subterráneo y cancelas de seguridad que hubieran obligado a un ladrón experimentado a trabajar durante al menos veinte segundos. Letreros de SE ALQUILA y de venta en la mayoría de ellos. Promesas de ayuda para la mudanza.

El edificio de Lucy era más viejo y más pequeño, un edificio de cuatro apartamentos, dos pisos de estuco color carne y madera rojo oscuro. Dos apartamentos arriba, dos debajo, cada uno de ellos abierto a la calle con entradas individuales resguardadas por un pasadizo cubierto. Otro letrero de se alquila clavado en el césped cerca del buzón de la planta baja.

Su apartamento era el número cuatro, en la parte de arriba. El número tres

estaba vacío. Su alfombra de entrada tenía la forma de una ardilla que decía « ¡Hola! ». Las ventanas a través de las que Ken la había visto arrodillada en la cocina estaban tapadas por unas persianas. La jamba de la puerta alrededor de las bisagras estaba un poco astillada y vuelta a clavar (Ken la había roto para salvarla), pero la puerta estaba cerrada. Llamé al timbre y Milo apartó las persianas y luego me dejó entrar.

La parte delantera del apartamento estaba dividida en salón y comedor. La cocina era un cuartito con armarios color aguacate y electrodomésticos blancos. Apenas había suficiente espacio para arrodillarse. Todas las paredes eran blancas, no demasiado diferentes de la unidad de Psiquiatría del Woodbridge.

El horno era un Kenmore bajo, pequeño, de dos quemadores, quizá de quince años de antigüedad. La mesa del comedor era de imitación roble rodeada por tres sillas plegables. En el salón había un sofá de dos plazas de terciopelo azul y dos sillas a juego, una mesa de café con el tablero de cristal, un televisor de catorce pulgadas y un reproductor de vídeo en una mesita con ruedas.

Encima del televisor había una sola foto de Lucy y Peter. Solo se veían las caras, ningún fondo identificable. Ella sonreía, él lo intentaba.

Lucy estaba sentada en el sofá azul, descalza, con unos vaqueros y una sudadera holgada gris que decía « L. A. es lo bueno ». Sus manos se crispaban una sobre otra, y ella levantó la vista y me dirigió una sonrisa con esfuerzo. Milo se puso de pie junto a ella. Su americana estaba encima de una silla. Llevaba su revólver en una cartuchera.

Sus ojos se dirigieron a la mesa de café.

—Mira, pero, por favor, no toques.

Una pequeña pila de revistas había sido apartada a un lado. Junto a ella había una hoja de papel enrollado, y al lado un sobre blanco.

En el papel había una nota escrita a máquina, descentrada, ocupando el margen izquierdo y la parte superior de la página:

JÓDETE EN EL INFIERNO, PUTA
SI JOBE MUERE, TÚ MORIRÁS DOS VECES

Debajo de esto se encontraba algo pegado a la hoja con unas tiras de cinta adhesiva transparente.

Unas cosas oscuras y resacas, del tamaño y la forma de huesos de oliva.

—Son cagadas de rata —dijo Milo—. Pendientes del análisis del laboratorio. Pero no necesito que me lo diga ningún técnico.

—¿Lo han enviado por correo o lo han traído?

—Lo han dejado ellos.

—Lo han dejado dentro de la casa —dijo Lucy—. Lo encontré encima de la mesa cuando llegué a casa la noche pasada.

—¿A qué hora era eso?

—A las tres de la madrugada. Me dejaron salir a la una, pero tuve que rellenar unos papeles y me había dejado unas ropas en la habitación, así que tuve que volver. Cuando llegué aquí, la puerta no estaba cerrada con llave, pero imaginé que Ken o los de la ambulancia se habían olvidado de cerrarla. —
Trataba de parecer calmada. Tenía las manos blancas.

—¿Viniste a casa tú sola?

Ella asintió.

—No lo vi porque estaba muy cansada, solo quería dormir. Caí como una piedra, luego me he despertado sobre las cinco, he salido a beber un vaso de agua y lo he visto.

—¿Quién tiene llaves de tu apartamento?

—Solo Peter y yo. Y la propietaria, supongo.

—¿Quién es la propietaria?

—Una mujer mayor que vive en Port Hueneme —contestó Milo—. Un empleado suyo ha arreglado la puerta. He hablado con él, y dice que cerró con llave cuando acabó.

—¿El señor Gonsalvez? —exclamó Lucy—. No, él es un buen hombre... y no puede haber escrito eso, a duras penas habla inglés.

Milo asintió. Lucy se abrazó a sí misma.

Yo le miré a los ojos.

—¿Está trabajando en esto el laboratorio?

—Todavía no —y a Lucy—: ¿Por qué no haces la maleta?

—¿Puedo tomar una ducha? Realmente, no creo que haya nadie en el baño.

—Claro.

Ella salió. Se cerró una puerta y momentos después se oyó el ruido de la ducha filtrándose a través de las paredes, como una lluvia lejana.

Milo se sentó donde había estado ella. Señaló la silla que no tenía la chaqueta, y yo me senté en ella.

—¿Qué piensas? —dijo él suavemente.

—Ha elegido el momento de forma muy oportuna. Hace pocas horas que ha salido del hospital y ya te tiene de nuevo aquí. Pero ¿y nuestra teoría acerca de los acreedores del préstamo de Peter?

—Esos tipos tienden a aumentar la violencia. ¿Por qué iban a gasearla y luego volver a esto?

—Quizás ellos vinieron para hacerle daño de verdad, pero no la encontraron en casa. O quizás ellos y Peter no tengan nada que ver con esto. Con lo que sí tiene relación esto es con lo de Shwandt... ¿recuerdas cómo pedían justicia las Bogettes? O cualquier otro loco que estuviera relacionado con Lucy... alguien que se fijó en ella durante el juicio.

—¿Cómo podía saber alguien que ella no estaba?

—Porque la vigilaban... rondaban a su alrededor. Recuerda, ella deja sus cortinas abiertas —había tensión en mi voz—. ¿Hay algo que te haga dudar de ella?

—No, eso es lo bueno. Ella está muy calmada ahora, pero cuando he llegado estaba paralizada. Temblando. O era terror genuino o es muy buena actriz, Alex. Y ella no tiene máquina de escribir, así que la nota no pudo haber sido escrita aquí. ¿En qué otro lugar podría haberla escrito entre las dos y las cinco de la madrugada? ¿De dónde demonios podría haber sacado ella cagadas de rata?

—Todo eso recuerda a Shwandt.

Él asintió.

—¿Habían tocado algo más? —pregunté.

—No.

Miré la escasa decoración.

—Deberías ver el dormitorio —dijo él—. Un simple colchón en una tarima, una mesita auxiliar barata, nada en las paredes. Sus ropas no son de mala calidad, pero tampoco tiene mucha.

—Monjil.

Él me miró agudamente.

Yo le pregunté:

—Bueno, ¿qué es lo que te preocupa?

—Que no confío en mis instintos con ella.

Apoyó su mentón en una de sus palmas. La barba negra y gris apareció a través de las marcas de viruela.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le pregunté.

—Desde las seis menos veinte.

Eran casi las once.

—¿Por qué has esperado tanto para llamarme?

—No quería interrumpir tus bellos sueños.

—¿En serio?

Él frunció el ceño y se apartó el pelo de la frente.

—Después de calmarla, hemos estado hablando. La hora de la verdad. Le he dicho que soy gay... sé que me lo advertiste, pero me parecía lo correcto. He seguido mis instintos; de vez en cuando, eso funciona. —Me miraba.

—Está bien. ¿Qué tal se lo ha tomado?

—Casi como si se sintiera aliviada.

—Quizá lo esté. En dos aspectos. No la has rechazado personalmente, y al mismo tiempo puede estar junto a ti y evitar la complicación de una relación sexual.

—De cualquier manera... Lo siento si he precipitado las cosas, Alex. No quería fastidiar a nadie. Pero sentarme aquí, abrazarla, ella llorando, con la cabeza en mi hombro, veía que iba a pasar algo, y ella no necesitaba ningún

rechazo más. Me ha parecido...

—Obviamente, tenías razón.

Su sonrisa se formó con lentitud.

—El señor Confirmación... ¿nunca has pensado en trabajar con gente?

—¿Vas a llamar al laboratorio para reconstruir la escena del crimen?

—Si lo hago, podría ser un verdadero follón. Una vez que los mecanismos se ponen en marcha, es imposible detenerlos. Alguien se verá obligado a hablar: un jurado del *Bogeyman* acosado... Es solo cuestión de tiempo que los tipos de la prensa lo averigüen y empiecen a husmear por todas partes. Luego empezarán a fijarse en ella y sabrán que trató de suicidarse y estuvo retenida. ¿A quién le encantaría eso?

—A los abogados de Shwandt —adiviné—. Un jurado mentalmente enfermo. Base para una revocación instantánea de la sentencia.

—Especialmente, con ese imitador pisándonos los talones. Mi opinión es que conseguirían dismantelar todo el asunto.

—Lucy se vería humillada.

—Enormemente. —Él se levantó y caminó.

Miré la nota.

—¿Hay alguna forma concebible de que esto pueda estar relacionado con el asesino copión? ¿Las Bogettes o alguien del bando de Shwandt podrían haber fraguado algún plan para conseguir que anulasen su condena?

—¿Quién demonios lo sabe? Esas chicas están locas. Fanatismo de bajo nivel intelectual, del peor tipo.

Podría ser todo un plan de bajo nivel intelectual. Ningún otro jurado dejaría jamás a Shwandt volver libre a las calles.

—Sí, pero si él comparece ante el tribunal, ellas pueden ir a verle. Por lo que parece, están planeando liberarlo, sacarlo de allí.

—Morirás dos veces. ¿Puede significar eso tanto la humillación como la muerte real? —Leí otra vez la nota.

Él se encogió de hombros. El ruido de la ducha cesó.

—Está bien —dijo él—. Hasta que aclaremos esto, la prioridad número uno es mantenerla a ella a salvo. Si fue ella la que hizo esto, lo peor del caso es que yo he sido burlado. Así que, ¿dónde la meto? Ella dice que no tiene amigos íntimos ni ninguna otra familia excepto él —y dirigió una mirada a la foto sobre el televisor—. Y él es un yonqui, por cierto.

—Lo sé. Su padre me lo dijo.

—¿Cuándo has hablado con él?

—Ayer. Traté de llamarte para decírtelo. Tenía otras cosas que contarte, pero pensemos qué hacer con Lucy en primer lugar.

—Podría llevarla a un hotel, pero cualquier lugar por encima de una pensión de mala muerte se comerá su dinero de una forma condenadamente rápida.

—¿Y Ken? Él está en el negocio de las inmobiliarias... trata con propietarios en apuros. Incluso aunque él mismo no tuviera nada, podría saber de algo a buen precio, un alquiler a corto plazo. Aquí o en Palo Alto. Quizás ella debería salir de la ciudad durante un tiempo.

—Es una idea —dijo él—. Ella me ha hablado de él un poco, quería agradecerle que la hubiera salvado, pero no sabía cómo aproximarse a él. Me ha dicho lo extraño que era tener un hermano a quien no conocía. Luego ha cambiado de tema al hermanito *Puck*. Está preocupada porque él no la ha llamado.

—¿Preocupada, no enfadada?

—Preocupada. Me ha dado la sensación de que lleva mucho tiempo preocupándose por él.

—Seguro que sí —acepté—. ¿Te ha contado algo más de él?

—No, y yo no la he presionado... Bueno, ¿puedes localizar a Ken?

—Tengo su tarjeta.

La puerta del dormitorio se abrió y Lucy entró en la habitación, secándose el pelo con una toalla.

—Definitivamente, no me falta nada más. Todo está intacto.

—Bien —dijo Milo. Se levantó y le acercó una silla.

—Otro juicio —exclamó ella—. Los pobres padres de Carrie pasando otra vez por aquello... todas las familias. ¿Realmente creen que esas chicas horribles pueden estar detrás de esto?

—No lo sabemos —dijo Milo—. Pero se alimentan de la publicidad. Por eso queremos mantenerte a salvo y hacerlo de una forma discreta.

—Mi... —Se mordió el labio.

—¿Qué, Lucy? —pregunté.

—El... horno. He empezado a preguntarme si yo realmente... pero ¿cree que alguien puede habérmelo hecho? ¿Drogarme de alguna forma? ¿Recuerda cuando le mencioné que me sentía como drogada, hace un par de sesiones? —Asentí—. Yo pensaba que se trataba simplemente de cansancio —dijo ella—. Demasiado trabajo, sueño insuficiente. Pero... ¿no podría ser algo más?

—Todo es posible —acepté.

Ella apretó las rodillas contra su mentón. Tenía los brazos alrededor de las piernas y su cuerpo parecía muy pequeño.

—Bueno, haga lo que sea preciso para llegar hasta el fondo de esto. No se preocupe por mí, soportaré todo lo que sea necesario.

—La publicidad podría representar algo más que un nuevo juicio simplemente. Celebridad instantánea, incluyendo los tres días que has pasado en el Woodbridge.

Eso la hizo titubear.

—Oh... el jurado loco... oh, mierda.

Miró a Milo.

Este dijo:

—Voy a tomar las huellas de tu apartamento yo mismo, en lugar de llamar al laboratorio. Me costará un poco más, pero así podré mantenerlo en secreto. Dependiendo de lo que encuentre, me lo llevaré de aquí. ¿Te ha visitado alguien recientemente?

—No. Nadie.

También te encontraré un lugar temporal para un día o dos. Después de eso, hemos pensado pedirle a Ken que te busque algo, ya que él está en el negocio de las inmobiliarias. ¿Estás de acuerdo con eso?

—Supongo que sí. Claro —y a mí—: ¿Querría hacerlo él?

—En el hospital mencionó que quería verte. Aunque estoy seguro de que eso le pone un poco nervioso.

Ella sonrió.

—Yo también estoy realmente asustada.

—Lo desconocido asusta.

La sonrisa se desvaneció.

Ella empezó a hacer las maletas y yo volví a Malibú y llamé a la oficina de Ken. No había secretaria. Hablé a su contestador, y él se puso al teléfono en cuanto mencioné mi nombre.

—Hola, doctor, ¿qué tal?

Se lo conté.

—¿Alguien entró?

—Lucy dice que encontró la puerta abierta cuando llegó a casa.

—Mierda. Igual fui yo quien se la dejó abierta. Tenía tanta prisa por llevarla al hospital...

—No, arreglaron la cerradura después, y el empleado que la arregló dice que la puerta estaba cerrada con llave. Así que o bien no tuvo cuidado, o alguien la forzó.

—Por qué... quizás alguien que estaba espionando por el barrio, sabía que ella estaba fuera. ¿Se llevaron algo?

—No, solo dejaron la nota. El detective Sturgis la está investigando, pero necesitamos mantener esto en secreto. Para evitar una publicidad que podría herir a Lucy y concederle un nuevo juicio a Shwandt.

—¿Herirla cómo?

—Si la historia se divulga, alguien podría hacer un par de comprobaciones y averiguar que ha pasado setenta y dos horas en Woodbridge.

—Oh. Claro, ya veo lo que quiere decir. Eso sería terrible.

—Mientras tanto, estamos intentando encontrar un lugar seguro para ella. Su hermano está todavía fuera de la ciudad, y nos preguntamos si usted podría hospedarla en Palo Alto.

—¿A Lucy le parece bien?

—Está un poco nerviosa por el hecho de conocerle, pero le haría un gran favor.

—Entonces, claro que sí. Pero ella no tiene por qué venir aquí. La empresa tiene montones de casas vacías en Los Ángeles. La mayoría son de baja calidad, pero algunas son bastante bonitas... Creo que hay una que está muy bien en Brentwood, totalmente amueblada. Pensaba volar hacia allí esta noche, de todos modos: déjeme comprobarlo... a menos que usted piense que ella debería dejar

la ciudad.

—No. Un lugar seguro por aquí también estaría bien.

—Puedo quedarme con ella, si eso puede ayudar. No puedo permanecer junto a ella constantemente, pero estaría en casa la mayoría de las noches.

—Eso está bien. Gracias, Ken.

—Claro, no hay problema. Me alegro de ser útil.

Milo llamó a las tres y media para decir que estaba de camino. Llegaría poco después de las cuatro.

—La he llevado al Ramada en Beverly Drive y Pico, registrada con mi nombre. —Me dio la habitación y el número de teléfono.

—¿Se encontrará bien sola?

—Eso parece. Le dije que adoptara todas las precauciones habituales, aunque no sé cómo podría encontrarla nadie allí.

—Después de pasar más tiempo con ella, ¿tienes alguna nueva idea acerca de su credibilidad?

—Parece condenadamente creíble, ni vacilante ni aletargada. Si está mintiendo, o está totalmente loca o es una psicópata encallecida, y si me engaña, no puedo creer que piense que sea tan crédulo.

—No se trata de ser crédulo. Todos nosotros somos como cerrojos. No importa lo segura que sea la cerradura, siempre hay una llave que la abre.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Que ella se ha aprovechado de mí? ¿Tú crees que ella está mintiendo?

—Creo que es una joven muy confundida. El sueño, ahora esto. Yo mismo tengo problemas para clasificar la realidad, así que imagino que es mucho más duro para ella.

—Solo has contestado a una pregunta.

—¿Que si creo que tú te has dejado ablandar por ella? Yo te calificaría como de emocionalmente susceptible y sí, claro que te has dejado ablandar. ¿Si creo que es malo? No. Ella necesita ayuda y tú se la estás proporcionando. Como has dicho, lo peor que puede pasar es que te haya tomado el pelo. ¿Alguna discusión más acerca del hecho de que tú seas gay?

—No, no salió el tema. —Él parecía abrumado.

—¿Qué pasa?

¿Qué eran esas otras cosas de las que me tenías que hablar?

—El guión de Karen Best parece un poco menos teórico. Ayer estuve en el Dólar de Arena y me atendió una camarera llamada Doris Reingold. Ella estaba en la lista de Best... ha estado trabajando allí todo este tiempo. Me contó que Gwen Shea reclutaba normalmente a los empleados para tareas nocturnas de *catering*. El nombre de Karen no apareció... no hubo manera de meterlo en la

conversación. Pero Best dijo que Karen era amiga de los Shea. Es lógico que ellos le hubieran dado algún trabajo. Así que quizás ella trabajó en la fiesta de Santuario.

—¿Por qué no averiguó nada de esto el detective privado?

—Quizá fuera un incompetente y no hiciera las preguntas adecuadas. El personal siguió haciendo trabajos de *catering* en secreto. El propietario del Dólar no lo aprobaba.

Milo se apartó de la mesa y estiró las piernas.

—Dio la casualidad de que te atendió ella, ¿eh?

—Palabra de *boy scout*.

—Y dio la casualidad de que fuiste a comer allí.

—El restaurante tiene una buena vista —dije.

Miró hacia las puertas de cristal.

—Como si tú necesitaras ir a algún sitio para eso.

—No me puse a husmearlo todo. Doris cree que soy solo un tipo amistoso que da buenas propinas. Y al menos esto da que pensar, ¿no es cierto? Karen se ajusta a la chica del sueño de Lucy, desaparece la noche anterior a la fiesta. Una gran fiesta como esa puede haber requerido un par de días de preparación. Quizá se fue temprano. Si los Shea la contrataron y le ocurrió algo, podría ser una buena razón para que ellos actuaran de forma evasiva con su padre. Toma también a Trafficant y su desaparición, y son algo más que conjeturas, ¿no te parece?

Fue hacia la ventana.

—Está bien, me has dado que pensar, pero no olvidemos que la única razón por la que ha surgido todo esto es el sueño de Lucy. Y todavía no sabemos qué parte del sueño puede ser real.

—La desaparición de Karen Best es real. Y no es fácil que Lucy lo supiera. A diferencia de la fiesta, esta noticia no apareció en el *Times*. Best dijo que los periódicos más importantes la habían desdeñado. —Saqué la copia del *Shoreline Shopper* y se la pasé—. Él pagó este artículo. El periódico dejó de salir poco después. Dudo que esté archivado en ninguna hemeroteca. Él lo leyó mientras yo miraba las gaviotas.

—Dice aquí que nadie la vio después de dejar el restaurante a las once de la noche del viernes, no volvió a casa esa noche. ¿Y tú dices que fue a Santuario y pasó allí la noche?

—Quizá tuvo un lío de una sola noche con un chico. Un chico que la recogió y le hizo daño.

—¿Trafficant?

—Era famoso.

—¿Y luego qué? ¿Él se la carga el viernes por la noche? ¿O tiene una fiestecita con ella otra vez el sábado y luego se la carga?

—En el sueño, Lucy recuerda luces y ruidos. Quizá fuese el personal

preparándolo todo, pero parece más la propia fiesta.

—El sueño —dijo él, sacudiendo la cabeza—. Así que ella estuvo trabajando allí el sábado. Sirviendo estofado selecto a cientos de personas y nadie la recuerda.

—No hay indicaciones de que ni el *sheriff* ni Barnard establecieran ninguna conexión con la fiesta.

—Quizá porque Karen no estuvo allí. —Él sacudió el recorte—. Esto es una cobertura importante, a nivel local. Se podría pensar que alguien de la zona de la playa la hubiera visto.

—Este artículo apareció seis meses después de la desaparición. ¿Quién va a acordarse de una camarera que les sirvió hacia medio año? Con Lowell y las estrellas de cine en la fiesta, ¿quién iba a reparar en el personal? Estaría bien localizar a Felix Barnard y ver si él conserva alguno de sus viejos archivos, pero no puedo localizarle en el listín. Un poco de investigación de los Shea también sería útil. Como por ejemplo, ¿han estado implicados ellos en algo dudoso desde entonces? Puedo hacer otra visita al Dólar de Arena y tratar de obtener más información de Reingold. El *chef* que preparó el *catering* de la fiesta podría ser otra fuente. Puede tener tarjetas antiguas o registros de personal que puedan verificar la presencia de Karen. Un tipo llamado Nunez. Restaurante Scones.

—Murió —dijo Milo—. De sida, hace un par de años.

—¿Le conocías?

—Rick sí le conocía. Le cosió un dedo rebanado en urgencias. Fuimos a su restaurante un par de veces y nos invitó. Servían unos vegetales que yo no había visto en mi vida, y las raciones eran demasiado escasas. —Tabaleó en el cristal ligeramente.

—¿Has buscado ya a Trafficant en el ordenador?

Él asintió.

—No hay nada en el archivo. No he tenido ocasión de buscar en sus declaraciones de impuestos. ¿Has llamado a su editor?

—No, y ahora ya es demasiado tarde, lo intentaré mañana. También puedo intentar sondear a su patrón.

Le describí mi conversación con Lowell.

—Parece el gilipollas que Lucy dijo que era. ¿Por qué ese súbito interés? —comentó.

—Buena pregunta. Peter le telefoneó desde Nuevo México, también, y le contó lo del intento de suicidio de Lucy. Lowell dio a entender que era un intento de cargarle la culpabilidad que no funcionó. Dijo que tiene informaciones que ofrecer sobre Lucy, aunque su tono era más despectivo que preocupado.

—¿Información? ¿Después de todos estos años?

—Está convencido de que ella no ha cambiado demasiado. Lo único que se me ocurre es que está tratando, de una forma bastante extraña, de restablecer

algún tipo de relación.

—¿Siendo despectivo?

—Es un buen elemento, Milo. Vomita palabras sin parar. Se tomó tantas molestias para explicarme que no se siente culpable, que eso mismo puede significar lo contrario, sí que se siente responsable.

—Extraño. Así que el viejo *Puck* sigue llamando a todo el mundo menos a Lucy. Ese tipo me produce un definitivo mal presentimiento... igual que la foto encima del televisor de ella. Ella sonríe, pero él parece que no pueda esperar para salir corriendo como alma que lleva el diablo y meterse la aguja en la vena. Y es más que un adicto de tres al cuarto. Tres arrestos por posesión de heroína y dos por tráfico, todo en los últimos seis años. También tiene un récord juvenil en Massachussets y algunos asuntos menores con la policía de Boston. El arresto más grave fue hace tres años. Trató de vender treinta gramos a un policía de paisano. Se escabulló gracias a los tecnicismos, caso sobreseído. Su abogado era Gary Mandel. ¿Has oído hablar de él alguna vez?

—No.

—Es un exfiscal, especializado en casos graves de drogas, un profesional muy bueno.

—¿Crees que *Puck* tiene relación con el tráfico?

—Treinta gramos no le convierten en el Rey de la Droga, pero sí en algo más que un vendedor callejero. Si estaba jugando con la gente de los grandes tentáculos y ofendió a alguien, eso podría explicar la huida rápida. De cualquier manera, por ahora Lucy no está ganando la apuesta al valor familiar; esperemos que Ken no sea otra manzana podrida. ¿Cuándo vas a ver a su Papaíto?

—No voy a ir a menos que Lucy quiera que vaya. Y no voy a seguir hasta que esté seguro de que esto no la va a alterar a ella.

—Sí. —Se volvió hacia los charcos de la marea. Un par de bote cilios flotaban cerca de los bancos de algas—. Dios, esto es muy bonito. Puedes olvidar en qué planeta estás.

—Claro que podrías —repliqué, pero en realidad estaba pensando en cabañas de troncos y el agobiante terror a la oscuridad que podrían generar en la mente de una niña pequeña.

De pronto, sonó el teléfono, sobresaltándonos a ambos. Lo cogí.

—¿Doctor? Soy Ken Lowell. Estoy en Palo Alto todavía, pero quería que supiera que le he conseguido a Lucy aquel lugar en Brentwood. Cogeré el vuelo de las siete, así que podré estar allí hacia las ocho y media o nueve. ¿Quiere que pase a recogerla a ella o nos encontramos usted y yo?

Se lo pregunté a Milo.

—Dile que se reúna con nosotros.

Lo hice.

—Entonces, le veré luego —dijo Ken. Me dio una dirección en Rockingham

Avenue—. ¿Qué tal lo lleva ella?

—Bien.

—Estupendo. Los Lowell somos duros... hechos para aguantar.

Colgó. Le di la dirección a Milo y él la copió. Luego volvió a la mesa, echó un vistazo al artículo del *Shoreline Shopper* y se dirigió hacia la puerta.

—Veré lo que puedo hacer para localizar estos datos. Recuerdos a la Bella y la Bestia.

—¿Adónde vas?

—A llevarle a Lucy algo de cenar, y luego iré a Brentwood y la dejaré allí instalada. Me alegro de que él se vaya a ocupar de todo.

—Finalmente, alguien en la familia lo hace.

—Sí... Pensaba pasar la noche con ella. Cogí una *suite*... dos dormitorios separados y todo.

Nadie había llamado a las diez del día siguiente, así que llamé a la casa de Brentwood. Contestó Ken, bostezando.

—Ah, hola. Nos fuimos a dormir muy tarde. Espere, le pondré con Lucy.

Unos segundos después:

—Buenos días, doctor Delaware.

—¿Qué tal va todo?

—Muy bien. Acabo de levantarme. Ken y yo nos quedamos levantados hasta tarde, hablando. Espere, por favor... Hasta luego, Ken... Ha salido a comprar un poco de comida. Es muy agradable... Sigo pensando en *Puck*... Estoy segura de que volverá cualquier día, pero... Creo que los últimos días han sido un follón. Es difícil de creer que todo esto esté ocurriendo de verdad.

Ella emitió una breve, tirante risita.

—¿Quieres venir a verme? —le dije.

—Me gustaría, pero el coche está todavía en mi casa. Tengo que traerlo aquí.

—Puedo ir yo.

—No, no quiero meterle en más problemas.

—No es ningún problema.

—No, doctor Delaware, no puedo seguir imponiéndome.

—No te preocupes por eso, Lucy. ¿Qué tal a mediodía?

—Claro —dijo ella—. A mediodía está bien —otra pequeña risa—. No voy a ir a ninguna parte.

Justo cuando estaba preparándome para salir, llamó Sherrell Best.

—Estoy seguro de que no hay ninguna novedad, doctor, pero...

—Nada todavía, reverendo, aunque la policía está interesada en hablar con Felix Barnard. Ya no está en Malibú. ¿Tiene idea de dónde ha ido?

—¿Por qué quieren hablar con él?

—Solo para el seguimiento habitual.

—Ah. Claro. No, lo siento, no sé adónde ha ido. Probablemente se retiró. Tenía ya unos sesenta años por entonces, y cerró su negocio poco después de enviarme su informe.

—¿El suyo fue su último caso?

—Definitivamente, el último... al menos eso fue lo que él me dijo. Pensaba que su edad significaba experiencia, pero quizás un hombre joven lo hubiera hecho mejor. Algunas personas, llegadas a una cierta edad, pierden la inspiración.

Cogí la autopista a las once. La playa estaba tranquila, las colinas al otro lado tapizadas con amapolas amarillas. Llegué hasta el muelle y lo pasé, y miré de reojo las gruesas letras blancas de la fachada de Súbete a la Ola, y giré hacia la izquierda, impulsivamente, hacia el centro comercial. De cerca el letrero pintado era como de tebeo, el hipermusculado surfista con una cabeza maciza coronada por una mata de pelo amarillo y una boca con una mueca tan grande como para tragarse a un tiburón. Se balanceaba sobre un remolino de espuma mientras hacía el signo de autostop con un pulgar rojizo e hinchado. Las letras blancas habían sido retocadas recientemente, y brillaban al sol.

Encontré una plaza de aparcamiento frente a la tienda, junto a un BMW gris antracita cupé con ruedas cromadas y aletas posteriores. A pesar de que era hecho a medida, el coche no había sido lavado desde hacía mucho tiempo y el aire marino había estropeado la pintura. La placa de la matrícula rezaba SBT OLA. Una pegatina en el parachoques decía: SALVAD LA COSTA, y tenía un permiso azul de aparcamiento para minusválidos encima del salpicadero.

Una rampa de cemento con barandilla metálica conducía a la entrada de la tienda. Unas campanitas de latón tintinearón cuando yo entré, luego, fui asaltado por el solo de tambor de *Wipeout*. La tienda estaba dividida en dos partes, una de ella dedicada a las tablas de surf, trajes de neopreno y toda clase de parafernalia de surf, la otra a trajes de baño, bronceadores y pósters, la mayoría variaciones del tema «pequeño hombrecillo que cabalga sobre la ola monstruosa» o enormes fotos de mujeres exuberantes con micro-bikinis. Las etiquetas y pegatinas llenaban el resto del espacio de la pared: GUANTE DE CUERPO, UNA OLA, SIN MIEDO. Unas cuantas chicas de menos de veinte años curioseaban en el cajón de los pósters, riendo nerviosamente, y una pareja de mediana edad estaba de pie junto a los trajes de baño, fascinados por los trajes de neopreno. No había nadie detrás del mostrador de los trajes de baño, pero un hombre de unos cuarenta años estaba sentado detrás de la registradora de las tablas de surf, comiéndose un desayuno preparado que venía en una caja de Styrofoam y mirando hacia abajo, a algo.

Encima de él, una banderola rosa exclamaba: ¡CERA SEX!

Sin mirar hacia arriba, me dijo:

—¿En qué puedo servirle?

—Solo curioseaba.

Pinchó algo con un tenedor y se lo llevó a la boca, y vi las páginas de deportes del periódico en su otra mano. Tenía el cabello un poco largo, muy fino, plateado, peinado sobre la frente pero incapaz de ocultar la piel quemada por el sol. Tenía unas facciones bien proporcionadas, excepto sus ojos de un castaño claro que estaban demasiado juntos. La piel había aflojado su tensión sobre los huesos que tenía debajo. Los ojos estaban inyectados en sangre y con bolsas, y aunque era delgado, tenía papada debajo de la barbilla. Vestía un polo de color lima con mangas hasta los codos. Los hombros eran anchos, los antebrazos cortos y rechonchos y cubiertos de vello gris que casi oscurecía el tatuaje de un ancla.

La música cambió a los Beach Boys, *In my room*. Una de las chicas que curioseaban puso un póster enrollado encima del mostrador de la ropa y miró a su alrededor mientras sacaba dinero de sus vaqueros.

El hombre dijo:

—Tráelo aquí.

Dejó su periódico. La chica se acercó y pagó su póster y se fue con sus amigas, riendo.

El hombre tragó un bocado de panecillo con huevo y miró a las chicas mientras abrían rápidamente las puertas de cristal.

—Se divierten.

—Sí —asintió él—. ¿Ha visto lo que ha comprado? Un póster de un semental... el desplegable central de *Pretty Boy*. Está dirigido a los gays, pero ellos sacaron un calendario y se vendió también a las mujeres, así que decidieron comercializar los meses separadamente —hizo una mueca—. En nuestra época las chicas no eran así, ¿verdad?

—No las que yo conocía.

—¿Qué le trae por aquí? —preguntó—. ¿Una segunda juventud, o pasaba por aquí desde Chicago?

—Segunda juventud.

—Segunda infancia. Una segunda oportunidad sobre la gran ola. Normalmente se trata de eso, cuando un hombre de su edad viene por aquí. O algún turista que quiere llevarse a casa un trocito de California para la tía Ethel.

Yo reí.

—Busco bañadores.

Él se golpeó en la frente e hizo otra mueca.

—Me he equivocado otra vez. Menos mal que no apuesto. Los trajes de baño están por ahí.

Me dirigí a una estantería marcada Tíos y revolví la mercancía. Un par de pantalones cortos negros atrajeron mi atención porque llevaban un parche cuadrado con un San Bernardo encima del bolsillo, con una leyenda que decía: GRAN PERRO. El perro tenía la lengua fuera y parecía travieso. Claramente, un hermano espiritual de *Spike*. Saqué los pantalones de la estantería y me los llevé.

El hombre alabó:

—Un bañador muy guapo —y registró la venta.

Le pregunté:

—¿Qué compran normalmente los tipos que buscan una segunda infancia?

—Los trastos: tabla, funda para la tabla, correa, traje, cera, sandalias deportivas, cinc, tinte de pelo. Hacemos que nos cosan los trajes especialmente para nosotros; estamos asustados de ver las tallas que necesitamos ahora. Además de todos los cambios en la tecnología de las tablas. Un tipo de su edad puede haber subido en algo tan pesado como un tronco de árbol. Ahora lo que se lleva es el peso mínimo.

Convirtiendo su mano en una cuchilla, cortó el aire.

—Con los nuevos materiales, una vez que usted les coge el punto, es como ir en un hidroavión. Puede ir conduciendo hasta Zuma o County Line y ver a los chicos que parecen casi como Jesús andando sobre las aguas.

—Parece que usted mismo también se movió mucho por esas aguas.

—Todavía lo hago —él hizo una mueca y me tendió mi recibo—. No hay una segunda infancia para mí porque nunca tuve la primera.

Las campanillas sonaron de nuevo. Una mujer de pelo oscuro había abierto la puerta y metió un pie en ella.

—Necesito ayuda, Tom.

Ella era alta y atractiva, con una delgada y graciosa figura y largos brazos esbeltos con una cierta definición muscular. Su pelo era ondulado y muy corto, casi negro, los ojos tan brillantes que parecían no tener pupilas. El sol había curtido su cara hasta convertirla en cuero tirante bronceado. Llevaba unos pantalones cortos rosa que dejaban al descubierto sus largas y suaves piernas. Su blusa era blanca y sin mangas, y metida ceñidamente por dentro de los pantalones.

Tom dijo:

—Estoy acabando con una venta, cariño.

Ella no sonrió ni contestó, se quedó de pie allí en la puerta. Oí el poderoso motor en marcha y miré hacia fuera para ver una furgoneta Ford transformada que expulsaba humo por su parte trasera.

La mujer se aclaró la garganta.

Tom me dijo:

—Aquí tiene, amigo, que lo disfrute.

Salí de la tienda, tardando todo lo que pude, para volver al Seville. Una vez en el coche, me senté detrás del volante fingiendo que buscaba algo. Unos segundos más tarde, Tom Shea salió de la tienda y siguió a su mujer hasta la furgoneta. Ella se puso al volante y cerró la puerta del conductor, y una rampa de metal se deslizó desde la parte trasera del vehículo. Esta tocó el asfalto y la oí rascar. Tom abrió la puerta de atrás y forcejeó, con los músculos de la espalda tensos, tirando

de algo. Un momento más tarde, una silla de ruedas eléctrica apareció en la puerta, llevando un chico hundido de cabello color bronce.

Tom guio la silla por la rampa. Yo puse en marcha el Seville y salí lentamente, mirando. El chico podía tener cualquier edad entre los doce y los veinte. Tenía la cabeza muy ancha y colgante, los ojos grandes, la lengua fuera. Su encogido cuerpo estaba atado con un cinturón a la silla. A pesar de la sujeción, se inclinaba aguda mente hacia la derecha, con la cabeza casi tocando el hombro derecho. Un brazo estaba atado, también. El otro agarraba un mando al frente de la silla.

Tom no sonreía. Dijo algo, y la mano del mando se movió. La silla rodó por la rampa, muy lentamente, y cuando estuvo en el asfalto, Tom cerró la puerta de la furgoneta. Entonces se puso detrás de la silla y la guio por el desnivel de cemento hacia la tienda. El motor de la furgoneta se detuvo y Gwen Shea salió, corrió hacia delante y se dirigió hacia la puerta de la tienda. Mientras Tom movía lentamente la silla hacia allí, pude vislumbrar la cara del chico. Soñolienta, pero haciendo muecas. Una gran mueca, casi voraz.

Su pelo era una espesa, tiesa mata, del tipo que se convertiría en plateado cuando se hiciese mayor.

Pero me recordaba a algo más, además de a su padre.

Mientras conducía, me di cuenta de lo que era.

La mueca. Triunfante, de tebeo.

Él era una versión atrofiada del surfista del letrero.

Años atrás, la madre de una niña con una grave lesión cerebral se sentó en mi despacho del hospital y lloró durante media hora sin interrupción. Cuando finalmente se calmó, dijo:

—Yo la quiero, pero, Dios me perdone, a veces quiero que muera.

Nunca volvió a llorar en mi presencia, y cuando pasaba a mi lado en el vestíbulo miraba a otra parte con una cara que era en parte desesperación, en parte rabia.

La misma cara de Gwen Shea.

La idea de acercarme a ella con una desaparición de hacía veintiún años me parecía ridícula y cruel. ¿Qué razón tenía yo para creer que Best no era simplemente un viejo engañado por la esperanza?

El semáforo se puso verde y aceleré saliendo de Malibú hacia Palisades, dirigiéndome hacia Rockingham Avenue y posiblemente hacia más ilusiones.

La casa era grande, de estilo Tudor, de dos pisos con rosas rosa y agapantos azules por la fachada, y un bajo seto de alheña que bordeaba el camino de ladrillos. Un Ford Taurus blanco con una pegatina de alquiler estaba aparcado en la entrada. Ken Lowell salió a abrir la puerta con un traje azul y una agenda en la mano. Tenía los zapatos brillantes y el cabello húmedo.

—Buenos días, iba a salir ahora mismo.

Me condujo hasta un vestíbulo con parqué. Una mesa de centro de mármol estatuario tenía un jarrón negro lleno de flores de seda. Detrás de él, la escalera era un arco suavemente curvado de roble pulido.

Las habitaciones de enfrente a cada lado estaban oscuras y abovedadas, sombreadas por pesadas cortinas de damasco color crema y llenas de muebles brillantes.

—Precioso lugar —comenté.

Ken asintió.

—Los propietarios volaron hacia Europa la noche anterior. Hay comida en el refrigerador y ropa en los armarios. Algún tipo de trato comercial que salió mal. Los están buscando.

—¿Se han visto muchos casos así últimamente?

—Más de lo normal durante los últimos dos años. Nos hemos especializado en ellos. Se las compramos al banco, las rehabilitamos y las volvemos a vender. Spongo que eso nos convierte en capitalistas explotadores —sonrió y cogió una de las flores de seda—. No era esto lo que yo pensaba que acabaría haciendo cuando estaba en Berkeley.

—¿Qué le interesaba entonces?

—Mi hermana Jo era especialista en arqueología; ella me aficionó a los huesos viejos. Después de licenciarse, fue al Nepal para trepar y explorar. Volé hasta allí para estar con ella y estuvimos juntos en Katmandú... en un lugar llamado Freak Street, Telegraph Avenue trasplantada al Himalaya —meneó la cabeza y miró al suelo—. Estaba con ella cuando murió.

—¿Qué ocurrió? —le pregunté.

—Hacíamos una excursión. Ella tenía experiencia, era muy atlética. Fue solo un paseo para ella. Pero apoyó mal el pie, algo cedió y cayó desde treinta metros de altura. Yo iba detrás de ella. Pasó junto a mí al caer, aterrizó en una repisa llena de rocas afiladas. —Se tocó los ojos y apretó los párpados. Luego sus manos volaron hasta sus solapas.

Se abrió una puerta en el rellano de las escaleras y Lucy bajó.

—Buenos días —dijo ella, mirando a Ken—. ¿Todo va bien?

—Todo es estupendo —él sonrió y se abrochó la chaqueta—. Volveré sobre las seis. No te preocupes por tu coche, haré que te lo traigan. —Un saludo y salió.

—Parece que te ha cuidado bien.

—Es un chico muy dulce —ella miró hacia el salón—. No está mal para ser un escondrijito, ¿verdad? ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—No, gracias.

—¿Querría que hablásemos fuera? Esto está bien, pero lo encuentro un poco agobiante.

El jardín de atrás era grande, con una piscina en forma de riñón y un manantial de agua con cascada. Un patio de ladrillos se extendía alrededor de la parte de atrás de la casa y contenía una mesa y sillas y plantas en macetas que necesitaban riego. Los propietarios vecinos estaban ocultos a la vista por altos setos de madreselva y ondulantes montículos de dentelería.

Nos sentamos. Lucy cruzó las piernas y miró hacia arriba, al cielo. Sus ojos tenían un aspecto cansado y parecía estar luchando contra las lágrimas.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—No puedo dejar de pensar en *Puck*.

Después de una reflexión de unos segundos, yo dije:

—Él llamó a tu... llamó a Lowell hace un par de días para contarle que estabas en el hospital. Él se preocupa por ti, está claro, pero hay algo que le mantiene fuera de la ciudad.

Ella descruzó las piernas y su cabeza se inclinó hacia delante.

—¿Por qué tendría que llamarle a él... cómo sabe usted eso?

—Lowell me llamó, quería hablar de ti. Yo le dije que no podía sin tu permiso.

—Eso es absurdo. ¿Por qué iría a llamarle *Puck* a él?

—Él sabía que tú habías estado en Woodbridge.

—Debe de haber averiguado algo... es absurdo. No entiendo nada de esto.

—Tengo la impresión de que *Puck* había estado en contacto con él.

Ella me miró, luego bajó la cabeza, como si estuviera avergonzada.

—Me dijo que *Puck* tenía un problema con las drogas. Yo no creía que fuese verdad, pero Milo lo comprobó.

Su boca se abrió, luego se cerró. Sus uñas arañaron el sobre de cristal de la mesa, y se me erizó el vello.

—Maldito sea. No tenía derecho... ¿por qué tuvo que hacer eso Milo?

—Por tu bien. Y el de *Puck*. No podíamos entender por qué no había vuelto a verte, imaginamos que podía encontrarse metido en algún tipo de problema. ¿Cuánto tiempo hace que es adicto?

—Él... no lo sé, exactamente. Empezó fumando hierba en el instituto. Cuando empezó en Tufts ya estaba metido en... el mal rollo. Tuvo que abandonar su primer año de universidad porque un policía del campus le pescó inyectándose en un dormitorio. Después de eso ya no le importó nada y se dedicó a patear las calles. La policía le detuvo por vagancia, y siguieron hostigándole. Trató de conseguir ayuda... centros de estudiantes, clínicas gratuitas, doctores privados. Nada funcionó. Es una enfermedad.

Sus dedos corrieron de nuevo por el cristal, pero esta vez en silencio.

—Incluso con todos esos problemas —dijo suavemente—, era bueno conmigo... se preocupa por mí. Eso es lo que me tiene asustada. Debe de tener problemas graves. Debe de ser algo muy serio para que no esté aquí.

—Le ha dicho a todo el mundo que es por negocios.

Lucy me dirigió una mirada desdichada. Se cubrió la cara con las manos unos segundos.

—Oh, sí, vende. De vez en cuando. Solo para conseguir su propia dosis. Sé que está mal, y sé que en alguna parte de su mente él también lo sabe. Pero cree que no tiene otra elección. Estaba sin blanca, y «él» no le hubiera dado más que unos peniques. Yo traté de ayudarle, pero normalmente no quería nada de mí... a menos que lo estuviera pasando realmente mal. Él es quien sufre... su forma de vivir... un agujero encima de una peluquería.

Miró hacia fuera, al jardín.

—No es como si vendiera a niños o algo así. Solo a yonquis, y esos tienen que conseguirlo de una forma u otra... Así es la heroína. Todo ese rollo del crack, y la heroína sigue devorando gente.

Empezó a llorar.

Yo le di unas palmadas en la espalda.

—Tantas veces le he ofrecido que venga a vivir conmigo. Que intente otro programa de rehabilitación. Él decía que ya estaba más allá de toda esperanza y que no quería arrastrarme a mí con él. No quería tratamiento... le gustaba esa basura, era su amante, nunca la abandonaría. Pero aun así, siempre estaba ahí para mí. Si yo le llamaba para hablar de cualquier cosa, siempre me escuchaba. Aunque estuviera endurecido, lo intentaba. Sentado allí, intentando ser normal... estaría aquí si no se encontrara en algún aprieto grave.

—¿Qué tipo de aprieto?

Ella se estrujó ambas manos una con otra.

—La gente con la que iba.

—¿Quiénes son?

—Ese es el problema, que no lo sé. Ha insistido mucho en mantenerme apartada de eso. Cuando yo iba, él se apresuraba a limpiarlo todo, quitar de la vista sus cosas. Últimamente, ni siquiera quiere que vaya a su casa... demasiado deprimente, dice. Así que tomamos café en algún restaurante. Él llegaba con aspecto de estar medio muerto, tratando con todas sus fuerzas de actuar con normalidad. Sé que suena como cualquier otro estúpido yonqui, pero realmente es un hermano estupendo.

Yo asentí, pensando en la cita de *Puck* para cenar con Ken, cómo podía haber contemplado un adicto la aparición súbita de un medio hermano adinerado. Sin embargo, no se había presentado.

—Milo no irá a llamar a la policía de Taos o algo así, ¿verdad? No quiero que se meta en ningún peligro más.

—No. La principal preocupación de Milo eres tú.

—Sí, no puedo creer todo lo que está haciendo. Usted también. Y ahora Ken.

Lucy se secó los ojos.

—Supongo que saco a relucir esto en la gente, como un pájaro herido. *Puck* me dijo eso una vez. Que siempre me había visto como si estuviera herida. A mí no me gustaba eso. Yo quería que él me viera fuerte.

—Eres fuerte.

Ella extendió sus dedos encima del cristal. Miró a través del tablero de la mesa, estudiando el dibujo de los ladrillos.

—Milo me dijo, ya sabe. Que es gay. Me ha causado una conmoción... Ahora entiendo la posición en la que estaba usted. Le coloqué en medio. Lo siento.

—Es una de esas cosas que no se pueden remediar.

Meneó la cabeza.

—Nunca lo hubiera sospechado. Un chico tan grande y corpulento como él... es una estupidez, por supuesto, pero aun así, era la última cosa que hubiera

imaginado. Debe de ser muy duro para él. Por su trabajo.

—¿Cómo te ha afectado averiguarlo?

—¿Qué quiere decir?

—¿Qué sientes acerca de que él sea gay?

—¿Que qué siento? Bueno... Ciertamente, me alegro de saber la verdad ahora.

Ella miró a otro lado.

—¿Nada más? —pregunté.

—Supongo, a un nivel egoísta, supongo que estoy decepcionada.

Movió la cabeza.

—Quizá fuera solo un enamoramiento estúpido, pero era real... quiero decir que los sentimientos todavía están ahí. ¿Cómo se pueden matar los sentimientos?

Asentí.

Ella se puso de pie y anduvo arriba y abajo por el patio.

—Los dos hacemos esto —dijo ella—. Andar arriba y abajo cuando estamos nerviosos. Lo descubrimos cuando estábamos en el hotel. De repente, empezamos a hacerlo a la vez; fue un follón. —Me miró—. ¿Sabe cómo me siento? Defraudada. Pero lo superaré. Y sigo alegrándome de tenerle como amigo. No se preocupe por mí, puedo parecer herida, pero es una ilusión. Hecha con espejos. —Sonrió y se sentó—. Ahora hablemos del Gran Hombre. ¿Qué quiere ahora, de repente? ¿Cuál es su juego?

—No lo sé, Lucy. Quizá ponerse en contacto contigo, de alguna forma.

—No —exclamó, airadamente—. No es eso. Está tramando algo, créame. Es un manipulador experto, no tiene usted idea. Le gustaba golpear a *Puck* cuando estaba abajo.

—¿*Puck* fue a pedirle dinero?

—Después de que le cortara el fondo fiduciario.

—¿Puede hacerlo?

—No oficialmente, pero los abogados trabajan para el consorcio de la familia, y lo hacen. Una llamada de él. —Chasqueó los dedos—. Pueden invocar algún tipo de cláusula contra la prodigalidad. Después de eso, *Puck* ha tenido que recurrir a él. Solo algunas veces, como último recurso. Y por supuesto, él degradaba a *Puck* y le hacía suplicar cada penique. Le sermoneaba sobre su responsabilidad financiera, como si fuera un experto. Él también vive de un fondo fiduciario. La madre de su padre poseía empresas textiles en Nueva York y Nueva Jersey, e hizo una fortuna antes de que subieran los impuestos. Él nunca ha tenido que trabajar ni un solo día en toda su vida. Si hubiera tenido que hacerlo, se habría hundido. No ha publicado ni ha vendido un solo cuadro desde hace años. —Ella golpeó con un puño en la palma de la otra mano—. Olvídele. Olvide a quien quiera que anduviera jugando con mi ropa interior y me hiciera llamadas y escribiera esa estúpida nota. No más miedo, no más mierdas. Estoy expulsando

todo eso de mi mente. No me importa lo que parezca, nunca intenté matarme. Amo la vida. Y quiero una vida real... regular, aburrida, ordinaria. Este es un sitio bonito, pero dentro de unos días me iré de aquí.

—¿Adónde?

—No lo sé. A algún sitio por mi cuenta. No voy a pasar el resto de mi vida mirando por encima del hombro.

Lucy se levantó de nuevo.

—Tuve el sueño otra vez la noche pasada. Ken llegó, dijo que me oyó gritar. Yo estaba sudando. Es como si un maldito íncubo estuviera ahí sentado, esperando para atormentarme. Como si hubiera un enorme montón de basura almacenada en mis bancos de memoria. Quiero echar fuera eso, también. Dejar mi mente. ¿Cómo podría hacerlo?

Consideré mi respuesta. El retraso puso pánico en sus ojos.

—¿Qué pasa? ¿Me pasa algo malo... encontraron algo en aquellas pruebas del hospital?

—No. Estás perfectamente sana.

—¿Y entonces?

Habilidad de escoger el momento oportuno: el arte de la terapia.

El mío había desaparecido. Me sentía desequilibrado.

Sus uñas arañaban la mesa.

—El sueño —le pregunté—. ¿Ha cambiado de alguna forma?

—No. ¿Qué es lo que usted me está ocultando?

—¿Qué te hace creer que estoy ocultándote algo?

—Por favor, doctor Delaware, sé que sus intenciones son buenas, pero estoy cansada de que me protejan.

Pensé en su cabeza metida dentro del horno.

—A veces no hay nada malo en que le protejan a uno.

—Por favor. No estoy loca... ¿o usted cree que sí lo estoy?

—No.

—Entonces, ¿qué pasa? ¿Qué es lo que me está ocultando?

Continué deliberando. Parecía a punto de salirse de su propia piel.

Sintiéndome como un paracaidista primerizo que se lanza al espacio, le dije:

—He averiguado algunas cosas. Pueden estar relacionadas con tu sueño, o no significar nada. Dado todo tu estrés, no me parece bien contártelas, a menos que me prometas que te las vas a tomar con calma.

—¿Qué cosas?

—¿Me lo prometes?

—Sí, sí, pero ¿qué cosas?

Las manos se estaban flexionando. Ella las dejó quietas. Forzó una sonrisa. Se sentó.

Esperando, como un niño que no supiera si venía el caramelo o el azote.

—Tú no recuerdas ningún contacto con Lowell —dije—. Pero Ken dice que pasaste un verano con él en Santuario. Los cuatro estuvisteis allí: tú, Ken, Peter y Jo.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—El verano que se inauguró el retiro. Tú tenías cuatro años.

—Cómo ha podido... ¿cuándo le ha contado eso?

—La noche que te llevé al hospital. Le pedí que no lo comentara contigo. Quería que las cosas se serenaran.

—¿Cuatro años? ¿Cómo puede ser eso? ¡Yo lo recordaría!

—Tu tía Kate acababa de casarse y se había ido de luna de miel. ¿No te coincide la época?

Lucy miró al césped. Se desplomó en su silla.

—Yo... —murmuró, muy bajito—. Todavía no puedo comprender cómo es que no recuerdo algo así.

—Los recuerdos de cualquier edad pueden ser bloqueados.

—Cuatro... es la edad de mi sueño.

Asentí.

Extendió la mano hacia mi brazo, pero se detuvo. Su cara tenía un tono blanco gris, como la leche desnatada.

—¿Cree que puede ser real?

—No lo sé, Lucy. Es lo que tenemos que averiguar.

—Cuatro... Estoy tan confusa.

—Algunas partes del sueño parecen coincidir con la realidad. Hubo una gran fiesta ese verano. Eso podría explicar los ruidos y las luces. Y los edificios de Santuario están hechos de troncos.

Sus puños se crisparon. Sus ojos estaban fríos pero electrizados.

—¿Y el resto del sueño... lo que vi?

—No lo sé.

Ella empezó a temblar, y yo sujeté sus hombros hasta que se detuvo.

Finalmente, fue capaz de respirar hondo.

—Calma —se dijo a sí misma—. Puedo soportar esto.

Otra respiración. Cerró los ojos, sus hombros se aflojaron, y yo la dejé. Unas cuantas inhalaciones más, y por un momento yo pensé que había caído en el estado semihipnótico que había visto hacía unos días. Entonces sus ojos se abrieron.

—No siento nada. No hay grandes descubrimientos... pero podría ser... ¿la chica? ¿Usted qué piensa? ¿Sabe algo más que no me haya dicho?

Estudié su cara. No movía ningún músculo. Sus ojos estaban tranquilos, secos y penetrantes.

—Sí —contesté—. Después de que Ken me dijera eso, Milo y yo hicimos algunas averiguaciones, buscando crímenes en aquella zona. No encontramos

asesinatos ni violaciones que coincidieran, pero encontramos un caso en personas desaparecidas de una chica que nunca fue encontrada. Ella tenía realmente el pelo largo y oscuro y las piernas largas, pero eso puede aplicarse a montones de chicas. Así que no saquemos conclusiones precipitadas por el momento.

—Oh, Dios mío.

—Muy bien podría no ser nada, Lucy, y obsesionarse con eso puede distorsionar tus recuerdos. Por eso no había querido precipitarme.

—Está bien —dijo ella—. No quiero precipitar nada, tampoco.

Puso las manos en su regazo. Se alisó el pelo.

—¿Qué más sabe de esa chica?

—Su nombre era Karen Best. Desapareció la noche antes de la fiesta... lo cual podría no coincidir con el sueño. Fue vista por última vez en Paradise Cove, a veinte kilómetros de Topanga. Y no hay ninguna prueba de que hubiera estado en Santuario. Lo único que coincide es su descripción física, y no hay nada especial en ella. Como ya te he dicho antes, los sueños pueden ser mezcla de realidad y fantasía. Tú tenías cuatro años, muy bien pudiste haber visto algo que la mente de un niño no puede procesar.

—¿Como qué?

—Algo sexual, como tú inicialmente creíste. Los niños pequeños que presencian el acto sexual a veces lo interpretan como un ataque.

—Pero los sonidos de rascar... las últimas veces, como por ejemplo la noche pasada, eran claramente palas cavando. Enterrándola.

Encorvando la espalda, ella se mordió un dedo.

—Lucy...

Ella sacó el dedo y se frotó la falange.

—No se preocupe —dijo suavemente—. No voy a desmayarme. Solo estoy tratando de colocar en su sitio todo esto.

—No trates de hacerlo todo a la vez.

Ella asintió. Respiró profundamente otra vez y colocó las manos en la mesa, como si estuviera convocando a un espíritu en una sesión de espiritismo.

—¿Por qué ahora? —dijo ella—. Lo había olvidado durante todos estos años, ¿por qué aparece ahora?

—Quizá por el estrés del juicio. Oír hablar de toda esa violencia sexual. O quizás ahora eres lo suficientemente fuerte como para soportarlo.

Ella expulsó el aire.

—¿Qué piensa Milo de todo esto?

—Es receptivo, pero escéptico.

—Pero no lo ha descartado... la chica. Karen. ¿Tiene una foto?

—No la tengo aquí, pero puedo conseguir una.

—Quiero verla.

Asentí.

—¿Tiene familia?

—Un padre y un hermano.

—¿Les ha visto?

—Al padre. El hermano vive en el este.

—¿Ella procedía del este?

—Sí, de Massachussetts.

—¿De Boston?

—De New Bedford.

—He estado allí miles de veces... solía ir por allí con Ray a comprar calamares a los pescadores portugueses. ¿Qué estaba haciendo en Los Ángeles?

—Vino a ser actriz y acabó sirviendo mesas.

—Pobrecilla —se compadeció—. Pobre, pobre chica... ¿La familia sabe algo de mí?

—Le he contado al padre que alguien tiene un recuerdo lejano de una chica que se parecía a su hija y que fue raptada.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Espera que surja algo de todo esto.

—¿Cómo es él?

—Es un clérigo. Parece agradable.

—¿Quiere conocerme?

—Más adelante —dije yo—. Si averiguamos algo más.

—¿Así que no ha renunciado a encontrarla?

—Ya no da ningún paso más.

—No, claro que no... todos estos años. ¿Y cuando ocurrió?

—Montó una búsqueda intensiva.

—Él la quiere —dijo categóricamente—. Un clérigo. ¿De qué iglesia?

—Es un grupo que da comida a los pobres.

—Un buen hombre... ojalá pueda ayudarlo. ¿Puede usted hipnotizarme o algo así? He oído que eso puede desbloquear los recuerdos. Estoy segura de que yo sería un sujeto fácil. A veces me siento como si estuviera caminando en trance, de todos modos.

Ella emitió una furiosa, nerviosa risita.

—Cuando yo hacía de prostituta con Raymond, solía quedarme en trance continuamente... ¿ve lo dura que soy? No he reprimido nada de eso. Incluso se lo he contado a Milo. Tengo las manos limpias. Así que entremos en mi cabeza. Quiero librarme de toda esa basura.

—La hipnosis no es algo en lo que tú te puedas meter de golpe, Lucy.

—¿Es peligrosa?

—No cuando se hace con un paciente debidamente preparado.

—¿Está preocupado por mi estabilidad mental?

—Me preocupa tu nivel de estrés.

Ella se sentó hacia atrás, como si estuviera estudiándome.

—Dígame honestamente. ¿Cree que traté de suicidarme?

—Realmente, no lo sé, Lucy. Ken te vio con la cabeza dentro de aquel horno.

—Sí, estaba allí. No voy a negar la realidad. Pero las llamadas telefónicas, la ropa interior, la nota... sé que suena paranoico, pero todo eso ha ocurrido. Yo no puse esas cosas horribles de rata allí. Dígame que eso sí que lo cree.

Asentí.

Ella siguió:

—Quizás una de esas chicas locas va a por mí. O algún otro loco, ¿quién sabe? Incluso tiendo a considerar la posibilidad de que yo hiciera eso en estado de sonambulismo... como la primera vez que acabé en el suelo de la cocina. Pero yo, conscientemente, no trataría nunca de suicidarme. La vida significa demasiado para mí, y matarme sería como rendirse a «él». Confirmarle en su suposición de que todos somos débiles e inútiles. Eso era lo que le decía a Peter cada vez que iba a verle. Nosotros éramos débiles, sin carácter, inútiles. Banales. Nunca me rendiré, le daría una satisfacción. ¿Lo entiende?

—Sí.

Una mirada distante apareció en sus ojos.

—Sonambulismo. Cuanto más lo pienso, más segura estoy de que esa tiene que ser la clave. Desde el principio. Debí despertarme en mitad de la noche y salir de la cabaña y ver algo... sexo y violencia, como usted dijo. No puedo expresarlo con palabras, pero siento que es así... tiene una lógica interna —sonrió y exhaló el aire—. Es bueno que me haya contado todo eso. No le decepcionaré haciendo mal uso de ello. Me ha ayudado mucho hoy, doctor Delaware.

Asentí.

—Pero eso no significa que sea fácil —insistió ella—. Todavía estoy temblando por dentro —se tocaba el vientre—. Pero finalmente las cosas están empezando a adquirir un sentido. Visceralmente. —Me tocó el brazo—. Siga ayudándome. Por favor. Ayúdeme a ahondar en mi cabeza y encontrar la verdad. Ayúdeme a recuperar el control.

Un colibrí se elevó en el aire, un pequeño cohete. Una escopeta de aire comprimido de algún jardinero detonó desde algún lugar de la manzana.

Sus ojos estaban fijos en mí.

—Te ayudaré en todo lo que pueda, Lucy.

—¿Por ejemplo la hipnosis?

—¿Ahora?

—Sí. Estoy dispuesta. Ni siquiera me preocupa si funciona o no, solo quiero intentarlo todo. Si no hago algo, me limitaré a quedarme sentada aquí y sentirme desamparada. Me he hecho tantos reproches.

—Exactamente, por eso no quiero meterte en nada.

—Lo comprendo —dijo Lucy—. Pero si la hipnosis puede ayudar a aclarar las cosas, ¿eso no me ayudaría a desahogarme?

—¿Qué sabes de la hipnosis?

—No demasiado... quiero decir, vi espectáculos cuando estaba en la universidad, pero eran bastante tontos, gente que grazna como patos. He oído que cuando te sometes a ella en una terapia, a veces puedes liberar algún recuerdo.

—Eso es verdad, pero siempre que juegas con el inconsciente, hay un riesgo de desencadenar cosas impredecibles.

—Yo ya soy veterana en eso, ¿no cree?

—Razón de más —repliqué yo.

—Está bien —aceptó—. Usted es el experto. Pero también sé que lo que me está estresando es acarrear toda esa porquería sin ser capaz de entenderla.

La miré, tratando de no mostrarme fríamente cínico.

Su postura era suelta, receptiva. Parecía más tranquila de lo que nunca había estado antes. Con un propósito determinado.

Le solté mi discurso preparatorio, explicándole que la hipnosis era una profunda relajación combinada con atención centrada en un punto, nada mágico. Que en realidad no debilitaba el control del paciente, sino que era meramente el aprovechamiento de un proceso que ocurría naturalmente a muchas personas. Que toda la hipnosis era autoinducida, y cuanto más lo hiciera mejor le saldría.

Mientras hablaba, su cuerpo se inclinaba progresivamente hacia delante y sus labios se abrían.

Cuando acabé, ella dijo:

—Lo entiendo.

Sus dedos estaban a unos centímetros de los míos, su cara lo suficientemente cerca como para ver mi reflejo en sus pupilas. Yo parecía preocupado.

—Quiero ayudar a otras personas —dijo ella.

—Está bien, empezaremos con unos simples ejercicios de relajación muscular. Pero quizá no vayamos más lejos hoy.

—Lo que usted diga.

Hice que Lucy tensara y aflojara los músculos, yendo desde la cabeza a la punta de los pies. Cerró los ojos y su cuerpo se inclinó siguiendo mi voz. Estaba seguro de que ella estaría hipnotizada rápidamente.

En lugar de eso, se quedó dormida.

Al principio no me di cuenta y seguí hablando. Entonces vi que su cabeza se inclinaba hacia atrás y su boca se entreabría ligeramente, dejando escapar suaves, delicados ronquidos.

No más inclinaciones del cuerpo.

Ningún movimiento en absoluto excepto la elevación de su pecho.

—Lucy, si puedes oírme, levanta el dedo índice derecho.

Nada.

Cogí su mano. Laxa.

Flexioné su cabeza. No había tensión.

—¿Lucy?

Silencio.

Sus ojos se movían rápidamente detrás de los párpados, luego se pararon.

Sueño. La última resistencia.

Dejé su mano y me aseguré de que no se cayera de la silla. La escopeta de aire se había callado. El patio estaba demasiado tranquilo.

Lucy cabeceó durante un rato, y de repente su cuerpo empezó a dar sacudidas y retorcerse.

Sus facciones estaban crispadas.

Gruñía.

REM fragmentado, del tipo asociado a las pesadillas.

Yo le toqué la mano, le di je que todo iba bien. Ella se tranquilizó.

Un momento después, reflejó el mismo comportamiento.

Después de dos episodios más, dije:

—Despierta, Lucy.

Ella no lo hizo hasta un minuto después, y yo no estaba seguro de que lo hiciera como respuesta a mi voz.

Se sentó, abrió los ojos. Me miró pero no me vio.

Los cerró nuevamente y se relajó.

Abstraída, una vez más.

Traté de despertarla sacudiéndola levemente.

Cada vez que yo estaba a punto de hacerle abrir los ojos, los hacía rodar soñolientamente y los párpados se cerraban.

Finalmente, conseguí despertarla. Ella parpadeó y me miró y murmuró algo y se frotó los ojos.

—¿Qué tal, Lucy?

—¿Qué ha pasado?

—Te has quedado dormida.

—¿Ah, sí? —Un bostezo.

—Llevas durmiendo casi una hora.

—Yo... nosotros... estábamos haciendo hipnosis, ¿verdad? No lo estaba soñando, ¿no?

—No, estábamos haciendo hipnosis.

—¿Estaba hipnotizada?

—Sí. Tenías razón al decir que eras muy fácil de hipnotizar.

—¿He... he dicho algo?

—No, te has quedado dormida.

Ella se estiró.

—Me siento descansada. ¿Era esto lo que se suponía que tenía que pasar... quedarme dormida?

—Tenía que pasar.

—¿No he dicho nada en absoluto?

—No, pero acabamos de empezar. Lo has hecho muy bien.

—¿Pero soy un buen sujeto?

—Eres un sujeto excelente.

Ella sonrió.

—Está bien. Supongo que será mejor que deje que las cosas sigan su curso... pero yo me siento bien. La hipnosis es genial. Tendría que hacerlo con Ken.

—¿Y eso por qué?

—Está pasando por una época muy difícil. Su exmujer es muy vengativa, está empeñada en sacarle todo el dinero, no le deja ver a sus hijos. Él tiene derecho a visitas, y el tribunal le ha ordenado a ella una y otra vez que lo cumpla. Pero cuando rompe el pacto, no la obligan.

—¿Cuándo se han divorciado?

—Hace un año. Él no lo hizo público y así lo dice, pero yo tengo la sensación de que ella tenía un lío. Él es muy cariñoso continuamente conmigo, pero se siente... muy intranquilo por la noche. Le oigo salir escaleras abajo al menos un par de veces. Esta mañana me he despertado a las cinco y media y estaba vestido y trabajando con sus papeles.

—Parece que trabaja mucho.

—Mucho. Se metió en lo de las inmobiliarias nada más salir de la universidad. Empezó como administrativo y fue subiendo por sus propios méritos. Pero tiene que pagar un precio. Lleva una botella de Maalox en su maletín.

Se quedó silenciosa durante un momento.

—Una gran familia feliz, ¿eh?

Cerrando los ojos, echó de nuevo la cabeza hacia atrás.

—Ya sabe, es raro, pero mientras estamos aquí hablando estoy empezando a recuperar algunos fragmentos de recuerdos... acerca de haber pasado ese verano en California.

—¿Cómo?

—Como si fueran pequeños fogonazos de luz... Atravesando un trozo de tela. Realmente, no puedo explicarlo... no es una sensación desagradable.

—¿Qué es lo que recuerdas?

—Nada concreto, solo fragmentos... ¿como algo que tienes en la punta de la lengua? Es casi como si los rincones de mi mente estuvieran siendo expuestos a la luz, y yo los estuviera atisbando pero no pudiera ver claramente...

Lucy frunció el entrecejo. Su frente se arrugó.

—Nada más —abrió los ojos—. Pero ya no me parece todo extraño... estar allí y no recordarlo. Es como si estableciera contacto con mi propia historia.

Pensé en la niñera que había mencionado Ken. Suficiente por un solo día.

—¿Cuándo podemos hacer esto de nuevo? —me preguntó.

—Te veré mañana. A las dos en mi casa.

—Estupendo.

—Mientras tanto, asumo que quieres que ignore la invitación de Lowell.

Esperaba una reacción rápida, pero ella se puso un dedo en los labios y pensó.

—Creo que la única razón para hablar con él sería averiguar qué es lo que pretende. Y quizá lo haga yo misma.

—Es un bocado demasiado grande, ahora mismo. Si quieres investigarle, yo puedo escuchar lo que él tenga que decir y contártelo a ti.

—Créame, no estoy ardiendo de impaciencia por tener una entrevista personal con él. Pero si le mando a usted para que me represente, eso precisamente le mostraré que soy débil.

—Él ya sabe que me estás viendo. ¿Y por qué tenemos que preocuparnos nosotros de lo que él piense?

—Es verdad —asintió—. Pero no quiero tener nada que ver con él, ni directa ni indirectamente. Preferiría poner mi cabeza en el horno... Solo estaba bromeando.

Volvimos a entrar en la casa.

—Bueno —dijo ella—, quizá estoy siendo demasiado rígida. Creo que sería estupendo que usted le viera, si piensa que puede servir para algo bueno.

—No puedo prometértelo.

—¿Está interesado en conocer al Gran Hombre?

—Me interesa conocer a alguien tan destructivo como él.

—Un espécimen psicológico, ¿eh?

No era eso lo que yo había querido decir, pero ella insistió.

—Ponerlo bajo el microscopio... está bien, siga adelante. Mientras tanto, yo me concentraré en relajarme. Ponerme cómoda con mi inconsciente.

Me sorprendió encontrar a Robin y *Spike* en casa.

—Los electricistas no han aparecido —me dijo—. Se les ha estropeado la furgoneta.

—Probablemente en el aparcamiento del Estadio de los Dodger.

—Sin duda. Dejé a los albañiles allí, me imaginé que podía hacer algún trabajo aquí, y que quizá tú y yo podríamos pasar un rato agradable.

—¿Agradable? ¿Qué es eso?

—Creo que es algo que inventaron los chinos. Ellos lo inventaron todo, ¿no?

Puso sus brazos alrededor de mi cintura y su cara contra mi pecho.

—Realmente, me alegro de que esos pavos se hayan quedado dormidos. He estado pensando en lo poco que nos estamos viendo el uno al otro últimamente.

—Cuando acabe todo, deberíamos irnos a alguna parte.

—¿Adónde?

—A alguna isla lejana sin teléfonos ni televisión.

Algo golpeó mi tobillo. Miré hacia abajo y vi a *Spike* que nos miraba. Levantó la cabeza y dio un bufido.

—Pero con aire acondicionado para el cachorro —dije.

Robin rio y se inclinó a acariciarle.

Él empezó a respirar fuerte, luego se echó sobre la espalda, con las patas arriba, ofreciendo su barriga cervecera. Mientras Robin le rascaba, él gruñía de placer.

De vez en cuando, las cosas son sencillas.

A las nueve y media de aquella noche las cosas se complicaron.

Estábamos viendo una mala película antigua en la televisión, riéndonos del diálogo, cuando sonó el teléfono y Milo dijo:

—Hay alguien a quien creo que desearías ver. Está en el vecindario, en realidad.

—¿En mi vecindario?

—Quizá. Se ve el océano. —Me dio un nombre, y luego una dirección en Paradise Cove.

—Oh.

—Un aparcamiento de remolques, justo al lado del Dólar de Arena.

—¿Estás ahí ahora mismo?

—Realmente, estoy en el bar del Dólar de Arena... ¿es un mal momento?

Robin se incorporó y me preguntó:

—¿Un paciente?

—Milo. Ha encontrado a alguien a quien yo quería ver.

—¿Ahora?

Asentí.

—Ve —dijo ella—. Pero decididamente, no habrá teléfonos en la isla.

La carretera que bajaba hacia la ensenada estaba oscura y limitada por la colina y el cielo. La caseta del guardabarreras estaba vacía y la cancela abierta. Detrás del terreno del Dólar de Arena, el océano era una tensa extensión de vinilo negro. El lugar estaba casi vacío, y el letrero de neón del restaurante estaba suspendido en la oscuridad.

Giré hacia la derecha y conduje por una empinada carretera hacia el aparcamiento de remolques. Las casas móviles estaban incrustadas en el terreno inclinado como tachuelas de metal en el cuero. A la izquierda había una pequeña zona de aparcamiento llana en lo alto de un barranco poco profundo. El Porsche 928 blanco de Rick estaba aparcado allí y yo aparqué al lado, bajo las codiciosas ramas de un enorme pittosporum.

Los remolques estaban numerados con un sistema que desafiaba la lógica, y

me costó un buen rato encontrar la dirección que me había dado Milo.

Trepé casi hasta lo más alto del aparcamiento, caminando por senderos asfaltados bordeados con rocas y conchas. La mayoría de las caravanas estaban a oscuras. Una luz azulada de algún televisor se filtraba desde detrás de unas pocas ventanas con cortinas.

La dirección que yo buscaba coincidía con una Happy Tourister blanca con laterales de aluminio y un cobertizo cerrado con cerrojo. Había una barbacoa en el cobertizo. Crecían geranios de hiedra alrededor de los huecos de las ruedas.

Milo contestó a mi llamada. Una mujer baja, de aspecto robusto, de unos sesenta y pico años, estaba detrás de él. Llevaba el cabello con permanente y teñido del color del visón, y tenía una cara pequeña y cuadrada y unos penetrantes ojos oscuros. Llevaba una blusa sin mangas de color verde manzana y unos vaqueros elásticos. No era gorda pero tenía los brazos rechonchos. Llevaba unas gafas colgando de una cadena alrededor del cuello.

Milo se apartó a un lado. La habitación delantera del remolque era una cocina de pino, con suelo de linóleo marrón y mostradores blancos de formica. Olía dulce, a judías cocidas.

La mujer contestó a mi sonrisa con otra, pero parecía forzada.

Milo me presentó:

—Señora Barnard, este es el doctor Delaware, nuestro consejero psicológico. Doctor, la señora Maureen Barnard.

—Mo —dijo la mujer, tendiéndome la mano. Nos la estrechamos.

Milo informo:

—Mo estaba casada con Felix Barnard.

La mujer aceptó la relación con una triste mirada y nos condujo hacia el salón. Más pino, alfombras doradas, un sofá blanco a cuadros jaspeado de oro, y un sillón a juego. Un gran televisor y un equipo estéreo muy pequeño. El lugar estaba immaculado.

Mo Barnard se sentó en el sillón y Milo y yo compartimos el sofá. Los techos eran muy bajos, y el gran bulto de Milo hacía parecer la habitación incluso más pequeña de lo que era. En la mesa de café estaban los números correspondientes a un año del *Reader's Digest* junto con una gruesa pila atada de cupones de supermercado y una figurita de un aguzanieves tallado en madera de balsa. Cerca de Mo había una mesa octogonal de conglomerado con un mando a distancia encima y un cuenco de cristal tallado con caramelos en miniatura: Hershey's, Mr. Goodbar, Krackel. Ella cogió el mando a distancia y lo puso en su regazo, luego le pasó el cuenco a Milo.

Desenvolviendo un Mr. Goodbar, él explicó:

—Tal como le dije, fue el doctor Delaware el que nos implicó en el caso que nos ha conducido a comprobar la muerte de su marido —y a mí—: El señor Barnard fue asesinado un año después de que desapareciera Karen Best.

Mo Barnard me miraba a mí.

—Lo siento —dije.

—Fue un golpe cuando pasó —replicó ella—, pero hace ya mucho tiempo. Me extraña oír hablar de esto después de tantos años, pero nunca se sabe, ¿verdad?

A pesar de vivir en la playa, su piel era blanca y suave. Los ojos tenían el aire plácido y oscuro de una matriarca de Grant Wood. Ella jugueteó con el mando a distancia y miró la negra pantalla del televisor.

Milo me pasó el cuenco con los caramelos.

Mientras desenvolvía un Hershey, él dijo:

—El asesino de Felix nunca fue encontrado. Le dispararon en un motel de La Cienega cerca de Pico. Al lado oeste del bulevar.

La Cienega era la frontera entre la jurisdicción de Wilshire y la de Los Ángeles Oeste. El lado oeste de la calle pertenecía al territorio de Milo.

Mo Barnard suspiró. Milo le sonrió y la forma en que ella le devolvió la sonrisa me hizo comprender que llevaba allí mucho rato con ella.

—Extraño —opinó ella—. Todos estos años. Yo pensé que estaba allí con una prostituta, y no sabía si ponerme triste o furiosa. Después de un tiempo, olvidé esa parte de la historia. Y ahora llegan ustedes y me dicen que pudo haber sido algo más. Nunca se sabe, verdad.

—Es solo una posibilidad —le recordó Milo.

—Sí, y a lo sé, probablemente nunca se resolverá. Pero solo la oportunidad de que en realidad no estuviera allí con una prostituta me anima un poco. No era un mal hombre... tenía muchas cualidades, realmente.

Milo me dijo:

—El motel era uno de esos sitios que se alquilan por horas. Comprenderás por qué pensaba eso Mo.

La policía lo pensó —decía ella—. Aunque el recepcionista del motel dijo que no había visto a ninguna mujer con Felix. Pero por supuesto, pudo haber mentido. Felix había sido policía antes. Solo durante un tiempo, en Baltimore; allí es donde creció. Yo le conocí en San Bernardino. Trabajaba para una compañía de seguros, investigando reclamaciones por accidente. Yo era administrativa de registros en el ayuntamiento. Él cogió la baja justo después de casarnos y nos trasladamos a Los Ángeles.

—¿Trabaja ahora para el ayuntamiento también?

—No, trabajaba llevando la contabilidad de la inmobiliaria Fred Shale, en Pacific Palisades. Trabajé allí durante treinta y un años. Felix y yo vivíamos en Santa Mónica, junto a Venice. El despacho de Felix estaba cerca de allí, en Malibú, pero este último año es la primera vez que realmente he vivido en Malibú. Mi hermana y su marido son los propietarios de esto, pero él tiene mal los pulmones así que se mudaron a Cathedral City, cerca de Palm Springs.

Milo añadió:

—Lo más interesante es que Mo cree que Felix pudo haber conseguido algo de dinero un año antes de ser asesinado.

—Estoy bastante segura de eso —afirmó Mo—. Él lo negaba, pero había signos evidentes. Yo pensaba que tenía una amiguita a escondidas. —Sus mejillas enrojecieron—. Para serles sincera, él lo había hecho ya anteriormente, más de una vez. Pero cuando era más joven. Tenía sesenta y tres años por entonces... diez años más que yo, pero cuando me casé con él pensé que era maduro —ella rio y dijo—: Páseme un Krackel, ¿quiere?

Milo lo hizo.

—¿Qué signos eran esos? —pregunté.

—En primer lugar, su jubilación. Durante años había hablado de eso, pero siempre se quejaba de que no podíamos reunir el suficiente dinero entre los dos... casi le enojaba que yo tuviera seguridad social y una pensión de San Berdoo y de Shale, y él en cambio estuviera sin nada, con sus propios medios. Entonces, de repente, un día llega y anuncia que ya tiene suficiente dinero en reserva. Yo le dije: «¿Te ha caído dinero del cielo, Felix?». Él se limitó a sonreír y me dio unas palmaditas en la cabeza y dijo: «No te preocupes, cariñito, finalmente iremos a aquel lugar en Laguna Niguel». Siempre hablábamos de comprar una propiedad allí, pero no teníamos dinero. Podíamos habernos permitido una de esas comunidades de retiro, pero Felix nunca se vio a sí mismo como viejo. Cuando cumplió los cincuenta, se compró un peluquín y unas lentillas. Creo que pensaba que al ser mucho más viejo que yo (yo parecía mucho más joven, la gente a veces pensaba que era su hija) debía hacer algo al respecto. Hubo otra cosa que me hizo sospechar, y es que se compró un coche nuevo, un Thunderbird color rojo cereza, el modelo landó, con la capota de vinilo. Que era el más caro de la serie. Nos peleamos mucho por eso, yo quería saber cómo nos podríamos permitir todo aquello y él decía que no era asunto mío. —Meneó la cabeza—. Nos peleábamos mucho, pero estuvimos juntos treinta y un años. Luego se dejó matar y no había demasiado dinero en su cuenta del banco, solo un poco más de tres mil dólares, y yo supuse que se había gastado todo lo que tenía en el coche. Y en prostitutas. Tuve ese coche durante quince años, y al final lo llevé a la chatarra.

—¿Dejó algún tipo de registro de sus trabajos?

—¿Quiere decir sus archivos de detective? No, ya le he dicho al señor Sturgis que no le iba mucho lo de guardar archivos... la verdad es que era muy desorganizado en general. Después de morir, miré entre sus cosas y me sorprendí de las pocas que tenía... solo unos trozos de papel con garabatos. Me imaginé que, debido al tipo de trabajo que hacía, podía haber cosas que molestaran a la gente. Lo tiré todo.

—¿En qué tipo de casos trabajaba él?

Ella miró a Milo.

—Las mismas preguntas... no, no me importa. Realmente, no sé qué tipo de casos eran. Felix no hablaba de su trabajo. La verdad es que no creo que tuviera demasiados casos, hacia el final. Sé que hizo algunos trabajos para abogados, pero le aseguro que no puedo recordar los nombres de ninguno de ellos. Yo no formaba parte de su trabajo, tenía el mío propio. No soy feminista, pero siempre he trabajado. No tuvimos hijos, los dos salíamos y cada uno iba a lo suyo.

Yo asentí.

Ella dijo:

—No quiero retratarle como si fuera un pobre diablo. Básicamente era un buen hombre, no levantaba nunca la voz, incluso cuando nos peleábamos. Pero era un poco... dado a buscar los caminos fáciles, ¿sabe lo que quiero decir?

—Tomar los atajos.

—Exacto. La primera vez que le vi trató de pagarme cinco dólares para que le entregara un registro de accidente sin rellenar los formularios necesarios, y pagar la tasa del condado. Yo le rechacé y él se lo tomó muy bien. Se rio... se reía mucho. Yo tenía solo diecinueve años, aun así debí haberle captado mejor, pero no lo hice. Volvió al día siguiente y me pidió que saliera con él. Mis padres odiaban sus agallas. Seis meses después, nos casamos. A pesar de todos los problemas, fue un marido bastante bueno.

—¿Así que nunca habló de Karen Best?

—Nunca —negó ella—. La verdad es que nunca hablábamos demasiado, en general. Hacíamos diferentes horarios. Yo me levantaba a las seis, sacaba a pasear los perros (teníamos perros de lanas), iba a la oficina a las ocho, volvía a las cinco. A Felix le gustaba dormir hasta tarde. Decía que la mayor parte de su trabajo lo tenía que hacer de noche, y quizá tuviera razón. Siempre estaba fuera cuando yo estaba en casa y viceversa —ella hizo una mueca—. Quizá por eso estuvimos juntos treinta y un años. —La mueca desapareció de su cara—. Sin embargo, que le mataran fue lo peor que me había pasado después de la muerte de mis padres —a Milo—: Cuando me llamó usted, no quería hablar de aquello. Pero usted fue todo un caballero, y me dijo que quizá Felix no murió por ir con prostitutas. Estaría bien saberlo.

Nos enseñó dos fotografías de ella y de Felix, diciendo:

—Son las únicas que conservo. Cuando vives en una casa móvil, guardas solo lo imprescindible.

La primera era un retrato de boda, la joven pareja posaba frente a un fondo pintado de la Fontana de Trevi. Ella había sido una linda muchacha de cabello oscuro, pero incluso a los diecinueve años sus ojos eran circunspectos. Felix no era mucho más alto que su mujer, un hombre enjuto con el cabello engominado y ojos a lo Clark Gable. Llevaba un bigote fino, como Gable, pero su cara no tenía la fuerza del actor.

La segunda instantánea había sido tomada dos años antes de que muriera Barnard. El bigote había desaparecido y el detective se había encorvado hacia delante, la cara arrugada, el peluquín embarazosamente obvio. Llevaba un traje gris de rayón con solapas delgadas y un jersey blanco de cuello alto, y un cigarrillo en una boquilla. El cabello de Mo estaba teñido de rubio y había ganado algo de peso, pero a pesar de eso, parecía lo bastante joven como para ser su hija. La foto había sido tomada en un jardín, sus caras sombreadas por un gran naranjo.

—Nuestra casa en Santa Mónica —explicó—. Ahora la tengo alquilada. Eso junto con mi pensión es lo que me permite ir tirando. Milo le pidió que le prestara la foto más reciente, y ella dijo:

—Claro.

Se lo agradecemos y nos fuimos. Mientras salíamos del remolque, ella dijo:

—Buena suerte. Si averiguan algo, háganmelo saber.

—Encantadora dama —opiné, mientras caminábamos de vuelta a nuestros coches.

—Me ha dado de cenar —dijo Milo—. Judías, salchichas de Frankfurt y patatas fritas. Yo ya estaba a punto de cantar canciones de campamento. Antes de que se abriera del todo, estuvimos viendo el concurso *Jeopardy*. Ella sabe mucho de mujeres de los presidentes.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Desde las seis.

Cuatro horas y media.

—Dedicación.

—Sí, beatifícame.

—¿Cómo supiste lo del asesinato de Bernard?

—La Seguridad Social decía que había muerto, así que comprobé los archivos y apareció como homicidio, lo cual, no hace falta que lo diga, me sorprendió mucho. De acuerdo con el informe de la autopsia, recibió un disparo en la parte posterior de la cabeza en aquel motel, tal como ella dijo. Lo que ella no sabe es que tenía los pantalones bajados hasta los tobillos, pero no había ninguna prueba de actividad sexual y no había eyaculado recientemente.

—¿Aquel lugar era un burdel declarado?

—Más bien un sitio en el que puede pasar de todo. Yo lo conocía bien de cuando hacía la patrulla del Westside. Drogas, agresiones, todo tipo de conductas peligrosas. Los detectives del caso dieron por supuesto que Barnard era un cliente de una puta que se había metido en problemas.

—Le dispararon. ¿No habría sido más probable que una puta le apuñalara?

—No hay normas, Alex. Algunas de las chicas van armadas, o pudo haberlo matado un chulo; muchos de ellos llevan armas.

—¿Nadie oyó el disparo?

—No. El recepcionista descubrió su cuerpo, lo vació todo. Cuando llamó a la policía, ya no había nadie allí.

—¿Un recepcionista sordo?

—Es una calle con mucho tráfico, tenía la tele a todo trapo, ¿quién sabe? No había ningún motivo para pensar que fue algo más, que Barnard se equivoca de lugar y de momento para un francés.

—¿Y ahora?

—Quizá nada. Te he llamado porque el hecho de que él fuera asesinado añade un grado más en la escala de la intriga en el caso de Karen Best. Igual que la sensación de Mo de que él consiguió algo de pasta.

—Best me dijo que Karen fue el último caso de Barnard —dije yo—. Y Barnard fue asesinado un año después de que Karen desapareciera. ¿Crees que él pudo estar haciendo chantaje a alguien acerca de Karen y finalmente se cansaron de pagarle?

—O se volvió demasiado codicioso. Por otra parte, pudo haber estado haciendo chantaje a alguien por otro caso no relacionado en absoluto con Karen. O quizá consiguió el T-Bird ahorrando peniques a espaldas de su mujer. O con las apuestas. Ella ha dicho que todo lo que le dejó fueron tres mil dólares... ¿Cuánto debía de costar un T-Bird por aquella época?

—Probablemente, seis o siete mil.

—No se trata de chantaje a gran escala. Estamos muy lejos todavía de obtener alguna prueba. Barnard pudo haber sido asesinado simplemente porque alguna prostituta se enfadó con él.

—¿Entonces, adónde vamos a parar desde aquí?

—Veré si puedo descubrir algo más de él. Luego me imagino que lo lógico es tratar de encontrar a toda esa gente del Dólar de Arena y ver si recuerdan algo de Karen.

Miró a través de los árboles al restaurante. No había coches en el aparcamiento y solo había unas pocas luces encendidas.

—He entrado esta noche buscando a Doris Reingold, pero ella estará fuera un par de días... Lo que me preocupa acerca de la investigación de Barnard es que si Karen fue contratada por los Shea para trabajar en la fiesta de Santuario, ¿por qué nadie del Dólar de Arena lo mencionó?

—¿Tú crees que alguien se lo mencionó a Barnard y él lo ocultó intencionadamente?

—¿Quién sabe? Como tú dijiste, quizá se trataba simplemente de un bobo incompetente y no hizo las preguntas adecuadas. O le dieron respuestas que no consideró importantes.

—Los *sheriffs* de Malibú entrevistaron a la misma gente. Si Karen estaba trabajando en la fiesta, ¿por qué no aparecía en sus informes?

—Quizá no estuvo nunca en la fiesta. O quizá los *sheriffs* averiguaron que estuvo y no pensaron tampoco que tuviera importancia.

—¿El último lugar donde se la vio no era importante?

—Que sirviera canapés a quinientas personas no conduce a ninguna parte, Alex. Pudo haber sido recogida por cualquier asistente a la fiesta y meterse en problemas después. ¿Por qué iba a sospechar nadie que se encontraba en algún lugar de aquellas tierras, dos metros por debajo?

Llegamos al barranco y yo le acompañé hasta el Porsche. Él abrió la portezuela del conductor y buscó las llaves del coche en su bolsillo.

—Le he hablado de Karen a Lucy —dije.

—¿Eh?

—No estoy seguro de que sea lo correcto, pero he seguido mis instintos. O bien continuaba ocultándole información, y me arriesgaba a que eso pudiera destruir nuestro entendimiento, o era sincero.

—¿Cómo ha reaccionado?

—Al principio ha sido un *shock*. Luego se ha entusiasmado con la idea de que el sueño pueda significar algo realmente. Averiguar la verdad se ha convertido en una misión para ella.

—Estupendo.

—Estoy haciendo todo lo posible para mantener el control. Hasta ahora, ella se muestra bastante razonable. Me ha pedido que la hipnotizara para intensificar sus recuerdos, y yo he accedido a intentar una especie de relajación básica. Pensaba que se mostraba realmente receptiva, y al principio así lo parecía. Entonces se ha quedado dormida. Lo cual significa que se resiste fuertemente. Se

ha dormido profundamente y sus patrones del sueño se han fragmentado. Realmente, la vi pasar por diferentes fases. No me sorprende que sea sonámbula y tenga pesadillas crónicas. Quiere creer que fue sonámbula a la cocina y puso la cabeza en el horno, y supongo que eso es posible. El sueño es su gran liberación. Bloquea las cosas quedándose dormida.

Las llaves emergieron de su bolsillo, y él las hizo tintinear.

—¿A ella le preocupa, eso de quedarse dormida?

—Yo no le di importancia, como si fuera algo habitual. Me preocupaba meterme en demasiadas cosas demasiado rápido, pero al final la sesión pareció ayudarla. Se despertó de buen humor. Aparte del sueño, su preocupación principal es Peter: Ella es muy consciente de su adicción, lo defiende diciendo que es un chico enfermo. Y pensar en él la ayuda a olvidarse de sus propios problemas. ¿Tienes alguna idea sobre la nota?

—Realmente, no.

—¿Algo nuevo sobre el asesino imitador?

—Ni una sola pista, pero voy a investigar a las Bogettes muy en serio. —Se metió en el Porsche, lo puso en marcha y bajó la ventanilla.

—Hoy he ido a la tienda de surf de los Shea. Me he comprado unos pantalones cortos. Llegó Gwen con el hijo. Padece una parálisis cerebral grave, necesita cuidados constantes. Tom Shea conduce un BMW 735 casi nuevo, Gwen tiene una furgoneta adaptada para transportar al chico, y tanto Best como Doris Reingold decían que los Shea tienen una casa en la playa, en La Costa. Incluso comprada años atrás, eso representa una buena cantidad de dinero. Sin mencionar los gastos médicos. La tienda no parecía ninguna gran fuente de dinero, pero aun suponiendo que lo sea, ¿cómo consiguieron el capital para empezar un negocio atendiendo un bar y sirviendo mesas? Ahora que hemos empezado a preguntarnos si le pagaron a Barnard, me pregunto si ellos también recibieron algo.

—Obviamente, Gwen era una mujer emprendedora, pues hacía subcontratos de *catering*. Quizá tenía otros negocios en marcha.

—Sigue habiendo un trecho entre hacer pluriempleo y vivir junto a la arena. Obtener un pequeño capital de negocios hace veintinueve años pudo haber ayudado. Sería interesante saber qué sucedió entre la época en que los Shea se fueron a Aspen y cuando volvieron. Y por qué se fueron. Si fue porque Sherrell Best les estaba acosando, eso podría implicar una cierta culpabilidad.

—Bueno. Le he dado a la viuda Barnard un montón de información. Malibú es todavía una ciudad pequeña, puede haber un poco de murmuración. Rompe unos cuantos huevos y, ¿quién sabe?

—¿Levantando la liebre?

Milo convirtió su mano en una pistola y apuntó al limpiaparabrisas.

—Bum.

—Podría hacer una captura de caza mayor —dije yo—. Lucy y yo hemos decidido que yo debería aceptar la invitación de Buck Lowell para charlar.

Su mano bajó.

—¿Dónde vas a reunirte con él?

—En Santuario.

—No vayas husmeando por la tierra buscando tumbas.

—Lo prometo, papi.

—Oye, que te conozco... Mientras tanto, ¿querrás hablar otra vez con Doris Reingold, o debo intentarlo yo?

—Puedo hacerlo yo; ya somos casi colegas. Si ella no tiene nada que ocultar, otra buena propina podría ser suficiente para sacarle algo.

—Uh, uh, los Dineritos de Papaíto.

—Espero que el departamento me los reembolse.

—Oh, claro, seguro que sí. El oficial Santa Claus te lo entregará personalmente. Y sin impuestos.

A la mañana siguiente, sintiéndome como un cazador, llamé a Santuario. Cogió el teléfono la misma mujer que había contestado la primera vez. Antes de que acabara de presentarme, me dijo:

—Espere.

Unos minutos después:

—Le recibirá aquí, mañana a la una. No es fácil encontrarnos, estas son las instrucciones. Las copié y ella colgó.

Cogí el libro de Trafficant del dormitorio y busqué la mención al nombre de su editor, pero no había ninguna. En la editorial, una confundida recepcionista me dijo:

—No hay nadie aquí con ese nombre. —Es un autor.

—¿De ficción o no ficción?

Buena pregunta.

—No ficción.

—Espere.

Un momento después, un hombre dijo:

—Soy el editor.

—Estoy tratando de localizar al editor de Terrence Trafficant.

—¿Quién?

—Terrence Trafficant. *Del hambre a la rabia*.

—¿Está en nuestra lista actual?

—No, se publicó hace más de veinte años.

Clic.

La voz de una mujer:

—Restos de stock Repetí mi pregunta.

—No —negó ella—, no está en nuestro catálogo. ¿Cuándo se publicó?

—Hace veintiún años.

—Entonces seguro que ha ido a parar hace tiempo a la prensa de pulpa. Inténtelo en una librería de segunda mano.

—No quiero el libro. Lo que busco es al editor.

Clic. De vuelta al mismo hombre de la editorial, muy poco feliz de volver a oírme.

—Le aseguro que no tengo ni idea de quién es, señor. La gente viene y se va muy a menudo.

—¿No habría ninguna forma de averiguarlo?

—No que yo sepa.

—Por favor, póngame con su director editorial.

—Es Bridget Bancroft —dijo él, como si eso acabara con el asunto.

—Entonces quiero hablar con ella.

Clic.

—Oficina de Bridget Bancroft.

—Me gustaría hablar con la señora Bancroft.

—¿Sobre qué?

—Citar a uno de sus autores. Mi nombre es Alex Printer, y represento a la Delaware Press en California. Nos gustaría incluir unos fragmentos escogidos de *Del hambre a la rabia* de Terrence Trafficant en una...

—Tiene que hablar con nuestro departamento de Derechos sobre esto.

—¿Puede decirme usted quién es el editor del señor Trafficant?

—¿Cuál es el nombre del autor?

—Trafficant. *Del hambre a la rabia*. Publicado hace veintinueve años.

—No tengo ni idea. La gente viene y va.

—¿Lo sabría quizá la señora Bancroft?

—La señora Bancroft está ausente.

—¿Podría decirle que me llame cuando vuelva?

—Ciertamente —me respondió—. ¿Quiere hablar con el departamento de Derechos?

—Por favor.

Clic. Un contestador. Dejé otro mensaje y colgué.

Ah, la fama.

Lucy llegó justo a tiempo para su cita de la tarde. Parecía cargada de energía, y le brillaban los ojos.

—He dormido mucho la noche pasada (sin sueños), así que no debería quedarme dormida. Es un poco extraño dormir en la cama de otra persona, pero Ken decía que me acostumbraría; él lo hace constantemente.

De repente, Lucy apretó los labios. Sus ojos se nublaron.

—¿Algo va mal? —pregunté.

—Nada... Solo estaba pensando en el verano que trabajé para Raymond. Dormir en aquella cama... Tenía que ponerme muchas cosas para los clientes: un montón de maquillaje, vestidos cortos, a veces pelucas. Bisutería, porque ellos se las daban de ricos.

Ella se encorvó y dejó caer la cabeza. Se cogió uno de los bíceps con cada

mano y se abrazó a sí misma estrechamente.

—Tenían sus fantasías —dijo.

El océano rugía. Ella no se movió.

—Yo odiaba aquello —dijo suavemente—. Realmente lo odiaba. ¡Ser invadida, hora tras hora, día tras día! Intentaba poner la mente en otro sitio... como la hipnosis, supongo. Quizá por eso sea tan fácil para mí.

—Desconectar.

Asintió.

—¿Adónde ibas?

—A la playa —se rio—. ¿Qué tal como karma? Normalmente funcionaba. Pero a veces volvía al mundo real, allí echada... con alguien dentro de mí. No quiero volver a perder jamás el control de aquella manera.

Estirando la espalda, dijo:

—No se ofenda, pero ningún hombre puede entenderlo realmente. Los hombres no son invadidos. Quizá por eso ha vuelto el sueño. Todos estos años vi a Karen invadida y lo grabé en mi mente, y de alguna manera...

Ella buscó un pañuelo de papel.

—Bueno —dijo—. ¿Es la hora de la hipnosis? No voy a hacer ninguna locura, se lo prometo.

—¿Palabra de *boy scout*?

—Palabra de *boy scout*.

Hice que se relajara y mirase al océano mientras le explicaba que la regresión a otra edad no era siempre efectiva ni precisa. Que algunas personas no pueden acercarse a sus recuerdos infantiles, ni siquiera bajo el trance hipnótico más profundo. Que otras imaginan o crean falsos recuerdos.

Ella asintió, casi soñando.

Empecé la inducción y ella se puso en trance casi de inmediato, y consiguió tener los miembros laxos y anestesia superficial a los pinchazos.

La hice ir a su « lugar favorito » y la dejé allí durante un rato. Parecía serena.

Le pregunté:

—Lucy, ¿puedes hablarme?

Su « sí » fue bajo y gutural, casi inaudible entre las olas.

—Puedes, pero hablar te cuesta mucho trabajo, ¿verdad?

—Sí.

—Pero estás cómoda.

—Sí.

—Y quieres comunicarte conmigo.

—Sí.

—Hablar te cuesta mucho trabajo porque estás muy relajada, Lucy. Eso es bueno. Para facilitar tu comunicación, puedes contestar sí o no con señales de los dedos. Si la respuesta es « sí », levanta el dedo índice derecho. Si es « no »,

levanta el índice izquierdo. ¿Has entendido?

Ella murmuró algo. Luego levantó su dedo índice derecho.

—Muy bien. Ahora bájalo, a partir de ahora, solo tienes que levantarlo durante un segundo. Intentemos el «no» para practicar... bien. Vas a quedarte muy relajada y podrás decir lo que tienes que decir. ¿Entiendes?

El índice derecho se levantó y bajó.

—¿Quieres detener la hipnosis ahora mismo?

Izquierdo.

—Quieres seguir.

Derecho.

—¿Recuerdas lo que hemos hablado acerca de la regresión?

Derecho.

—¿Quieres intentarlo ahora?

Derecho.

—Está bien, respira hondo y relájate todavía más, más y más tranquila, controlando muy bien, oyendo el sonido de mi voz pero controlando totalmente todos tus sentimientos y percepciones. Bien... Ahora me gustaría que te representaras a ti misma en una habitación con una pantalla gigante de televisión. Una habitación muy agradable, muy cómoda. Estás en un sillón muy cómodo y la pantalla está enfrente de ti. Miras a la pantalla y te sientes muy relajada. En la pantalla hay un calendario en el que pone la fecha de hoy. Un calendario de escritorio, de esos que tienen unas páginas que se vuelven. ¿Puedes verlo?

Índice derecho.

—Bien. Este calendario es especial. En lugar de tener una página por día, este calendario mantiene la misma fecha pero cambia el año. La página de encima es la fecha de hoy, este año. La de debajo es la fecha de hoy, del año pasado... mira cómo van pasando las hojas.

Su mano derecha se crispó y sus ojos se movieron.

—¿Puedes ver la fecha del año pasado?

Derecho.

—Ahora voy a pasar la siguiente página.

Crispación.

—¿Qué fecha es?

—Hace... dos años.

—Bien. La fecha de hoy, hace dos años. Quedémonos un momento con esta fecha. Respira fuerte y cuenta hasta tres, y cuando llegues al tres puedes ir adonde estabas ese día. Pero te verás a ti misma en la pantalla. Como si estuvieras mirando a otra persona. Verás lo que necesites ver. Pero no importa lo que ocurra en la pantalla, eso no tiene que preocuparte. ¿Entendido? Bien. De acuerdo, preparados: Uno. Dos. Tres.

Ella aspiró aire y lo dejó salir a través de su boca abierta. El más débil de los

asentimientos.

—¿Dónde estás, Lucy?

Pausa.

—Trabajo.

—¿En el trabajo?

Índice derecho.

—¿Dónde del trabajo?

—Escritorio.

—En tu escritorio. Bien. Ahora dime qué estás haciendo en tu escritorio.

Ella tensó la cara, luego la relajó muy despacio.

—Simkins... Manufacturas... Cuentas por cobrar.

—Llevando las cuentas de Manufacturas Simkins. ¿Es un trabajo importante?

Índice derecho.

—Un gran trabajo de contabilidad. ¿Qué tal los libros?

Pausa. Sus cejas se crisparon.

—Chapuzas.

—¿Chapuzas?

Índice derecho.

—Pero eso no te preocupa, porque solo lo estás mirando, no lo estás sintiendo.

Sus cejas se relajaron.

—Bien. ¿Quieres quedarte un rato ahí, trabajando?

Índice izquierdo. Sonrisa.

—¿No?

—Aburrido.

—Bien. Vamos a otro año. Respira profundamente, cuenta hasta tres y volveremos al calendario de la pantalla. Uno. Dos. Tres.

La llevé hacia atrás en el tiempo gradualmente, cuidando de evitar el verano de Boston. Recordó su verano de los dieciséis años, jugando al gin rummy con una mujer de la limpieza en el dormitorio de su colegio de verano, sin ningún otro chico o chica a su alrededor. A los doce el aislamiento era similar, leía *Jane Eyre* en una habitación con una cama individual. Mientras ella se veía más y más joven, su postura se aflojó y su voz se hizo más aguda, más vacilante, mostrando un tartamudeo ocasional.

La hice retroceder hasta los ocho años... un verano en otra escuela interna. Paseando a caballo con la directora, pero no recordaba a ningún otro niño.

No mencionaba a *Puck* ni a ningún otro miembro de su familia.

La soledad en la que había crecido se hizo más vivida. Yo me sentía triste, pero me aseguré de no demostrarlo en mi voz.

Estaba sentada muy abajo en su silla, casi en posición supina, con los tobillos cruzados, las rodillas ligeramente separadas, un dedo en los labios.

Cambié la fecha en el calendario al 14 de agosto. La hice retroceder hasta los

seis años. Sus ojos se movieron muy deprisa y su voz adoptó un ligero gimoteo mientras me contaba que había perdido su muñeca favorita.

Respiraba profunda y pacíficamente.

—Está bien —dije—, ahora vamos a volver dos páginas más, Lucy. Ahora tienes cuatro años.

Su respiración se retuvo y ella se frotó los ojos con los nudillos.

—Relájate más, Lucy. Así, así, tranquila. Tú estás mirando la pantalla, así que no tienes que preocuparte.

Sus manos cayeron hasta su regazo. Sus piernas se extendieron un poco más, los pies se movieron hacia un lado.

—Cuatro años —dije y o—. ¿Qué estás mirando?

Silencio.

—¿Lucy?

—Casa —muy bajito, muy agudo, casi como un chirrido.

—Miras una casa en la pantalla.

—Ajá.

—¿Una casa bonita?

Silencio.

—Casa.

—Está bien. ¿Quieres quedarte mirando esa casa?

Índice izquierdo.

—¿Quieres mirar alguna otra cosa?

Silencio. Confusión. Entonces:

—Oscuro.

—Está oscuro fuera.

—Salir.

—Quieres verte a ti misma saliendo fuera.

—Luces. Lejos... salir.

—Está oscuro y tú quieres ir a las luces.

—Ajá.

—¿Has estado durmiendo?

—Ajá.

—También puedes decirme que sí con el dedo.

Índice derecho.

—Muy bien. Así que estás en la casa y quieres salir. Por qué no me cuentas con tus propias palabras lo que está ocurriendo.

Ella se agitó y se tocó la nariz. Husmeó y parpadeó y abrió los ojos. Pero no me estaba mirando.

Se cerraron de nuevo.

—Dormir... andar. Dormir... andar. Puerta... madera. Fuera... fuera, fuera... fuera...

Hizo una mueca. Su respiración se aceleró y su pecho se levantaba.

—Relájate, Lucy. Más y más profundamente relajada, recuerda lo que necesitas recordar, mira lo que necesites mirar... Bien, muy bien. Sigue respirando profundamente. No importa lo que veas, oigas, toques, huelas o recuerdes, permanecerás relajada más y más profundamente, mirándote a ti misma en la habitación con el televisor, segura y tranquila, controlando... bien. Está bien, sigamos.

—Fuera... luces. Gente que grita —mirada confundida, perpleja—. No es culpa mía...

—Más y más relajada.

Ella suspiró y su cabeza cayó. Dijo algo que yo no pude oír.

Acerqué mi silla a la de ella. El pulso era lento y regular. Sus mejillas estaban sonrosadas. Toqué su mano. Caliente. Sus dedos se enroscaron en torno a los míos y los apretaron.

—Andar —dijo ella—. Árboles... bonitos.

No dijo nada durante un buen rato, pero sus ojos siguieron moviéndose y su cabeza hizo un movimiento.

Andaba por el lugar.

Su cabeza se movía de un lado a otro.

¿Observando el paisaje?

De repente, noté que su mano se enfriaba.

—¿Qué pasa, Lucy?

—Papá.

—¿Ves a papá en la pantalla?

Una larga pausa mientras ella agarraba mi mano. Luego su índice derecho se levantó, pero el resto de sus dedos permanecieron apretados.

—Más y más relajada, Lucy. Lenta respiración, pero pesada y más áspera. —Puedes dejar este sitio, Lucy. Puedes apagar el televisor en cualquier momento que quieras.

Ella hizo un sonido de refunfuño, y el índice izquierdo se quedó en el aire durante unos segundos.

—Quieres quedarte aquí.

Índice derecho.

—Está bien. Sigamos, haz lo que tú quieras hacer y dime lo que quieras decirme.

Un largo silencio.

—Papá... hombres... llevan una señora. Bonita. Como mamá... pelo... oscuro. Bonita... la llevan.

Más silencio. El pulso se aceleró.

Yo le dije:

—Otros hombres, también.

Índice derecho.

—¿Cuántos?

Concentración. Su cabeza se movió de un lado a otro.

—Dos.

—¿Dos además de papá?

Índice derecho. Su mano seguía fría. El sudor fluía de su frente y se escurría por su mejilla. Parecía impenetrable cuando se lo sequé.

—Tú solamente lo estás mirando —susurré—. Estás a salvo.

—Dos.

—¿Cómo son? —Silencio—. ¿Puedes verlos?

Índice derecho.

—Llevan a la señora.

—¿Ella dice algo?

Dedo izquierdo.

—¿Qué ropa lleva ella?

—Blusa... blusa blanca... falda.

—¿Falda de qué color?

—Blanca.

—Una blusa blanca y una falda blanca. ¿Y zapatos?

Índice izquierdo.

—Dedos.

—Le ves los dedos de los pies.

Índice derecho.

—¿Se mueve ella?

Índice izquierdo.

—No se mueve.

—¿Puedes verle la cara?

Silencio.

—Guapa. Dormida.

—¿Está dormida?

Mirada confusa.

—No se mueve.

—¿No se mueve nada?

Índice derecho.

—Así que tú crees que está durmiendo.

Índice derecho.

—La llevan.

—Los hombres la llevan. ¿La lleva papá?

Índice izquierdo.

—Pelos... Labio peludo.

—¿Un hombre con pelos en el labio la lleva? —Pensé en la cara barbuda y

esquelética de Terry Trafficant.

Índice derecho.

—Puedes ver a los hombres ahora.

Lucy arrugó la cara.

—Labio peludo... el otro hombre de espaldas.

El tercer hombre está de espaldas. ¿Le ves la espalda?

Índice derecho.

—¿Puedes ver la ropa que llevan los otros hombres?

Silencio.

—Papá... blanco... largo hasta el suelo —confusa.

—Hasta el suelo. ¿Como una túnica?

Índice derecho.

—¿Y los otros hombres?

—Ropa... oscura.

—¿Los dos?

Índice derecho.

—Está oscuro fuera. También.

—Está oscuro fuera y no se ve bien. Pero puedes ver la túnica blanca de papá y la blusa blanca de la señora. Los otros dos hombres llevan ropa oscura.

Otra mirada de confusión. Ella hizo un puchero.

—Es... difícil...

—Está bien, Lucy. Todo lo que ves está muy bien. Cuéntame solo lo que tú quieras contarme.

Ella bizqueó, como si intentara enfocar mejor. Se puso tensa y se enderezó.

—Una pala... cavan... Labio peludo... Papá sujeta a la señora. Labio peludo y el otro hombre cavan. Cavan deprisa, cavan. Cavan y cavan. Cavan. Papá la sujeta... pesa... Dice: «Pesa... ¡Infiernos, daos prisa!» . Enfadado... la deja...

Lucy meneó la cabeza y el sudor goteó.

Yo le di un ligero toque otra vez.

—¿Papá pone a la señora en el suelo?

Índice derecho.

—Cavan... y cavan y cavan... ¡Échala! —su voz se hizo más profunda—. ¡Échala, échala!

—Estás mirándolo, Lucy. En la pantalla. Estás a sal...

Sus dedos se clavaron en los míos. La voz infantil volvió.

—La señora... no está. ¡No está! ¡La señora no está! ¡No está!

Lucy se deslizó en un silencio inerte mientras yo volvía las páginas del calendario de vuelta al presente.

Antes de que volviera a traerla por completo, le hice unas sugerencias poshipnóticas para que se sintiera relajada y reconfortada y feliz, y para que no pudiera recordar nada de lo que había visto esa noche mientras estaba inducida.

Volvió en sí sonriendo y bostezando.

—No estoy segura de lo que ha pasado, pero me siento bastante bien.

Hice que se estirara y caminara un poco. Luego se lo conté.

—Tres hombres —dijo.

—Describiste a uno de ellos, dijiste que tenía pelos en el labio.

Ella rozó el borde de su vaso de agua.

—¿Un bigote? No recuerdo eso realmente (no recuerdo nada), pero parece correcto. Huellas de recuerdos, distantes pero correctos. ¿Era coherente yo?

—Perfectamente.

—¿Puedo volver a intentarlo un poco más?

—Creo que ya hemos hecho bastante.

—¿Y mañana?

—Está bien —consentí—. Pero prométeme no intentar nada tú sola hasta entonces.

—Lo prometo. Ahora, ¿puedo ver esa foto de Karen?

Fui y traje el recorte del *Shoreline Shopper*.

En el momento en que vio la foto, sus manos empezaron a temblar.

Cogió el papel de mis manos y se quedó mirándolo un buen rato. Cuando empezó a leer, sus manos se tranquilizaron. Pero el color había abandonado su rostro y sus pecas resaltaban como puntos de escritura Braille.

Devolviéndome el recorte, asintió. Luego se echó a llorar.

A las cuatro, conduje hacia el Dólar de Arena. El equipo de filmación todavía estaba allí y una diosa rubia playera con un bikini negro posaba en la arena con una sudorosa lata de cerveza.

Cuando entré en el restaurante, localicé a Doris Reingold en el bar. Ella se

levantó de su taburete.

—Hola, qué tal —después de sentarme cerca de la ventana, dijo—. Vuelvo en un segundo.

Era el único cliente allí. No había gente en la playa. Un camarero me trajo café y yo miré a la rubia que sonreía cuando se lo ordenaban, sacudiendo el cabello, volviéndose lentamente como un pollo en un asador.

—¿Buena vista? —dijo Doris, con el bloc en la mano.

—Hurra por Hollywood.

Ella rio.

—Me alegro de verle otra vez. ¿Una cena temprana? Acabamos de recibir pescado fresco local.

—No, solo un bocado. ¿Qué tartas tienen?

—Déjeme ver. —Ella dio unos golpecitos en su bloc con el bolígrafo—. Hoy tenemos de manzana y de crema con chocolate, y de nuez, creo.

—De manzana con helado de vainilla.

Ella me trajo una ración doble bajo dos bolas de helado.

—Síntese si le apetece —dije.

Ella se tocó el cabello gris.

—Claro. Marvin estará fuera un rato, ¿por qué no?

Después de ponerse una taza de café, se deslizó en el asiento, tal como lo había hecho la primera vez. Mirando a la rubia, dijo:

—Una chica como esa puede conseguir dos cosas: o hacerse rica o meterse en apuros.

—O ambas cosas —empecé la tarta.

—Es verdad —replicó ella—. Una no elimina la otra. ¿Tiene usted hijos?

—No, no estoy casado.

—Eso no significa nada. ¿Sabe la definición de un soltero? No tiene hijos... de los que se pueda hablar.

Ambos reímos.

Yo le pregunté:

—Usted me dijo que tenía dos, ¿verdad?

—Dos chicos, ya son mayores, los dos son sargentos del ejército, ambos casados y con hijos también. Su padre era del ejército también. Me divorcié de él cuando ellos eran pequeños, pero de alguna manera se les pegó.

—Debe de haber sido duro para usted educarlos sola.

—No fue una fiesta precisamente. —Ella sacó su paquete de cigarrillos y encendió uno, luego tomó un sorbo de café—. Le diré lo que más disfruto: ser abuela. Les compras tonterías, juegas con ellos, y luego te vuelves a tu casa.

—Eso tengo entendido.

—Sí, es estupendo —ella fumó y echó un poco de azúcar en su café.

—A mí me gustaría tener hijos.

—Por qué no, es usted joven.

—Me da un poco de miedo. Tantas cosas pueden salir mal. Antes trabajaba en un hospital y vi muchas miserias.

—Sí, la vida está llena de cosas de esas.

—Fui a la tienda de surf de sus amigos el otro día y vi a su chico. Qué pena.

Ella me escrutó a través del humo.

—¿Por qué fue allí?

—Necesitaba un bañador. Cuando pasaba, me acordé de que usted me había hablado de aquel sitio. Es muy agradable, pero ¿cómo consiguieron una casa en la playa con ese negocio?

Ella se encogió de hombros y adoptó un aire agrio.

—Y además —dije—. Ese chico. No hay dinero en el mundo que pueda compensar por eso. ¿Qué es, parálisis cerebral?

—Un accidente de nacimiento —dijo ella, pero la cautela se había deslizado en su voz—. Creo que se torció el cuello al salir o algo así.

—¿Qué edad tiene?

—Dieciséis o así. Sí, es duro, pero todos tenemos nuestra cruz, así que, ¿por qué recrearse en ello?

Ella siguió fumando y pretendiendo no examinarme. Comí un poco más de pastel.

Después de dar unas caladas hasta acabar medio cigarrillo, lo dejé en el cenicero y miró cómo se consumía.

—Lo siento por ellos. Es un buen ejemplo de lo que acaba usted de decir... dinero y problemas.

Mirando hacia el equipo de rodaje de nuevo, dijo:

—¿Por qué se interesa tanto por Tom y Gwen, guapo?

Toda la cordialidad había desaparecido de su voz.

—No tengo un interés particular. Simplemente, pasaba por allí.

—¿Ah, sí?

—Claro. ¿Pasa algo?

Me miró.

—Dígame usted.

Comí más tarta y sonreí.

—Yo no tengo ningún problema.

—¿Es una especie de cobrador de facturas? ¿O un poli?

—Ninguna de las dos cosas.

—¿Entonces qué es usted?

—¿Qué pasa, Doris?

—Eso no es una respuesta.

—Soy un psicólogo, como ya le dije. ¿Tienen algún problema Gwen y Tom?

Ella se guardó los cigarrillos y el encendedor y se levantó. De pie ante mí,

con un muslo apretado al borde de la mesa, sonrió. Para un observador casual, podía parecer una camarera servicial.

—Usted vino aquí en plan amistoso, y ha ido llevando la conversación en torno a Tom y Gwen. Parece un tema muy extraño para que un tipo lo hable con una chica.

Me dio la espalda y volvió al bar. El restaurante todavía estaba vacío.

Comí unos trozos más de tarta y la vi abandonar el restaurante.

Dejé unos billetes sobre la mesa y salí tras ella.

Se dirigía a un deteriorado Camaro rojo aparcado cerca de las furgonetas del equipo de rodaje. Había unos cables tendidos a través del aparcamiento, y uno de ellos se le enredó en un tacón y se cayó. Uno de los del equipo la ayudó a levantarse, y otras personas del rodaje se reunieron en torno a ella. La modelo rubia dejó de posar.

Estaba a unos seis o siete metros de distancia cuando ella me vio. Me señaló y dijo algo que hizo que la gente me mirase como si yo fuera una mancha de barro en la porcelana.

Un nudo humano se cerró en torno a ella, protectoramente.

Yo me di la vuelta, caminando, no corriendo, pero cuando llegué junto al Seville estaba sin aliento.

Me metí en el coche. Nadie me había seguido pero todo el mundo me miraba. Siguieron mirándome mientras yo salía.

Encontré a Milo en el trabajo y le conté lo que acababa de ocurrir.

—No tuve ni una oportunidad de preguntarle por Karen. Hablamos de los Shea (de cómo habían conseguido su dinero) y eso la preocupó.

—¿Celosa?

—Había algún tipo de hostilidad. No sentía compasión por el hecho de que ellos tuviesen un hijo con parálisis cerebral. ¿Y si a ambos, a ella y a los Shea, se les pagó para que se callaran acerca de Karen, y los Shea usaron aquel dinero para forjar una fortuna personal y ella en cambio se lo gastó? Sé que es una suposición muy aventurada, pero ella dijo que hacía trabajos de *catering* para Gwen. Si la fiesta de Santuario fue una de ellas, pudo muy bien haber estado allí.

—Es mucho suponer, pero veré lo que puedo encontrar. Mientras tanto, aléjate de ella.

—Algo más: Lucy y yo tuvimos una sesión de hipnosis de nuevo, y esta vez no hubo resistencia. Yo la hice regresar a la edad de cuatro años, y ella pudo averiguar más detalles del sueño. Definitivamente, dos hombres más además de Lowell. Uno estaba de espaldas a ella todo el rato; el otro tenía lo que ella llamaba pelos en el labio, que supongo que será un bigote. Trafficant llevaba bigote y perilla, por entonces. ¿No sabes nada de él todavía?

—No he podido averiguar ni una maldita cosa excepto que dejó de declarar impuestos el año que desapareció. Por lo que yo sé, no ha aparecido en ninguna institución penal importante. No hay tampoco constancia de su muerte, pero un chico como ese podría muy bien saber cómo escabullirse.

—Traté de localizarle a través de su editor. Nadie parece recordarle en absoluto. No tuve la sensación de que trataran de ocultarme nada, solo de que él realmente había desaparecido del mapa.

—Sí. Bueno, igual podría estar en Argelia o Cuba o algún otro sitio, cobrando todavía sus cheques de derechos de autor. Mientras tanto, tengo algo más inmediato que tratar. Otro asesinato imitado, descubierto esta mañana. Hemos mantenido a la prensa a raya, pero lo verás en las noticias de las once. Una niña de catorce años llamada Nicolette Verdugo. Ayer volvía a casa de la escuela, no llegó. El equipo de Cal Trans la encontró al amanecer en una acequia de riego en Diamond Bar, cerca de la frontera de Orange County.

—Catorce —dije yo—. Dios mío.

Él tosió y se aclaró la garganta.

—Así que ahora hay refuerzos para el caso, probablemente se llamará al FBI, y ¿adivinas quién representa a Angel City? Cuando los abogados de Shwandt averigüen esto, te prometo que será la guerra. Pero todo esto huele fatal. Esto que te cuento es confidencial: tanto Shannon como Nicolette habían recibido defecaciones, pero ninguna de las dos tenía semen ni en su interior, ni fuera, ni a su alrededor. La eyaculación era un requisito importantísimo para Shwandt; a veces lo hizo más de una vez con la misma víctima. De hecho, la única vez que no eyaculó fue con Barbara Pryor, porque estaba demasiado borracho para conseguir una erección. Y ahora, ¿por qué alguien iba a ejecutar una copia de primera, con todo detalle, y dejarse ese?

—Alguien que no puede eyacular —aventuré yo—. ¿Una mujer? ¿Crees que las Bogettes estarán realmente detrás de todo esto?

—¿Quién demonios lo sabe? Es bastante duro imaginar a unas mujeres descuartizando a otras de esa manera, pero las brujas de Manson manejaban muy bien los pinchos y cuchillos. El problema es, ¿cómo acercarnos a ellas? No hay absolutamente ninguna base para una orden de detención; todo lo que podemos hacer es tratar de interrogarlas, y si ellas dicen «jódete», como hicieron hoy, nosotros tenemos que decir: «gracias, señoras» y volver a casa. Queda la vigilancia, y con la gran paranoia que sufren, probablemente se esconderán bien hondo bajo tierra. De todos modos, eso significa dieciocho horas al día para mí. Así que hazme un favor y vigila a Lucy. No puedo ser un buen ángel guardián.

—¿Debo hacer algo concreto?

—Mantenerla fuera de su propio apartamento hasta que pueda solucionar lo de la maldita nota. Dado este nuevo crimen, prefiero pecar de demasiado prevenido. Los excrementos, por cierto, eran de origen *Rattus rattus*... nuestro pequeño amiguito negro que se escabulle. Y hablando de ratas, todo lo que he podido averiguar del hermanito *Puck* es que hizo algunos tratos hace unos años con un grupo de drogas de Montebello. Compras y ventas durante poco tiempo; luego ellos le dieron treinta gramos para que vendiera a otros yonquis, y él lúe arrestado. Después de eso, ellos le cortaron el suministro, y ha estado yendo al este de Los Ángeles a buscar pequeñas cantidades.

—¿Quién pagó su defensa?

—Todavía no lo he averiguado. Si vuelve a la ciudad, tendré una pequeña charla con él. Mientras tanto, dale mis mejores recuerdos a Lucy.

—Una cosa más —exclamé—. Le enseñé la foto de Karen a Lucy, y ella está segura de que Karen es la chica del sueño. Es posible que ella esté fabulando... porque odia a su padre y tiene como misión averiguar la verdad, pero su reacción fue bastante fuerte: se puso blanca, empezó a temblar.

—¿Tu intuición te dice que ella es sincera?

—Mi intuición ha estado muy tranquila últimamente.

—La mía también, cuando se refiere a ella.

—Quizá podamos obtener la corroboración de la presencia de Karen en la fiesta de alguien que trabajara allí aquella noche.

—¿Alguien a quien no le hayan pagado? Sabes, Alex, cuanto más pienso en todo eso, la idea de los sobornos realmente no cuadra, por lógica. Todo lo que has obtenido de los Shea es que a Best no le gustan sus miradas y que tuvieron la suerte de hacer un poco de dinero hace unos veinte años. Todo lo que has sacado de Doris es que a ella no le gustan los Shea. No indica ninguna confabulación. Si ocurrió algo que ellos tres y Felix Barnard averiguaron, ¿cuál es la teoría? ¿Todo el grupo entero cobró de Lowell o Trafficant o quienquiera que tuviese algo que ocultar? Y si la muerte de Barnard estaba ligada al chantaje, ¿por qué iban a dejar vivir a los demás?

—Ellos no rompieron las normas; Barnard sí.

—Aun así, ¿dejar todos esos cabos sueltos durante tanto tiempo? ¿Gente viviendo en la misma carretera que tú, un poco más abajo, que sabe que tú estuviste envuelto en el asesinato de una chica?

—Quizás ellos no sepan los detalles sangrientos. Solo que Karen fue vista por última vez en la fiesta. Lowell pudo haberles dicho que ella había tenido un mal viaje con las drogas y se había ido temprano, algo así.

—¿Y entonces por qué pagarles?

—Para evitar la mala publicidad para Santuario. La presencia de Trafficant ya había creado controversia. Que Trafficant matase a Karen podía haber acabado completamente con Lowell.

—Entonces, ¿quién nos lo va a confirmar, algún otro camarero? ¿Qué es lo que tenemos aquí, un pelotón entero de gente que conocía a Karen y trabajó en aquella fiesta? ¿Con Best buscándola obsesivamente, con todos los folletos que repartió, asaltando a la gente en el centro comercial, quieres decirme que nadie respondió a la llamada?

—Quizá lo hubieran hecho si hubieran sabido que realmente había sufrido algún daño. ¿Y si a los otros camareros les dijeron que ella se había escapado con un chico y que no quería ser encontrada? ¿O que Best era un padre que abusaba de su hija, y que Karen le tenía un miedo mortal? Quizá pagaron a los Shea precisamente para que difundieran ese cuento. Eso los convertiría en colaboradores y ayudaría a asegurar su silencio.

—Un chisme.

—Convencer a los jóvenes de que era verdad no podía ser demasiado difícil. Recuerda aquellos tiempos: no confíes en nadie de más de treinta.

—Quizá —dudoso.

—Localizar a los otros camareros podría ayudar. Especialmente, a esas otras

mujeres del Dólar... Andreas y Billings.

—No hay nada sobre ellas todavía, y no puedo prometerte que tengamos tiempo para hacer una investigación exhaustiva en un futuro inmediato. Así que hazme un favor y no metas a Lucy en ninguna historia que no puedas controlar. Mantente a salvo tú también. Ya tengo bastantes cosas de las que preocuparme.

Una mañana cálida y tranquila, iluminada por un sol amarillo rojizo. Sesión de hipnosis número tres. La inducción fue fácil. Al cabo de unos minutos Lucy tenía cuatro años y se veía a sí misma errar a través del bosque.

Una vez más, las caras de Labio peludo y papá eran visibles, pero el tercer hombre le daba la espalda y no pude averiguar nada más de él.

Le pregunté un poco más sobre el bigote.

—¿El pelo del labio es rubio o moreno?

Ella pareció confusa.

—¿El pelo de Labio peludo es moreno, Lucy?

—No... no lo sé.

—¿Es rubio... amarillo?

Consternación.

—El labio peludo, ¿es solo un bigote... está el pelo solo en el labio superior? ¿O tiene una barba, pelo por toda la cara?

—Hum... —encogimiento de hombros—. El labio peludo.

—¿Solo el labio?

Otro encogimiento de hombros.

Cuando volvió en sí, revisé todo lo que me había contado.

—Esta vez no lo he hecho demasiado bien, ¿verdad?

—Lo has hecho muy bien. No se trata de ninguna actuación.

Ella se golpeó con los nudillos la frente.

—Sé que todo está aquí. ¿Por qué no puede salir?

—Quizá no haya nada más que recordar. Estás viendo las cosas de la misma manera que las viste entonces. A través de los ojos de una niña de cuatro años. Ciertos conceptos no podían estar a tu alcance.

—Estaba ansiosa con lo de hoy, pensaba que podríamos hacer un progreso real.

—Dale tiempo, quizá aparezcan más cosas.

La dejé sentada tranquilamente durante un rato.

—Realmente —dijo ella—, ahí había algo. Los árboles del sitio donde ellos la

enterraban. Yo notaba algo de ellos, pero como usted no me preguntaba no podía decirselo... no tenía las palabras —sus ojos se cerraron—. La imagen sigue volviendo a mí. De encaje.

—¿Árboles de encaje?

Lucy asintió.

—¿De qué tipo?

Frunció el ceño.

—No lo sé.

—Solo que eran como de encaje.

—Y bonitos. Es como... —sus ojos se abrieron—. Creo que lo que usted dijo era verdad. No sabía la palabra «encaje» cuando tenía cuatro años, así que no podía ponerlo en palabras. Pero ahora que soy adulta otra vez, vuelve a mí. Bonitos árboles de encaje. ¿Tiene sentido eso?

—Sí.

Ella sacudió la cabeza.

—Árboles de encaje. Es todo lo que puedo decir. ¿Tiene tiempo para verme mañana?

—¿Mañana por la mañana?

—A cualquier hora. No tengo nada que hacer sino leer viejas revistas y ver la televisión. Estar sola en aquella casa tan grande es más soledad de la que yo estaba acostumbrada.

—¿Ken no está contigo?

—Casi nunca. Queremos pasar más tiempo juntos el fin de semana, quizá ir en coche a alguna parte.

Apretaba las manos, los dedos frotándose unos con otros.

—El tercer hombre. Está de espaldas a mí todo el tiempo. Es frustrante. Y todo lo que puedo ver realmente del otro es el bigote.

Fui y le llevé el libro de Terry Trafficant, lo abrí por la contraportada y le enseñé la foto del autor.

—No, decididamente, no. Lo siento. Este bigote es débil. El de Labio peludo era grande, oscuro y espeso.

Ella dejó el libro.

Yo le pregunté:

—¿Puedes describirlo para que alguien lo dibuje?

Sus ojos se cerraron de nuevo. Su mirada parecía dolorosa.

—Puedo verle pero no puedo describir sus facciones... es como si yo estuviera... impedida. Como si parte de mi cerebro estuviera trabajando, pero no pudiera trasladar lo que veo en palabras.

Abrió los ojos de nuevo.

—Creo que le reconocería si le viera, pero no puedo decirle nada más de él aparte del bigote. Lo siento... realmente no es como verle. Son como imágenes

que se abren camino en mi mente. Suena a poco, ¿verdad? Quizás esté totalmente equivocada en todo esto.

—Llegaremos hasta donde nos conduzca, Lucy.

—Pero yo quiero averiguarlo... por Karen.

—Es posible que Karen no tenga nada que ver con el sueño.

—Sí lo tiene —dijo ella rápidamente—. Lo sé. Sé que suena como si estuviera dejando que mi imaginación se descontrolara. Pero no es así. Yo no deseo esto por mí misma. ¿Por qué tendría que desear y soñar con él?

No contesté.

—Está bien —asintió—. Lo tomaremos como venga. ¿Es hoy cuando va a ir a verle?

—Hoy a la una.

Ella se rascó la rodilla.

—¿Has estado pensando en eso? —le pregunté.

—Un poco.

—¿Has cambiado de opinión acerca de que vaya a verle?

—No... creo que estoy un poco nerviosa... aunque, ¿por qué debería estarlo?

Es usted quien va a verle, no yo.

Salí de casa a las doce y media, torcí hacia la autopista de la costa y los edificios rojos como hangares del Malibú Feed Bin, y me dirigí hacia la carretera de Topanga Canyon, cortando a través de los acantilados.

La sequía había desnudado las montañas hasta el chaparral, pero las lluvias locas del último mes habían traído algunas yemas tiernas y el granito estaba moteado de maleza y flores silvestres. Había unos eucaliptos plantados al azar en el lado oeste de la calle. Hacia el este, una garganta se hacía más profunda y se oscurecía a medida que yo ganaba altura.

Había poca cosa que alterara el paisaje durante los primeros kilómetros, aparte de alguna cabaña ocasional o un coche abandonado. Luego un puñado de pequeños negocios apareció entre unos secos, amarillos claros del bosque: un depósito de madera, unos grandes almacenes y una oficina de correos, un anuncio en una valla con postes de vidrios irrompibles con descuento.

En la cima de la carretera había una bifurcación que separaba la antigua carretera de Topanga de la nueva autopista que conducía al Valle. Ambas rutas estaban vacías.

Los originales pobladores de Topanga habían sido colonos de California y buscadores de oro de Nueva Inglaterra, que no pedían nada más que belleza, riqueza e intimidad. Sus descendientes todavía eran propietarios de la tierra del cañón, y el individualismo continuaba siendo el modo de vida de Topanga.

Durante los años sesenta y setenta (la época de la fiesta de Santuario), los

hippies lo habían invadido en vertiginosas multitudes, viviendo en cavernas, deambulando en busca de comida y provocando la indignación de los nativos que no se habían enterado de que estaban allí. Gary Hinman tenía una casa en Topanga por entonces, como muchos otros músicos, y estaba grabando *rock and roll* en el estudio de su casa cuando la familia Manson lo mató.

Ahora ya no había *hippies*. La mayoría se habían ido de allí, algunos habían muerto de sobredosis de libertad, unos pocos se habían transformado en burgueses de Topanga. Pero el cañón no se había convertido en Levittown. Artistas, escritores y otra gente que no seguía horarios regulares continuaban asentados allí, y yo conocía a algunos profesores y psicoterapeutas dispuestos a arrostrar más de una hora de coche para volver aquí cada noche. Uno de ellos, un hombre que estudiaba la bioquímica de la ira, me dijo una vez que había encontrado un puma en su patio trasero una noche, despedazando a un mapache y chupando sus huesos.

—Me asusté de muerte, Alex, pero también me dio un alto nivel espiritual.

Giré hacia la izquierda por la vieja carretera. Los siguientes dos o tres kilómetros estaban oscuros, más verdes y más fríos, sombreados por sicomoros, arces, sauces y alisos que se arqueaban por encima del asfalto.

Bonitos árboles de encaje.

Las casas aparecían cada treinta o cuarenta metros, la mayoría de ellas modestas, de un solo piso y levantadas en claros umbrosos, tapizados de enredaderas. Las del lado izquierdo de la carretera estaban encima de un arroyo seco, accesibles por un puente o a través de antiguos vagones de ferrocarril convertidos en túneles.

El mío era el único coche de la carretera, y aunque podía oler el estiércol de caballo, no había caballos a la vista. Saqué y leí las indicaciones que me había dado la mujer.

Busque una carretera privada a unos cinco kilómetros del puente, y un letrero de madera hacia el este.

Conduje lentamente durante un par de kilómetros. Había algunos senderos de tierra cortando la ladera hacia el este, todos sin marcas, y yo hice un par de salidas falsas antes de ver un letrero de madera casi tapado por un enorme macizo de madreSelva escarlata.

S N C M

La carretera, si es que se podía llamar así, era un sendero abruptamente inclinado de tierra con saúcos a ambos lados y helechos y arces de azúcar. Recorrí unos trescientos metros de espectaculares curvas solitarias. Los árboles allí tenían unos troncos muy gruesos y eran enormes, el follaje entre ellos era

impenetrable. El crecimiento era tan espeso que las ramas arañaban el techo del coche, y en algunos lugares la vegetación brotaba en el centro del camino y rozaba la parte inferior del Seville.

Pronto escuché el ruido agudo de una corriente. Aguas subterráneas. Eso explicaba aquella frondosidad durante la sequía. Buscar allí unos árboles sería como buscar peatones en Times Square.

Un par de vueltas más, y vi una cancela de dos puertas delante de mí. Una gruesa tela metálica enmarcada por tablas de secoya curtidas por la intemperie.

Cerradas, pero sin llave.

Salí del coche, quité el pestillo y dejé abiertas las dos puertas. Eran pesadas y estaban oxidadas y dejaron arenilla marrón en mis manos.

Otros cien metros. Otra cancela, gemela de la anterior. Más allá de esta había un edificio grande, de baja altura, tipo pabellón de caza, flanqueado por unos enormes pinos piñoneros y detrás un bosque de más pinos, abetos y secoyas. El tejado era de madera verde asfaltado, las paredes, de troncos.

Aparqué en la tierra, entre un *jeep* negro Cherokee y un antiguo Mercedes blanco descapotable. Una hilera de postes de amarre de acero estaba frente a la cabaña. Detrás de ellos, unos amplios escalones de madera conducían a un porche que rodeaba todo el edificio, sombreado por los aleros y equipado con unas cuantas sillas curvadas de sauce. Los cojines de las sillas eran de enmohecida tela estampada con flores azules. Las ventanas del edificio estaban grises de polvo.

Un silencio plano, espeso; después una ardilla correteó por el porche, se detuvo y se bamboleó sobre un canal para la lluvia.

Subí las escaleras y llamé a la puerta principal. No ocurrió nada durante un rato, después se abrió y una mujer me miró.

Treinta y cinco años más o menos, un metro setenta y pico, con un pelo negro y liso, largo hasta el hombro, peinado con raya en medio y con reflejos cobrizos. Su cara era un óvalo bronceado, la piel tan lisa como papel de cartas nuevo, la línea de la mandíbula bien dibujada. Llevaba unos pantalones elásticos negros, muy ajustados, y una camisa verde sin mangas, ancha. Sus brazos estaban bronceados y, llevaba los pies desnudos y tenía los ojos de un marrón anaranjado.

Tenía el tipo de cara que saldría muy bien en las fotos: perfectamente simétrica, facciones ligeramente grandes. Tenía perforadas ambas orejas con dos agujeros cada una.

—¿Doctor Delaware?—dijo con voz aburrida—. Soy Nova.

Me hizo una seña para que entrara en una gigantesca habitación amueblada con hundidos sofás de *tweed* y mesas y sillas baratas. A la derecha había una rústica y estrecha escalera. El suelo de madera mugrienta estaba cubierto sin orden ni concierto con alfombras descoloridas. El techo estaba forrado con más

tablas y troncos sin pulir, y en cada pared de estuco beige había dos grandes ventanas. Muchos muebles, pero aún quedaba suficiente espacio como para poder bailar. A lo largo de la pared posterior, detrás de las escaleras, lo que había sido una vez un mostrador de recepción se había convertido en un bar repleto de botellas. A cada lado del bar había una puerta.

Las paredes estaban cubiertas con hileras de cabezas disecadas de animales: ciervos, alces, zorros, un oso, un puma gruñendo, truchas barnizadas con sus características vitales grabadas en unas placas. Todos los especímenes tenían un aspecto apolillado y gastado, casi ridículo. Uno era particularmente grotesco... una cosa gris, deforme y porcina con las facciones de Quasimodo y amarillos colmillos que se curvaban sobre un despectivo labio superior.

—El Lindo Jabalí —dijo Nova, deteniéndose junto a un sofá cubierto con un sarape.

—Un chico guapo.

—Encantador.

—¿Se dedica a la caza el señor Lowell?

Ella lanzó una risa entrecortada.

—No con armas. Esto estaba ya en la casa y lo conservó. Planeaba añadir los suyos propios... algunos críticos y comentaristas.

—Nunca consiguió cazar ninguno, ¿eh?

Su cara se endureció.

—Espere aquí. Voy a decirle que ha llegado. Si quiere, prepárese algo para beber.

Se dirigió hacia la puerta que había a mano izquierda. Yo fui al bar. Había botellas vacías alineadas en el suelo. Marcas de primera calidad, sobre lodo. En el mostrador había ocho o nueve vasos baratos que no habían sido lavados recientemente. Una vieja nevera estaba llena de bebidas para combinados. Lavé un vaso y me puse un poco de tónica, luego volví al centro de la gran habitación. Cuando me senté en una mecedora tapizada con punto de cruz, se levantó una nube de polvo. Enfrente de mí había una mesa de café vacía. Esperé y bebí durante diez minutos; luego se abrió la puerta.

Su cara apareció unos cincuenta centímetros por debajo de lo que yo esperaba. Estaba sentado en una silla de ruedas empujada por Nova.

La famosa cara era larga y de facciones delgadas, con una nariz bulbosa y unos profundos ojos oscuros debajo de unas cejas como una repisa, ahora blancas. Su cabello era de un gris blanquecino, lo llevaba largo, pasados los hombros y sujeto con una banda de abalorios: la imagen de Jefe Venerable. Su piel, con manchas de hígado y arrugada, era tan áspera como las vigas del techo.

Mis ojos se posaron en su cuerpo. Demacrado y de miembros muy largos y flacos, reducido a casi nada por debajo de la línea de la cintura.

Llevaba una camisa blanca de manga larga y pantalones oscuros. Todo holgado y flojo, y aunque la tela del pantalón era de lana gruesa, podía ver sus rodillas brillando a través de ella. Sus pies estaban embutidos en unas pantuflas de tela. Las manos eran grandes y codiciosas, colgando de las delgadas muñecas como girasoles mustios.

Mientras Nova le empujaba hacia delante, él la miró. La silla era un antiguo modelo manual, chirriaba y arrugaba la alfombra. Ella lo puso enfrente de mí.

—¿Necesita algo?

Él no contestó y ella se fue.

Siguió mirando colérico.

Le dirigí una mirada adecuadamente vacía.

—Es usted un pedazo de carne muy atractivo, ¿verdad? Si yo fuera un marica, me lo tiraría.

—Eso da por sentadas muchas cosas.

Él echó atrás la cabeza y rio. Sus mejillas eran flácidas y se sacudieron. Conservaba la mayoría de los dientes, pero estaban manchados y descoloridos.

—Usted me dejaría. Sin dudar. Usted es un jode estrellas, por eso está aquí.

No dije nada. A pesar de su cuerpo inválido y la enormidad de la habitación, empecé a sentirme atrapado.

—¿Qué tiene en el vaso?—dijo.

—Agua tónica.

Me dirigí una mirada disgustada y dijo:

—Déjelo y escúcheme. Tengo dolores, y no tengo tiempo para ninguna

mierda de lumpen-y uppie.

Puse el vaso en la mesa.

—Está bien, Pequeño Chico Holandés, dígame quién demonios es usted y qué le califica para tratar a mi hija.

Le di un breve resumen oral.

—Muy impresionante, eso le califica para una hipoteca a tasa variable de su cociente intelectual. Si es usted tan listo, ¿por qué no se convierte en un doctor verdadero? ¿Por qué no abre el cerebro y entra en la raíz del asunto?

—¿Por qué no lo hizo usted?

Lowell se inclinó hacia delante, respingó y maldijo violentamente. Agarrando los brazos de la silla, consiguió inclinarse ligeramente hacia la izquierda.

—William Carlos Williams era médico y trató de ser poeta. Somerset Maugham era médico y trató de ser escritor. Los dos son amargos, jodidos pretenciosos. Las mezclas extrañas funcionan solo en modas femeninas; unas cosas suben, otras bajan.

Yo asentí.

Sus ojos se agrandaron e hizo una mueca.

—Adelante, compadézcame, gilipollas. Puedo masticar cualquier cosa que usted me ponga delante, digerirla para mi propio beneficio y cagársela a usted como estiércol de alta densidad.

Se humedeció los labios y trató de escupir. No salió nada de su boca. Luego dijo:

—Estoy interesado en determinados aspectos de la medicina. En las cábalas, no en los cálculos renales... Un idiota que conocí en la universidad se hizo cirujano. Me lo encontré años después, en una fiesta repleta de jode-estrellas, y el pincha cerebros parecía más feliz que nunca. Su trabajo; para él, no había ninguna otra razón para estar satisfecho. Estuvo hablando de aquello, y cuanto más sangriento era, más entraba él en éxtasis... si las palabras fueran semen, yo habría quedado empapado. ¿Y sabe qué era lo que llevaba más alegría a su cara neurótica? Describir los detalles despreciables de la cirugía exploratoria mientras se comía un pinchito de Frankfurt. Serrar los huesos, atar las venas, sumergirse en el calor y la gelatina de una apéstopa cavidad cancerosa del cuerpo humano.

Levantó las manos a la altura del pecho y volvió las palmas hacia arriba.

—Decía que lo más divertido es sujetar órganos vivos en las manos, sentir su pulso, oler su vaho. Era un bostezante idiota, pero tenía el poder de mover la muñeca y arrancar bazos e hígados e intestinos llenos de mierda del cuerpo de los demás.

Dejó caer sus manos. Respiraba fatigosamente, lo que quedaba de su pecho se movía arriba y abajo.

—Eso es lo que me interesa de la medicina. Dejar caer una bomba atómica sobre ciertos individuos me interesa también, pero nunca perdería el tiempo

estudiando física. Man Ray dijo una vez que el arte perfecto sería matar al observador después de la primera mirada. Condenadamente cerca de la verdad universal. No estaba mal para un fotógrafo, y un judío. Delaware... eso no es un nombre judío, ¿verdad?

—No. Y tampoco es italiano ni negro ni hispano.

Su boca hizo un tic y se rio otra vez, pero ahora como obligado.

—Mira lo que tenemos aquí, un listo... al menos a medias. Un jodido yuppie medio listo... Son ustedes el futuro, ¿verdad? Trajes en serie del Gentleman's Farterly con pretensiones de ser exclusivos. Afán por el éxito profesional políticamente correcto, disfrazado como deber moral... ¿conduce usted un Beemer? ¿O un Baby Benz? De cualquier manera, Hitler hubiera estado orgulloso, aunque creo que usted nunca estudió historia. ¿Sabe quién fue Hitler? ¿Es consciente de que él nunca condujo un Buick? ¿De que Eichmann trabajó para la Mercedes-Benz cuando se escondía en Argentina? ¿Sabe quién demonios fue Eichmann?

Recordando el descapotable blanco de la entrada, dije:

—Llevo coches americanos.

—Qué patriótico. ¿Se lo dejó su papáito?

No contesté, pensando súbitamente en mi padre, que nunca se pudo permitir un coche nuevo...

—¿Papáito murió, verdad? ¿Era un presunto doctor, también?

—Era mecánico.

—Herramientas o muerte... él usó las herramientas, luego murió. Tut-tut. Así que usted es un héroe del mono azul. Un arribista de rodillas temblorosas a través del sistema escolar público. El primero en la familia en ir a la universidad y todo eso, una beca del club Kiwanis, sin duda. Mamá tan orgullosa en su prisión de formica... ¿murió también ella?

Yo me levanté y me dirigí hacia la puerta.

—¡Oh! —bramó él detrás de mí—. ¡Oh, le hemos ofendido; cinco minutos y ya está corriendo para vomitar en los arbustos, la entereza de una mosca!

Me volví a medias y le sonreí.

—En absoluto, solo es aburrido. En su estado, debería usted comprender que la vida es demasiado corta para charlas insustanciales.

Su cara se encendió de ira. Esperó a que yo abriera la puerta y saliera al porche.

—¡Jódase usted y que se joda la criada de su madre en su mostrador de formica! Salga usted ahora, y se comerá mi mierda en un suflé antes de que yo le dé mis informaciones.

—¿Realmente tiene alguna? —pregunté, de espaldas a él.

—Sé por qué se intentó matar la chica.

Yo oí unos chirridos, me volví y le vi impulsar la silla hacia delante muy

lentamente. Se detuvo e hizo girar la silla, consiguiendo finalmente darme la espalda. Su cabello caía en mechones sucios. O bien Nova no era demasiado cuidadosa, o bien él no le permitía que se lo arreglara.

—Prepáreme una bebida, jovencito, y quizá comparta mi sabiduría con usted. Nada de esas bazofias de una sola malta que ustedes los yuppies gilipollas suelen tomar... deme mezcla. Todo en la vida está mezclado; nada permanece íntegro.

Girando otra vez, se encaró conmigo. Yo pensé que parecía aliviado de que todavía estuviera allí.

—¿Qué es amarillo y rojo, amarillo y rojo, amarillo y rojo?—preguntó.

—¿Qué?

—Un japonés en una batidora, ja, ja... y no me ponga esa mirada de ofendido, tipo estirado. Yo luché en la única guerra que contaba y comprobé lo que esos simios pichafloja eran capaces de hacer. ¿Sabía que solían «pelar» las caras de los prisioneros aliados? ¿Marinar los corazones y riñones humanos en salsa de teriyaki y hacerlos a la barbacoa? Ahí tiene su bar sushi. Traman asó a los monos con dientes de cabra, la única cosa buena que ese proxeneta andrajoso exoftálmico hizo en su vida. ¡No se quede ahí de pie, mirando boquiabierto como un marinero virgen a un conejito húmedo, y póngame una bebida antes de que me canse de usted más allá de todo perdón posible!

Fui hacia el bar y encontré una botella de Chivas, casi vacía. Mientras le servía, él dijo:

—¿Sabe leer?

No tenía intenciones de contestar. Pero él no esperó la respuesta.

—¿Ha leído alguna vez algo de lo que yo he escrito?

Nombré unos cuantos títulos.

—¿Ha tenido que hacer algún trabajo sobre ellos?

—Unos pocos.

—¿Qué nota obtuvo usted?

—Aprobé.

—Entonces jódase, no entendió ni una sola palabra.

Le llevé su bebida. Él la apuró de un trago y me tendió el vaso. Yo lo volví a llenar. Se entretuvo más con la segunda copa, mirando al whisky, bebiendo pequeños sorbos, levantando una pierna y soltando una ventosidad con satisfacción. Yo pensaba en todo lo que había escrito sobre el heroísmo y finalmente entendí la palabra « ficción» .

Él arrojó a un lado el vaso. El impulso fue débil, y el vaso aterrizó cerca de la rueda de su silla y rodó por la alfombra.

Dijo:

—La chica trató de acabar con todo porque está vacía. No tiene pasión, ni dolor, ni razón para seguir viviendo. Así que todo lo que haga con ella será inútil.

También podría estar psicoanalizando a un renacuajo para prevenir su destino de rana. Yo, por otra parte, tengo un exceso de pasión. Se derramaba, y eso acabó por suceder —hizo unos sonidos de sorber—. La única cosa que puede salvarla es que me conozca.

—Conocerle a usted será su terapia —repliqué tratando de no reír.

—No será ninguna terapia, simplón limitado. La terapia es para acéfalos morales e incapacitados desalmados. Estoy hablando de salvación. —Inclinándose hacia delante—. Dígaselo.

—Se lo haré saber —dije.

Él rio y alzó el tono de su voz.

—¿Ella me odia?

—No puedo hablar de sus sentimientos.

—Bla, bla, bla. Usted decía que había leído *Caballos oscuros*. ¿De qué trataba?

—El hipódromo como un pequeño mundo. Los personajes...

—Trataba de que todos nosotros comemos mierda de caballo. Algunos la enmascaran con salsa bearnesa, otros se la comen a bocaditos, otros se tapan la nariz, otros meten sus fauces en ella y la devoran, pero «nadie» se escapa. La mejor novela del milenio. «Fluía» de mí; tenía una erección cada día que me sentaba ante la máquina de escribir.

Miró al vaso en el suelo.

—Más.

Yo le obedecí.

—Los capones del Pulitzer pensaron que me daban algo. Se acabó el whisky. Ella me odia. No doy una mierda por sus sentimientos. El odio es un gran motivador. Siempre he odiado escribir.

Miré por encima de su hombro a las cabezas de animales, el malicioso jabalí.

Me preguntó:

—¿Su atención se dispersa, «Chuleta de ternera»? Estaban en la casa. Pensé añadir a la colección algunos críticos con gafas... ¿Sabe por qué no lo hice?

Sacudí la cabeza.

—Ningún taxidermista hubiera querido encargarse del trabajo. Demasiado difíciles de limpiar.

Rio y me pidió otra bebida. El Chivas se había acabado, y le puse whisky barato. Con lo poco que pesaba su cuerpo, tenía que estar borracho, pero no mostraba los efectos del alcohol.

—¿Ha mirado alguna vez en el retrete después de cagar? —dijo—. ¿Los restos de excrementos que quedan adheridos a la porcelana? La próxima vez, recoja unos pocos y póngalos en un plato de agar-agar. Aliméntese de mierda y de cualquier porquería que pueda encontrar, y en poco tiempo habrá cultivado en sí mismo un crítico.

Más risas, pero forzadas.

—Un criminal (el más vil de las orugas, un violador de niños y madres) merece un juicio de sus iguales. ¿Sabe qué tipo de justicia merecen los artistas? Ser juzgados por un cretino. Soplapollas, descerebrados, despreciables roñosos que hubieran dado sus glándulas por tener talento, pero que no lo tienen, así que exteriorizan su frustración con los bienaventurados. Los que pueden, hacen. Los que no pueden, enseñan. Aquellos a los que les falta movilidad para lamer el culo de los profesores, escriben revistas.

Finalmente, había conseguido producir saliva. Un hilo de baba se escurrió por un lado de su boca.

Me miró. Me preparé para otro arranque de ira.

Pero él se quedó quieto y sus párpados empezaron a cerrarse.

Luego se quedó dormido.

Le oí roncar. Nova entró, como si hubiera sido atraída por el ruido. Se había puesto una tenue blusa blanca sin cuello que apenas alcanzaba su cintura y unos pantalones negros cortos que dejaban al descubierto sus bonitas piernas. Sus pechos eran grandes y suaves y sueltos, los pezones oscuros muy evidentes a través de la fina tela.

Ella dijo:

—No tiene sentido que se quede, estará así durante un buen rato.

—¿Lo hace muy a menudo? ¿Se queda dormido así?

—Continuamente. Está siempre cansado. Es el dolor.

—¿Toma analgésicos?

—¿Usted qué cree?

—¿Qué le pasa?

—Todo. Tiene muy mal el corazón y el hígado, ha tenido varios ataques y los riñones muy débiles. Básicamente, se está muriendo.

Su tono era desapasionado.

—¿Es usted enfermera?

Sonrió.

—No, su ayudante. Él no aceptaría a ninguna enfermera, prefiere beber y hacer las cosas a su manera. Será mejor que se vaya.

Fui hacia la puerta.

—¿Traerá a su hija? —me preguntó.

—Eso depende de ella.

—Debería venir a verle.

—¿Por qué?

—Porque todas las hijas deberían relacionarse con sus padres.

—Una caricatura —dijo Lucy, tratando de sonreír. Pero había miedo en sus ojos.

Fuera, el sol incidía detrás de un banco de nubes y el océano era un coágulo gris intranquilo. Marea muy baja. Oía los rompientes morir allá lejos, golpeando la arena como bajos, monstruosos aplausos.

Eran las ocho de la mañana: acababa de contarle a ella mi visita. El crimen de Nicolette Verdugo había aparecido ya en las noticias. Jobe Shwandt estaba concediendo entrevistas en el corredor de la muerte, dando lecciones de astrología, utopías y la forma apropiada de cortar un costado de buey. Una de las Bogettes había dicho al *Times* que había llegado la hora de que las víctimas se rebelasen y matasen a los opresores. Lucy vino con el periódico de la mañana, pero no había querido hablar de todo aquello.

—¿Así qué piensa usted?

—No lo sé. A su manera extraña, quizá está tendiendo una mano. O solo intentando mantener el control.

Ella sacudió la cabeza y sonrió. Luego su boca se puso seria.

—¿Vio árboles como encaje?

—Hay árboles por todas partes. La casa está en medio del bosque.

—Una casa de troncos.

—Sí —afirmé—. Como una cabaña de troncos gigante. Ken me dijo que era allí donde dormíais *Puck* y tú. Os cuidaba una niñera. ¿No recuerdas nada de eso?

—Ya lo sé —asintió ella—. Él me lo ha contado también. Una mujer de pelo corto, él la recuerda gruñona. Pero eso no me sugiere nada.

—¿Te has acordado de alguna cosa más de aquel verano?

Ella sacudió la cabeza.

—Aparentemente, no tuvimos nada que ver el uno con el otro. Es frustrante. ¿Porqué debería bloquear algo como lo de la niñera?

—Quizá no estuviera mucho tiempo con vosotros. No todos los recuerdos permanecen.

—Supongo que no. —Los tendones de su cuello estaban tirantes—. Quizá debería refrescar mis recuerdos directamente... subir allí. Por lo que usted me ha dicho, debería ser capaz de manejarle.

—No precipitemos las cosas —dije yo.

—Tengo que saber la verdad.

—Él está viejo y enfermo, pero se encuentra lejos de ser inofensivo, Lucy. Recuerda lo manipulador que fue con *Puck*.

—Lo comprendo. Iré sabiendo que voy a encontrar un monstruo total. Y no importa lo que intente, no le servirá. Porque yo no soy *Puck*. Él no tiene nada que yo necesite. Solo quiero ir a ver aquellos árboles.

Las olas rompieron estruendosamente y ella se sobresaltó.

Le dije:

—Dale gusto a un terapeuta excesivamente cauteloso, Lucy. Tomémonos nuestro tiempo.

Miraba hacia el agua.

—¿Suele oírse tanto?

—De vez en cuando. ¿Hay algo más de lo que quieras hablar?

—Quiero hablar de organizar un plan de batalla conjunto. Ir allí y saber lo que ocurrió.

—Ir allí no significa que puedas averiguar nada.

—Pero si no voy, eso significa que definitivamente no lo haré. Él es un viejo inválido. ¿Qué me puede hacer?

—Sabe cómo usar las palabras.

—Es todo lo que suelen tener los escritores.

—La cuestión es que quizás esté intentando verte porque se está muriendo.

Sus ojos vacilaron pero no se movió.

—Lo he visto montones de veces, Lucy. Los más abusivos y negligentes de los padres buscan algún tipo de relación antes de morir. Tienes que analizar tus propios sentimientos al respecto con mucho cuidado. ¿Y si vas allí esperando brutalidad y él se pone tierno?

—Puedo soportarlo. No puede recolectar cosechas que no le pertenecen.

Ella jugueteó con su pelo y miró al océano.

—Pensaba en algo. Es horrible pensarlo, pero también divertido. Si realmente se pone odioso, podré manejarlo quedándome dormida. Simplemente dormirme. Eso le lanzará un buen mensaje.

Más hipnosis.

La hice retroceder a dos días antes de la fiesta de Santuario, el jueves por la mañana. A pesar de mi intento de protegerla con la técnica de la pantalla de televisión, ella empezó a hablar con una voz infantil y a murmurar acerca de árboles y caballos y «emmano». Preguntas acerca de una niñera o canguro o cualquier otra persona provocaba miradas perplejas y el índice izquierdo levantado.

Más preguntas revelaron que «emmano» era *Puck*, a quien ella llamaba Petey.

Petey jugaba con ella.

Petey lanzaba una pelota.

Los dos arrancaban hojas y buscaban mariquitas.

Petey sonreía. Ella sonreía, mientras lo contaba.

Luego su propia sonrisa se esfumó, y yo sentí que el presente estaba empezando a molestar.

—¿Qué pasa, Lucy?

Fruncimiento de cejas.

La llevé hacia delante, más allá del sueño, al domingo. No recordaba nada.

De vuelta al sábado por la noche.

Esta vez ella describió con calma su paseo por el bosque. Incluso la mirada «asustada» en la cara de la chica raptada no la turbó.

Yo centré el foco en los tres hombres.

Hablar acerca de su padre hizo que sus ojos se movieran frenéticamente bajo sus párpados. Ella pensaba que él parecía furioso. Describió su ropa: «larga... eh... blanca... como un vestido».

El caftán que había descrito la columna de sociedad; ella pudo haberlo leído.

Le pregunté si había alguna otra cosa de la que quisiera hablar, esperando ver si ella aludía a Labio peludo sin provocarla.

Índice izquierdo.

Repetí mi pregunta sobre el bigote o la barba, usando frases simples que una niña de cuatro años pudiera entender.

—¿Es un bigote grande o pequeño?

Pausa.

—Grande.

—¿Muy grande?

Índice derecho.

—¿Cuelga hacia abajo, o está tieso?

—Abajo.

—¿Cuelga hacia abajo?

—Dig...

Hizo una mueca; pensé que había cambiado de escena.

—¿Están cavando ahora?^[2]

Índice izquierdo. Angustiado movimiento de cabeza.

—¿Qué pasa, Lucy?

—Dig... Diggity Dog.

Por un segundo, quedé desorientado. Luego recordé a un personaje de dibujos animados de los años setenta. Un perezoso perro bassett-hound que hablaba muy despacio, un *sheriff* con un sombrero enorme que tenía un caído bigote de morsa.

—¿El bigote cuelga como el de Diggity Dog?

Índice derecho.

—¿De qué color es?

—Negro.

—Un bigote negro que cuelga como el de Diggity Dog.

Índice derecho, rígido, apuntando hacia arriba. Tieso.

—¿Algo más del hombre del bigote, Lucy?

—Negro.

—Un bigote negro.

Ella hizo una mueca.

—Bien —dije—. Lo estás haciendo muy bien. Ahora, ¿hay algo que quieras decirme del otro hombre, el que está de espaldas a ti?

Contemplación. Ojos moviéndose debajo de los párpados.

—Él... él dice... dice... dice... adentro, ahí. Adentro ahí, adentro ahí, maldita sea, Buck Date prisa. Échala, échala. ¡Dateprisamalditasea échala ahí dentro!

Cuando Lucy se fue, yo me quedé pensando en su súbito cambio de ánimo. El coraje compitiendo con la autodefensa.

Quizás el coraje fuese su autodefensa.

No importa, yo no podía permitirle a ella que se enfrentara a él. Yo la mantendría alejada, trataría de hacer que descubriera lo que pudiera por sí misma.

Pensé en lo que ella había visto aquel día.

Labio peludo. Quizá fuese otra persona y no Trafficant.

El tercer hombre, siempre de espaldas a ella.

Ahí dentro, maldita sea, Buck.

¿Era Trafficant? ¿Ladrande a su patrón? Por lo que yo había visto de Lowell, no podía imaginar que él tolerase eso. Pero quizá su relación con Trafficant había sido mucho más compleja que la de mentor y protegido.

Mientras pensaba en todo eso, llamó Ken Lowell.

—Estoy un poco preocupado por Lucy, doctor. Ella me ha contado lo del sueño que ha estado teniendo. Ahora entiendo lo que la hace despertarse por la noche.

—¿No ha dormido bien últimamente?

—Ella cree que sí, porque cuando me pregunta yo le digo que así es. Pero se levanta dos o tres veces cada noche y camina por ahí. Normalmente, sale al rellano, se queda mirando la pared durante un par de segundos y luego se vuelve a su habitación. Pero la última noche me asusté un poco. La encontré en la parte de arriba de las escaleras, a punto de bajar. Traté de despertarla, pero no pude. Ella me dejó conducirla de vuelta a la cama, pero era como si estuviera llevando a un maniquí. No le he dicho nada porque no quería preocuparla. Aparte de eso, me gustaría saber si usted cree que hay algo de verdad en el sueño. Quiero decir, él no era gran cosa como padre, pero ¿asesino?

—¿Qué recuerda usted de esa noche?

Nada, en realidad. Había una fiesta; era ruidosa y salvaje. Jo y yo estábamos metidos en nuestra cabaña, no se nos permitió salir. Recuerdo haber mirado a través de las cortinas y ver gente riendo y gritando y bailando por ahí. Algunos llevaban la cara pintada. Había unos cuantos grupos de rock tocando.

—Parece como una orgía.

—Sí, creo que eso fue.

—¿Así que nunca vio algo parecido al sueño de Lucy?

—¿Tres hombres llevando a una chica? No. Solo parejas que se escabullían. Recuerdo que Jo me decía: ¿A qué no sabes lo que están haciendo? Ella tenía once años, ya conocía bien los hechos de la vida.

—¿Puede recordar algo acerca de la niñera de Peter y Lucy?

—Estaba intentando hacerlo. Realmente, quizá no fuese una niñera. Porque creo que llevaba una especie de uniforme igual al que llevaban los camareros y las camareras... todo blanco. Así que quizá fuera simplemente una camarera. Para serle sincero, no confío en mi memoria para nada de esto. Pero sí realmente ocurrió algo... ¿Qué puedo hacer yo para ayudar a Lucy con lo del sonambulismo?

—Mantenga su dormitorio lo más seguro posible... sin objetos punzantes, cierre bien las ventanas. Si ella no se o pone, ciérrele la puerta antes de irse a dormir.

—Está bien —dijo él, dudando.

—¿Hay algún problema?

—No, en realidad. Es la idea de tenerla encerrada con llave. Padezco un poco de claustrofobia. Probablemente a causa de lo que nos hicieron ese verano: meternos en una cabaña y cerrar la puerta desde el exterior. Fue como estar en una jaula. Lo odiábamos.

Robin llegó a casa a las seis, me besó y se metió en la ducha. Yo me senté en el suelo tirándole una pelota a *Spike*, y le acompañé en sus fantasías de ser un perro de caza, hasta que el teléfono me hizo levantar.

Sherrell Best dijo:

—Siento molestarle de nuevo, doctor Delaware, pero ¿hay alguna novedad?

—Nada concreto todavía, reverendo, lo siento.

—¿Nada «concreto»? ¿Eso significa que ha sabido algo?

—Desearía poderle dar algún progreso real, pero...

—Por favor, ¿puedo conocer a su paciente? Quizá los dos podamos unir nuestras fuerzas. No quiero causar ningún problema, pero eso ayudaría al menos a aliviar la carga.

—Déjeme pensarlo, reverendo.

—Gracias, doctor. Dios le bendiga.

Robin y yo sacamos a *Spike* para una cena temprana y un paseo en coche. Él se metió entre las piernas de ella y la puerta del pasajero y se puso a mirar por la ventana con una expresión de decisión en su plana cara.

Robin rio.

—Nos está protegiendo, Alex. Mira lo serio que se pone. Gracias, *Spike*, me siento muy segura contigo.

—Joe el Macho —dije yo.

Ella puso su mano en mi rodilla.

—También me siento segura contigo.

—Sí, pero él ocupa menos habitación y no recibe llamadas de emergencia.

El cielo de la noche se puso violeta. Yo había ido hacia el norte, y, como la semana anterior, acabamos cerca de Ventura. Esta vez era más que una casualidad. La llamada de Best me había hecho pensar en Doris Reingold y los Shea. La discrepancia en sus formas de vivir. Volví por la autopista y entré en los límites de la ciudad. Robin me miró pero no dijo nada.

Cruzamos las calles vacías, tranquilas. Lo primero que vimos abierto fue una gasolinera. El Seville tenía el depósito solo lleno hasta la cuarta parte. Lo llené, le limpié el parabrisas, luego le dije a Robin: «un segundo» y fui a la cabina telefónica. El listín estaba sujeto con una cadena, pero la mitad de las páginas habían desaparecido. La erre todavía estaba, sin embargo, y aparecía Reingold, D. en Palomar Avenue.

El cajero me dijo que estaba a unas diez manzanas hacia arriba.

Cuando entré en el coche, Robin dijo:

—¿A casa?

—Por favor, perdóname un segundo. Debo comprobar algo.

—¿Está relacionado con algún paciente?

—Indirectamente.

—¿Vas a visitar a alguien?

—No. Solo quiero ver cómo vive. No tardaremos mucho.

—Está bien —accedió ella, estirándose.

—Sí, ya sé que no soy una compañía muy divertida.

No importa. Si no te portas bien, él me llevará a casa.

La dirección correspondía a un patio con un bungalow de un solo piso en una calle sin árboles, tres reflectores de la U. Security a cada lado iluminaban el prado de malas hierbas. Algunas de las farolas habían desaparecido.

Seis o siete chicos mayores estaban sentados en la hierba en unas sillas plegables, bebiendo cerveza. Unas bolsas de patatas fritas y cortezas yacían a sus pies. Tenían el pelo largo y, aunque la noche era fresca, todos estaban sin camiseta. Cuando me acerqué, un par de ellos murmuraron: buenas noches, y uno de ellos me hizo una señal con el pulgar hacia arriba. El resto no se movió en absoluto.

Yo fui hacia el del pulgar. Su pelo era oscuro y le caía hasta las tetillas. Tenía las mejillas hundidas por encima de unas rizadas barbas.

—Hola, tío —dijo, con una voz farfullante—. ¿Policía?

Meneé la cabeza.

—Porque hemos estado aquí tranquilos todo el rato, tío. —Él se sacudió el pelo de la cara y me miró—. ¿Es del propietario?

—No. Solo buscaba...

—Pagamos el alquiler, tío. En efectivo a la señora Patrillo. Si ella no se lo ha dado, no es culpa nuestra.

—Doris Reingold —dije—. ¿Sabes qué número es el suyo?

Lo rumió.

—El cinco. Pero no está.

—¿Sabes dónde está?

Se rascó la cabeza.

—Recogió algunas cosas y se fue.

—¿Cuándo fue eso?

Fruncimiento de ceño. Volvió a rascarse la cabeza.

—Ayer... anoche.

—¿A qué hora?

—Hum... Yo volvía a casa y entonces ella se iba. Era por la noche. Le dije: ¿quiere que la ayude a cargar esas cosas? Pero ella me ignoró —eructó y yo noté olor a cerveza. Después de beber un gran trago, dijo—: ¿Por qué la busca, tío?

—Soy amigo suyo.

Él sonrió.

—Bueno, ella está bien... en realidad es una vieja puta —risa de uno de los otros.

Un chico con el pelo cortado a cepillo dijo:

—Estás resentido porque ella te ha dejado limpio, Kyle.

El del pulgar movió su cabeza rápidamente y le miró. El otro chico dijo:

—Enfréntate a ello, Kyle.

—Jódete —Ky le volvió a mirarme a mí—. Ella hace trampas, la vieja zorra.

—¿En qué? —dije y o.

—En todo. Póquer, dados. ¿A qué jugaba usted con ella?

—Al ajedrez.

—¿Sí? Bueno, odio decírselo, pero quizá se haya echado otro novio.

—¿De verdad?

—Sí. Se ha largado con un tipo.

Otro de los chicos dijo:

—Pasa las cortezas.

Kyle se inclinó y tanteó la hierba durante largo rato, entre un coro de risas, y cogió finalmente una bolsa de cortezas de cerdo. Dándole vueltas en alto, la tiró por detrás de su cabeza. Alguien la cogió. Otra persona dijo:

—¡Mierda! ¡Ten cuidado, gilipollas!

Le pregunté:

—¿Recuerdas cómo era el tipo ese?

—No, pero tenía un buen Beemeuve. —Y a sus amigos—: ¿Os acordáis de aquel Beemeuve? ¿Con la jodida aguafiestas en el culo?

Un chico de cara redonda con un cabello muy largo, rubio y ondulado dijo:

—¿No tenía suspensión?

—Sí —dijo alguien—, para las tetas.

Sucesión de risas.

Miré hacia el bordillo. El Seville estaba a cinco coches de distancia de la manzana, bajo una farola que funcionaba. La ventanilla del conductor estaba abierta, y estaba bastante seguro de que la maciza cabeza de *Spike* estaba asomada hacia fuera.

—¿Un BMW gris oscuro? —pregunté—. ¿Con las ruedas cromadas?

—Sí —dijo Kyle. Cambió unas imaginarias marchas—. Voy a comprarme uno así.

—Una mierda —dijo otro chico—. Primero tienes que hacer que te devuelvan el carnet de conducir. Luego tienes que aprender a no jugar a las cartas como un idiota.

—Me lo devolverán, jódete —dijo Kyle. De repente, sus hombros se encorvaron y llevó su mano hacia atrás, como si estuviera dispuesto a un tiro de *touchdown*. Se dio una palmada en la cintura y arrojó su lata de cerveza. Esta voló junto a mí y aterrizó en la calle, resonó y rodó, casi acertando a un coche aparcado.

—Hey, tío —dijo alguien—. Tranquilo.

—Jódete. —Kyle estaba de pie. Las manos estaban tensas y brincaba sobre sus pies desnudos. No llevaba más que unos pantalones. Un montón de tatuajes en ambos brazos.

Dijo otra vez «jódete» .

Nadie contestó. El chico que roncaba se había despertado.

Kyle dio la vuelta y me miró.

—¿Qué es lo que quiere? —dijo con una voz diferente.

Hice una señal levantando el pulgar y me fui.

Cuando volví al coche, Robin me preguntó:

—¿Ha ido todo bien?

—Estupendo. Oh, gloriosa juventud.

Conduje de vuelta a Malibú pensando en algo que Doris me había dicho:

« *Me gusta Nevada* » .

¿Una jugadora compulsiva? ¿Era ahí adónde había ido a parar el dinero del soborno? Si es que lo hubo alguna vez...

El hecho de dejar la ciudad bajo escolta de Tom Shea justo después de hablar con ella me confirmó que yo había averiguado algo.

Dando nuevo crédito al sueño de Lucy, pensé en los tres hombres. Lowell y otros dos, uno de ellos seguramente Trafficant. Probablemente, el que estaba de espaldas.

¿Entonces quién era Labio peludo?

Quizá otro invitado simplemente, pero era más probable que se tratase de alguien que conocía a Lowell y Trafficant lo suficientemente bien como para ser invitado a la fiesta privada.

Miembro del club.

¿Otro chico de Santuario?

Cuando llegué a casa, releí la información periodística de la inauguración de Santuario mientras Robin se cepillaba el pelo y se ponía el camisón.

Tres nombres, sin fotos:

Christopher Graydon-Jones, el escultor inglés.

Joachim Sprenzel, el compositor alemán.

Y Denton Mellors, el aspirante a novelista americano. El único crítico que había alabado *Mandato: vierte la luz*. También había elogiado el libro de Trafficant. ¿Recibió una beca como pago, igual que Trafficant?

Cuanto más pensaba en ello, más sentido tenía.

Lowell y sus dos pupilos estelares.

Quizá los había entrenado en algo más que escribir. ¿Pero adónde me conducía eso?

Robin estaba ya en la cama, enroscada en su lado.

Me quité la ropa y me metí también junto a ella, rodeándola con mis brazos.

Ella murmuró.

Yo la apreté y sentí cómo se deslizaba en el sueño.

Me desperté antes de amanecer, pensando en el sueño de Lucy. Ella y Ken iban a pasar un tiempo juntos ese día, y su próxima sesión iba a ser al día siguiente.

Hice el desayuno para Robin y para mí mismo y lo llevé a la cama. Mientras ella se duchaba, llamé a Nueva Yorke hice otro intento de localizar a Trafficant a través de su editor. Todo lo que supe era que los autores fuera de catálogo no merecían demasiado respeto.

Robin estaba a punto para irse a trabajar a las ocho y media. Mientras salía en la furgoneta, la cara plana de *Spike* estaba apretada contra la ventana del asiento del pasajero. Yo iba detrás en el Seville.

En Bel Air, ella continuó hacia el este y yo giré hacia la universidad. Llegué a la biblioteca de investigación a las nueve y veinticinco. Había unos cuantos pájaros madrugadores estudiando, pero la mayoría de las terminales de ordenador estaban libres. Yo accedí al índice de las publicaciones periódicas y empecé a teclear nombres, empezando con mi candidato más probable, Denton Mellors.

Ni una palabra. Busqué « Libros en publicación », publicaciones académicas, todos los listados que pude encontrar.

Nada. Si alguna vez publicó su novela, no había ningún registro de ello.

Busqué a Christopher Graydon-Jones.

Tres citas, la primera de veinte años atrás, cuando el escultor recibió un encargo de una compañía llamada Seguros Enterprise para que creara un bronce y una pieza de acero para el vestíbulo de sus oficinas centrales en Los Ángeles. Cobertura menor en el suplemento de arte del *Los Angeles Times*, ninguna foto.

Dos años después de eso, una publicación de negocios informaba de que estaba trabajando para la misma compañía como Ayudante del Jefe de Mercadotecnia, una transición interesante. Cinco años más tarde, había ascendido a Jefe de Operaciones en Enterprise, y una foto publicitaria lo mostraba con un aspecto mayor de sus treinta y cinco años: calvo, con una cara larga, grandes ojos con bolsas y una barbilla débil. Completamente afeitado.

El siguiente: Joachim Sprentzel. El alemán había enseñado composición en Juilliard antes de suicidarse hacía ocho años, en Hartford, Connecticut. Una necrológica del *Hartford Courant* citaba una «enfermedad prolongada» e indicaba la «adhesión al atonalismo textual y la aventura cromática» de Sprentzel. Sus padres vivían todavía en Munich. No tenía mujer ni hijos.

Una foto académica de Juilliard de hacía diez años mostraba a un hombre de aspecto intenso, con una mandíbula poderosa y cuadrada, un espeso cabello oscuro y ojos nerviosos tras unas gafas de montura metálica.

Por encima de la mandíbula, un espeso bigote caído.

Notablemente similar en forma y color al de Diggity Dog.

Labio peludo.

Suicidio tras una prolongada enfermedad. Un hombre soltero.

Mi intuición me decía que era sida, pero pudo haber sido cualquier otra cosa. Muerte. Otra vía que se cerraba.

Fotocopié todo aquello y llamé a mi servicio telefónico. Tenía mensajes de dos abogados, un juez y Sherrell Best. Dejé al reverendo para el final. No estaba en casa, y una mujer de la Iglesia de la Mano Tendida dijo que estaba fuera haciendo unas entregas de comida.

Devolví el auricular a su horquilla.

Tres hombres ante una tumba.

¿Lowell, Trafficant y Sprentzel?

Los tres inalcanzables.

Volví a revisar los artículos fotocopiados.

Era una apuesta fuerte, pero quizá Christopher Graydon-Jones estuviera todavía trabajando en la ciudad.

Busqué Enterprise Insurances en el listín de Los Ángeles Central. Pero un rastreo de las páginas amarillas reveló una dirección de la calle 26 en Santa Mónica y el subtítular: «Especializada en planes de indemnización de trabajadores y responsabilidades empresariales».

Llamé al número y pregunté por el señor Graydon-Jones. Para mi sorpresa, me pusieron con una secretaria de alegre voz. Cuando le pedí hablar con su jefe, ella se las arregló para seguir siendo alegre sin ponerse a la defensiva.

—¿A propósito de qué tema, señor?

—La beca del señor Graydon-Jones en Santuario.

—¿Qué es Santuario, señor?

—Un retiro artístico dirigido por el novelista M. Bayard Lowell. El señor Graydon-Jones fue becario de escultura allí, hace mucho tiempo. Soy escritor y preparo la biografía del señor Lowell, y estoy tratando de localizar...

—¿Un qué artístico?

—Retiro. Un lugar donde pueden ir los artistas a ejercer su arte.

—¿Está usted diciendo que el señor Graydon-Jones fue artista antes?

—Era escultor. Hizo la escultura del vestíbulo del edificio de las oficinas de Enterprise en el centro de la ciudad.

—No estamos en la ciudad desde hace años.

—Me doy cuenta, pero el señor Graydon-Jones fue encargado de...

—¿Es una broma todo esto, señor?

—No. ¿Puede darle mi mensaje, por favor? Quizá quiera hablar conmigo.

—Está fuera. ¿Cuál es su nombre?

—Del Ware. Sandy Del Ware —le di mi número.

—Muy bien, señor Del Ware —dijo ella, demasiado rápido. Luego colgó.

Miré mi reloj. Las doce y cuarto. ¿Había salido a comer Graydon-Jones? O estaría sentado en su escritorio revolviendo papeles, un hombre importante, muy ocupado.

Yo tenía mucho tiempo.

La oficina de Enterprise estaba solo a veinte minutos en coche.

El edificio estaba justo al sur de Olympic, en un polígono industrial muy caro y tecnológicamente sofisticado, con muchas empresas de electrónica. Cinco pisos, ladrillo y cristal, con un restaurante en la planta baja llamado Escape, especializado en hamburguesas caras y bebidas tropicales.

Enterprise era una oficina del segundo piso. La puerta estaba cerrada y un letrero colgaba del picaporte diciendo: HEMOS SALIDO A COMER. VOLVEREMOS A LAS 2 P. M.

Volví a la planta baja. No había ninguna escultura. La puerta del restaurante estaba abierta, y los olores que venían del interior no eran malos. Decidí almorzar y luego volver a intentarlo.

Una camarera me miró y dijo:

—¿Solo uno?

Le ofrecí mi mejor sonrisa de pobre chico solitario y ella me condujo hasta una pequeña mesa en un rincón, cerca de las habitaciones de servicio. El lugar estaba atestado de gente con traje y sonrisas, el aire saturado de alcohol y grasa. Palmeras de papel en unas paredes blancas. Cuadros de Gauguin colgaban junto a fotos turísticas de aguas azules y cuerpos bronceados.

Pedí una cerveza y una hamburguesa Tahití, estaba empezando a beber cuando le vi al otro lado de la habitación en un reservado con una mujer.

Más viejo, más calvo, el poco pelo que le quedaba se había vuelto de un gris acero. Pero definitivamente era la misma cara larga, ojos tristes y una barbilla que había perdido incluso algo más de hueso, contrayéndose hacia un fibroso cuello. Llevaba un traje azul oscuro y una corbata tan chillona que parecía radiactiva.

La mujer tenía unos treinta años, rubia y bien arreglada. No había comida en su mesa, solo un par de bebidas rojas con palitos de apio y muchos papeles.

Comí y los miré; luego la mujer recogió los papeles, estrechó la mano de Graydon-Jones y se fue.

Él pidió otra bebida y encendió un cigarrillo.

Yo dejé el dinero en mi mesa y me acerqué.

—¿El señor Graydon-Jones?

Él miró hacia arriba. Los tristes ojos eran azules.

Le repetí el discurso que le había contado a su secretaria.

Él sonrió.

—Sí, he recibido su mensaje. Santuario. Qué raro.

Acento inglés, con cadencias de clase trabajadora que en California no significaban demasiado, pero que le hubieran encasillado en el Reino Unido.

—¿Qué pasa? —dije yo.

—Oír hablar de ese sitio después de tanto tiempo. ¿Cuál era su nombre?

—Sandy Del Ware.

—¿Y está usted escribiendo una biografía de Lowell?

—Lo estoy intentando.

—¿Tiene usted alguna credencial?

—No, lo siento. Voy por libre.

Él dejó las cenizas en el cenicero.

—¿Lo está intentando? ¿Eso significa que no tiene ningún contrato?

—Algunos editores están interesados, pero mi agente quiere que presente un boceto detallado antes de negociar nada. He podido recoger toda la información básica sobre Lowell excepto del período de tiempo en que se inauguró Santuario. De hecho, usted es el único becario que he podido localizar.

—¿Ah, sí? —sonrió—. Por favor, siéntese. ¿Quiere beber algo?

—No, pero me gustaría invitarle a usted a una bebida.

Él rio.

—No, gracias. Dos por almuerzo es mi límite.

Pidió la cuenta, ordenó un café para él y otro para mí y garabateó algo en la cuenta.

—Le agradezco que hable conmigo —le dije.

—Solo unos minutos —mirando su gran Rolex—. Ahora, ¿por qué demonios quiere usted escribir un libro acerca de Buck?

—Es un tipo interesante. Auge y decadencia de un gran talento.

—Hum. Sí. Supongo que eso podría ser exquisitamente irónico. Pero para mí él fue bastante pelmazo. No se ofenda, pero es uno de esos niños eternos a los que los americanos parecen tan aficionados.

—Bueno, esperemos que sigan aficionados y compren mi libro.

Él sonrió de nuevo y se abrochó la americana sobre su delgado pecho. El traje parecía uno de esos trajes ingleses muy estructurados que valen cientos de dólares. La camisa era blanca con rayas horizontales azules y un gran cuello blanco, probablemente de Turnbull Asser. La llamativa corbata estaba decorada con pinceles y paletas de pintor sobre seda negra. Toques de pintura simulados proporcionaban el color: escarlata, naranja, turquesa y verde lima.

—Bueno, ¿qué quiere usted saber de la Granja de los Bichos?

—¿Perdón?

—La Granja de los Bichos. Así llamábamos a aquel lugar. Estaba infestada de bichos: escarabajos, arañas, de todo. Y nosotros éramos unos bichos por entonces. Fastidiosos... un poco locos. El viejo probablemente nos eligió por eso. ¿Qué tal está ahora?

—Vivo, pero enfermo.

—Siento oír eso... supongo. De todos modos, no le puedo contar gran cosa. Toda esa maldita farsa duró solamente un año.

—Lo sé —mentí—. Pero nadie me quiere contar por qué.

—El porqué es que el viejo perdió interés en aquello. Un año fuimos sus pichones ganadores, al siguiente estábamos de patitas en la calle. Fue lo mejor que me pudo pasar en la vida. Aprendí cómo funcionaba el mundo real.

—¿Cómo fue seleccionado usted?

—Yo era artista, por entonces... o al menos así lo creía —se miró las manos, de largos dedos, poderosas—. Bronce y piedra. Realmente, no era malo. Gané algunos premios en Inglaterra y me contrataron en una galería de Nueva York. El propietario había oído hablar del retiro y me recomendó a Lowell. En lugar de pagarme por dos piezas.

—De la escultura a los seguros —dije yo—. Debí de ser un cambio interesante.

Él apagó el cigarrillo.

—En todo hay arte. De todos modos, siento no poder ayudarle un poco más. Tal como le he dicho, fue un año disparatado.

—¿Tiene alguna idea de dónde puedo localizar a otros becarios? No a Joachim Sprentzel, por supuesto. Él murió.

Él se rascó el cuello.

—¿De verdad? Pobre hombre. ¿Cómo?

—Suicidio. Su necrológica dice que había estado enfermo durante mucho tiempo.

—¿Sida?

—¿Era gay?

—Completamente. No de los peores. Se lo guardaba para él, escribía música todo el día... no al piano o al violín, sino escribiéndola directamente en ese papel pautado tan gracioso.

—¿Puede usted contarme algo más sobre él?

—¿Como por ejemplo?

—Características de su personalidad que puedan tener interés en un libro.

—Personalidad —dijo, tocándose un lado de la nariz—. Tranquilo. Reservado. Un poco lóbrego, quizá. Probablemente porque allí no había chicos con los que jugar. Y, por supuesto, era alemán... Eso debía de ser. No hacía mucha vida social... ninguno de nosotros la hacíamos. Buck nos dio una pequeña cabaña a cada uno y nos dijo « sed brillantes ». Se alentaba el aislamiento. No era un lugar de sociedad.

—He oído decir que la gran fiesta de inauguración fue bastante interesante.

—Yo también lo oí... vino, mujeres, música, canciones, toda clase de diversiones. Un poco de diversión que hubo en un año entero, y a mí me estaban operando de apendicitis. Mala suerte, ¿verdad? Cuando me curé y volví, el viejo no me hablaba. Era el castigo por no haber estado allí. Como si yo le hubiera desafiado reventándome mi jodido apéndice. Pocos meses después, yo estaba fuera de allí.

Quitando el palito de apio de su vaso, él mordisqueó el borde.

—Dios, esto me trae recuerdos. ¿Cree realmente que se puede escribir un libro sobre eso?

—Eso espero.

—Mándeme un ejemplar si se publica alguna vez.

—Por supuesto. Hablando de publicar, no puedo encontrar ninguna referencia de los dos escritores, Terrence Trafficant y Denton Mellors. Trafficant escribió un *bestseller*, luego desapareció de la vista y Mellors parece que desapareció sin publicar nada.

—Terry el Pirata y Denny... Qué historia, no he vuelto a pensar en ellos desde hace años. Bueno, Terry probablemente está en la cárcel en algún sitio. Y no tengo ni idea acerca de Denny.

—¿Cree que Trafficant volvió a meterse en líos?

—No me extrañaría. Su arte eran los líos. Se creía a sí mismo un « malo », un fuera de la ley del Salvaje Oeste. Un maldito delincuente, eso es lo que era. Solía ir por ahí con un gran cuchillo de caza en el cinturón, lo sacaba durante las comidas, se limpiaba los dientes con él, se limpiaba las uñas. Lo ponía junto a su plato mientras comía, protegiendo su comida con un brazo, como si nosotros fuésemos a robársela. Se lo hizo pasar fatal al pobre Sprentzel. Se quitaba la camisa y le preguntaba a Sprentzel si lo encontraba guapo. Imitaba el acento de Sprentzel, llamándole maricón y cosas peores. Le amenazaba.

—¿Qué tipo de amenazas?

—« Te voy a hacer mi mujer, maricón ». Ese tipo de disparates. El resto de nosotros éramos unos estúpidos miedicas, pero Lowell siempre defendía a Terry. Un maldito cachorro... una gran familia feliz, eso éramos. ¿En qué otro sitio podría estar Trafficant que en la cárcel?

—Aun así, es extraño —dije yo—. Tener éxito de esa forma y luego volver a sus viejas manías.

—Un delincuente —dijo él, con algo de pasión. Su frente estaba brillante y se humedeció los labios—. Eso es lo que fue siempre.

—¿Y Mellors?

—Otro encanto... muy brillante, realmente. Mucha labia, educado, pero un poco lameculos.

—¿Con Lowell?

—Y con Terry. Se llevaba mucho mejor con Terry que el resto de nosotros. No era tan estimado como Terry, sin embargo. Era el número dos en el escalafón.

—Eso suena como si hubiera una jerarquía.

—Definitivamente. Primero Terry, luego Denny. Luego Sprentzel y yo, rivalizando por el peldaño de abajo. Tendría que decir que Sprentzel estaba en lo último de la escala, porque era gay. Buck no toleraba eso... los hombres-hombres

y todo eso, carne cruda para desayunar.

—Pero él escogió a Sprentzel como becario.

—No lo sabía cuando lo eligió. Sprentzel no era uno de esos tipos amanerados, que van contoneándose. De hecho, no estoy seguro de cómo lo averiguamos nosotros. Probablemente por Terry. Terry siempre insistió mucho en ese tema — miró hacia abajo—. Todas esas bravatas. Ese cuchillo... Sí, el pobre Sprentzel era definitivamente un hombre de baja estima.

—¿Mellors era también un chico duro?

—No, realmente no... era del tipo universitario. Tortuoso, pero no repugnante.

Buscando una forma de preguntarle por su aspecto, le dije:

—He visto fotos de Trafficant, pero no de Mellors.

—Sí, Terry se convirtió durante un tiempo en toda una celebridad. El libro.

—¿Pero y Mellors? ¿Nunca publicó?

—No tengo ni idea. —Se encogió de hombros—. Como dije, Buck alentaba el aislamiento.

—¿Qué aspecto tenía... solo para ayudarme a formarme una imagen mental?

—Grande. Musculoso. De piel clara para su raza.

—¿Era negro?

—Oscuro —dijo—. Lo que los surafricanos llaman *coloreado*. De facciones negras, pero piel clara. Cabello rubio. Un chico bastante guapo, realmente.

—¿Con barba o bigote?

—Sí, eso creo. Hace tanto tiempo.

—¿Barba?

—Un bigote, creo. No le gustaba que pensarán en él como un negro. No le gustaba hablar de razas. Una vez Sprentzel sacó el tema (lo de la culpabilidad germana) y Mellors simplemente se fue. Luego apareció Terry con su cuchillo y volvió a su rutina del marica. Realmente era un sitio muy aburrido.

—¿Por qué tenían un estatus superior Trafficant y Mellors?

—Denny porque iba por todas partes diciendo que Buck era un genio. Con Terry había algo más... parecía casi como si Buck le respetara. Como si representara algo que Buck admiraba.

—¿Como por ejemplo?

—¿Quién sabe?

—¿El odio a las mujeres?

Él me miró.

—El odio a todo el mundo, supongo. Imagino que los dos bebían juntos, se emborrachaban y daban paseos por los bosques cantando canciones guarras.

—¿Se metió en algún lío Trafficant mientras estuvo allí?

Él pasó una uña por las estrías del trozo de apio.

—Aparte de jugar con su cuchillo y hacernos la vida imposible, nunca vi

nada especial. ¿Por qué?

—Estaba tratando de representármelo físicamente —dije—. Sigo creyendo que fue muy extraña la forma que tuvo de desaparecer.

—Como le he dicho, busque en las cárceles. O en los cementerios. Tenía un carácter muy malo. Cualquier cosa podía sacarle de quicio. Con una persona así, las posibilidades de llevar una vida larga y pacífica disminuyen bastante. Ese es mi negocio ahora: asesoramiento de riesgos. Averiguar quién morirá y quién no. De todos modos, tengo que irme. Ha sido agradable, pero es hora de volver a la realidad.

El cansancio saturaba la voz de Milo al teléfono.

—¿El blues del Trabajo Esforzado? —dije yo.

—El blues del Nada Averiguado. El forense no averiguó nada con Nicolette Verdugo. Nuestro imitador es obsesivo-compulsivo.

—¿Y las heces en el cadáver?

—Las heces son de la variedad canina. Otro de esos encantadores detalles que estamos ocultando a los medios de comunicación.

—¿Tiene perro alguna de las Bogettes?

—Tienen un maldito montón de perros, pero trata de encontrar una sola cogada. Están enterradas en un asqueroso rancho a las afueras de Pacoma, que pertenece a uno de los abogados de Shwandt. Sarnosos perros, gatos y caballos detrás de una tela metálica y alambre de espinos.

—¿Una comuna? Al menos tenerlas en un solo sitio hará la vigilancia más fácil.

—No, realmente no. No hay control real. Es un espacio demasiado abierto. Las chicas salen por la puerta principal vestidas con sus minifaldas y nos echan de allí. La investigación no ha progresado deprisa, señor. ¿Cómo está Lucy?

—No la he visto hoy, ha salido a dar una vuelta con Ken. Y alguien más salió a hacer un viajecito anoche —le repetí lo que me habían dicho los chicos acerca de que Doris se había ido con Tom Shea.

—También me dijeron que le gusta jugar. Así que si hubo algún tipo de soborno, eso puede explicar por qué los Shea viven bien y ella no.

—Dijiste que no parecían gustarle los Shea. ¿Y ahora se va con Tom?

—Si ella ha cogido unos días libres porque mis preguntas están removiendo demasiado las cosas, quizá Tom y Gwen estén también mirando a su espalda. Quizá la han ayudado a desaparecer por intereses comunes.

Podrían ser tus preguntas combinadas con tu charla con Mo Barnard. Ella vive en la colina sobre el restaurante. Si ella se dejó caer por allí para comer y le sopló que el caso de Karen se volvía a abrir... me pregunto si los Shea cantarán también.

—Ya se fueron una vez. Aunque ahora han estrechado los lazos con la comunidad. Es posible que vieran a Doris como un cabo suelto y pensaron que

una vez ella se hubiera ido ellos podían soportar la presión. Todos los lazos de «ella» están fuera de la ciudad: sus dos hijos están en el ejército, ambos son sargentos, uno en Alemania, otro en Seattle. No sé si ellos se hacen llamar Reingold. Ella puede estar con uno de los dos o en algún lugar de Nevada, jugando. Me dijo que le gustaba, que estaba pensando en trasladarse allí.

—Una jubilación temprana, ¿eh? Está bien, en cuanto tenga ocasión la voy a investigar. Nada nuevo sobre Trafficant, por cierto. No puedo comprobar todas las prisiones, pero hasta ahora no ha aparecido en las más importantes.

—He sabido más cosas de él hoy. Conseguí localizar a uno de los becarios de Santuario, un escultor llamado Christopher Graydon-Jones. Se ha convertido en un pez gordo de una compañía de seguros en Santa Mónica. Estuvimos tomando algo. Recuerda a Trafficant como un bravucón que empuñaba cuchillos y era la mascota de Lowell. Trafficant y Lowell solían emborracharse juntos y pasear por el bosque. Y el tercer hombre del sueño podría ser un escritor llamado Denton Mellors. El único crítico que puso bien el último libro de Lowell. Llevaba bigote (aunque no coincide con el que Lucy describe en el sueño) e idolatraba a Lowell. Él y Trafficant formaban una camarilla en el retiro. Así que yo apuesto a que él era Labio peludo y Trafficant el hombre de espaldas. Graydon-Jones dijo algo más que apoya esta hipótesis: Lowell admiraba a Trafficant. No era una relación normal estudiante-profesor. La última sesión que tuve con Lucy, ella dijo que el tercer hombre le habló rudamente a Lowell. Le ordenó que echase a la chica en la tumba. Por lo que he oído hoy, Trafficant pudo haberlo hecho y largarse. ¿Qué piensas tú?

—Creo que has obtenido algún hilo de la trama. Te has acercado al tejido. Pero con todas esas personas desaparecidas, tantos años transcurridos, puede que no sea así. Pero ¿quién soy yo para criticarlo? He perdido todo el día de hoy suplicando para que me instruyeran acerca de la mierda de perro.

Denton Mellors se había licenciado en la universidad de Columbia, pero era demasiado tarde para llamar allí. Pensando en la posibilidad de que hubiera vuelto a Nueva York, pedí información a todos los ayuntamientos y a Nueva Jersey, pero no encontré nada. Luego pensé que a lo mejor se había quedado en Los Ángeles y había conseguido un trabajo escribiendo en un periódico o revista, o incluso para las películas. Antes de que pudiera avanzar en ese camino, me llamaron de mi servicio.

—Una emergencia del señor Ken Lowell, doctor. No ha podido quedarse al aparato. Parecía muy preocupado. Este es el número.

Mi corazón dio un vuelco mientras copiaba el número y llamaba. *Otro intento de suicidio. O peor.* Lucy era más vulnerable de lo que yo había pensado, la hipnosis era un terrible error, había debilitado sus defensas...

—Comisaría de Van Nuys.

La policía. *Peor*.

—Soy el doctor Delaware, devolviendo la llamada al señor Ken Lowell.

—¿Quién es?

—Probablemente el hermano de una víctima.

—¿Probablemente?

—Soy doctor, estoy devolviendo una llamada de emergencia, me han dado ese número.

—¿Cuál era el nombre de la persona?

—Lowell.

Cuatro interminables minutos más tarde, Ken dijo:

—Gracias a Dios que le hemos localizado. Qué desgracia.

—¿Lucy?

—No, no, es *Puck*. Le hemos encontrado Lucy y yo. Ha sido horrible. Ella realmente no le ha visto, yo he cerrado la puerta antes de que pudiera verle, pero...

—¿Qué ha pasado, Ken?

—Dicen que una sobredosis. Debí de conseguir una droga más fuerte o algo así. Él... tenía la aguja todavía clavada en el brazo —reprimía las náuseas—. Lo siento.

—Tranquilo.

—Estaba ya... pero todavía podías ver la maldita aguja —su voz se rompió, y le oí sofocar unos sollozos—. Aquello ya no era un brazo —dijo, tragando saliva—, pero todavía podías ver la maldita aguja.

La comisaría Van Nuys es parte del complejo municipal de Sylvan, justo a la salida del bulevar, donde abundan las tiendas de gangas, casas de empeño, avalistas y almacenes de rebajas de ropa del Oeste. Fijado justo en el interior de la puerta entre los boletines y pasquines de «se busca» estaba un folleto de propaganda fotocopiado de una banda local amenazando con asesinar a los policías. Alguien había escrito en ella: *Venid y hacedlo, degenerados*. La habitación de la parte delantera era ruidosa y activa. Algunos hombres esposados esperaban ser fichados.

Costaba llegar hasta el mostrador. Finalmente, salió un detective llamado Almondovar y caminó hacia mí a través de la habitación de patrulla por el área de Robos-Homicidios. De unos treinta y cinco años, era compacto y regordete, con un pulcro cabello algo canoso y unos ojos curiosos. Su americana deportiva, de imitación de ante, era gris, sus pantalones de un gris más oscuro y llevaba botas de *cow-boy* de piel de lagarto.

—¿De quién es doctor usted? —preguntó.

—De Lucy Lowell. ¿Ha sido una sobredosis accidental?

—¿Conocía usted a la víctima?

—Solo de oídas.

—¿Adicto desde hacía tiempo?

—Desde hace mucho tiempo.

—Tal como estaba, no se podría decir gran cosa... aquí están.

Abrió la puerta de una sala de interrogatorios. Lucy y Ken estaban sentados uno junto al otro al lado de una mesa plegable, como si fueran prisioneros de guerra. Ante ellos había dos tazas de café, sin tocar.

—Hola, chicos —saludó Almondovar.

Los ojos de Ken estaban rojos y su cara con barba rubia parecía hinchada. Lucy no se movió ni pestañeó. Su mirada opaca se dirigió hacia mí.

Almondovar me dijo:

—Ya les hemos tomado declaración, doctor. Si necesitamos algo más, ya se lo haremos saber.

Ni Ken ni Lucy se movieron.

—Lo que quiero decir, doctor, es que se pueden ir.

—Nos iremos en cuanto nos sea posible —dije yo.

Almondovar susurró a mi oído:

—Quizá necesitemos pronto la habitación —y a Lucy y Ken—: Lo siento, amigos, haremos lo que podamos para aclarar este caso.

Salió.

Ken se cubrió la cara con las manos y sacudió la cabeza.

Yo le di unas palmadas en el hombro. Él me miró, tratando de sonreír, luego se volvió hacia Lucy. Ella miraba a la pared. Sus ojos estaban vidriosos.

Le cogí la mano y le di un ligero apretón. Ella me lo devolvió. Entonces respiró profundamente y se levantó.

Parecía vacilante. Ken se levantó de su silla y la sujetó por el codo, pero ella estaba bien.

Les acompañé fuera de la comisaría. Algunos policías levantaron la vista, pero la mayoría no lo hicieron.

Dejamos el Taurus de Ken en un aparcamiento de pago y les llevé a Rockingham Avenue.

Cuando llegamos a la casa, Lucy dijo:

—Estoy cansada.

—Voy a acompañarte —dijo Ken.

Ambos desaparecieron y yo esperé en el salón, hojeando un libro que había en una mesa de café sobre las grandes mansiones de Newport, Rhode Island. Un cuarto de hora más tarde, volvió Ken. Se había quitado la americana y su camisa estaba arrugada.

—¿Puedo ofrecerle una bebida o algo?

—No, gracias. ¿Quiere dormir también?

Él emitió un pesado, furioso sonido que podía haber sido una risa o una tos.

—Creo que debería explicarle lo que ha pasado.

—No tiene que ser ahora.

—Pero también podría ser. Luego no será más fácil.

Pasamos por la cocina y fuimos a la habitación para desayunar, y nos sentamos en una mesa de roble.

—Íbamos en coche para buscar unas tierras sobre las que voy a ejecutar una hipoteca —dijo Ken—. Primero hemos salido a desayunar esta mañana. Lucy parecía muy tensa. Cuando le han traído la comida, no la ha tocado. Le he preguntado qué le pasaba, y me ha dicho que no podía dejar de pensar en *Puck*. Luego ha empezado a llorar.

Me dirigió una mirada dolorida.

—¿Seguro que no puedo ofrecerle un poco de café?

—Estoy bien.

—De acuerdo... ¿Dónde estaba? —Frotándose la barbilla—. Así que yo le he dicho: ¿por qué no vamos a su casa y vemos si allí ha dejado alguna indicación de dónde está? Ella ha dicho que no sabía si sería una buena idea, no fuera que hubiese gente buscándole; ella no quería ponerles sobre aviso. Tampoco quería ponerme a mí en peligro —se enjugó los ojos.

—¿Gente de las drogas? —dije yo.

—Supongo. Realmente no hemos hablado acerca del problema. Yo no me había dado cuenta realmente de que era un adicto hasta más tarde. Quiero decir que cuando le conocí supe que había algún problema. Su delgadez, siempre estaba tosiendo, la nariz moqueando continuamente. Me pregunté si tenía el sida... De todos modos, nos hemos quedado un rato allí todavía, comiendo... al menos yo. Luego Lucy ha dicho: quizá sí que deberíamos ir. Podemos mirar y asegurarnos de que no hay nadie vigilando el apartamento, y si es así, podemos entrar... perdóneme.

Se levantó, preparó una taza de café instantáneo y lo llevó a la mesa.

—Luego me ha dicho que estaba segura de que él se encontraba en algún aprieto. De otro modo, la habría llamado, al menos una vez. Le he preguntado qué aprieto era ese. Me ha dicho que no lo sabía, que *Puck* se guardaba los problemas para sí, pero que probablemente era alguna deuda que tenía. Así que hemos ido a su casa. Lucy tenía una llave —se secó una lágrima—. Qué agujero. Era un edificio abandonado. El local de abajo estaba vacío. Para llegar a casa de *Puck* tenías que trepar por unas escaleras traseras junto a los cubos de basura. —Se pasó las manos por el pelo y tragó con fuerza—. Al entrar hemos notado ese olor, por todas partes... como de ropa sucia, mezclado con comida podrida... pero toda la casa era un desorden, latas abiertas, basura encima de la alfombra, así que no pensaba que fuera aquello. Es un lugar bastante grande, con dos dormitorios. Pero no hay muebles, propiamente dichos. Lucy ha dicho que la habitación de atrás era la de *Puck*, así que hemos ido hacia allí. La puerta estaba cerrada pero he oído algo tras ella, como una afeitadora eléctrica. Nos hemos mirado uno al otro, espantados por nuestras ideas. Luego he pensado: quizá sea buena señal, quizá él haya vuelto y se esté afeitando, lavándose. Así que he abierto la puerta...

Parpadeó y dejó la taza.

—Solo un momento, pero la nube ha llegado hasta mí. Moscas. Cientos. Quizá miles de ellas. Ese era el ruido. Y gusanos. Toda la cama estaba cubierta de ellos. En el suelo, en las cortinas, como si alguien hubiera esparcido arroz por todas partes. Y entonces lo he visto... debajo de un enorme montón de bichos, en la cama, esa... cosa. La aguja sobresalía de ella. Brillante y limpia. La única cosa limpia que había allí. Él estaba... debajo de todo aquello, en la cama. Y en el

suelo. Era difícil decir lo que era él y lo que no... ¡estaba deshecho!

Milo dijo:

—Se llama fluido de purga. La porquería rezuma cuando la putrefacción está muy avanzada. Eso significa que lleva allí bastante tiempo.

Estábamos en el salón de la casa de Brentwood. Él acababa de llegar, cerca de dos horas después de que hubiera acompañado de vuelta a Lucy y Ken. Ambos estaban durmiendo.

—¿Cuánto tiempo? —dije yo.

—Es difícil decirlo, no había aire acondicionado en el apartamento. El forense dice que lo más que podemos conseguir es una estimación en un lapso de tres a ocho días.

—Bueno, sabemos que está más cerca de los tres porque antes de eso estaba en Nuevo México. Parece que volvió pronto después de hablar con Lowell. Pero no llamó a Lucy.

—Volió después de conseguirla. Van Nuys ha encontrado un lindo paquetito en la cisterna del lavabo. «Mexican brown», pero muy fuerte. Falta una esquinita.

—Probó la mercancía y sufrió una sobredosis —dije—. Demasiado drogado para llamar a Lucy.

Miró a la habitación en torno.

—¿Cuánto rato lleva ella durmiendo?

—Una hora y media.

—¿Y Ken también?

—Ha subido a ver qué tal estaba ella hace media hora y no ha vuelto a bajar.

—Huida hacia el sueño.

—El viejo Buck tiende a echar una cabezada cuando está bajo un fuerte estrés, también.

Él hizo crujir sus nudillos.

—Algunas personas tienen unas vidas asquerosas, ¿verdad? Y el resto de nosotros nos aprovechamos de ellos. Hey, ¿por qué no nos largamos de aquí, vamos al circo o algo así? ¿Te he contado que una vez detuve a un payaso cuando iba de patrulla? Un mirón. Nunca usó aquello en su número.

Se levantó y caminó por la habitación.

—Bonito lugar el que se han preparado los estafadores.

—El crimen casi se paga.

Ken bajó las escaleras, sujetándose a la barandilla. Su cabello estaba peinado, pero parecía encontrarse mal.

—Creo que me he adormilado un poco... hola, detective.

Se dieron la mano.

—¿Está despierta Lucy?—dije.

—Se acaba de despertar. Ha dicho que si quería usted subir, se encuentra mejor. Está al final del vestíbulo.

Subí las escaleras. La habitación de Lucy era de color azul pálido con adornos blancos, bastante pequeña, con un techo inclinado y una gran cama de cuatro postes con dosel y cubierta bordeada de encaje. Estaba sentada en el borde, mirando por la ventana.

Me senté junto a ella. No reaccionó. Sus ojos estaban secos y sus labios agrietados.

—Lo siento mucho, Lucy.

—Se acabó—dijo ella—. Todo.

Le di unas palmaditas en la mano. Sus dedos estaban tan fríos como los dedos de yonqui de *Puck*.

—He oído el timbre de la puerta—dijo.

—Era Milo.

Ella asintió con la cabeza y prolongó el movimiento, como un lento balanceo.

—No estoy sorprendida. Supongo que siempre lo había sabido, pero...

—Nunca es fácil.

—Como si me estuvieran arrebatando... una cosa cada vez... un inundo vacío.

Apreté sus dedos.

—Puede subir—dijo ella—. Milo.

Casi suplicando.

Yo salí al rellano. Milo y Ken estaban todavía en la entrada. No parecía que ninguno de los dos se hubiera movido.

—Dice que le gustaría verte.

Él subió saltando los escalones de dos en dos. Cuando nos quedamos solos, Ken se tocó el vientre y le dirigió una mirada de fastidio.

—Tengo el estómago salido, ya no lo podré sujetar con nada. Quizá finalmente me quitaré algo de grasa.

Yo sonreí.

—He engordado demasiado. Siete kilos durante el último año. Mi divorcio. No ha sido nada amistoso. Kelly (mi mujer) conoció a otro hombre. Se quejaba de que estaba aburrida, así que le sugerí que tomase unas clases en la universidad. Allí le conoció a él, un tipo de la construcción que estaba sin trabajo. Intenté llevarla a un consejero matrimonial, pero no quiso. Cuando finalmente comprendí que íbamos a romper, traté de mantenerlo de forma amistosa, por los niños. Pero ella les habló mal de mí.

—Eso no ayuda a los niños.

—Todo esto ha pasado a lo largo de todo un año, y aún seguimos en los tribunales. El padre de ella tiene mucho dinero, abogados a su servicio. Dice que

no se rendirá hasta que lo consiga todo.

Emitió otra risa-tos.

—Por eso estaba motivado para contactar con Peter y Lucy. Y ahora esto.

Milo volvió.

—Se ha quedado dormida otra vez.

—Será mejor que vaya a cerrar la puerta —dijo Ken.

Milo preguntó:

—¿Por qué?

Se lo expliqué.

—Oh —y volviéndose a Ken—. Llámeme si necesita algo.

—Gracias, detective. ¿Lo considerarán un accidente?

—Probablemente.

—Supongo que lo fue. A veces parece que todo es accidental.

Fuera, en la calzada, le pregunté a Milo si Lucy le había contado algo.

—Me ha cogido la mano y tan pronto sonreía como lloraba. ¿Crees que tiene alguna posibilidad de salir de esto razonablemente intacta?

—Es bastante sensata, pero esto... está muy alto en la escala del estrés.

—Bonito día —dijo él, mirando el cielo color zafiro—. He tenido tiempo para hacer unas cuantas llamadas. La tienda de surf está cerrada, lo que significa que quizá los Shea hayan huido también. Todavía no hay nada sobre Trafficant, y si tu señor Mellors es un mal chico, ha sido bastante cuidadoso. No hay nada en los archivos. De hecho, no puedo encontrar ningún dato sobre él.

—¿Qué pasa? —dije yo—. Todo el mundo ha desaparecido.

Él se frotó la cara, como de costumbre.

—Todos lo hacemos, al final.

Volví a casa e intenté llamar a la universidad de Columbia. Ellos nunca habían oído hablar de Denton Mellors. O había mentido acerca de sus estudios, o usaba un nombre falso. ¿Un seudónimo para escribir? Obtuve el número del *Manhattan Book Review* y llamé a la revista.

El hombre que me contestó dejó escapar una risa engolada.

—¿Mellors? ¿Y quién es usted, lord Chatterley?

—A veces me siento como si lo fuera.

Eso cortó su risa.

—No trabaja aquí. No mantenemos archivos.

—Escribió para ustedes, eso es seguro —dije yo—. Hizo una crítica del último libro del señor Bayard Lowell.

—Eso suena a historia terriblemente antigua.

—Hace veintidós años.

—O sea, el paleolítico, ¿no?

—¿No hay nadie de su personal que trabajase en la revista en aquella época?

—No somos una revista —exclamó, ofendido—. Somos una publicación seria... un estado mental, realmente. Y no tenemos personal permanente. Solamente el señor Upstone, yo mismo y un grupo de colaboradores prometedores.

—¿Qué se necesita para ser crítico?

—Hay que seguir los criterios adecuados para juzgar los libros.

—¿Qué son?

—Estilo y sustancia. Ahora, no veo la importancia...

—Trabajo para una firma legal de Los Ángeles. El señor Mellors ha recibido una herencia. Nada importante, pero aun así puede querer tener noticias de ella.

—Qué suerte para él.

—¿Estaba ahí el señor Upstone cuando apareció la crítica del señor Mellors?

—El señor Upstone ha estado «siempre» aquí.

—¿Puedo hablar con él, por favor?

—Bueno, si se porta bien.

—Lo prometo.

Él rio.

—California... ¿cómo pueden ustedes vivir allí?

Pocos minutos después, una voz áspera de tabaco y malhumorada contestó:

—Soy Mason Upstone.

Le repetí mi petición.

Upstone me interrumpió.

—No le voy a decir ni una maldita palabra. ¿No ha oído hablar nunca del derecho a la intimidad?

—Yo no...

—Eso es, usted no. Dígale a sus amigos de la CIA o del FBI o quienquiera que le pague que hagan algo más positivo que espiar a la gente creativa.

Slam.

Sali al porche y traté de relajarme. El cielo allá fuera estaba incluso más azul todavía, pero yo no podía serenarme.

No podía evitar que le pasaran cosas malas a Lucy, pero tendría que haber sido capaz de tratar lo del sueño...

Lowell, Trafficant, Mellors.

Saqué de nuevo el recorte de la fiesta de Santuario y lo volví a leer.

Lowell con su corte.

Trafficant con su propio círculo de admiradores.

¿Habían tratado de superarse el uno al otro la noche de la fiesta?

¿Fue Karen Best la víctima de aquella competición?

Tenía que haber alguna forma de conectar todas las piezas.

Pasé los ojos por los nombres de los asistentes. La lista habitual de gente del mundo del espectáculo, ninguna indicación de que nadie de ellos tuviera alguna relación con Lowell. Con una excepción: el productor cinematográfico que había financiado la construcción del retiro, Curtis App.

Su nombre había aparecido ya antes. Busqué en los artículos hasta que lo encontré: una fiesta para recaudar fondos del Pen Club en la casa de App en Malibú había sido el lugar de la vuelta de Lowell a la opinión pública.

Recaudación de fondos para presos políticos.

¿Había compartido App la simpatía de Lowell por criminales con talento? ¿O era simplemente un hombre generoso?

¿Generosidad calculada? La autoestima de la gente del cine a menudo menguaba sus riquezas. ¿Había tratado de comprarse App una respetabilidad para sí mismo haciendo amistad con un Gran Hombre?

Un «productor independiente» había comprado los derechos de *Mandato: vierte la luz* para las pantallas. ¿App, o algún otro patrón?

Pagar para adaptar poesía a las pantallas parecía una decisión comercial completamente absurda. ¿Más caridad?

El Gran Hombre en la ruina... ¿App lo compró barato?

Invertir dinero en Santuario y luego ver cómo se iba derrumbando al ir perdiendo Lowell su interés.

Él podía tener un par de ideas sobre Lowell.

No figuraba en ningún listín por su nombre. No era una gran sorpresa.

¿No pertenecían los productores a una especie de grupo de comercio... el Gremio de Productores?

Encontré la dirección (400 sur Beverly Drive en Beverly Hills) e iba a marcar el número cuando me llamaron de mi servicio.

—Tiene en la línea a una persona que le llama de parte del señor Lowell, doctor. Ella no ha dado su nombre. Una voz *sexy*.

Cogí el teléfono.

Nova preguntó:

—¿Todavía piensa traer a la hija?

—No había ningún plan.

—Tenía la impresión de que sí. Él la está esperando... Es mejor por la tarde. Las cinco o más. Hace una larga siesta después de comer y...

—No había planes —repetí— y además ha pasado algo.

—Ah, bueno —dijo ella fríamente—. ¿Y qué es?

—El hijo del señor Lowell, Peter, ha aparecido muerto hoy.

Silencio.

—¿Cuándo ha ocurrido eso? —dijo ella escépticamente.

—El cuerpo ha sido descubierto esta mañana. Pero llevaba muerto bastante

tiempo.

—¿De qué murió?

—Sobredosis de heroína.

—Maldita sea. ¿Cómo voy a decírselo a él...?

—Llame a la policía y deje que sean ellos que lo hagan.

—No, no, es mi trabajo... Esto es asqueroso, el pobre hombre ha pasado tantas cosas. Cuando se despierte espera que le hable acerca de la visita de su hija. Debería traerla. Especialmente ahora. Él se lo merece.

—¿Usted cree? —dije yo.

—¿Por qué es usted tan hostil? Solo intento hacer lo que debo.

—Yo también.

—Lo siento —de repente, un tono más suave—. Estoy segura de que es así. Esto me ha cogido por sorpresa. No tengo experiencia con este tipo de cosas. En realidad, no sé qué hacer.

—No hay una forma fácil de decírselo —dije yo—. Encuentre el momento adecuado y hágalo, simplemente.

—¿Cuál es el momento adecuado? —preguntó, con timidez.

—Cuando no esté bebido o fuertemente medicado o preocupado por alguna otra cosa.

—Eso no deja demasiado margen... pero tiene usted razón, tengo que hacer de tripas corazón.

Sonaba desdichada.

—¿Qué ocurre? —dije yo.

—Y si se lo digo y le da un arrebato y... se encuentra tan mal... ¿Y si tuviera otro ataque? ¿Qué haría yo aquí, sola con él?

—Obviamente, necesita a un médico.

—Lo sé, lo sé, pero él los odia.

—Entonces ya no sé qué decirle.

—A él le gusta usted. ¿Podría venir usted y estar aquí cuando se lo diga... quizá apoyarme un poco?

Yo reí.

—Creo que está usted recurriendo a la persona equivocada.

—No, no, es cierto. Dijo que le había disparado a usted los dos cargadores completos y que usted le había devuelto los tiros. Le respeta. Es la primera vez que le oigo decir algo respetuoso acerca de alguien. Sé que es una imposición, pero le pagaré por su tiempo. Por favor, esto me espanta; no sé tratar con la muerte. Hay demasiadas cosas extrañas en esta familia, no era lo que yo esperaba cuando acepté el trabajo. Pero no puedo abandonarle... ya lo ha hecho demasiada gente.

—Me parece que ha sido él quien ha abandonado a los demás.

—Tiene razón. Pero él no lo ve así. Él no puede cambiar... es demasiado

viejo. Me preocupa mucho cómo voy a solucionar esto. Por favor, ayúdeme. Haré que le compense.

—No aceptaré su dinero —dije—. Conflicto de intereses. Pero sí, iré. Tendrá que ser ahora mismo.

El amable terapeuta, incluso explorando por ahí en un paseo por los campos. Buscando árboles como de encaje.

—¿Lo hará? —preguntó—. Es increíble. Si puedo hacer algo a cambio...

Una voz *sexy*.

—Solucionemos esto de una vez —dije yo—. Lo siento por toda la familia.

—Sí —asintió—, qué grupo más digno de lástima, ¿verdad?

Nova estaba sentada en el porche y se levantó para reunirse conmigo cuando aparqué junto a los postes de amarre. Llevaba un suave minivestido negro y unas sandalias también negras. Con sujetador, esta vez, las copas adornadas en relieve bajo la tela de algodón. Bajó corriendo los grandes escalones de madera, sonriendo, y yo me sentí como atacado mientras se acercaba a mí. Deteniéndose a unos centímetros, me tendió la mano.

Su rostro parecía tenso, pero de cerca, con la luz del sol bañando su cara, noté unas finas cicatrices donde las orejas se unían con la mandíbula. Un *lifting*. ¿Era más vieja de lo que parecía?

Su mano retuvo un momento la mía y yo miré hacia abajo y vi otras cicatrices en sus brazos. Pequeñas, apenas distinguibles, con la excepción de una larga línea blanca que corría paralela a los nudillos de la mano derecha.

—Gracias —ella me dio un ligero beso en la mejilla—. Él está durmiendo todavía.

Me dejó pasar y me dirigió hacia el porche con un pequeño toque en mi espalda.

—¿Cuánto tiempo suele dormir? —dije yo.

—Entre dos y cinco horas. Trato de disminuirle la morfina antes del almuerzo, para que tenga algo de apetito, pero normalmente reacciona con fuerza a ella.

—¿Quién se la receta?

—Un doctor de Pacific Palisades.

¿Ese doctor le ha examinado realmente alguna vez?

Ella frotó el dedo índice contra el pulgar, y suspiró, y sonrió.

—¿Qué quiere que le diga?

Pensé en como había despreciado Lowell a Peter por su adicción.

—Vamos. —Ella abrió la puerta delantera.

—¿Vamos a dar un paseo? —dije yo—. He estado encerrado todo el día.

—Claro —sonrió y se echó el pelo hacia atrás—. Déjeme recoger un par de cosas primero.

Corrió escaleras arriba y volvió con un pequeño interfono de plástico blanco con antena de goma. La marca era Cosas de Niños.

—Es para niños —dijo ella, sujetándolo al cinturón—. Pero eso es lo que acaba siendo la gente mayor, ¿verdad? Niños grandes.

Giró el dial y apareció un ruido estático.

—Tiene un alcance de unos quinientos metros, así que no podemos alejarnos demasiado. A veces él se despierta como un bebé... llorando. Lleva pañales también.

Nova se acercó mucho a mí y rodeamos la casa. Justo detrás del edificio había una parcela seca sin plantas, rota solo por una línea de postes metálicos con alambres para tender la ropa vacíos.

Más allá, el principio del bosque, con los arbustos tan espesos que parecía impenetrable. Nova y yo cruzamos el espacio de tierra y yo estudié la casa. No había ni porches ni balcones, solo troncos rústicos, ventanas y una sola puerta. Las cortinas cubrían tres de las ventanas del piso bajo.

—¿Es esa su habitación? —dije.

—Ajá. Antes era la biblioteca, pero él y a no puede subir las escaleras.

Nova empezó a caminar. Yo seguía mirando la casa y ella se detuvo.

—Es fea, ¿verdad? —dijo.

—Como una gran cabaña de troncos.

Ella asintió y apretó su brazo contra el mío.

—Sí, todos esos viejos sentimientos rústicos.

—Tal como está —dije yo—, no imagino que la decoración le importe demasiado.

—Dudo que le importase nunca. El dinero tampoco significa demasiado para él. Probablemente porque siempre lo ha tenido. Él está centrado en una sola cosa: él mismo. —Fría valoración, no malicia. Todo en ella parecía frío.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando para él?

—Seis meses.

—¿Y antes de eso?

Ella rio.

—Soy escritora.

—¿Qué tipo de obras escribe?

—Poesía, sobre todo. Estoy pensando en escribir un guión. Sobre California... las cosas extrañas que se ven por aquí.

—¿Es usted del este?

—No, del norte.

—¿Cómo entró en contacto con él?

—Le escribí una carta de admiración y él me contestó. Le volví a escribir y él me mandó una carta más larga todavía. Empezamos a mantener correspondencia. Acerca de la escritura: estilo y estructura de la historia, cosas

así. Pocos meses más tarde, me ofreció un trabajo como ayudante personal suya. Lo presentó como si estuviera prácticamente sano y solo necesitase pequeños cuidados. Luego llegué y me encontré con que tenía que cambiarle los pañales.

—Pero de todos modos se quedó.

—Claro —afirmó, balanceando los brazos y apretando la marcha—. Él es una institución. ¿Cómo iba a rechazarle?

Sin mencionar que era un buen material para un guión.

Yo dije:

—Mi impresión es que se trata de una institución desvanecida.

Su mandíbula se tensó, haciendo más profundas las cicatrices.

—Quizá para los tontos que siguen la lista de los *bestseller*.

Se detuvo y aumentó el volumen del aparato. Nada aparte del ruido estático. Lo volvió a bajar pero no se movió.

Dije:

—He oído decir que una vez este lugar fue un retiro para artistas y escritores.

—Hace mucho tiempo.

—Bonita idea.

—¿El qué?

—Retirarse. Apartarse de la carrera de obstáculos.

—Oh, en realidad nunca lo haces. Simplemente cambias de marcha.

Se volvió y empezó a dar un rodeo para volver a la parte delantera de la casa.

Yo la seguí.

—Así que usted es admiradora suya.

—Absolutamente.

—¿Algún libro en particular?

—Todos.

¿No escribió un libro de poemas que fue considerado antifemenino?

Ella me dirigió una afilada sonrisa.

—¿Quiere decir que soy una traidora hacia mi sexo por admirarle? Sí, para él las mujeres son trozos de carne... Él me pellizca el culo al menos una vez cada día. Pero si las mujeres fuesen honestas, deberían admitir que los hombres también son carne para ellas. Hay que afrontarlo: las pollas grandes son mejores que las pequeñas.

Sin dejar de sonreír, ella balanceó sus brazos y me acarició el muslo.

—Todos somos carne —casi cantó—. ¿Qué otra cosa hay? Al menos Buck es honesto en eso. Yo le limpio la mierda, a mí no me puede ocultar nada.

—Ni usted a él.

—¿Qué quiere decir?

—Aún tiene que contarle lo de Peter.

Ella emitió un gruñido casi masculino. Una mano con cicatrices se pellizcó la

nariz, luego se rascó la punta.

—Mosquitos. —Dio unos manotazos al aire—. Creen que soy deliciosa. Sí, se lo diré. Pero el simple hecho de que usted esté aquí me hace sentir mejor... lo crea o no —sonrisa perspicaz—. Usted tiene una cierta aura. Usted se salva ayudando a la gente, ¿no es cierto? —otra caricia en el muslo—. Gracias —me tocó la mejilla.

Yo me aparté de ella.

Nova pareció divertida.

—¿Algún consejo para mí?

—¿Qué tal era la relación de él con Peter?

—Solo vi a ese mierda una vez. Asquerosamente cobarde, suplicando dinero. Aquí está Buck, luchando para vivir, usando la droga solo como último recurso, y el estúpido pequeño mocos se la inyecta voluntariamente en las venas. Lo cogí una vez tratando de robar algunas ampollas de Buck. Le dije que las devolviera o se lo diría a papaíto. Debió usted ver la forma en que cerró la boca. Las devolvió. No volvió nunca.

—Quizás estaba siendo honesto a su propia manera.

—¿Cómo? —preguntó ella, acelerando el paso y poniéndose fuera de mi alcance. El porche delantero apareció a la vista.

—Quizá ser simplemente un trozo de carne era más de lo que podía soportar.

—¿Por qué? ¿Qué más hay? ¿Una casa en los suburbios? Mire esto —ella señaló hacia arriba, a un pájaro que daba saltitos entre las copas de los árboles—. ¿Cuánto tiempo vivirá? ¿Un mes? ¿Un año? Un día estará volando por ahí y algún depredador lo hará pedazos, romperá sus huesos con sus mandíbulas, le exprimirá todo el jugo. —Los músculos de su cuello estaban tensos. Las cicatrices eran profundas líneas negras—. Pero estuvo aquí. Gastó su tiempo. Somos idiotas si pensamos que nosotros somos diferentes. Nuestro único sentido es la existencia.

—¿Entonces qué hay de malo en acortarla?

Ella se detuvo.

—¿Usted aboga por el suicidio? Es raro para un psicólogo, ¿no?

—Yo no abogo por eso. Pero tampoco lo juzgo.

—Yo sí. Un escritor «siempre» lo hace, esa es la diferencia. Usted ha dedicado su vida a aprender las normas. Yo alimento las excepciones.

Buen discurso, pero las ideas de Lowell se filtraban a su través.

Se puso las manos en las caderas.

—Tráigala aquí... a la hija. ¿Qué más le queda a él? ¿No tiene derecho a eso?

—No ha hecho mucho como padre.

—Lo ha intentado.

—¿Ah, sí?

—A su modo.

—¿Y qué modo es ese?

—Apartarse de sus vidas para que su genio no les hiciera sombra a ellos. Les daba dinero... ¿quién cree usted que pagaba la droga del cobarde después de que se gastara su fondo fiduciario? Y entonces él intentó llevarse esas ampollas, el pequeño imbécil.

—¿Por qué está tan interesado Buck en ver a Lucy?

—Porque es su padre. Una chica tiene que ver a su padre. Si no lo hace, es ella la que pierde. Él es único. Hay una cierta belleza en ello. ¿No cree?

—Es único —repetí yo.

—Mire —ella luchaba por mantener la voz baja—, usted se salva ayudando a la gente, pero eso no significa que lo sepa todo. Si usted estuviera andando por algún lugar extraño y se tropezara con una serpiente que no hubiera visto nunca antes, quizá sea venenosa, usted no tiene ni idea, ¿se apartaría de ella? ¿O trataría de capturarla y averiguar cosas sobre ella?

—Depende del peligro.

Los agujeros de su nariz se abrieron y vibraron. Ella abrió y cerró las manos varias veces.

—Está bien, lo he intentado. Usted sigue su propio guión —unos pasos más, y luego—: Él es la única cosa en la miserable pequeña existencia vulgar de ella que puede convertirla en carne de primera. Pero adelante, déjela que continúe como siempre.

Llegó un sonido de la radio. Bajo y angustiado, luego más fuerte. Quejidos sin palabras. Luego palabras obscenas, una retahíla.

—El bebé se ha despertado —dijo ella.

Nada más pasar las escaleras, Nova dijo:

—Puede usted esperar aquí.

Solo con las cabezas disecadas, caminé por la habitación gigante, escuchando fuertes voces en la parte de atrás de la casa.

Cuando finalmente ella sacó la silla de ruedas, él llevaba una túnica de seda azul oscuro encima de un pijama blanco y su pelo estaba desmelenado.

—¡El judío! —Golpeó las ruedas con la mano. Trató de ir más rápido, pero Nova le controlaba y ella le dirigió hacia mí—. ¡Der Yid! —La saliva salpicaba sus labios y sus ojos estaban legañosos. Se frotó uno de ellos, se quitó algo y lo arrojó lejos—. Y no me diga que no le han cortado un cachito del pito y que su madre va a misa. Usted es un Freud de baratillo, y eso le convierte en un judío. Piensa que es mejor que los demás y tiene derecho a meter las narices en los asuntos ajenos. Todos los analistas que he conocido pensaban así; por eso todos los analistas son judíos.

Yo miré a un búho disecado.

Él preguntó:

—¿Dónde está la chica?

Nova intervino.

—Sea amable con él, Buck —en un tono demasiado dulce—. Ha hecho todo este camino para venir a decirle algo importante.

Yo la miré. Ella se encogió de hombros y se dirigió hacia una ventana.

Yo dije:

—¿Ah, así?

Nova insistió:

—¿No? Usted es el experto.

Entonces se fue.

Lowell la miró.

—Esas mejillas —dijo él—. Como una pelota de goma recubierta de azúcar. Meterse entre ellas... ¿Qué tiene en la cabeza, Baratillo? ¿La chica todavía luchando con su coraje de virgen ofendida, que le envía a otra misión de reconocimiento?

—Se trata de Peter, su hijo —dije yo—. Ha muerto. Sobredosis de droga.

Él asintió. Se detuvo. Agarró las ruedas con ambas manos y se volvió de espaldas a mí.

—Está bien —dijo, con mucha tranquilidad—. Está bien, ya ha entregado el mensaje. Ahora váyase al infierno. Como vuelva a verle por aquí, le mataré.

Apareció dos días después en el funeral, llegó tarde, empujado por Nova sobre el ondulado césped del cementerio. Llamativo con un traje blanco, una camisa blanca y un sombrero de paja de ala ancha. Se quedó bastante detrás de Lucy y Ken mientras un pastor enviado por la funeraria recitaba una oración desmayada. En una ocasión, los ojos de Nova coincidieron con los míos y ella trató de atrapar me en un torneo de miradas. Se tocó un pecho con una mano. Concentré mi atención en el servicio religioso.

El cementerio era uno de esos de cuarenta hectáreas que recuerdan un parque temático: las oficinas en una mansión colonial, montículos de campo de golf hechos con *bulldozer*, réplicas de estatuas de Miguel Ángel asomando en extraños lugares. En lugar de lápidas, placas de latón colocadas a ras de tierra. Ken había comprado el trozo de eternidad para Peter el día anterior, después de que Milo le ayudara a acelerar la entrega del cuerpo.

Había pasado una buena parte de las anteriores cuarenta y ocho horas en la casa de Rockingham. Ken y Lucy habían permanecido casi inertes, comiendo muy poco, descansando mucho, apenas capaces de hablar.

Yo mismo había experimentado también un poco de inercia, y no seguí investigando a Curtis App ni di ningún paso más acerca de Karen Best. Sherrell Best me llamó una vez, y yo hice que le contestara mi servicio de llamadas diciéndole que le diría algo al cabo de un par de días. El dolor del momento cobraba una importancia tan grande que parecía haber aniquilado el sueño. No estaba seguro de si Lucy volvería a tenerlo alguna vez ni cuándo. Sin embargo, mientras estaba allí, en medio de aquel cuidado césped, me golpeó de nuevo.

A unos pocos metros de mí, dos trabajadores esperaban debajo de un árbol.

El pastor decía algo acerca del rompecabezas de la vida y de la voluntad de Dios. Luego dirigió una mirada a los enterradores y estos se acercaron. Uno de ellos activó un motor conectado a unas gruesas bandas de lona que sujetaban el ataúd lacado de gris. Las tiras se aflojaron muy lentamente y descendió. Cuando tocó el fondo, hizo un ruido resonante, casi musical, y Lucy emitió un alto, agonizante sollozo. Ken la sujetó y la meció mientras ella lloraba en sus brazos.

Detrás de ellos, Buckle decía algo a Nova.

Los enterradores empezaron a echar tierra sobre el ataúd con unas palas.

A cada puñado se oía un grito de Lucy. La cara de Ken parecía a punto de desplomarse.

Buckmeneó la cabeza y Nova le empujó hacia la salida.

La silla corrió traqueteando a través del césped, atascándose un par de veces y obligando a Nova a liberar las ruedas. Finalmente, ella la llevó hasta el bordillo del camino de bajada donde estaba el coche fúnebre y forcejeó un buen rato para sacar a Lowell de la silla y meterlo en el *jeep*. Dobló la silla y la guardó atrás, y entonces arrancó.

Dejé a Milo en la comisaría de Los Ángeles y conduje de vuelta hasta Malibú. Súbete a la Ola estaba cerrado.

¿Había yo levantado la liebre demasiado bien?

Me detuve en el centro cívico de Malibú y perdí una hora intentando localizar una licencia de negocios de la tienda de surf.

Cuando fueron registrados los papeles originales, los Shea vivían en el lado de la montaña, en Rambla Pacífica. Tres años más tarde, se trasladaron al bloque 20.000 de la Pacific Coast Highway.

Conduje de nuevo hacia el sur y encontré el sitio: un edificio Cape Cod de un solo piso, de madera blanca y postigos verdes, encajado entre dos grandes edificios de estuco. Probablemente era una de las casas originales de la playa en los años veinte o treinta, reminiscencias de un Malibú más tranquilo y más sencillo. A veces grandes tormentas arrastraban las viejas casas hasta el mar.

Llamé al timbre. No contestaron. El llamador era un león marino de bronce patinado por la sal. Lo usé para llamar en la verde puerta de madera un par de veces. Nada. Ni la furgoneta arreglada de Gwen ni el BMW de Tom estaban a la vista. Pero no había correo en el buzón, ni tampoco devoluciones.

Volví a casa y llamé al Gremio de Productores y supe que Curtis App era presidente de las Producciones New Times en Century City.

Llamé a New Times y me contestó una centralita automática que requería una licenciatura en ingeniería para entenderla. Oprimí el número 6 para hablar con el señor App y la comunicación se cortó.

Era justo después del mediodía.

Conduje hacia la ciudad y me dirigí hacia la biblioteca de la universidad.

El ordenador contenía una docena de referencias a App, las más recientes de unas críticas de cinco años atrás de una película que él había producido llamada *El campamento del hacha II*.

Fracaso de crítica. Quizás ese fuera su nexo espiritual con Lowell. Las siguientes siete citas eran del mismo tipo. Luego encontré un artículo de hacía trece años en *American Film* titulado APP SE DEFIENDE: EL PRODUCTOR DE TEEN PIX DICE QUE MANTIENE A LOS NIÑOS ALEJADOS DE LOS LÍOS.

La revista no estaba microfilmada, pero estaba en los estantes. El artículo era una entrevista en la que App admitía las terribles reseñas críticas que había

recibido para cada una de las nueve películas de erotismo blando y sangre y vísceras que había producido y admitía que « mis películas no son de Dostoievski, son palomitas de maíz para el cerebro. Pero no aparecen en ellas ni vello púbico ni pezones. Los chicos las ven, se entretienen y pasan un buen rato en los autocines. Mientras están allí, están apartados de las calles, así que piense en ello como en un servicio público. Como padre, yo prefiero que mi hijo vea *Janey va de patrulla* o *Luna roja sobre el campamento del hacha* que todo ese montón de basura que emiten por la televisión» .

La foto en color que acompañaba el reportaje mostraba a App sentado en el asiento del conductor de un Ferrari rojo descapotable de largo morro, con una satisfecha sonrisa en su cara, un cielo perfecto y palmeras como fondo.

Por la estrechez de sus hombros, un hombre bajito. Una cara delgada con facciones de ratón y una barbilla extremadamente puntiaguda.

Cabello gris, corte a lo César, camisa blanca de tenis, jersey rojo que hacía juego con el Ferrari. Muy bronceado.

No había ninguna mención a sus derechos sobre el libro de Lowell, así que o bien yo me había equivocado en mi suposición o bien era algo que él prefería olvidar.

Yendo hacia atrás, no obtuve nada de él durante los nueve años anteriores, y por fin un artículo en el *The Wall Street Journal* titulado ALIMENTACIÓN AL POR MENOR: UN MERCADO CRECIENTE.

Resultó ser uno de esos artículos ligeros del centro de la primera página que publica el *Journal* para entretener a los hombres de negocios estresados. El título completo rezaba: « Alimentación al por menor, un negocio creciente si se satisfacen las especiales necesidades de los consumidores: a Curtis App le gustan los germinados y las hortalizas exóticas» .

En aquella época (tres años antes de la fiesta de Santuario) App había sido analista financiero para un grupo de inversores especializado en cadenas de supermercados, máquinas de distribución automática, lavanderías automáticas y distribución de comida rápida. En el artículo predecía que los detallistas iban a tener que amoldarse a las especialidades étnicas y complacer necesidades especiales para tener éxito en un mercado crecientemente competitivo.

Una foto mostraba la misma cara puntiaguda con un cabello negro a lo Beatle.

¿De los comestibles a las películas de crímenes? Una asociación con Lowell podía haber sido el siguiente paso hacia el arte con mayúsculas.

Salí de la biblioteca y me detuve en una imprenta instantánea en Westwood. No había ningún cliente más en la tienda, y me costó exactamente veintitrés minutos obtener cincuenta tarjetas de visita.

Buen papel, color crudo sombreado, elegante escritura en relieve.

Sander Del Ware
Escritor independiente

Debajo de esto, un apartado de correos falso en Beverly Hills y un número de teléfono que había usado diez años atrás cuando hacía prácticas privadas. Puse tres tarjetas en mi cartera y el resto en la guantera del Seville, y me dirigí hacia Century City.

New Times Productions estaba situado en una negra torre de veinte pisos en la Avenue of the Stars. Una famosa película de unos años atrás había mostrado un edificio exactamente igual a ese, bajo el asedio de unos terroristas. En la película, un pícaro policía había derrotado a los chicos malos usando la astucia y la chulería. La mayoría de los ocupantes actuales del edificio real eran abogados y equipamientos cinematográficos. En la vida real, a los terroristas les habrían ofrecido un trato.

La compañía productora ocupaba casi toda la planta superior, con excepción de una oficina que pertenecía a una empresa llamada Advent Ventures.

La entrada de la New Times eran dos grandes puertas de cristal. Empujé una de ellas y se abrió silenciosamente sobre una sala de espera iluminada por la luz del día. El suelo era de granito negro, los muebles de Lucite, cuero blanco y acero, salpicados de azul oscuro. Unos ejemplares de *Variety* y de *The Hollywood Reporter* estaban apilados en unas mesas. Grandes pinturas en blanco y negro sin marco colgaban de las paredes grises.

Una chica que parecía tener unos dieciocho años, con una camiseta blanca y unos vaqueros muy ajustados con las perneras metidas en unas botas de cuero blancas y negras con espuelas, estaba sentada detrás de un pequeño mostrador. Su largo pelo liso era de color dorado veteado con ébano. Llevaba un diamante incrustado en la nariz. A pesar de su mala piel, tenía una cara bonita. Me quedé allí un rato antes de que ella apartara la mirada de sus cutículas.

—¿Sí?

—Busco al señor App.

—¿Su nombre?

—Sandy Del Ware.

—¿Es usted el masajista? Pensaba que vendría mañana.

Le tendí una tarjeta.

Ella no se mostró impresionada. El lugar estaba muy silencioso; no parecía haber nadie más por allí.

—¿Tiene usted... eh... una cita?

—Creo que el señor App querrá verme. Es acerca de Santuario.

Sus labios giraron un par de veces, como si estuviera extendiendo pitalabios.

Si hubiera habido un lápiz en su escritorio, podía haberlo masticado.

—Solo llevo aquí un par de semanas... Él está en una reunión.

—Al menos pregúntele —dije yo—. Santuario. Buck Lowell, Terry Trafficant, Denton Mellors.

Ella se angustió, luego marcó dos números en un teléfono de Lucite transparente.

—Es un productor. Acerca de Santa y Dylan... eh... Miller... Yo... ¿Qué...? Ah, está bien, lo siento.

Ella colgó el teléfono, lo miró, parpadeó con fuerza.

—Está en una reunión.

—No importa, puedo esperar.

—No creo que quiera verle.

—¿De verdad?

—Sí, no estaba dispuesto a que le interrumpiera.

—Oh —dije—. Lo siento. La reunión debe de ser con alguien importante.

—No, está so... —Se tocó la boca. Frunció las cejas—. Sí, es importante.

—¿Hay alguna gran estrella ahí con él?

Ella volvió a sus cutículas.

A su izquierda había un vestíbulo. Yo pasé junto a su escritorio y lo atravesé.

—¡Eh! —exclamó ella, pero no vino detrás de mí. Cuando doblaba la esquina, oí cómo pulsaba unas teclas.

Pasé unas puertas de fibra gris y pósters de películas que mostraban mujeres de grandes pechos con armas de la edad de la recepcionista, y modelos masculinos vestidos de cuero, con barba de cuatro días, fingiendo ser motoristas y soldados de fortuna. Las películas tenían nombres como *El callejón del sacrificio* y *Sangre caliente*, *bragas calientes*, y algunas tenían fechas de estreno recientes.

El circuito de los autocines o del vídeo.

Al final del vestíbulo había una gran puerta de latón labrado, abierta de par en par. De pie en la entrada estaba App.

Tenía unos sesenta años, un metro setenta de altura, quizás unos cincuenta y cinco kilos de peso. Su corte de pelo a lo César se había reducido a unos pocos mechones blancos cosquilleando una frente muy bronceada. Llevaba un cárdigan de cachemira amarillo pálido sobre una camisa de punto de color amarillo limón, pantalones negros con raya muy marcada y mocasines marrones de cocodrilo.

—Largo de aquí —dijo, con una voz calmada de hombre mayor— o le sacaré de una patada en el culo.

Yo me detuve.

Él repitió:

—Media vuelta y largo de aquí.

—Señor App...

Él cortó el aire con las dos manos, como un árbitro amonestando a un jugador de béisbol.

—Ya he llamado a Seguridad, maldito pelmazo. Dé la vuelta y evitará que le detengan y que su asqueroso periódico sea llevado a juicio de aquí hasta el otro mundo.

—No soy de ningún periódico —dije yo—. Soy un escritor que prepara una biografía de Buck Lowell.

Puse una tarjeta delante de su cara. Él me la arrebató y la sujetó a la distancia de su brazo, luego me la devolvió.

—¿Y qué?

—Su nombre apareció en mi investigación, señor App. Solo quería unos minutos de su tiempo.

—¿Cree que puede irrumpir aquí como un jodido vendedor?

—¿Si le hubiera llamado me habría concedido una cita?

—Demonios, claro que no. Y no va a conseguir una ahora. —Señaló hacia la puerta.

—Está bien —dije yo—. Escribiré las cosas tal como yo las veo. Sus derechos sobre *Mandato: vierte la luz*. Que financió Santuario solo para ver cómo se hundía al año siguiente.

—Eso son negocios. Suben y bajan.

—Bajan bastante —dije yo—. Especialmente por la parte de Lowell. Él cogió su dinero y subvencionó a tipos como Terry Trafficant y Denton Mellors.

—Denny Mellors —él rio sin abrir la boca—. Ella me había dicho algo de Santa Claus y Dy lan Miller. ¿Sabe usted quién es Dy lan Miller?

Sacudí la cabeza.

—Un buen gilipollas... y ese asqueroso periodicucho para el que trabaja. Cada semana tenemos multitudes de gilipollas como él, jodidos *paparazzi* arrastrándose alrededor del edificio como cucarachas, buscando estrellas. El otro día Julia Roberts estaba en la planta doce para una reunión y tuvieron que barrer a esos bastardos con escobas. Esto no tiene fin.

—Quizá necesitarían más seguridad —dije.

Él me miró. Esta vez su risa llegó con un relámpago de dientes enfundados.

Remangando la manga izquierda de su cardigan, miró un reloj tan plano que parecía un tatuaje de platino.

Oí pasos detrás de mí. App miró por encima de mi hombro, luego se inclinó hacia el marco de la puerta.

Volviéndome, vi a un enorme y pesado guardia de seguridad samoano. El nombre de su insignia era largo e impronunciable.

—¿Algún problema, señor App? —dijo con una voz de tuba que hacía parecer la de App como prepüber.

App volvió sus ojos hacia mí y estudió mi cara de la forma en que lo haría un director de casting. Sonriendo, puso una mano en mi hombro.

—No, el señor... Del Rey y yo estábamos charlando un poco nada más.

—Delondra me ha llamado.

—Un malentendido. Vamos a tener una reunión, Clem. Siento haberte molestado.

Yo sonreí al guardia. Él se pasó la lengua por los dientes y salió.

App llamó:

—¡Delondra!

La recepcionista entró, dando unos pasitos de geisha con sus pantalones ajustados.

—¿Qué pasa, señor App?

App se metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes sujetos por una garra de mono de plata. Extrajo cinco de ellos y se los alargó a la chica. Eran de cien.

—Gracias, señor App, ¿y esto por qué?

—El finiquito. Ya no trabajas más aquí.

La boca de ella se abrió. Una mano pequeña y suave se cerró alrededor de los billetes.

App le dio la espalda y dijo:

—Vamos... ¿cómo era, Sandy? Oigamos lo que tiene pensado. Quizá podamos sacar alguna idea para una película.

Dos de las paredes de su despacho eran ventanas, las otras dos, chapa de arce blanqueado. Las ventanas enmarcaban el condado de Los Ángeles tal como lo vería un halcón antes de bajar en picado. La madera encuadraba una pantalla de seda de Warhol de una sonriente Marilyn Monroe y unos estantes de plástico transparente llenos de guiones encuadernados. Algunos de los guiones tenían títulos escritos a mano en el lomo, otros estaban en blanco.

App se sentó detrás de un escritorio triangular de mármol azul, vacío excepto un teléfono azul de mármol, y me ofreció la otra silla que había en la habitación, negra, sin tapizar, de respaldo recto. A sus pies había una gran papelera de mármol llena de guiones.

—Bueno —dijo—. ¿Qué más ha hecho usted aparte de este libro?

—Periodismo —mencioné los nombres de unas pocas revistas, esperando que él no leyera demasiado.

—¿Qué le ha hecho empezar a escribir sobre Buck?

—La pérdida de la gracia. La idea del genio que se pierde.

—No bromeo. Darle dinero no fue una de las cosas más brillantes que hice. Puede escribir eso.

—¿Qué le hizo comprar los derechos de un libro de poesía?

—Buen corazón. Todo se estaba derrumbando en torno al bastardo. —Se tocó el pecho—. Tengo cierta debilidad por los tipos creativos.

—¿Por la misma razón financió usted Santuario?

—Sí. Ayudar a los jóvenes artistas. ¿Qué podría ser más jodidamente importante, verdad? (no ponga lo de «jodidamente»). Hey, ¿no toma notas?

—No he traído nada —dijo—. Creí que ya tendría bastantes problemas para pasar por la puerta sin llevar una grabadora y un bloc de notas.

—¿Lo ve? —Más dientes enfundados—. Nunca se sabe. Me ha cogido en un buen día. Soy una jodida Madre Teresa.

Debía de haber un cajón en el escritorio de mármol, porque sacó un trozo de papel y me lo tendió.

Papel de cartas de la New Times.

—Aquí —recuperó un guión encuadernado de la papelería—. Escriba encima de esto. ¿Necesita también que le dé un jodido lápiz?

Saqué un bolígrafo.

—Cinco minutos —dijo él—. Todo lo que pueda comer durante ese tiempo, y luego se larga. —Puso los brazos detrás de la cabeza y se sentó hacia atrás.

—Así que le gustaba la idea de Santuario. ¿Y la elección de los becarios de Lowell? —pregunté.

—¿Terry? Terry era un tipo con talento, realmente. Con problemas personales, pero quién no los tiene.

—Así que nunca le vio actuar violentamente.

—No conmigo. Solía poner todas esas poses de macho, andando por ahí sin camisa, con esos tatuajes de chicas desnudas. Pero tenía talento.

—¿Qué le ocurrió?

—Quién demonios lo sabe. El muy idiota tenía toda clase de cosas buenas a su alcance. Yo podía prepararle buenos platos, y entonces justamente desapareció.

—¿Cree que Lowell sabe adónde fue?

—Siempre creí que sí, pero él nunca lo admitió. Fue lo último entre nosotros. Después de todo lo que hice por ese bastardo, me imaginé que obtendría un poco de honestidad a cambio. ¿Le ha visto ya?

—Muy brevemente.

—Está enfermo, ¿verdad? El tipo nada en dinero y vive como un cerdo.

—Si es rico, ¿por qué le necesitaba para que le financiara?

Él deslizó sus brazos desde detrás de su cabeza y los colocó en el escritorio.

—Porque yo era un imbécil. No sabía que era rico, nunca lo investigué. Y eso que yo era analista financiero, no tengo excusa. —Dando golpecitos en el mármol—. Hey, esto es el mundo del espectáculo.

Otra mirada al reloj de platino.

Yo dije:

—¿Así que no tiene idea de lo que le ocurrió a Trafficant?

—No, pero si lo averigua, hágamelo saber. Ese gilipollas me debe un guión — moviendo la cabeza—. Estúpido asno. Podía haberse ganado la vida. Tenía buen oído para los diálogos, sabía cómo idear en términos de escenas. Ahora, Denny Mellors era otra historia... muy torpe de oído, aunque era una especie de tipo literario universitario. Y no era tampoco ningún *boy scout*. No había tenido los malos antecedentes que tuvo Terry, pero era antisocial desde que nació, mal carácter. Eso no significa que yo tenga nada contra los negros... aunque él ni siquiera era negro. Creo que su madre era blanca, o algo así. Hablaba como un blanco. Pero el tipo...

Moviendo las manos con repugnancia, puso sus pies sobre el escritorio. Las suelas de sus zapatos eran brillantes y negras, sin marcas.

—¿Qué hizo?—dije yo.

Él miró hacia fuera por la ventana. Las montañas San Gabriel estaban coronadas por una nube marrón.

—Sabe, amigo, hablar con usted me está dando ideas. ¿Tiene ya a alguien interesado en los derechos para el cine de su libro?

—Algo.

—¿Tiene experiencia en el cine?

—Realmente no.

—Entonces no se meta en nada. La gente le va a decir que pueden hacer toda clase de cosas para usted; mientras tanto, tienen ya la vaselina preparada para darle por el culo. Llevo en esta industria veinte años, y puedo hacer las cosas bien. Y ese libro suyo está encendiendo bombillas de ideas. Como usted decía, la pérdida de la gracia. ¿Sabe usted que aquel lugar era una colonia nudista? ¿Qué tal como ambientación? Escritores, artistas y nudistas. Los pone usted todos juntos y ocurren historias.

—¿Cosas violentas?—dije yo.

—Toda clase de mierdas. Tendría que cambiar un poco los detalles, por supuesto. A efectos legales. Quizá convertir a Lowell en músico... un violoncelista. Sí, eso me gusta. Es un retiro musical... nudistas y músicos, rock y clásica, todos mezclados... seductor, ¿verdad?

—Interesante. ¿Y quién sería el malo, Mellors? Eso no es demasiado políticamente correcto.

—Podemos convertirlo en blanco... de todos modos, era prácticamente blanco. Cabello rubio, pequeño bigote amarillo. Un tipo fuerte, grande, un macho... asqueroso.

—¿Cómo?

—Un tipo siniestro. Hablaba continuamente de hacer daño... de hacerles daño a las mujeres. No digo que hiciera algo realmente, pero si se habla de ello

el tiempo suficiente, ¿quién sabe?

—Ya veo lo que quiere decir —dije yo—. He leído acerca de la gran fiesta de inauguración de Santuario. Parecía algo salvaje... una orgía. Pudo ser un buen momento para que ocurrieran cosas desagradables.

Él miró al techo. Placas aislantes baratas.

—Quizá, sí. Como una cosa felliniana. Una *Dolce Vita* con ácido y hierba... una cosa de esas de los sesenta o setenta. Está volviendo ahora, ¿sabe?

—¿Estuvo usted en la fiesta?

—Al principio. Luego se volvió demasiado fuerte y mi mujer hizo que la llevara a casa.

—¿Vio a Mellors o a Trafficant?

—No —contestó él—. Demasiada gente, ruido, follón, todo tipo de historias. Una de esas situaciones en las que usted lo ve todo pero no ve a nadie, ¿sabe lo que quiero decir?

—La *Dolce Vita* mezclada con *El viaje*.

—Exactamente —desplazó sus ojos desde el techo hasta mí—. Usted sabe cómo centrar las ideas. ¿Tiene agente?

—Todavía estoy buscándolo.

—¿Ha cerrado un trato para un libro sin agente?

—Contactos del periodismo.

—¿Quién es su editor?

Le di un nombre.

Él asintió.

—Bien, consiga un agente o hable conmigo directamente, y quizá saquemos algo. Digamos una opción para dieciocho meses con los primeros derechos renovables.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Hey —hizo una mueca—. Quizá no necesite un agente. ¿Cuánto dinero? Lo habitual. Suponiendo que haya una cadena de televisión interesada. Pero tenemos que tenerlo todo ligado antes de ir a verles. Hoy en día, son más cautelosos que una virgen en un caballo... ¿no estaría usted pensando en la pantalla grande, verdad?

—Realmente...

—Olvídelo, Sammy. La televisión es la única forma. Ellos te dan oportunidades que no te dan los estudios, y aunque la sindicación no es la luna de miel que era antes, todavía se trata de algo serio. ¿Cree que podrá escribirme un resumen... una o dos páginas? Digamos para el próximo martes?

—Claro —dije yo—. Pero quiero discutir primero con usted algunos elementos de la historia, para asegurarme de que hablamos el mismo lenguaje.

—La historia —dijo él, despidiéndose—. Usted es el escritor. Deme el bien y el mal, algún conflicto, la resolución... quizás un poco de artes marciales. Las

cadena están maduras para las artes marciales, no ha habido nada decente desde *Kung Fu*. Músicos y nudistas y el mal. Por supuesto que no pueden salir desnudos, pero usted debe encontrar la forma de que todo el mundo sepa que están completamente en pelotas. Como una insinuación, ¿sabe lo que quiero decir? Pero respeto al cuerpo humano. Algo que las mujeres puedan seguir. El bien y el mal. Los personajes evolucionan, pero mantienen su básica naturaleza del bien y el mal. Cuanto más pienso en ello, más me gusta.

Se frotó ambas manos una contra otra y se puso de pie.

—Ha obtenido trece jodidos minutos por el precio de cinco, Sam.

—¿Ve usted a Mellors como el caudillo del mal? —dije yo.

—Si lo hacemos blanco.

—¿Puede decirme algo más acerca de él que pueda hacer cobrar vida al personaje?

—Un mal tipo. Como le dije, odiaba a las mujeres, las llamaba zorras manipuladoras. Yo le ayudé, después de que Santuario se cerrase. Le di trabajo porque me dio pena. Estaba trabajando en un libro, no podía acabarlo.

—¿El bloqueo típico del escritor?

—El bloqueo del dinero. Eso del bloqueo del escritor era el juego de Lowell. Mucho hablar y ninguna acción. De todos modos, Denny vino suplicándome porque sabía que yo era blando. Se confesó... él había dependido de Lowell. Estaba escribiendo su novela, iba a ser el acontecimiento más grande desde *Moby Dick* si algún día podía terminarla. Como yo era un benefactor liberal, le di un trabajo en mi empresa a cambio de una primera opción del manuscrito.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Estúpido. En una oficina. Escribir informes, rellenar contratos, fotocopiar. La idea era liberarle para que pudiera escribir. Entonces un día él viene y anuncia que ya no hay libro, sino un guión. La historia le conduce por sí misma hacia esa forma. Bien, eso me facilita mucho la vida. Espero seis meses, luego seis meses más.

Fue hacia la estantería. Mirando los estantes durante un segundo, sacó un volumen delgado y sin rotular, lo abrió, lo volvió a dejar y sacó otro, más delgado todavía.

—Esto es lo que me dio.

Cogí el cuadernillo. Encuadernado en color marrón, con cartulina jaspeada. El título rezaba:

LANOVIA

Un guión de Denton W. Mellors

—Lléveselo a casa —dijo App—. Usted me gusta, pero tiene que irse ya. Tengo una reunión.

Doblé mis notas y las guardé. App tiró el guión que yo había usado para escribir dentro de la papelería. Fuimos hacia la puerta.

—No he podido localizar a Mellors —dije—. ¿Tiene alguna idea de lo que le ha ocurrido?

—¿Quién puñeta lo sabe? Cuando le dije que no me servía esa mierda que se lleva usted, me insultó, me tiró una silla, rompió algunas piezas precolombinas, y se fue. Esa fue la última vez que le vi, gracias a Dios. Me asustó de muerte. Contraté a un guardaespaldas por primera vez en mi vida.

Salimos de la oficina y atravesamos el vestíbulo con pósters hasta el vacío mostrador de recepción. Abrió una puerta de cristal y la sujetó.

—Encantado de conocerle, Sammy... lo que le he hecho correr, eh, ja, ja. Ambos tenemos que pensar seriamente en lo que queremos sacar de esto, escribir algo, y luego podemos quedar para tomar algo. Digamos el miércoles. ¿Para comer?

Fui al centro comercial de Century City, encontré un café con reservados y me senté para tomar café y leer el guión de Denton Mellors.

No era un guión completo, pronto resultó evidente. Era solo un esbozo de cinco páginas a triple espacio, lo que App había llamado un resumen.

LA NOVIA

Vemos a un hombre que mira cómo se desnuda una mujer. Por su cara sabemos que él es un maniaco homicida, pero guapo y musculoso. El tipo de hombre que atrae a las mujeres.

Lleva un cuchillo de caza. Es de noche. La luna incide en él y relumbra.

El maniaco sale de su escondite y se introduce por una ventana deslizante de vidrio. La mujer está en la ducha, enjabonándose. Vemos el jabón en sus pechos y en su vagina. Se está masturbando, disfrutándolo.

El maniaco abre de golpe la puerta de la ducha. La mujer grita mientras el maniaco la viola analmente, luego él la corta a rodajas.

El maniaco se quita la ropa, se ducha en el baño de la mujer con el cuerpo de ella allí tirado. Luego se viste y conduce hacia casa, a su lecho conyugal. Su novia es joven, hermosa, virginal. Ella le ama locamente. Él es el amor y el placer de su vida.

El maniaco y su novia empiezan el jugueteo sexual y el maniaco le hace el amor tiernamente a su inocente y joven esposa: es capaz de una gran sensibilidad cuando la situación lo requiere. Cuando ella se corre, estruendosamente, la cámara corta y yuxtapone las caras de la novia y de la otra mujer atacada por el maniaco... ambas sus elegidas.

El prolongado y cataclísmico orgasmo de la novia se alterna con la tortura de la otra. Para el maniaco, todo es música...

Me las arreglé para acabarlo hasta el final, resistiendo la tentación de tirarlo a la basura.

En lugar de eso, lo llevé a casa y llamé a Milo en cuanto atravesé la puerta.

Pero él no estaba en la comisaría y tuve que contentarme con dejar un mensaje en Blue Investigations.

Intenté llamar a Lucy en Brentwood. El teléfono estaba descolgado, probablemente ella estaba durmiendo de nuevo. Llamé a mi servicio telefónico y recibí otro mensaje: Wendy Embrey quería hablar de problemas de facturación. Eso me irritó y no me preocupé de copiar su número.

Saqué una cerveza del frigorífico y me quedé mirando a un par de surfistas que intentaban dominar el infinito.

El resumen de Mellors gritaba dentro de mi cabeza como una alarma de coche.

Él, Lowell y Trafficant estaban unidos entre sí no por el arte, sino por su odio a las mujeres.

Habían descubierto intereses comunes.

Habían saciado sus necesidades juntos en la noche de la fiesta.

Lowell cerró el retiro menos de un año después.

¿Un nuevo uso para su terreno?

¿Otro tipo de cementerio?

Robin llegó a casa de buen humor y acabamos en la cama. Traté de mantener aquellas feas imágenes fuera de mi cabeza, preguntándome si sería capaz de hacer el amor.

Cuando llegó el momento, hice lo que tenía que hacer, pero mi mente estaba lejos de allí, emitiendo destellos como una luz de discoteca.

Ella se quedó dormida en seguida, pero yo estaba impaciente por levantarme. Me quedé echado durante mucho rato, sin moverme.

—¿Estás inquieto?

—Quizá me levante y vaya a dar una vuelta.

Ella empezó a incorporarse pero yo la besé en la frente.

—Descansa.

—¿Va todo bien, Alex?

—Es una de esas noches más de nervios. Ya me conoces.

—A veces me pregunto si es así. —Cerró los ojos y frunció los labios. La besé y le acaricié los párpados con los dedos. Ella se tapó con el cubrecama hasta la cabeza y se enroscó.

Fui en coche más allá de Broad Beach, Zuma, Colony, Carbon Beach. La Costa.

Brillaba una luz muy potente encima de la casa de los Shea. Dos coches típicos de Malibú estaban aparcados junto a la entrada, delante: un Porsche tipo bañera de dos plazas y un Corvette. Entre ellos había un Olds 88 más antiguo que

me parecía vagamente familiar. Aparqué detrás del Corvette y estaba yendo hacia la puerta principal cuando esta se abrió y apareció un hombre retrocediendo y dando traspiés.

Pensaba que oiría una voz desde el interior de la casa, pero los rugidos de la autopista y del océano combinados ahogaban las palabras.

El hombre fue hacia la casa de nuevo y yo me acerqué lo suficiente para oír una voz de mujer.

—¡Váyase! ¡Voy a llamar a la policía!

El hombre gritó:

—Solo...

—¡Fuera! ¡Váyase al infierno! ¡Llamaré a la policía!

El hombre se detuvo y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Adelante, Gwendolyn. Diles que eres una asesina.

Entonces cargó contra la puerta.

La mujer gritó de nuevo.

—¡Bastardo!

El hombre se tambaleó otra vez, empujado hacia atrás con fuerza.

Cayó en una zona iluminada.

Sherrell Best, con su traje oscuro y su corbata, su cúpula brillante y calva como una bola de billar.

Yo estaba justo detrás de él cuando la puerta empezó a cerrarse. Él movió rápidamente su pie derecho y lo metió dentro como una cuña, entre la puerta y la jamba. Su tobillo resultó atrapado. Gritó de dolor.

Amenazas e insultos de Gwen Shea. No hubo respaldo de Tom, así que ella estaba sola.

Best trató de liberar su tobillo, pero estaba cogido como en una prensa.

Gwen Shea siguió gritando a través de la abertura. Empujó su peso contra la puerta, tratando de aplastar el tobillo.

Yo grité:

—¡Déjelo, está atrapado!

Los ojos de ella se abrieron con pánico cuando me vio la cara. Abrió la puerta, dio una patada a la pierna de Best mientras yo tiraba para liberarla, y la cerró de golpe.

Best vacía allí, quejándose. Yo le arrastré hacia hiera pero cuando él se pudo poner de pie, se le doblaron las rodillas y tuve que sujetarle.

—Salgamos de aquí. —Traté de empujarle hacia el Olds.

Su cabeza se movió de un lado a otro.

—Yo me quedo.

—¿Y si ella llama a la policía?

—No lo ha hecho, ¿verdad? Porque sabe que es culpable. Yo puedo «oler» su culpa.

Él se cruzó de brazos de nuevo.

—¿Y si tiene un arma? —pregunté—. Así es exactamente como ocurren las cosas malas.

—Entonces añadirá uno más a sus pecados.

—Eso no resolverá sus problemas.

—¿Algo más podrá resolver mi problema?

—Esa no es una respuesta muy religiosa.

Él miró a un lado.

—Vamos —le exhorté—. Hablemos de esto racionalmente. He sabido algunas cosas que quizá...

Él me cogió la manga.

—¿Qué tipo de cosas?

—Si me deja y promete no enfrentarse con ella de nuevo, se lo diré.

Él miró hacia la casa. Sacudió la mano derecha y retrocedió. Miró a los veloces coches, luego una vez más hacia la casa. Todas las luces estaban apagadas.

—Lo tomo como un solemne juramento —dijo.

—Dígame —dijo él, sentado en el asiento del conductor y masajeándose el tobillo.

—¿Quiere que se lo vea un médico?

—No, no, estoy bien. Cuénteme lo que ha averiguado.

—Tiene que prometerme que no hará nada.

—¡No puedo prometerle eso!

—Entonces no puedo contárselo.

—¡Me lo había prometido!

—Es por su propia seguridad, reverendo.

—Puedo cuidarme solo.

—Ya lo veo.

Las aletas de su nariz se dilataron. Por un instante parecía cualquier cosa menos un hombre de Dios.

—Está bien. Me he puesto en ridículo. También lo hizo Elías, cuando bajó de las colinas enfurecido con Acab. También lo hizo Moisés, que hablaba con un arbusto, y Jesús, que se asociaba con los humildes y los necesitados...

—Reverendo, lo último que deseo es prolongar su sufrimiento. Yo también quiero averiguar toda la verdad sobre Karen.

—¿Por qué?

—Por mi paciente —resumí.

—Eso es difícil de creer.

—También que se pueda andar sobre el agua.

Él empezó a tocarse el tobillo dolorido, luego se detuvo y acarició con los dedos las llaves que colgaban de la puesta en marcha.

—Si realmente sabe algo, dígamelo, doctor. Confíe en que haré lo adecuado.

—No a menos que me prometa no actuar. Si se involucra como lo ha hecho esta noche, eso solo conseguirá retrasar las cosas.

—¿Retrasar las cosas? ¿Eso significa que hay algún progreso?

—Alguno. Lo siento, sé que ha vivido para esto desde hace mucho tiempo, pero va a tener que seguir así un tiempo más.

—Un tiempo. —Dobló el pie—. ¿Por qué ha venido aquí esta noche?

—Porque usted probablemente tenía razón acerca de que los Shea saben algo. Pero si usted se mete por medio, nunca averiguaremos el qué. Y no le voy a decir ni una palabra más a menos que esté seguro de que va a cooperar.

El dolor en sus ojos no tenía nada que ver con su pie.

—Está bien. Le prometo no hacer nada que se entrometa en su camino.

—Nada en absoluto —insistió—. Ningún contacto con nadie relacionado con el caso hasta que yo le diga que es seguro.

—Bien, bien. ¿Qué es lo que sabe?

—Considero eso un juramento religioso.

—No juraré en vano, pero tiene usted mi palabra de honor.

Le di alguna información, sin mencionar nombres. La posibilidad creciente de que algo le hubiese ocurrido a Karen durante la fiesta y de que Felix Barnard lo hubiera averiguado, tratado de aprovecharse, y muerto a causa de su codicia.

Un temblor de ira se apoderó de su rostro. Se obligó a calmarse. Una calma inquietante, casi como la muerte.

—Sabía que había algo raro en aquel hombre —dijo él—. Educado... demasiado educado. Nunca confié completamente en él. ¿Cómo murió?

Se lo conté.

—Por eso tenemos que ser cuidadosos, reverendo. Si el encubrirlo merecía la muerte por entonces, todavía sigue siendo así.

—Sí, sí —aceptó.

Pero no había miedo en él, solo una fría, tranquila conformidad. Yo le había pedido mucho. Pensando en el cuadro de su cocina (*El rapto de Dinah por Shechem*), me pregunté si no estaría poniendo demasiada fe en él.

—¿Y ellos? —Miró hacia la casa de los Shea.

—No están implicados directamente, hasta el momento, aparte del hecho de que pudieran haber contratado a Karen para que trabajase en la fiesta. Y todavía no hemos podido confirmar eso.

—No puedo creerlo. Sus evasivas. Fíjese en lo que ha pasado. Si ella es inocente, ¿por qué no ha llamado a la policía para que me detengan? Y su tienda

lleva cerrada dos días, no hay señales de él. Así que quizás él sabe que está pasando algo y ha abandonado la ciudad. ¿No es la huida la primera señal de culpabilidad?

—¿Cómo sabe eso de la tienda, reverendo?

Él no contestó.

—¿Más vigilancia?

Su sonrisa era siniestra.

—¿Qué es lo que le hizo decidirse a vigilarles ahora?

—Hablar con usted por teléfono el otro día. Podía decir por su voz que usted había averiguado algo. ¿Su paciente está dispuesto a verme?

—Mi paciente está de duelo. Ha habido una muerte en la familia.

—Oh, no. —Puso las manos en el volante y se inclinó—. Lo siento mucho... ¿Estaba él... o ella... muy unido al fallecido? ¿Puede decirme al menos el sexo de la persona con la que ha hablado, para que pueda rezar adecuadamente?

—Una mujer.

—Ya me lo imaginaba. La compasión de una mujer... pobrecilla. Esperemos que el tiempo por venir la ayude a superar su dolor.

—Esperemos.

—Por supuesto, usted no puede meterle prisa ahora. Estas cosas no se pueden forzar.

Se volvió y cogió mi mano.

—Cuando ella esté dispuesta, sea cuando sea, llámeme. Quizá yo pueda ayudar. Quizá nos podamos ayudar el uno al otro.

Yo asentí y salí del coche.

A través de la ventanilla del pasajero, me dijo:

—Usted es un buen hombre. Perdóneme por no creer en sus intenciones.

—No hay nada que perdonar.

—¿Es usted religioso, doctor?

—A mi manera.

—¿Y qué manera es esa?

—No creo en el azar del mundo.

—Un gran acto de fe. Yo trato de renovarla en mi mente, cada día. Unos días es más fácil que otros.

—Todo es extraño —dijo Lucy.

Eran las nueve de la mañana y finalmente la localicé en la casa de Brentwood.

—¿Cómo?

—En un momento dado voy a hablar con él y todo parece tan real. Luego me despierto y me doy cuenta de que he estado soñando y de que la verdad me hiere... Cree que eso es normal.

—Mucho.

—No he hecho nada aparte de dormir. Eso no me ayuda, me siento como drogada. Cada vez que trato de levantarme, solo tengo ganas de volverme a echar. ¿Debo forzarme a permanecer despierta?

—No, deja que la naturaleza siga su curso.

—¡Dios, le he perdido!

Lucy empezó a llorar.

—No estoy furiosa con él, él no podía evitarlo. Con esa droga tan fuerte, sin saberlo... Cuando tenía la necesidad de meterse algo, no podía pensar en nada más.

Más lágrimas.

—Qué dolor... qué desolación. Tengo el corazón roto... no sé si alguna vez podré recuperarme del todo.

—Todo cuesta su tiempo, Lucy.

—No puedo hacer hipnosis, no puedo concentrarme en nada... lo siento.

—No tienes por qué sentirlo.

—Más adelante. Lo haremos más adelante. Todo lo que puedo hacer ahora es llorar y dormir... ni siquiera deseo hablar. Lo siento.

—Está bien, Lucy.

—Lo siento, lo siento —se burló de sí misma—. Lo siento por el mundo. Por Carrie Fielding y los demás. Y por *Puck*. Y Karen. No la he olvidado. No la olvidaré.

Tres psicópatas en el bosque.

Felix Barnard que averigua algo acerca de ello. Muerto.

Los Shea, viviendo junto a la arena.

Doris Reingold, viva y pobre. ¿Se jugó su soborno?

Llevada en secreto fuera de la ciudad por Tom Shea. ¿A algún escondite, o algo más definitivo?

Barajé estas hipótesis un poco más. Barnard seguía apareciendo en mis pensamientos, como un dado cargado.

Si le habían asesinado porque estaba haciendo chantaje, la naturaleza llamativa de su muerte tenía sentido: un cadáver en la cama de un motel tenía un gran valor educativo.

¿Quién disparó? El asesinato había tenido lugar un año después de la desaparición de Karen. Por entonces, Mellors (o cualquiera que fuese su nombre real) estaba trabajando para App, y Trafficant se había esfumado.

Y el señor Bayard Lowell estaba viviendo en un espléndido aislamiento en Topanga Canyon.

No me imaginaba al Gran Hombre arriesgándose a una cita en un motel de infima categoría.

¿Y por qué esa particular zambullida en sábanas sucias?

¿Porque complacía a las putas? Mo Barnard había descrito a Felix como un mujeriego. ¿Le habían atraído allí con la promesa de otro soborno... el mayor, que él había estado pidiendo? ¿Contento por disfrutar un polvo rápido mientras esperaba?

Yo me lo imaginé con los pantalones bajados y felizmente expectante, en una estrecha cama gris de una habitación en penumbra, un vídeo porno puesto, licor en la mesilla de noche.

Una mujer en bragas y tacones de aguja. Ella sonríe y se mete en el baño con un guiño y un: « un momento, cariño» .

Se abre el grifo. El agua corre. Barnard se concentra en la película, sin darse cuenta de que la puerta se ha abierto.

Alguien se acerca junto al lecho y empieza a disparar. Alguien con una llave. ¿El recepcionista comprado? ¿La prostituta metida también en eso?

Bueno, y sin embargo, ¿por qué ese motel? Tres millas al este, Hollywood estaba repleto de palacios del colchón.

Quizá porque el asesino sabía que aquel sitio era bueno para hacer un trabajito confidencial.

La policía nunca había sospechado. De acuerdo con Milo, el motel era un lugar de líos crónicos, así que un delito más (incluso un homicidio) no sería una gran sorpresa.

Barnard había llevado una vida patética, perdiendo sus días en hurgar en los secretos de otras personas, aceptando dinero a cambio de investigar casos muertos.

Veinte años después, su propio caso aún estaba en punto muerto.

Un hombre sin importancia. ¿Se habían molestado alguna vez los periódicos

en publicar algo sobre esa muerte?

Esa vez me quedé más cerca de casa y usé la Biblioteca general de Santa Mónica en la calle Seis. El nombre de Barnard no aparecía en los ordenadores ni aquel año ni ningún otro. Pero al buscar bajo «homicidio» descubrí oro en los archivos de los periódicos:

Motel, homicidio en un. La policía dice que el Adventure Inn en el Westside es escenario de numerosos crímenes, el último el asesinato de un investigador privado retirado.

El artículo entero estaba postergado a un rincón de la última página de la sección de información metropolitana.

UN HOMICIDIO EN UN MOTEL CAUSA INDIGNACIÓN

La muerte por disparos por la mañana temprano de un investigador privado retirado en un motel del Westside, ha causado una creciente preocupación de los ciudadanos por este establecimiento. La policía confirma la historia de actividad criminal en el Adventure Inn del 1543 Sur de La Cienega Boulevard, incluyendo numerosos arrestos por prostitución, narcóticos, conducta desordenada y atraco. A pesar de las quejas de los vecinos, la policía aduce que legalmente no tiene poder para clausurar el negocio.

La víctima, Felix Slayton Barnard, de sesenta y cinco años, de Venice, fue encontrado muerto con múltiples heridas de bala en la habitación 11 del motel por el recepcionista, Edgely Sylvester, durante una comprobación matinal de las habitaciones. Sylvester declaró que no había visto ni oído nada, y cuando llegó la policía, todos los demás huéspedes habían desalojado las instalaciones. «No es ninguna sorpresa —dijo un espectador, que se negó a dar su nombre—. Se habían registrado para media hora».

Sylvester negó ningún conocimiento de que se practicase la prostitución en el motel. Cuando le preguntaron cómo es que no había oído los tres disparos, él dijo: «Hay mucho tráfico». Al interrogarle sobre por qué no se podían hacer gestiones para cerrar el motel, el capitán Robert Bannerstock del Departamento de Policía de Los Ángeles, Westside Division, dijo: «Este es un país libre. Todo lo que podemos hacer es salir e investigar los hechos. La gente debería tener cuidado sobre dónde pasa la noche».

La propiedad del motel está registrada como una corporación de Nevada, el grupo Advent, y los intentos de localizar a su director, Darnel Mullins, han resultado infructuosos.

Darnel Mullins.

Denton Mellors.

Trabajo confidencial.

Quedemos en el Adventure Inn, Felix. Habrá una habitación reservada para ti... tengo una puta allí.

Busqué algún Darnel Mullins en cada uno de los listines telefónicos del sur de California que poseía la biblioteca. Ningún Darnel; más de una docena de «D» se repartían entre varios condados. Treinta y cinco minutos en el teléfono público de la entrada eliminaron a la mayoría de ellos. El resto no estaba en casa.

Un callejón sin salida otra vez.

Me senté en una de las mesas de la biblioteca, tamborileando con los dedos hasta que se me ocurrió otra vía.

El empleado, Edgely Sylvester.

Gracias a Dios que era un nombre inusual y se encontraba registrado en el listín de Los Ángeles Central, en el bloque 1800 de Arlington.

Cogí la Pico Este, hacia el centro de la ciudad. La Cienega estaba a unos tres kilómetros antes de Arlington, y yo viré hacia el sur y me dirigí al 1543.

Seguía siendo un motel, ahora llamado Sunshine Lodge y pintado de azul turquesa. Tres edificios de ladrillos de ceniza alrededor de un hundido aparcamiento lleno de baches.

Dos furgonetas en el aparcamiento. Estacioné junto a una de ellas, la habitación 11 estaba en el rincón noroeste, esquinado respecto a la oficina. Un letrero de NO MOLESTAR colgaba del picaporte.

Fui a la oficina. Un coreano estaba sentado detrás del mostrador, mirando en un televisor un programa hablado en coreano. Una máquina automática en la pared dispensaba peines de bolsillo y preservativos, y un expositor de alambre en el mostrador estaba lleno de mapas de las casas de las estrellas. Robin me había enseñado una el año anterior, ofrecida por una compañía discográfica como un favor para una fiesta. Marilyn Monroe estaba todavía viva y vivía en Brentwood, y Lon Chaney vagaba por Beverly Hills.

El recepcionista me vio y dijo:

—¿Quiere una habitación?

No sabiendo qué decir, me fui.

El barrio de Edgely Sylvester estaba nada más pasar los antiguos grandes almacenes Sears cerca de La Brea, no lejos de la comisaría de policía del distrito

de Wilshire. La casa era un bungalow de artesanía marrón de dos pisos, subdividido en apartamentos. El césped delantero había sido convertido en un aparcamiento. Un oxidado Cadillac Fleetwood y un viejo Buick Riviera de veinte años lo compartían.

Dos hombres negros de unos sesenta años jugaban al dominó en una mesa de cartas en el porche delantero. Ambos llevaban camisetas blancas de manga corta y pantalones de punto, y el más grueso de los dos llevaba tirantes elásticos. Estaba calvo y tenía una piel húmeda color moka. Un cigarrillo colgaba de sus labios.

El hombre delgado era de color ébano y sus facciones eran afiladas, y aún resultaba atractivo. Conservaba todo su cabello y lo llevaba engominado. Podía haber sido el hermano sin talento de Chuck Berry.

Dejaron de jugar mientras yo caminaba hacia la entrada. Las fichas del dominó eran rojo brillante y transparentes, con puntos blancos. No tenía ni idea de quién iba ganando.

—Caballeros —interrogué—, ¿vive aquí el señor Edgely Sylvester?

—No —dijo el más delgado.

—¿Le conocen?

Ellos movieron la cabeza negativamente.

—Está bien, gracias.

Mientras me alejaba, el más gordo preguntó:

—¿Por qué lo quiere saber?

Llevaba el cigarro entre los dedos, húmedo y frío. Sudaba mucho, pero no parecía nervioso.

—Soy periodista —mentí—. De *Los Ángeles Times*. Vamos a publicar una historia sobre viejos crímenes sin resolver para el suplemento dominical. El señor Sylvester trabajaba en un motel donde ocurrió un crimen sin resolver hace veinte años. La víctima era un detective privado. Los jefes pensaron que podía ser un buen artículo.

—Con la cantidad de crímenes nuevos que hay cada día —dijo el delgado—. La ciudad se está derrumbando, no tenemos que hablar de estúpidos crímenes antiguos...

—Los nuevos asustan a la gente. En cambio los antiguos son más románticos... ya sé, yo también creo que es ridículo. Pero acabo de empezar, no puedo llevarle la contraria al jefe. De todos modos, gracias.

—¿Hay algo de dinero? —dijo el delgado—. ¿Por hablar con usted?

—Bueno, se supone que no debería pagar por las historias, pero si hay algo lo suficientemente bueno... —Me encogí de hombros.

Ellos intercambiaron una mirada, y el más grueso dejó una ficha de dominó.

Les pregunté:

—¿El señor Sylvester les contó algo del caso sin resolver?

Otra mirada entre los dos.

—¿Cuánto paga? —dijo el gordo.

¿Cuánto dinero tenía en la cartera? Probablemente poco más de cien dólares.

—No debería pagar nada. Tendría que ser algo realmente bueno. El gordo chupó la boquilla de su cigarrillo.

—¿Y si puedo localizar al señor Edgely Sylvester para usted?

—Veinte pavos.

Él aspiró por la nariz y se rio entre dientes y meneó la cabeza.

—Encontrarle no significa gran cosa —dijo yo—. ¿Cómo sé que querrá hablar conmigo? Él se rio un poco más.

—Si le paga lo hará, tío. Le gusta el dinero —mirando mi Seville—. ¿De qué año es, del setenta y ocho?

—Del setenta y nueve.

—¿El periódico no le paga lo suficiente para comprarle ruedas nuevas?

—Como ya le he dicho, acabo de empezar. —Me volví para irme.

Me dijo:

—Cuarenta pavos por encontrar al hombre.

—Treinta.

—Treinta y cinco. —Tendió una mano. Con una expresión afligida, saqué mi dinero y se lo tendí.

Sonrió, encorvando los dedos.

—Está bien —acepté—, ¿dónde está Sylvester?

Él profirió una risa honda y apuntó al otro lado de la mesa.

—Diga hola, señor Sylvester.

El hombre delgado cerró los ojos y rio, balanceándose en su silla.

—Hola, hola, hola. —Levantó la mano—. Hola de la estrella del espectáculo.

—Pruebe que usted es Sylvester.

—Cien pavos lo probarán.

—Cincuenta.

—Noventa.

—Sesenta.

—Ochenta y ocho.

—Sesenta y cinco, es lo máximo.

Dejó de sonreír. Su piel estaba tan reseca como húmeda estaba la de su compañero. Sus ojos eran dos trocitos de carbón.

—¿Treinta y cinco para él sólo por señalarme con el dedo, y yo sólo saco treinta más? Eso es estúpido, tío.

—Setenta, si usted es realmente Sylvester. Y eso es todo, porque me deja limpio —le ofrecí.

Saqué los billetes de mi cartera y los agité.

Frunciendo el entrecejo, él sacó un billetero de falso cocodrilo. Lo abrió y me

enseñó una tarjeta de la Seguridad Social emitida a nombre de Edgely Nat Sylvester.

—¿No tiene nada con foto?

—No lo necesita —dijo, pero volvió a buscar y me enseñó un carnet de conducir. Había expirado hacia tres años, pero la foto era la suya y el nombre y la dirección eran correctos.

—Está bien. —Le di uno de veinte y me guardé el resto del dinero.

—Hey. —Se levantó de la silla.

—Cuando hayamos acabado.

El hombre gordo dijo:

—Tenemos a un tío listo aquí, Eddy. Un tipo de la calle, sabes lo que es eso.

Sylvester miró al billete de veinte como si se sintiera corrompido.

—¿Cómo sé que usted es honrado, tío?

—Porque si se queja al *Times* y mi jefe averigua que le he pagado, me la cargo. No busco pelea, ¿de acuerdo? Solo una historia.

—Lo bueno es lo bueno, Eddy —dijo el hombre gordo, con regocijo—. Él se lo merece.

—Tu puta madre —replicó Sylvester.

El hombre gordo rio y resolló.

—¿Por qué dices eso, Eddy, cuando siempre he jodido con tu madre y ella me ha exprimido todo el jugo?

Sylvester le dirigió una larga mirada oscura, y durante un segundo pensé que habría violencia. Luego el hombre gordo vaciló, y parpadeó y Sylvester rio también. Cogiendo una ficha de dominó, la golpeó en la mesa.

—Continuará, gordo —dijo él, poniéndose de pie.

—¿Adónde vas, Eddy?

—A hablar con este tío, idiota.

—Habla aquí. Quiero oír qué historia de setenta dólares tienes que contarle.

—Ja. Pregúntaselo a mi mamá —y a mí—: Vamos a algún sitio donde la atmósfera no sea tan estúpida.

Fuimos bajando a lo largo de la manzana, y pasamos ante otras casas grandes subdivididas. El aire olía a humos de tubo de escape.

Cuando nos acercábamos a la esquina, Sylvester se detuvo y se apoyó contra una farola. Una mujer de piel oscura con un vestido de flores marrones pasó junto a nosotros. Unos niños pequeños la arrastraban, correteando como patitos, riendo y hablando en español.

—Esos vienen aquí —gruñó Sylvester—, y cogen trabajos por una mierda de paga, ni siquiera quieren aprender inglés. ¿Por qué no escribe sobre eso?

Se dio unos golpeitos en el vacío bolsillo de la camiseta y dijo:

—¿Fuma?

Meneé la cabeza.

—Me lo imaginaba. Ahora, ¿de qué crimen quiere hablar?

—¿Hubo más de uno en el Adventure Inn?

—Puede ser.

—¿Puede ser?

—Ese sitio no era bueno... Sabe lo que era en realidad, ¿no?

—¿Qué?

—Una casa de putas. Muy mala... chicas duras. Yo trabajaba allí solo porque lo necesitaba. Mi trabajo durante el día era limpiar desagües en las casas, y ese trabajo era irregular... ¿sabe lo que quiere decir? Cuando llueve, se taponan los desagües y las filtraciones entran por las ventanas y resquebrajan la casa, y la gente empieza a gritar: ¡socorro, socorro! Cuando no llueve, la gente se olvida de sus desagües; es una estupidez.

—El motel era su trabajo nocturno.

—Sí.

—Un sitio duro.

—Un mal sitio. Los propietarios lo querían así... no les importaba un pimiento.

—El Advent Group.

Me dirigió una mirada vacía.

—Eran unos tipos de Nevada —dije yo—. Eso es lo que decía en el artículo original.

—Sí, es verdad. Reno, Nevada; mi cheque venía de allí. Era una mierda porque no podía disponer del dinero en cinco días. Estúpido.

—El crimen del que hablo era el de un tipo llamado Felix Barnard. Ex detective privado. El artículo decía que usted lo encontró.

—Sí, sí, ya me acuerdo. Era un tío viejo, con el culo al aire, el pájaro en la mano —meneando la cabeza—. Sí, fue bastante malo, encontrarlo así. Le habían pegado un tiro en la cara. —Sacó la lengua.

—¿Qué más recuerda de aquello?

Nada más. Encontrarlo fue muy desagradable, yo quería dejar aquel estúpido trabajo después de aquello. De todos modos, trabajaba demasiado. Salía a las cinco de la mañana, me iba a casa, intentaba dormir un par de horas antes de salir para limpiar desagües. Tenía cuatro hijos, era un buen padre para todos ellos. Les compraba cosas. Los mejores zapatos. Mis hijos llevaban zapatos Florsheim al instituto, nada de esas estúpidas zapatillas deportivas.

—¿Inspeccionaba las habitaciones a las 5 de la mañana?

—Acababa por entonces. Empezaba a menos cuarto, así podía acabar y salir pitando de allí a las cinco. Si alguna de las habitaciones estaba vacía, le decía a la chica mexicana que la limpiara. Si todavía había alguien en ellas, ponía una

marca en el libro para el recepcionista de día. El del día era un trabajo fácil, nadie usaba aquel maldito sitio durante el día.

—Miró usted en la habitación de Barnard. ¿Eso significa que se suponía que estaba vacía?

—Se suponía, sí. Solo había pagado por un rato... un par de horas, supongo. Tenía que estar fuera.

—¿No había comprobado antes la habitación?

—Mire, yo no hacía más de lo que tenía que hacer, aquel era un sitio asqueroso. Si nadie más quería usar la habitación, ¿iba yo a preocuparme si algún estúpido idiota se quedaba veinte minutos más? A los propietarios no les importaba en absoluto.

—Un alquiler por dos horas. Así que Barnard no estaba allí para dormir.

Él rio.

—Bien. Usted debe de ser un universitario.

—¿Qué hizo usted cuando le encontró?

—Llamé a la policía, ¿qué otra cosa iba a hacer? ¿Cree que soy idiota?

—¿Y el gerente? Mullins. Darnel Mullins.

Él frunció el entrecejo.

—Sí, Darnel.

—¿Le llamó también a él?

—No, Darnel no estaba allí. Nunca venía excepto para sacarme a patadas de la oficina.

—¿Por qué hacía eso?

—Pensaba que era una especie de escritor. Aparecía de vez en cuando, mirándome por encima del hombro y echándome para poder usar la máquina de escribir. Por mí, estaba bien. Iba a comer algo... no a beber, no ponga que yo bebía, porque no lo hacía. Solo cerveza, de vez en cuando. En la privacidad de mi propio hogar, no en el trabajo.

—Seguro —afirmé—. ¿Así que Darnel se consideraba a sí mismo un escritor?

—Sí, como usted... solo que él estaba escribiendo un libro —rio por lo absurdo de aquello—. Estúpido.

—¿No era un buen escritor?

—¿Cómo iba a saberlo? Nunca me enseñó nada.

—¿Publicó algo alguna vez?

—No que yo supiera, y él seguro que me lo hubiera dicho; le gustaba darse bombo.

—Bueno —dije yo—. Puedo preguntarle a él, si es que consigo encontrarle. He estado intentando localizarle, pero no he podido. ¿Tiene idea de dónde puede estar?

—No. Y no pierda el tiempo. Aunque le encuentre, no le ayudará.

—¿Por qué no?

—Era un tipo estirado.

—¿Cómo estirado?

—Estirado y presumido. Y loco. Siempre furioso por algo, como si él fuera demasiado bueno para todo el mundo y para todo. Te miraba por encima del hombro. Y contaba historias. Como si hubiera ido a la universidad, demasiado bueno para aquel jodido trabajo; él iba a escribir su libro y salir de allí.

Me miró.

—Como si tuviera un sitio adonde ir y el resto de nosotros no lo tuviéramos.

—¿Recuerda dónde dijo que había ido a la universidad?

—A algún sitio de Nueva York. Nunca me fijé en ninguna de sus estúpidas historias, todo lo que hacía era quejarse y dárselas de algo. Su papá era médico; él había trabajado para una empresa de cine, conoció a todas las estrellas del cine en las fiestas —se rio—. Escribir un libro. Como si yo fuera idiota. ¿Por qué un hermano que podía hacer todas esas cosas iba a estar trabajando en un agujero como el Adventure? Pero él no admitía que era un hermano.

—¿No le gustaba ser negro?

—No lo aceptaba ni quisiera. Hablaba como si fuera blanco. Y para decirle la verdad, era tan claro como un blanco —riéndose otra vez, se pellizcó la piel del antebrazo—. Demasiado pálido. Y tenía el pelo amarillo... lanudo, pero amarillo verdaderamente. Como si lo hubieran untado con huevo... El señor Tostada con Huevo.

—¿Llevaba bigote?

—No lo recuerdo, ¿por qué?

—Estaba intentando imaginármelo.

Sus ojos brillaron.

—¿Va a poner mi foto en el periódico?

—¿Quiere que lo haga?

—¿Me va a pagar?

—No puedo hacerlo.

—Entonces olvídalo... o bueno, de acuerdo, si quiere... será mucho mejor que una foto de Darnel. Era un tipo muy feo. Grande y fuerte... decía que había jugado al fútbol en la universidad también. No admitía que era negro, pero su nariz era más chata que la del gordo de ahí atrás. Cabello amarillo y esos insulsos ojos azules... como los suyos, pero más claros aún. Sí, ahora que lo pienso, creo que llevaba bigote. Uno pequeño. Pelusa. Una pelusa débil y amarilla. Una cosa estúpida.

Le pagué el resto del dinero y Sylvester empezó a alejarse de mí.

—Una cosa más —le pregunté—. En el artículo, dijo que no pudo oír usted los disparos a causa del tráfico. ¿Tanto tráfico había a las cuatro de la mañana?

Él siguió andando.

Yo le alcancé.

—¿Señor Sylvester?

La misma mirada seca, furiosa, que había mostrado a su amigo.

Le repetí la pregunta.

—Ya le había oído, no soy idiota.

—¿No puede contestarme? —pregunté.

—No hay problema. No oí ningún disparo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. ¿Barnard se registró solo?

—Si eso es lo que dice en el periódico.

—No lo dice. Solo dice que su nombre era el único que aparecía en el registro. ¿Estaba con alguien?

—¿Cómo demonios podía yo saberlo? —Se detuvo—. Nuestro acuerdo se ha terminado, amigo. Su crédito se ha acabado hace rato.

—¿Estaba usted allí realmente, o fue una de esas noches en las que Darnel Mullins le hacía salir?

Él retrocedió y se tocó un bolsillo del pantalón. Daba a entender que llevaba un arma, pero nada abultaba en el bolsillo.

—¿Me está llamando mentiroso?

—No, solo trato de averiguar los detalles.

—Ya los tiene, ahora váyase. —Sacudiendo una mano—. Y no mande a ningún chico blanco con una cámara para que me saque una foto. Los chicos blancos con cámaras no caen muy bien por aquí.

Mi estómago rugía. Tomé el almuerzo en un *delicatessen* cerca de Robertson. Rabinos, policías y corredores de bolsa estaban comiendo pastrami y discutiendo sus respectivas filosofías. Pedí una sopa con pan ázimo, y mientras esperaba, intenté llamar a Milo a su casa, dispuesto a dejar otro mensaje. Rick contestó en

persona.

—Doctor Silverman.

—Hola, soy Alex.

—Alex, ¿qué tal va con la nueva casa?

—Muy despacio.

—Un verdadero follón, ¿eh?

—Mucho mejor desde que Robin se ha hecho cargo.

—Bien por ella. ¿Buscas a « El Carnicero » ? Se ha ido temprano esta mañana, tenía una especie de vigilancia.

—Deben de ser las Bogettes.

—¿Quiénes?

—Esas chicas que adoran a Jobe Shwandt.

—Probablemente. A él no le hacía ninguna gracia tener que volver a tratar con eso. Pero no creas que me ha contado gran cosa. Tenemos un nuevo acuerdo: yo no le cuento los bonitos detalles de los cortes y las suturas, y él no me recuerda lo podrido que está el mundo.

De vuelta a casa, intenté llamar de nuevo a la universidad de Columbia. Darnel Mullins se había licenciado realmente en la universidad y había hecho un año de especialidad antes de dejarlo... poco después de hacer la crítica de *Mandato: vierte la luz*. La oficina de alumnos tenía su domicilio familiar: una dirección en Teaneck, Nueva Jersey, y un número de teléfono que la acompañaba, pero cuando llamé contestó una tienda de ropa llamada Millie's Couture.

Recordando lo que Eddy Sylvester había dicho acerca de que Mullins decía que su padre era médico, llamé a información de Nueva Jersey y pregunté por algún doctor llamado Mullins que viviera en Teaneck.

—El único que tengo —me dijo la operadora— es un tal doctor Winston Mullins, pero está en Englewood.

En aquel número, un hombre con una voz de persona mayor y culta me contestó:

—¿Dígame?

—¿El doctor Mullins?

—Sí. ¿Quién es?

Le conté la historia de la biografía.

No contestó.

—¿Doctor Mullins?

—Me temo que no puedo ayudarle. Darnel murió hace mucho tiempo.

—Oh. Lo siento.

—Sí. Hace algo menos de veinte años. Creo que nunca llamé a Columbia para notificárselo.

—¿Estaba enfermo?

—No, fue asesinado.

—¡Oh, no!

—Ahí donde está usted, de hecho. Tenía un apartamento en Hollywood. Sorprendió a un atracador, y el ladrón le disparó. Nunca cogieron al culpable. Estoy seguro de que a Darnel le hubiera gustado mucho hablar con usted. Siempre quiso ser escritor.

—Sí, lo sé, tengo aquí uno de sus artículos.

—¿Ah, sí?

—Algo del *Manhattan Book Review*. Usaba un seudónimo. Denton...

—Mellors. Lo sacó de un personaje de un libro erótico. Lo hizo porque yo no aprobaba ese periódico... demasiado izquierdista. Después de eso, siguió usándolo, quizá para probarme algo, aunque no sé qué.

Parecía muy triste.

—Aquí dice que estaba trabajando en una novela.

—*La novia*. Nunca la acabó, yo tengo el manuscrito. He tratado de leerlo. No es el tipo de cosas que me gustan, pero no está nada mal. Quizá pudo haberlo publicado... siento no poder ayudarle.

—¿Qué tipo de libro es?

—Bueno, es difícil de explicar. Hay un poco de romance... el libro de un hombre joven, supongo. Adquirir experiencia, enamorarse. Una novela de aprendizaje, supongo que la llamaría.

Sintiéndome miserable, le dije:

—¿Podría usted enviarme una copia? Quizá pueda citarla en mi libro.

—No veo por qué no. Está ahí guardada en un cajón.

Le di mi dirección.

—Malibú —exclamó—. Debe de ser usted un escritor con éxito. Darnel dijo que era el lugar donde vive la gente de éxito.

De crítico literario a aspirante a novelista y luego a gerente de motel.

Trabajando para unos chicos de Reno.

El Advent Group. ¿Por qué me sonaba tanto ese nombre?

Incluso cuando dirigía el motel, él seguía manteniendo su ambición.

Sacaba a Sylvester de la oficina para usar la máquina de escribir de vez en cuando.

Por la forma en que Sylvester había reaccionado a mis preguntas, estaba seguro de que una de aquellas veces había sido la noche del crimen de Barnard.

Mullins preparó el golpe, quizás incluso apretó el gatillo.

Fue liquidado él también, a su vez, unos meses después.

Un hombre negro de piel clara. Rubio, ojos azules.

Un claro, ralo bigote, no la cimitarra negra que Lucy recordaba, pero como le había dicho a Lucy, los sueños a veces se burlan de la realidad.

Algo más que no cuadraba. La descripción del doctor Mullins de *La novia* no tenía ninguna similitud con la basura que App me había entregado a mí. ¿Había usado Mullins el mismo título para dos trabajos diferentes?

¿O acaso App me había dado aquel resumen de guión para despistar? ¿Dirigía mi atención hacia Mullins porque era « él » quien tenía algo que ocultar?

Recordé mi idea inicial de la desaparición de Karen: un hombre en un coche lujoso que la recogía en la carretera de Topanga. No había nada más lujoso que un Ferrari rojo.

Y sin embargo, no había nada que conectase a App con Karen, y Mullins no cuadraba como señuelo inocente.

Pensaba en la forma en que había naufragado su carrera después de la desaparición de Karen.

¿Lowell se distanciaba a sí mismo de los conspiradores?

¿Eliminaba a los poco fiables?

Karen, Felix Barnard, Mullins. ¿Y dónde estaba Trafficant?

Pero los Shea todavía vivían en la playa.

Dejé una nota para Robin y salí a la autopista una vez más. La furgoneta de Gwen estaba aparcada enfrente de su casa. Había un montón de coches alineados a lo largo de la orilla de la playa. No había espacio para el Seville, pero el terreno estaba prácticamente vacío. Aparqué y estaba a punto de aventurar una carrera para atravesar la autopista tan pronto como se hiciera menos denso el tráfico del norte, cuando vi que las luces de la furgoneta se encendían. Me quedé sentado un rato, sin hacer nada, y luego volví a arrancar el coche.

Me costó un minuto o dos meterme en el carril central, otro poco coger un desvío y dirigirme hacia el sur. Aceleré tanto como me permitió el tráfico y finalmente vi la furgoneta, a ocho o nueve cuerpos por delante. Se detuvo en el semáforo de la rampa para entrar en Ocean Front Avenue. Cuando se dirigió hacia el este en Colorado, yo estaba detrás a tres cuerpos y mantenía la distancia.

La seguí hacia Lincoln Boulevard, desde donde se dirigió otra vez hacia el sur, a través de Santa Mónica y Venice, luego a Sepulveda, donde continuó a velocidad estable, cogiendo casi todos los semáforos en rojo.

Cruzamos hacia Inglewood, una mezcla de suburbios de la era Eisenhower y nuevos negocios de asiáticos. Quince minutos después, nos acercábamos a Century Boulevard.

El aeropuerto.

La furgoneta entró en la zona de salidas y continuó hacia el aparcamiento frente a la Terminal Internacional Bradley. Dio unas vueltas por allí, intentando

encontrar un hueco en la planta baja, aunque los niveles superiores estaban menos llenos. Yo aparqué en el tercero, bajé las escaleras y esperé detrás de una barrera cuando apareció Gwen, diez minutos después, empujando la silla de ruedas de Travis, con el bolso colgando del hombro.

No llevaba equipaje.

Los aviones atronaban por encima de nuestras cabezas. Los coches pasaban veloces por la carretera, que serpenteaba a través del aeropuerto como una autopista.

Gwen anduvo hasta un cruce. Una luz roja la detuvo antes de que pudiera cruzar una calle de la terminal. Travis torció la cabeza, movió la boca e hizo rodar los ojos. Gwen miró a su alrededor nerviosamente. Yo retrocedí y mantuve la cabeza baja.

Ella llevaba un vestido de lino blanco de aspecto muy caro y zapatos planos blancos. Una hilera de perlas brillaba tenuemente en torno a su cuello. Su corto cabello oscuro brillaba, pero incluso a aquella distancia sus ojos parecían viejos.

Cabello corto. Aire tétrico. ¿La niñera gruñona que recordaba Ken?

¿Abandonó su puesto y volvió para descubrir que Lucy se había ido?

¿Salió a buscarla y la encontró andando sonámbula?

Ver y oír lo que había visto y oído Lucy podían ser motivos para un soborno.

La luz cambió a verde y ella entró en el gran vestíbulo brillante, de cristales verdes. Una docena de compañías aéreas despegaban desde allí. Gwen se dirigió al mostrador de Aeroméxico. Esperó en el mostrador de Primera Clase y se dirigió rápidamente al empleado. Él le sonrió, luego escuchó lo que ella le dijo. Travis se retorció y se inclinaba en su silla. La gente le miraba. La terminal estaba atestada. Unas monjas falsas pedían dinero. Recogí un periódico abandonado y simulé leerlo, y en lugar de eso miraba a una pantalla de televisión llena de información de vuelos.

El vuelo de Aeroméxico número 546 salía al cabo de una hora hacia Ciudad de México.

El empleado meneaba la cabeza.

Gwen consultó su reloj de pulsera, luego se volvió y señaló a Travis.

El empleado cogió el teléfono, habló, colgó, meneó de nuevo la cabeza.

Gwen se inclinó hacia él, tensa, con los músculos de sus pantorrillas sobresalientes.

El empleado siguió meneando la cabeza. Luego llamó a otro hombre. El segundo hombre escuchó a Gwen, cogió el teléfono. Meneó la cabeza. Media docena de personas se habían puesto en fila detrás de ella. El segundo empleado los señaló. Gwen se dio la vuelta. Su cara ardía de rabia y sus manos estaban crispadas.

Nadie en la cola dijo nada ni se movió, pero algunos de los viajeros miraban a Travis.

Gwen cogió la empuñadura de la silla de ruedas y la empujó hacia fuera.

La seguí mientras la empujaba a través de la multitud hacia una hilera de cabinas telefónicas. Todas estaban ocupadas y ella esperó, retorciéndose un mechón de pelo y dando golpecitos a un manillar. Cuando una de las cabinas se abrió, ella se metió y se quedó al teléfono quince minutos, echando más monedas y marcando números. Cuando salió, parecía agobiada y más nerviosa todavía, frotándose los dedos entre sí muy rápido, mordiéndose el labio, recorriendo velozmente con los ojos la terminal, arriba y abajo.

Yo la seguí de vuelta al aparcamiento. Subir corriendo los tres pisos y cronometrar el momento de mi salida del aparcamiento hacia el suyo fue difícil, pero conseguí situarme dos vehículos detrás de ella mientras pagaba en la cabina. La seguí fuera del aeropuerto y hacia la 405 norte. La cogió hasta la 10 oeste, luego salió por la carretera 1.

De vuelta a Malibú.

Pero en lugar de aparcar en La Costa, continuó unos kilómetros más.

El centro comercial al otro lado del muelle.

El aparcamiento estaba casi vacío. La única tienda que todavía estaba abierta era un local de sándwiches, brillante y amarillo. Metí el Seville en un rincón oscuro y me quedé en el coche mientras Gwen sacaba a Travis de la furgoneta.

Ella lo empujó hacia arriba por la rampa de la tienda de surf, luego se detuvo. Abrió el bolso, sacó su cartera y extrajo de ella una tarjeta de crédito dorada. Mirándola sin ver, la cambió de sitio y se frotó los dedos repetidamente. Travis se movía constantemente. Gwen sacó una llave. Estaba abriendo la puerta delantera de la tienda cuando yo subí y dije:

—Hola.

Ella levantó las manos a la defensiva, quitándolas de la silla de ruedas. Esta empezó a deslizarse hacia atrás y yo la coloqué en su lugar. El chico debía de pesar unos cincuenta y cinco kilos.

Los ojos de Gwen estaban dilatados y tenía la mano que sujetaba las ruedas echada hacia atrás, lista para golpear.

—¡Lárguese o gritaré!

—Pues grite.

Travis había colocado su cabeza en un ángulo imposible, tratando de mirarme. Su sonrisa era inocente y vacía.

—Lo digo en serio —dijo ella.

—Y yo también. ¿Cuál era el problema en el aeropuerto? ¿Los billetes no estaban allí, tal como habían planeado?

Su boca se abrió y su brazo cayó lentamente, la mano se quedó colocada sobre el pecho izquierdo, como prometiendo fidelidad.

—Está usted tan loco como su padre —exclamó.

—¿Mi padre?

—No se haga el tonto conmigo, señor Best —recalcando la última palabra, como si su conocimiento pudiera expulsarme de allí.

—¿Cree que soy su hijo?

—Sé que lo es. Le vi con él cuando trató de entrar. Ahora está haciendo preguntas por toda la ciudad, fingiendo ser otra persona.

—¿Fingiendo?

—Fingiendo ser un cliente, comprando un bañador. No queremos saber nada de sus asuntos, señor. Lárguese inmediatamente de aquí, y dígame a su padre que se van a meter los dos en serios problemas. La gente nos conoce en Malibú. O desaparece, o llamaré a la policía.

—Por favor, hágalo. —Saqué mi cartera. Tenía una tarjeta caducada que decía que una vez fui consejero de la policía, junto con una de Milo. Esperaba que la palabra «Homicidios» la impresionara. Esperaba que su pánico le impidiera recordar que la policía de Los Ángeles no tenía jurisdicción allí.

La confusión bloqueó su cara.

Travis dijo algo incoherente. Todavía me sonreía.

—Yo no... —ella inspeccionó de nuevo las tarjetas—. ¿Usted es un psicólogo?

—Es complicado, señora Shea. Pero adelante, llame a la policía, ellos se lo aclararán todo. Se ha vuelto a abrir la investigación sobre la muerte de Karen Best porque hay hechos nuevos, un nuevo testigo. Yo ayudo a la policía a interrogar a ese testigo. Ellos saben, ahora, que algo le ocurrió a Karen en aquella fiesta de Santuario y que usted, su marido y Doris Reingold recibieron dinero para mantenerlo todo en secreto.

Estaba echándome un farol. La forma en que ella luchó para mantenerse serena me dijo que había ganado.

Su ojo derecho se crispó.

—Tranquilo, cariño —dijo dirigiéndose a Travis, aunque él parecía feliz—. Esto es una locura.

—Como mínimo, estamos hablando de obstrucción a la justicia. Aunque los billetes de avión hubieran estado allí, nunca se le hubiera permitido embarcar. Creo que es bastante obvio que estaban ustedes siendo vigilados. Si yo fuera usted, empezaría a buscar algún arreglo para Travis. Algún sitio limpio y de confianza donde pueda quedarse mientras ustedes están enredados en el sistema legal. Adiós, que tenga un buen día.

Empecé a irme. Ella me cogió un brazo, pero yo me solté.

—¿Por qué me está haciendo esto?

—No le estoy haciendo nada. Para serle sincero, ni siquiera estoy aquí, oficialmente. Si la policía sabe que la he seguido, probablemente se preocuparán. Ellos creen que soy un blando. Quizá lo sea, pero he tratado a niños

con parálisis cerebral y sé que no es fácil, aun bajo las mejores circunstancias. Lo que ustedes tienen por delante está lejos de ser lo mejor.

Viendo cómo se retorció el chico y al recordar cómo le había mentido al doctor Mullins, la justicia parecía muy abstracta. Pensar en el cuerpo enterrado de Karen, en Sherrell Best y su pena, me acercaba un poco más a casa.

—¿Qué es lo que quiere?

—La verdad acerca de Karen.

—¿Por qué no viene la policía misma?

—Oh, lo harán. —Me volví de nuevo.

—No lo entiendo. ¿Usted trabaja con la policía, pero no está trabajando para ellos ahora?

—Ahora estoy aquí porque Karen es importante para mí.

—¿Usted la conocía?

—No le voy a decir nada más, señora Shea. Pero le haré una advertencia. Algunas personas creen que usted y Tom están involucrados en su muerte. Si lo estuvieron, no tenemos nada de qué hablar y realmente tienen que salir de aquí. Si no han hecho nada más que obstruir la justicia, yo podría intervenir a su favor. Mentir no les ayudará, porque las pruebas se están acumulando; es solo una cuestión de tiempo. Y si usted se va a México, la policía embargará su casa y esta tienda.

Un grupo de adolescentes llegaron a la sandwichería. Felices, gritando. De la edad de Travis.

Ella declaró:

—No sé nada de ningún asesinato, y esa es la verdad ante Dios.

—¿Por qué ha intentado salir de la ciudad esta noche?

—Vacaciones.

—¿Sin equipaje? ¿O se suponía que Tom debía llevarlo, junto con los billetes?

Ella se mantuvo inexpresiva. Yo me encogí de hombros y fui hacia mi coche.

—¿Y si yo no sé nada? —me gritó ella—. ¿Y si no puedo ayudar a nadie con lo que sé?

—Entonces no podrá ayudarse a sí misma.

—¡Pero si no lo sé! ¡Esa es la verdad! Karen... ella...

Gwen se vino abajo y escondió sus ojos tras los dedos. Travis la miró a ella, luego a mí.

Yo le sonreí. La mueca que me devolvió fue rápida... más que una mueca, sus ojos nublados y obtusos. Muchas personas con parálisis cerebral son intelectualmente normales. Los ojos me dijeron que él no lo era. A pesar de sus contorsiones era casi guapo, y se podía adivinar alguna traza del hombre joven que podía haber sido. Una débil, casi holográfica imagen de un bronceado chico de Malibú.

Su madre seguía teniendo la cara oculta.

Yo me dirigí hacia la silla.

—Hola, chico.

Él empezó a reír, atragantándose y tosiendo. Lo hizo más fuerte y trató de dar una palmada.

—¡Cállate! —gritó Gwen.

Una mirada abatida se abrió paso a través de los involuntarios movimientos faciales del chico. Este empezó a mover los brazos y a dar patadas con los pies. Sus labios se retorcieron como una manguera de jardín sin control y un ruido profundo y confuso salió de su boca.

—¡Aa... nglm!

Gwen lo abrazó.

¡Oh, lo siento, lo siento, cariño! ¡Oh, cariño, cariño!

Me sentí atrapado, como si renunciara a mi libertad de acción.

Gwen dijo:

—Él me necesita. Nadie sabe cómo cuidarle adecuadamente. ¿Ha visto los sitios donde meten a los chicos como él?

—Muchos —asentí.

—Pero lo va a meter en uno de ellos sin pensárselo dos veces.

—Yo no lo voy a meter en ningún sitio. No tengo poder oficial, aparte del hecho de que la policía a veces solicita mi ayuda. A veces incluso me escuchan. Me he visto implicado en el caso de Karen, y voy a seguir hasta el final.

—Pero yo no sé nada de ningún crimen. Esa es la verdad.

—¿Entonces, qué es lo que sabe?

Ella se volvió, de cara a la autopista.

—Usted sabe algo lo suficientemente valioso como para que alguien le pagase por su silencio —dije.

—¿Por qué continúa diciendo que me han pagado?

Yo la miré.

Travis hacía rodar la cabeza por debajo de su brazo.

—Fue hace veinte años —dijo ella.

—Veintiuno en agosto.

Ella pareció enferma.

—Todo lo que sé es que salió con unos chicos de aquella fiesta y nunca volvimos a verla, ¿de acuerdo? ¿Por qué tenía que valer algo eso?

—Dígame usted.

Ella miró al asfalto.

Insistí:

—También otras personas recibieron dinero. Algunos de ellos fueron asesinados. Ahora que la red se está estrechando, ¿qué le hace pensar que está a salvo? ¿O Tom, a propósito, donde quiera que esté en México?

Un nuevo miedo penetró sus ojos. Ella había sido hermosa hacía mucho

tiempo, una de esas delgadas, sonrientes chicas de la playa para las que se inventaron los bikinis. La vida la había cuarteado como la cerámica, y yo había añadido unas cuantas grietas más.

—Oh, Dios mío.

Un coche aparcó en el centro comercial. Cuando las luces de sus faros pasaron sobre nosotros, ella saltó. El coche iba hacia la sandwichería. Un viejo Chrysler de cuatro puertas. Dos hombres con cola de caballo y camisetas sin mangas de unos treinta años salieron de él. En el techo había sujeciones para tablas de surf, pero no las tablas.

Uno de los hombres puso las manos huecas junto a su boca y encendió un cigarrillo. Gwen se volvió de espaldas a ellos. No parecía asustada, más bien turbada.

—¿Viejos clientes? —pregunté.

Ella me miró, luego miró las llaves en la cerradura.

—Entremos —dijo.

Sin encender las luces, Gwen empujó a Travis hacia la parte posterior de la tienda y abrió una puerta. Dentro había un pequeño almacén muy ordenado: estantes metálicos llenos de mercancías, un escritorio y tres sillas plegables. Colocando a Travis en un rincón, sacó una caja y se la dio. Una máscara de buceo. Él empezó a darle vueltas y vueltas al paquete, sujetándolo con mucho esfuerzo, examinando una fotografía de una chica que buceaba como si fuera un puzle.

Gwen empezó a colocarse detrás del escritorio. Yo llegué antes y registré todos los cajones. Solo papeles, bolígrafos, grapas y clips.

Ella emitió una débil sonrisa.

—Sí, soy muy dura y voy a dispararle.

—Estoy seguro de que puede ser muy dura —miré a Travis.

Se sentó pesadamente. Yo cogí una silla.

—Dígame qué pasó.

—Prométame que ellos no se lo llevarán.

—No puedo prometérselo, pero haré todo lo que pueda. Si no tiene nada que ver con la muerte de Karen.

—Sigo diciéndole que no sé nada de ningún crimen. Solo sé que ella desapareció.

—De la fiesta de Santuario.

Asintió.

—Usted la contrató para que trabajara en la fiesta.

—¿Y eso me convierte en una criminal? La contraté como un favor. Ella necesitaba el dinero. Sus propinas no eran demasiado buenas porque ella tampoco era muy buena como camarera, siempre se equivocaba con los pedidos. Y ese hipócrita padre suyo no aprobaba que ella fuese actriz, así que nunca le mandó ni un céntimo. ¿Yo la ayudé, y ahora resulta que han asesinado a alguien y me tratan a mí como a una criminal?

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—¿Cómo voy a recordarlo? Fue hace veintidós años.

—Inténtelo.

Silencio.

—Hacia la mitad de la fiesta —informó—. No sé qué hora era. Estábamos trabajando: no le prestaba demasiada atención a Karen.

—Nunca le había dicho a nadie que ella estuvo allí, ¿verdad?

Más silencio.

—¿Se lo preguntaron los *sheriffs*?

—Ellos vinieron por el Dólar, unos días después de que desapareciera. Pensaban que se había perdido en las montañas. La buscaron con helicópteros.

—Y usted no les dijo nada en sentido contrario.

—¿Quién dice que fuera algo diferente? Pudo haberse ido de la fiesta con alguien e ir a las montañas.

—¿En mitad del trabajo?

—No era una persona muy fiable... solía llamar al Dólar diciendo que estaba enferma para poder ir a Disneylandia. Ir allí era una gran diversión para ella.

Gwen se mordió el labio.

—Mire, no la estoy despreciando. Era una chica agradable. Pero no demasiado brillante —las lágrimas le llenaron los ojos—. Nunca quise que le pasara nada. No hice nada para herirla.

Se puso otra vez las manos ante la cara. Travis se las había arreglado para darse la vuelta y la estaba mirando, fascinado. La caja se deslizó desde su regazo y aterrizó en el suelo. Intentó alcanzarla pero el cinturón de cuero le sujetaba, y empezó a gritar.

Gwen se descubrió la cara y empezó a levantarse de su silla.

Yo recuperé la caja y se la di, despeinándole el cabello.

—Aa-gaah —dijo él, haciendo una mueca—. Aa-gaaamnuhuh.

Gwen siguió:

—No hubo ninguna investigación intensa ni nada parecido. Solo apareció un agente y preguntó si alguien la había visto; luego se sentó y tomó café.

—¿Y el detective privado que contrató la familia de Karen? Felix Barnard. ¿Qué le preguntó él?

—Era muy raro. Un viejo baboso.

—¿Qué le preguntó?

—La misma basura que la policía: Cuándo fue la última vez que la vimos.

—Y usted le dijo que el viernes por la noche, después de que ella saliera del Dólar.

—Era un tipo mezquino. No quería tener nada que ver con él.

—Averiguó que Karen había estado en la fiesta. ¿Cómo?

—No lo sé, pero no fue por mí —negó ella.

Por la forma en que miró rápidamente hacia otro lado supe que me estaba ocultando algo. Decidí no presionarla, al menos en ese momento. Pensando en el tiempo inexplicado entre la partida de Karen del Dólar y la fiesta del día siguiente, le dije:

—¿Por qué fue temprano Karen a Santuario?

—El suministrador necesitaba a alguien que preparase las sillas y las mesas antes de que llegase la comida.

—¿Y usted contrató a Karen aunque no era de fiar?

—Me dio pena. Como le he dicho, necesitaba el dinero. —Gwen parpadeó varias veces.

—¿Es esa la única razón?

Ella respiró hondo y se volvió a Travis.

—¿Estás bien, cariño?

Ignorándola, él continuó estudiando la caja.

—¿Cuál es la verdadera razón de que eligiera a Karen para que subiera temprano, Gwen?

—Alguien llamó. Quería que mandásemos temprano a la camarera más atractiva.

—¿Quién?

Largo silencio.

—Lowell.

—Y Karen era la camarera más atractiva.

—Era guapa.

—¿Por qué sería tan importante la belleza si todo lo que tenía que hacer era preparar las cosas?

—No lo sé. No fue así como lo dijo. Más bien dijo, si tiene que mandar a alguien, que sea guapa, y algunas otras tonterías... estupideces que no recuerdo, acerca de la eterna belleza. No sé por qué, quizás él tenía por allí a algunos peces gordos y quería causar buena impresión... eso no era asunto mío. ¿Qué me importaba a mí quién fuera a preparar las cosas? A Karen le encantó ir.

—Le encantó ir a ver a esos peces gordos.

—Desde luego. Era todavía una turista... iba a Hollywood Boulevard a buscar estrellas de cine.

—¿Cómo subió Karen hasta Santuario?

—Alguien la llevó.

—¿Desde el Dólar?

—No, desde la autopista de la costa.

—¿Dónde de la autopista?

—En Paradise Cove.

—¿Justo en el desvío del Dólar?

Asintió.

—¿Quién la fue a recoger?

—No lo sé.

Apartó de nuevo la mirada.

—Eso no me ayuda demasiado, Gwen.

Travis me miraba. Yo le guiñé el ojo. Él rio, y la caja se deslizó de nuevo de sus dedos. Se la devolví, luego miré a Gwen. Dirigirle una dura mirada no me costó ningún esfuerzo.

—Vi el coche —declaró—. Lo vimos... Tom y yo. Salía justo cuando nosotros llegábamos. Pero eso fue todo. No pude ver quién lo conducía. Ni siquiera sé si era el mismo que luego la recogió. Ella se fue veinte minutos antes que nosotros. Alguna otra persona pudo haberla recogido.

—¿Cómo era el coche?

—Tom dijo que era un Ferrari.

—¿Lo dijo Tom?

—Él entiende de coches. Para mí fue solamente un coche y unas luces de freno. Tom estaba muy alterado.

—¿De qué color?

—Era de noche... Tom dijo que le parecía que era rojo. Dijo que la mayoría son rojos, es el color más frecuente de Ferrari.

—¿Descapotable o no?

—Descapotable, creo, pero la capota estaba puesta. No pudimos ver quién había dentro.

—¿Volvió a ver ese coche alguna vez?

Ella jugueteó con sus pendientes y se retorció los dedos, como si los estuviera exprimiendo.

—Había uno así allí.

—¿Dónde?

—En la fiesta. Había muchos coches elegantes. Porsches, Rolls... Los criados los aparcaban por la carretera arriba y abajo, un caos total.

—¿A quién pertenecía el Ferrari?

—No lo sé.

La miré.

No lo sé —repitió—. ¿Qué quiere que haga, que me lo invente?

—¿Tenía placas de matrícula especiales?

—No... al menos no me di cuenta. No me preocupé en absoluto, los coches no me interesan. Pensaba en la fiesta, en asegurarme de que todo saliera bien.

—¿Y lo hizo?

—¿El qué?

—¿Salió todo bien en la fiesta?

—La gente parecía pasárselo bien.

—¿Y Karen?

—¿Qué?

—¿Se lo pasaba bien?

—Ella estaba allí trabajando —saltó Gwen agudamente—. Sí, parecía feliz.

—Todos esos peces gordos. Ella se encogió de hombros.

—¿Se quedó a dormir en Santuario el viernes por la noche?

—No lo sé.

—¿Cuándo subió usted?

—El sábado por la mañana.

—¿Estaba Karen allí? Asentimiento.

—¿Cómo de temprano?

—A las siete y media, ocho. Subimos temprano para empezar a preparar la comida. Ella ya estaba levantada y andaba de aquí para allá.

—¿De qué humor estaba?

—Bueno. Había preparado las mesas y las sillas y estaba holgazaneando un poco.

—¿Qué hacía?

—Jugar con unos niños.

—¿Qué niños?

—Los de Lowell. Al principio, yo pensaba que eran sus nietos, porque eran muy pequeños, pero Karen dijo que no, que eran sus hijos. Eso le entusiasmaba.

—¿El qué?

—Estar jugando con los niños de alguien famoso. Ella era así, admiraba a los famosos como una papanatas. Empezó a decirme lo famoso que era aquel tipo, que había ganado el Premio Nobel o algo parecido. Todo era maravilloso para ella.

—Bastante impresionada con Lowell, ¿eh?

—Sí.

—¿Qué más dijo acerca de él?

—Eso fue todo.

—¿Le dio la impresión de que habían pasado la noche juntos?

—No tengo idea.

—¿Mencionó a otras personas que hubiera conocido? Movié la cabeza.

—¿Con cuántos de los niños de Lowell estaba jugando ella?

—Dos.

—¿Qué edad tenían?

—Pequeños, tres o cuatro años, algo así.

—¿Chicos o chicas?

—No lo recuerdo. ¿Por qué?

—¿Chicos o chicas?—repetí.

Ella se encogió de hombros.

—Probablemente niñas. Las dos tenían largas matas de cabello rubio. Eran guapas.

—Y Karen les hacía de niñera.

—No, solo jugaba con ellas por ahí... se reía, las perseguía. Ella quería hacer de niñera en lugar de servir la mesa. Dijo que la niñera habitual de Lowell se

había puesto enferma, algún tipo de operación de emergencia. Pero ella era demasiado cabeza de chorlito, así que le dije que no.

—¿Entonces quién cuidó de los niños?

—Otra chica.

—¿Su nombre?

Duda.

—Otra camarera.

Corto cabello oscuro. Gruñona.

—¿Doris Reingold?

Abrió la boca. La cerró.

—¿Por qué Doris? —inquirí.

—Ella era mayor, tenía dos hijos también. Supuse que sabría cómo tratarlos.

—¿Había por allí algún otro niño?

—No que yo viera.

Pero yo sabía de dos más. Encerrados en su cabaña.

—¿Qué hizo Karen entonces?

—Sirvió la comida, como el resto de nosotros. Nos hicieron trabajar como mulas. Fue una gran fiesta, cuatrocientas personas, toneladas de cosas. Se acabó el hielo y Tom tuvo que hacer varios viajes a Malibú para traer más. El suministrador era un tipo gay de muy mal genio, contrató a algunos trabajadores ilegales para que ayudaran y ninguno de ellos hablaba inglés. Entonces empezaron a actuar todos aquellos músicos. Instalaron sus equipos, hacían comprobaciones de sonido, a ver quién tocaba más fuerte. Luces y ventiladores portátiles, un generador, cables eléctricos por todas partes. Cuando la gente empezó a llegar, ya estaba casi oscureciendo. Frenético. A menos que haya trabajado sirviendo comida, no lo entendería.

—¿Había mucha droga y alcohol?

—¿Usted qué cree? Pero nadie del personal se mezcló con eso... yo tenía unas reglas muy estrictas. Si estás detrás de una mesa sirviendo ensalada de col, no puedes estar alucinando.

—¿Estaba Karen detrás de la mesa sirviendo?

—Al principio. Luego el suministrador empezó a gritar que alguien tenía que pasar las bandejas de entremeses, así que la mandé a ella. Fue la última vez que la vi: metiéndose entre la multitud con una bandeja. Y no crea que la busqué. Estaba como un pollo con la cabeza cortada, todo aquello era una locura. Trabajé hasta las cinco de la madrugada. La limpieza fue atroz; el suministrador se fue con todos sus mexicanos y nos lo dejó a Tom y a mí.

—¿Volvieron a tener turno en el Dólar el domingo?

—El domingo por la noche.

—¿Karen tenía que estar allí también?

—Sí, pero como ya le he dicho, siempre se tomaba tiempo libre, así que el

hecho de que no apareciera no nos extrañó.

—¿Cuándo se dieron cuenta por primera vez de que había desaparecido?

—Un par de días después, creo. No me acuerdo bien. No soy su madre.

—¿Cuándo le llamó Lowell?

—¿Quién dijo que me llamase?

—Sabemos que lo hizo, Gwen. Para arreglar lo del pago. Nuestra información es que fue tres días después de la fiesta. ¿Es verdad?

Ella giró uno de sus pendientes hacia un lado, luego lo cambió de sentido.

—Más bien cuatro o cinco, no lo sé.

—Hábleme de esa llamada.

Gwen se volvió a Travis.

—¿Estás bien, cariño?

El chico jugó con la caja y se rio tontamente.

Yo dije:

—Está bien, Gwen.

Otra vuelta al pendiente. Se aclaró la garganta, tosió. Se quitó algo de una uña.

Crucé las piernas y le sonreí.

—Está haciendo una montaña de un grano de arena. Él no dijo nada de ningún soborno. Nos pidió a Tom y a mí que fuéramos a verle, dijo que tenía una bonificación para nosotros. Por hacer tan buen trabajo en la fiesta.

—¿Dónde se reunieron con él, en Santuario?

—No, fuera, en el valle. En el boulevard de Topanga Canyon, antes de Ventura.

Una zona residencial de clase media-alta.

—¿Dónde del bulevar?

—Era... supongo que se le podría llamar un desvío. Un trozo de tierra vacía.

—¿En Topanga?

—Justo a las afueras del nuevo Topanga, realmente. Al doblar la esquina desde Topanga... una calle lateral. No recuerdo el nombre, pero probablemente podría indicárselo.

—¿Probablemente?

—Ha pasado mucho tiempo. Estaba oscuro, era casi medianoche.

—¿No encontró eso un poco extraño?

—Encontraba extrañas muchas cosas. Él era muy raro, siempre cotorreando; la mayoría del tiempo decía cosas sin sentido. La fiesta fue extraña. Él quería darnos dinero, y o no se lo discutí.

—¿Llegó solo?

Asintió.

—Él estaba esperando cuando llegamos allí, sentado en su coche.

—¿Qué tipo de coche?

—Un Mercedes, creo. Ya le he dicho que no entiendo de coches.

—Solo un encuentro informal a medianoche para recoger un poco de dinero.

—Tenía que ser tarde porque Tom y yo estábamos trabajando en el restaurante. Algunas personas tienen que ganarse la vida.

—¿Qué ocurrió después de que llegaran allí?

—Él seguía en el coche, nos dijo que habíamos hecho un buen trabajo en la fiesta y que nos iba a dar una bonificación.

Se retorció los dedos.

—¿Y qué más?

—Dijo que había algo más de lo que teníamos que hablar. No estaba seguro, pero pensaba que una de las chicas que trabajaba para nosotros se había peleado con uno de los invitados y había abandonado el trabajo.

—¿Nombró a Karen?

—Dijo que era la guapa.

—¿Dijo qué invitado era?

—No.

—¿Está segura?

—¡Sí!

—¿Eso significaba un enfrentamiento físico?

—Yo entendí que él quería decir simplemente una discusión... quizá pudo incluso haber dicho « discutido » , no lo recuerdo.

Había humedad en sus ojos. Me miró, haciendo alarde de sus lágrimas.

—¿Qué más?

Nada, él dijo que la chica no se había comportado bien, que se había pasado de la raya, pero que no haría nada contra nosotros ni se quejaría porque, aparte de eso, habíamos hecho un trabajo realmente bueno. Luego dijo que también teníamos que prometerle no decir nada acerca de la pelea. Porque la prensa iba a por él, y cualquier escándalo causaría un revuelo enorme contra él. Incluso si la chica desaparecía y la gente llegaba preguntando por ella. Porque cuando insultó al invitado, dijo algo acerca de que estaba muy enfadada y se iba de la ciudad.

—¿Sonaba a algo propio de Karen? ¿Insultar?

Ella se encogió de hombros y se secó los ojos.

—No la conocía tan bien.

—¿En el Dólar tuvo problemas alguna vez por perder los nervios con algún cliente?

—No, solo que se equivocaba con los pedidos. Pero en la fiesta fue diferente... había mucha presión.

—Así que supuestamente ella tuvo un acceso de ira, dejó la fiesta, y dijo que iba a salir de la ciudad.

—Eso es lo que él dijo.

—¿Usted le creyó?

—No pensamos en ello ni de una forma ni de otra.

—Y entonces les dio el dinero.

—Nuestra bonificación.

—¿Cuánto era?

Ella miró a Travis, luego hacia el escritorio.

—Cinco —dijo, muy bajito.

—¿Cinco qué?

—Mil.

—¿Una bonificación de cinco mil dólares?

—La factura del *catering* debió de subir cincuenta, sesenta mil. Aquello era como una propina.

—¿En efectivo?

Asintió.

—¿En un maletín?

—En una bolsa de papel... una grande, como las del supermercado.

—Una propina de cinco mil dólares en una bolsa.

—No era toda para nosotros. Era para repartirla con los demás.

—¿Quiénes?

—Los otros camareros.

—¿La gente del Dólar de Arena?

—Eso es.

—Nombres.

—Un chico llamado Lenny...

—¿Lenny Korcik?

Asintió, un poco sorprendida.

—Y Doris y dos mujeres más, Mary y Sue.

—¿Mary Andreas y Sue Billings?

—Si lo sabe, ¿por qué me lo pregunta?

—Korcik murió y Doris vive en Ventura. ¿Dónde están Mary y Sue?

—No lo sé. Ambas eran eventuales... *hippies*. Creo que hicieron autostop juntas hacia la ciudad. Se quedaron por allí un mes o dos más, luego se fueron y ya no supimos nada más.

—¿Juntas?

—Creo que Sue se fue con un camionero que pasó por el restaurante, y un par de días después Mary se unió a unos surfistas que iban conduciendo por la costa arriba. O quizá fuera hacia abajo, no lo recuerdo. No éramos íntimas ni nada parecido. Eran *hippies*.

—Pero se repartió el dinero con ellas.

—Claro, ellas habían trabajado.

—¿A partes iguales?

Larga inhalación.

—No, ¿por qué íbamos a hacerlo? Yo contraté todo el asunto. Y Tom y yo acabamos haciendo toda la limpieza.

—¿Cuánto les dio a ellas?

Ella murmuró algo.

—¿Cuánto?

—Dos cincuenta.

—¿Dos cincuenta para cada una?

Asintió.

—Dejando cuatro mil para Tom y para usted.

—Ellas no se quejaron. Se alegraron de tener algo.

—¿Doris también?

—¿Por qué no?

—Ella no parece una persona demasiado feliz.

—Eso tiene que preguntárselo a ella.

—Lo haremos, cuando la encontremos. ¿Adónde la llevó Tom, hace dos noches?

Ella se retorció violentamente las manos y dejó escapar un torrente de palabras soeces. Maldijo a Sherrell Best por espiarla.

—¿Dónde?—pregunté.

—Doris necesitaba que la acompañara al aeropuerto, así que la llevó.

—¿También tomaba unas vacaciones?

Gwen no contestó.

—Gwen —dije yo cansadamente—, si quiere hablar, de acuerdo. Si no, está en su derecho.

—Deme una oportunidad —pidió ella—. Es duro recordar todo eso... está bien, ella decidió huir de la ciudad. Se puso nerviosa después de que usted llegara preguntando por ahí. Pensaba que usted era el hijo de Best... todos nosotros lo creímos. Removiendo las cosas de nuevo. Ella no quería líos.

—Estaba nerviosa por su papel de encubridora.

—No era eso. Como dije, no hubo ninguna conspiración. Nosotros solamente...

—¿Solamente qué?

—Cerramos la boca. Así no te entran moscas.

Sonrisa amarga.

—¿Vio algo Doris que ustedes no vieran?

—Quizás... está bien, de acuerdo, pero no es nada importante. Ella misma ni siquiera estaba segura. Probablemente no fue nada.

Otro tirón al corpiño.

—¿Qué es lo que vio, Gwen?

—Fue... llevó a las niñas a dormir, salió para tomar una bebida. Cuando volvió, una de las niñas no estaba y la puerta exterior estaba abierta. Salió

buscando a la niña y finalmente la encontró vagando por allí, en la parte de atrás; había muchos árboles, senderos. Y todas esas otras cabañas. Como un gran campamento de verano... antes fue una colonia nudista. La niña estaba bastante lejos. Cuando Doris la recogió, ella empezó a parlotear. Hablaba de hombres malos, monstruos, que hacían daño a una chica, algo así. Doris creyó que había tenido una pesadilla y la llevó de vuelta. Pero cuando la puso en la cama, la niña empezó a gritar, se despertó la otra niña y también se echó a llorar. Doris dijo que se armó un buen follón, estaban alborotando de verdad. Pero con la música de la fiesta, no se podía oír. Finalmente consiguió calmarlas a las dos.

—¿Qué le hizo sospechar que la niña pudo haber visto algo realmente?

—Cuando Karen no apareció y le conté la misma historia que a los demás.

—¿Qué historia?

—Que ella odiaba a su padre y que él iba a venir para llevarla de vuelta a casa, así que ella había decidido huir de la ciudad.

—Los otros la creyeron, ¿por qué no lo hizo Doris?

—Ella dijo que Karen le había contado que quería a su padre.

—¿Doris les dijo eso a los otros?

Meneó la cabeza afirmativamente.

—Lenny era muy joven; era realmente estúpido, se hubiera tragado cualquier cosa. Mary y Sue eran *hippies*, tenían sus colegas.

—Así que Doris se guardó la historia para sí.

Se encogió de hombros.

—¿Por qué no les contó la historia de la pelea de Lowell?

—Se lo he dicho, él no quería que aquello se supiera. Nada que pudiera relacionarle a él con Karen. Realmente, inventamos esa otra historia para reemplazar la de él. Al principio él dijo que contáramos que su padre abusaba de ella. No quisimos hacerlo tan fuerte.

—¿Por qué no?

—Simplemente no estaba bien... era demasiado.

Me miró como buscando alabanzas.

—Así que los otros se lo tragarón, pero Doris no. Y ella empezó a preguntarse si la niña habría visto que le pasaba algo a Karen.

—Ella no sabía nada seguro, pero vino a verme y me dijo lo de la niña. Como si pensara en voz alta.

—Y quería más de dos cincuenta.

Silencio.

—¿Cuánto más le dieron?

—Setecientos cincuenta más.

—Mil en total. ¿Cuánto pensaba ella que les había dado Lowell?

Duda.

—Es solo cuestión de tiempo que la encontremos y se lo preguntemos, Gwen.

—Dos mil quinientos —pronunció ella muy bajito.

—Así que ella pensaba que tenía más que ustedes. ¿Cuándo se dio cuenta de que le habían tomado el pelo?

—No lo hizo.

—¿Entonces por qué siguen pagándole todavía?

—¿Quién dice que lo hagamos?

—La policía. Y Tom fue a recogerla y llevarla al aeropuerto. Obviamente, ahí hay alguna relación. ¿Tienen algún asunto ella y Tom?

Ella rio.

—No, él la odia.

—¿Porque les está haciendo chantaje?

—No se trata de eso.

—¿De qué?

—De chantaje o algo parecido. Ella simplemente recurre a nosotros cuando está en apuros... es como hacer caridad. Ella es... problemática.

—Jugadora compulsiva.

—Si lo sabe todo, ¿para qué me necesita a mí? —preguntó irritada.

—¿Cuánto tiempo llevan financiando su adicción?

—Va y viene. La mayoría del tiempo está bien, pero de repente se pone a beber y jugar y se autodestruye. Así que la ayudamos... es como una enfermedad.

Recordando a los chicos del patio, dije:

—¿Gana alguna vez?

—Si se juega lo bastante, alguna vez cae. Una vez ganó mucho dinero. Quince mil a los dados en Tahoe... quince mil. Al día siguiente lo perdió todo en la misma mesa. Lo sentimos por ella. Es prima de Tom, le hacía de niñera cuando era pequeño. Después de casarse, empezó a beber y jugar.

—¿Cuánto le habrán dado a lo largo de los años?

—Nunca lo sumamos, pero ha sido mucho. Probablemente podría haberse comprado una casa, pero no se preocupa por las cosas corrientes... por eso la dejó su marido. La ayudamos porque se trata de un familiar.

La habitación estaba fría pero ella sudaba, y su rímel empezó a correrse. Gwen cogió un pañuelo de papel de una caja del escritorio y tardó un buen rato en limpiarse los ojos.

Entendí ahora la hostilidad de Doris hacia ella y Tom. La rabia del que recibe caridad.

—¿Está bien? —dijo ella—. ¿Es bastante para usted?

—¿Adónde la ha llevado Tom?

—Al aeropuerto.

—¿Y adónde ha ido?

—No lo sé. Es la verdad. Dijo que quería salir de la ciudad durante una

temporada. Ya habló usted con ella. Estaba preocupada porque usted hubiera destapado las cosas.

—¿Se sentía culpable por no decirle a nadie lo que había visto?

—¿Cómo podría saberlo yo?

—¿Empezó ella a beber y jugar antes de la fiesta o después?

—Antes. Ya se lo he dicho, fue justo después de casarse. Solo tenía diecisiete años, y luego tuvo a sus hijos.

—Dos chicos. Uno en Alemania, otro en Seattle.

Ella miró a otro lado.

—¿Cuál es el nombre de su hijo de Seattle?

—Kevin.

—¿Kevin Reingold?

Asintió.

—¿En qué base del ejército se encuentra destinado?

—No lo sé, alguna de por allí.

—¿Es su prima y no lo sabe?

—Es la prima de Tom. No son familiares cercanos.

Miraba a Travis, que intentaba abrir la caja. Pero el envoltorio de plástico estaba tirante y sus dedos lo atacaban inútilmente.

Pelé un poco del plástico. Él rio y tiró la caja por el aire. De nuevo, yo se la recogí.

Gwen miraba los estantes.

—Así que Tom la acompañó fuera, y luego cogió un avión hacia México capital.

La caja cayó de nuevo. Esta vez, Travis la rechazó, sacudiendo la cabeza y arqueando la espalda. Le di una lata de cera para tablas de surf y empezó a darle vueltas entre sus palmas.

Gwen se echó a llorar y trató de parar las lágrimas apretándose la nariz.

Travis levantó la lata y gritó:

—¡Aa-ngul!

Ella le miró, primero con ira, después con frustración.

—Esto es estúpido. Usted hace que me sienta como una criminal, y yo no he hecho nada.

—¿Cuánto dinero más consiguió de Lowell?

—¡Nada!

—¿Fue un único trato?

—¡Sí!

—¿Cuántas veces le ha visto desde entonces?

—Nunca.

—Él vive en Topanga, ustedes a ocho kilómetros de allí en La Costa, ¿y nunca le han visto?

—Nunca. Es la verdad. Nosotros nunca subimos por allí; él nunca baja.

—¿Un solo pago de cinco mil dólares y ya está?

—Es la verdad. No queríamos tener nada más que ver con aquello.

—¿Porque después de oír la historia de Doris se preguntaban si Karen había resultado herida o algo peor?

—Simplemente, no queríamos tener nada que ver con él... era muy extraño. Todo aquello era muy extraño.

—Pero ¿no se preguntaron nada acerca de Karen? ¿Cinco mil dólares en una bolsa de papel y luego les pide que cierren la boca? ¿Les cuenta una historia falsa? ¿Y ella no vuelve a aparecer nunca más?

—Yo... tenía sentido, eso de que no quería publicidad. Era rico y famoso. Pensamos que cinco mil dólares para él no eran nada... de acuerdo, yo era ingenua. Tenía veinticinco años, llevaba trabajando desde los dieciséis, ¿qué se suponía que tenía que hacer, devolver el dinero e ir al *sheriff* a contarle que había gato encerrado? ¿Me hubieran escuchado ellos acaso? Está bien. Cuando aquel agente vino al Dólar, aquello fue plis-plas, adiós muy buenas, un café negro y un donut con azúcar. No se lo tomó en serio. Nos dijo que ella probablemente se había ido de la ciudad con algún chico, o quizás había hecho autostop y estaba por ahí arriba, en las montañas. Luego mandaron unos helicópteros a buscarla; ¡en realidad, ella podía estar por allí arriba!

—¿Y lo que vio Doris?

—Doris es muy rara. Bebe, pierde la noción de las cosas. Se juega quince mil dólares en un solo día. ¿Por qué tenía que prestar atención a una niña pequeña alucinando?

—Está bien —asentí—. Setecientos cincuenta para Lenny, Mary y Sue, otros mil para Doris. Eso dejaba tres mil doscientos cincuenta para usted y Tom. ¿Cómo transformar eso en un negocio y una casa en la playa?

—Teníamos más... ahorros. El trabajo de cinco años. Habíamos trabajado duro. Mucha gente lo hace.

Se tiraba un poco más del vestido. El lino se había arrugado. Su cara estaba enrojecida y húmeda.

—¿Entonces quién le habló a Felix Barnard de la fiesta?

—Nadie.

—¿Y cómo lo averiguó?

—No lo sé. Probablemente se lo imaginó. Hablando con Marvin, el propietario, acerca de los hábitos de trabajo de Karen. Marvin le dijo que ella faltaba mucho; él había estado pensando en despedirla, sospechaba que faltaba al trabajo para hacer pluriempleo.

—¿Marvin le dijo eso a usted?

Asintió.

—Como advertencia. Barnard llegó al Dólar como si fuera un cliente. Era

una de mis mesas y le serví yo, luego él me dio su tarjeta y empezó a preguntarme cosas de Karen. Yo le dije que no sabía dónde estaba... lo cual era verdad. Marvin no soportaba que confraternizásemos con los clientes, así que vino y me mandó a otra mesa. Entonces le vi a él sentado con Barnard y pensé, estupendo, va a averiguar lo de la fiesta. Entonces Barnard se fue y Marvin vino hacia mí, preguntándome si yo sabía dónde estaba Karen. Le dije que no. Me dijo: ese idiota cree que le ha pasado algo, pero en mi opinión ella está por ahí en algún sitio divirtiéndose o trabajando en cualquier parte. Entonces me dice que no aprueba el pluriempleo que hemos estado haciendo todos nosotros. A mí me conservará porque mi trabajo es bueno, pero Karen era una aficionada, ni siquiera era capaz de hacer su trabajo correctamente. Así que yo imagino que le dijo a Barnard que sospechaba que había hecho un trabajo de *catering*, y Barnard siguió husmeando hasta que averiguó qué fiesta era esa.

No fue una gran proeza de la deducción. La fiesta de Santuario salió en los periódicos.

—¿Intentó Barnard hablar con usted alguna otra vez?

—Nunca.

Y nunca registró su conversación con Marvin d'Amato.

—¿Adivirtió usted a Lowell que Barnard podía estar husmeando por ahí?

—¡No! Se lo he dicho, no he tenido nada que ver con él después de que me diera... la bolsa.

—¿La aparición de Barnard le hizo sospechar algo de la historia de Lowell?

—¿Por qué iba a hacerlo? Creí que el tacaño de su padre finalmente había decidido gastar algo de dinero en ella.

Tenia los brazos cruzados por encima del pecho como cartucheras.

—Cinco mil dólares Gwen. ¿Solo por evitar mala publicidad?

Ella trató de no mirarme. Yo esperé.

—De acuerdo —dijo—. Pensé que era posible que la hubieran matado o algo... Pero ¿qué podía hacer? Sea lo que sea lo que le ocurriera, el caso es que se había ido. Nada podría volverla a traer.

—¿Karen estaba metida en drogas?

—Fumaba un poco de marihuana.

—¿Qué tipo de drogas había por la fiesta?

—Marihuana, hachís, hongos, ácido, de todo. La gente estaba colocada, se quitaba la ropa, se iban juntos por los bosques.

Eso significaba que si había existido un enterramiento, no hubiera tenido que hacerse demasiado lejos...

—¿Karen era del tipo de chicas que se meten en esas cosas?

—¿Quién sabe? No era demasiado rebelde, pero tampoco era una científica nuclear. Estar en aquella fiesta era la cosa más emocionante que le había pasado en su vida. Había gente del cine por todas partes.

—Pero usted no la vio irse con nadie en concreto.

—No.

—¿Ni con Lowell?

—Nadie. Yo no miraba quién iba con quién. Estaba sirviendo cucharadas de porquerías caras y tratando de que la gente no metiera las mangas en ellas.

—¿Y Tom?

—Trabajaba en el bar. La gente lo consumía todo; ni siquiera pudo tomarse un respiro.

—¿Por qué se fueron a Aspen?

Gwen frunció el ceño, como si estuviera pensando.

—A causa de Best. Nos estaba volviendo locos, aparecía cada día ante nuestra puerta. Y estábamos cansados de ver la cara agria de Marvin.

—¿Por qué Aspen?

—Tom tenía un compañero que pasaba los inviernos allí, enseñando esquí. Había heredado una casa justo a las afueras de Starwood. Le dio trabajo a Tom atendiendo el bar de uno de los refugios. Yo me coloqué en una tienda de pieles. Estuvo bien apartarse de la comida.

—Todavía no comprendo cómo pudieron llegar de aquello hasta aquí.

—Trabajo duro y suerte. El amigo de Tom necesitaba algo de dinero en metálico con rapidez. La casa era todo lo que teníamos nosotros. No era gran cosa, solo una casita pequeña...

—¿Por qué necesitaba ese dinero tan rápido?

Confusión.

—Fue detenido.

—¿Por qué?

—Drogas —dijo ella, reluctante.

—¿Fueron las drogas lo que les llevó a ustedes a Aspen?

—¡No! ¡Fue él el detenido, no nosotros! Compruébelo por la policía de allí: Greg Fowler. Gregory Duncan Fowler III. Fue detenido por vender cocaína y necesitaba el dinero de la fianza, así que nos vendió la casa.

—¿Por cuánto?

—Trece mil. Él aportó dos mil suyos y así consiguió la fianza de quince mil.

—¿Tres de Lowell y diez de ustedes?

—Eso es.

—No está mal por una casa en Aspen.

—La casa no era la gran maravilla que parece. Realmente, era una cabaña. Una cabaña de caza. Tom y yo ni siquiera la queríamos, toda la instalación eléctrica y las cañerías estaban rotas. Pero Greg nos lo suplicó. Dijo que había una inmobiliaria dispuesta a quedársela y que nos haríamos un favor mutuamente. Vivimos allí mientras Tom la arreglaba... él es un manitas. El negocio de las inmobiliarias se disparó, con todos esos tipos de Hollywood que

llegaban y compraban terrenos.

» Nuestra casa estaba justo al lado de una gran parcela que pertenecía a un productor... Sy Palmer, el de *Ángeles Volantes*, de la televisión, ¿lo conoce? Deseaba realmente nuestro terreno, para poder construir unos establos de equitación, y nos pagó setenta y cinco mil. No podíamos creerlo. Entonces nos dimos cuenta de que teníamos que comprar otra casa o pagaríamos muchos impuestos, así que usamos los setenta y cinco para dar la entrada de una casa más grande, vivimos allí, la arreglamos, la vendimos por trescientos mil. No podíamos creer lo bien que nos iba. Entonces me quedé embarazada.

Su mirada a Travis estaba llena de ternura y sufrimiento. Él continuaba dándole vueltas a la lata.

—Los médicos supieron que había algo mal antes incluso de que naciera, pero al principio no parecía muy grave. Entonces... supe que tenía que estar en una gran ciudad, cerca de un hospital con instalaciones para rehabilitación. Dimos por seguro que Best había vuelto al este. Así que volvimos, dimos una entrada para una casa en la montaña en Rambla Pacifica, y abrimos la tienda. Tom pensó que todos sus antiguos compañeros surfistas nos darían trabajo, y lo hicieron. Así que vendimos la casa de la montaña y compramos la de La Costa.

Hablar de su ascenso financiero la había calmado.

—Eso es. Puede investigar nuestras declaraciones de impuestos con lupa. Nunca vendimos droga ni perseguimos el dinero. Vino a nosotros. Cuando Lowell nos dio aquella bolsa, nos quedamos conmocionados. Lo guardamos en un armario durante meses, nos limitábamos a sentarnos allí y mirarlo. Luego le dije a Tom: ¿qué bien puede hacer esto, quedarnos aquí sentados? Y Greg ya nos estaba llamando, hablándonos de las oportunidades de Aspen. Después de mudarnos allí, simplemente las cosas fueron pasando.

—¿Ha mantenido usted contacto con Greg Fowler?

—No.

—¿Y Tom?

No hubo respuesta.

—Vive en México ahora, ¿verdad, Gwen?

Silencio.

—¿Cerca de México capital?

Nada.

—¿Gwen?

—No, en un pueblo pequeño en la costa. Lejos de la capital. Ni siquiera sé el nombre.

—Todavía vende droga, ¿eh?

—¡No! —protestó— ¡Tiene una concesión de pesca!

—Tom ha ido allí, ¿verdad? ¿Cuando vuelva traerá una buena pesca de corbina o de bonitos?

—¿Y qué?

—¿Cuál es la dirección?

—No lo sé, Greg solo se lo dijo a Tom. Oficialmente, él todavía es un fugitivo. Por favor, no le meta a él en problemas, es un buen chico.

—¿Tom no le dio la dirección a usted?

—No, se suponía que... —tamborileó en la mesa.

—¿Se suponía que qué?

—Que iba a reunirse con nosotros. En México capital, con una furgoneta; luego íbamos a irnos juntos. Los billetes tenían que estar en el mostrador de salida. Yo misma los había comprado, me aseguré de que había atención especial a bordo, pero ellos dijeron que habían sido cancelados... que Tom los había cancelado. ¿Por qué haría él una cosa así? ¿Por qué?

Usé el teléfono de su escritorio para llamar a casa de Milo y me encantó cuando apareció el contestador.

—¿Detective Sturgis? Soy el doctor Delaware. Acabo de tener una larga conversación con la señora Shea... no, en su tienda. Sí, sé lo del aeropuerto, allí es donde... Lo sé, pero yo imaginé que... ella me ha dado lo que yo creo que es una información valiosa, quizás usted también lo pensará... No, no creo... ¿quiere hablar con ella? ¿Cuándo? Está bien... no, no lo creo. No, no está... todavía está en México... en un pueblo de pesca, ella dice que no sabe dónde y me inclino a creerla... ¿qué? No. No, no lo creo. Está bien, le veré entonces.

Colgué y me encogí de hombros.

—Me siento un poco estúpido al decir esto, pero no irá usted a abandonar la ciudad, ¿verdad?

Ella no me había quitado los ojos de encima mientras yo colgaba el teléfono.

—¿Cuándo vendrán a hablar conmigo?

—Pronto. Tienen que hablar con otras personas. Su nombre está en una especie de lista de espera en el aeropuerto. Si trata de abandonar el país, le confiscarán el pasaporte.

—No importa —dijo ella—. Me quedaré aquí, qué otra elección tengo.

Le dirigí una última sonrisa a Travis y me dirigí hacia la costa, pensando en veintidós años de engaños.

Aceptar un soborno y pretender que era una propina. Alimentar el hábito de Doris Reingold por los tapetes verdes y convencerse a sí mismos de que era por caridad.

Cinco mil dólares en una bolsa de papel.

Una vez que habían sido capaces a reducir aquello en su mente al capricho de un hombre rico, lo demás había sido fácil.

Gwen era una mezcla de insensibilidad y fragilidad. Dudaba, se resistía, luchaba por mostrarse a sí misma fuera de cualquier conspiración criminal. Sin embargo, mi instinto me decía que, a pesar de todo, había dicho la verdad. Si ella y Tom hubieran sido unos asesinos, no habrían tolerado que Doris Reingold los

hubiera puesto a prueba todo aquel tiempo.

Yo conducía más rápido de lo habitual. Antes de darme cuenta había pasado Látigo Shores y Escondido Beach, y llegaba a Paradise Cove, donde alguien con un Ferrari rojo había recogido a Karen en la autopista.

Lowell pedía una chica guapa para colocar las mesas y las sillas.

App (o un lacayo) la recogía.

Una fiesta privada antes de la grande.

¿Lowell, App y Trafficant? ¿Llevaba bigote el productor, por entonces?

Nada desagradable el viernes por la noche; ella estaba de buen humor a la mañana siguiente. Pero algo había ido muy mal al día siguiente.

Que sea una chica guapa.

Felix Barnard no era un Sherlock Holmes, pero se las había arreglado para averiguar lo suficiente como para merecer su propio soborno. Y un final en el Adventure Inn.

App, sentado allí, hablándome de platos.

¿Jugando conmigo?

Él era el patrón de Lowell. Lo bastante poderoso como para darle órdenes... Recordé su explosiva reacción ante mi intrusión, luego la forma fría y cruel en la que había despedido a su recepcionista.

Me había permitido entrar cuando yo le dije de qué se trataba.

Me sondeaba, evaluaba la amenaza.

Habló de la naturaleza violenta de Mellors/Mullins. Definitivamente, el guión era una distracción. Ni que decir tiene que Mellors no lo había escrito.

App, con años de experiencia maquinando y corriendo por Hollywood.

¿Se habría tragado mi historia de la biografía?

Quizá. No había tratado de retenerme ni de causarme daño. Ni siquiera se había quedado mi tarjeta.

Esperaba que volviera a verle para seguir con el trato...

Apreté a fondo el pedal del gas, avanzando firmemente por el Malibú rural. A esas alturas, no había luces en la carretera. La autopista se oscurecía y giraba. Seguía representándose a Karen, que se metía en el brillante coche rojo llena de doradas esperanzas.

Jugando con Lucy y Peter a la mañana siguiente hasta que Gwen hizo que Doris, la madre experimentada, se hiciera cargo.

Doris, que llevaba a dormir a los niños y luego se deslizaba afuera, a la fiesta. Vuelve tarde y descubre que Lucy se ha ido.

Sale corriendo para buscarla. La encuentra sonámbula, balbuciendo.

Unos hombres hacen daño a una chica.

Hombres poderosos. Que borran las huellas de un crimen... en un motel propiedad de unos tipos de Reno. El Advent Group. Ahora ya sabía por qué me era familiar aquel nombre.

La otra empresa que compartía el piso veinte con la empresa productora de App.

Advent Ventures.

App conservó a Mellors atado con una correa financiera para poder controlarle y utilizarlo. Primero, el «trabajo estúpido» en la empresa productora, luego le trasladó al trabajo del motel.

De crítico literario a director de un burdel. Lowell lo hubiera apreciado.

Podía imaginar el discurso de App. «*Piensa en ello, Denny. Sé que el trabajo está por debajo de tus posibilidades, pero es transitorio y todo lo que tienes que hacer es ir a echar un vistazo a aquella pocilga de vez en cuando (quizá incluso recoger algún material), ¿qué tal una serie basada en un motel? Todos esos personajes extraños que entran y salen. Podemos ofrecérselo a las cadenas televisivas. No te apresures a tomar una decisión ahora mismo. Piensa en ello y házmelo saber. Ven a casa, miraremos al océano y comeremos algo*» .

Todo iba colocándose en su lugar, sin embargo, Gwen solo había admitido que había visto a Karen deslizarse entre la multitud con su bandeja de entremeses, y el soborno de Lowell «podía» ser considerado realmente como una propina generosa.

Oí la voz de Milo, a guisa de superego del Departamento de Policía de Los Ángeles:

No hay pruebas.

Traté de llamarle otra vez aquella noche, y a la mañana siguiente. No hubo respuesta en su casa, y el oficial de guardia en el Departamento Westside no fue de gran ayuda.

Toda aquella información y no podía ir a ninguna parte con ella. Lucy no estaba concentrada en Karen, así que eso me daba algo de tiempo. Pero no estaba seguro de que la intimidación de Gwen Shea la última noche la pudiera mantener en la ciudad, y, sin ella, ¿qué tenía yo en realidad?

Seguí intentando localizar a Milo. Mientras tanto, tenía que correr para liberarme de la tensión.

Me estaba poniendo los pantalones cortos y una camiseta cuando me llamó mi servicio y la doctora Embrey se puso al teléfono.

Tratando de apartar la irritación de mi voz, dije:

—Hola, Wendy.

—Hola, ¿qué tal va Lucretia?

Fuera del caso, ella no tenía ningún privilegio.

—Bien.

—Bueno, estupendo. Era un caso extraño, nunca tuve la sensación de que realmente pudiera controlar aquello.

—¿En qué sentido?

—El intento de suicidio. Ella se mantuvo tan firme en que no había intentado matarse, parecía tan coherente. Así que ¿no ha sufrido ninguna psicosis subsecuente o una depresión grave?

—No.

—Bien. De todos modos, saludela de mi parte. Todavía pienso en ella.

—Lo haré, Wendy.

—En realidad, le llamo por otro motivo. Esto es delicado y no está obligado a contestar, pero ¿ha tenido algún problema para que le pague?

—No tengo ningún problema.

—Oh. Hum. Sé que esto es desagradable, pero creo que le dije que Woodbridge está en graves apuros financieros; el personal está sometido a una fuerte presión para no aceptar ningún caso que no sea de pago. Yo estoy sufriendo una presión especial porque este es mi primer año aquí... estoy a

prueba. Lucy no tiene seguro y no parece tener solvencia económica. La política estricta del hospital es hacerse cargo de las urgencias, luego transferirlas al hospital del Condado. Yo no lo hice porque ella me gustaba y su hermano me dijo que lo arreglarían todo. Pero el hospital acaba de notificarme que la factura que le mandaron a él a su empresa acaba de ser devuelta sin abrir, y él tampoco ha contestado a ninguna de sus llamadas. Ni a las mías tampoco. ¿Ha seguido usted en contacto con él?

—Ha estado muy ocupado. Su hermano Peter murió hace un par de días de sobredosis.

—Oh. Dios... Lo... siento, siento haberlo mencionado. Adiós.

Corrí y me preparé el desayuno. En las noticias, una de las Bogettes, una arpa veinteañera de mejillas hundidas llamada Stasha, estaba concediendo una entrevista a una periodista nerviosa y sin aliento. Llevaba el pelo cortado al cero, un chaleco de piel de cabra y un collar de colmillos de animal. Tenía un tatuaje de *Jobe es Dios* justo por encima de la ceja izquierda. Su boca se movía constantemente y sus ojos perseguían la cámara.

La periodista era una mujer rubia de veintitantos años, con llamativo cabello. Dijo:

—¿Así que usted dice que la policía ha llevado tan mal la investigación que Jobe Shwandt merece un nuevo juicio? Pero seguramente...

—Seguramente Jobe vive —contestó Stasha—. Seguramente la verdad saldrá a relucir. —El resto de su discurso sucumbió a los pitidos que enmascaran las obscenidades.

Apagué el receptor. Sonó el teléfono.

—Hey —dijo Milo finalmente.

—Acabo de ver a una de tus chicas en la tele.

—He pasado toda la noche siguiendo a esas brujas por la ciudad. El Monte, San Gabriel, South Pasadena, Glendale, Burbank. Conducen muy despacio, respetan las señales, incluso los stops.

—¿Adónde van?

—A ninguna parte, solo dan vueltas. Se quedan aparcadas en la calzada, esperan, luego vuelven a arrancar de nuevo... maldito juego. Al final se pararon para comprar una hamburguesa con patatas fritas en un palacio de la grasa que está abierto toda la noche en San Fernando. Una de ellas viene a verme en el aparcamiento y me ofrece una Pepsi. Después escupe dentro y me invita a que me aparee con los cerdos. Luego me dice adónde van a continuación. «¿Quiere un jodido mapa de carreteras, payaso?»

—Perfecto.

—Alistate en la marina, verás mundo. De todos modos, me has dejado un mensaje sobre la señora Shea. ¿Qué, la seguiste y luego la interrogaste?

—Algo así ocurrió.

—Eso me figuraba —gruñó—. Esperemos que no te denuncie. ¿Crees que ha estado a la altura?

Le dije por qué lo hice.

—Si App y Lowell están dispuestos a despachar gente, ¿por qué dejaron vivir a los Shea?

—Varias posibilidades —aventuré—. Si Gwen era sincera, ella y Tom realmente no sabían gran cosa. Y cada año que los Shea guardaban el secreto y no le pedían más dinero a Lowell podría haberles tranquilizado. Por otra parte, ahora los Shea están tan instalados en el sistema como Lowell y App. Gente de negocios respetable. El hecho de que ellos cogieran dinero para ocultar información sobre una chica que acabó asesinada no contribuiría demasiado a su imagen cívica. Y si Doris hubiera averiguado que ellos se quedarían con dinero de ella, hubiera perdido los estribos y probablemente hubiera tratado de incriminarles. Parece que ella se siente agraviada por su éxito.

—Unos chicos encantadores —dijo él—. Como los que aseguraban que no olían las cámaras de gas... Está bien, ahora sabemos con seguridad que Santuario fue el último sitio donde fue vista Karen. Pero...

—No hay pruebas de ningún crimen. Lo sé.

—No sin un cuerpo.

—Hasta ahora el sueño de Lucy ha venido resultando cierto, Milo. Así que el cuerpo muy bien podría estar allí.

—¿Después de todos estos años? Puedo entender que la escondieran allí durante un cierto tiempo, Alex. Pero ¿por qué serían tan estúpidos como para dejarla?

—Arrogancia. Estoy seguro de que Lowell se ve a sí mismo por encima de la ley. Y si lo analizas bien, es un lugar muy seguro. ¿Quién iría a buscarla allí? Y aunque lo hicieran, con todo ese terreno, ¿quién sabría dónde buscar?

Una sensación de náuseas me golpeó de pronto.

—Oh, demonios.

—¿Qué?

—Mi visita a App, ayer. Si hace comprobaciones y averigua que mi historia de la biografía es falsa, empezará a sospechar algo. Si el cuerpo está todavía donde Lowell, podrían cambiarlo de sitio muy pronto.

—No te mortifiques, no creo que eso represente ninguna diferencia. Aunque nadie toque el cuerpo, nosotros tampoco podemos. Ni siquiera acercarnos a algún fundamento para una orden judicial. Y después de todos esos años, lo más seguro es que ya no haya cuerpo propiamente dicho. Los animales se llevan los huesos, los dispersan. Si App es listo, se quedará quietecito y no atraerá la atención sobre aquel lugar.

—Quizá, pero en el pasado no dejó que las cosas se tranquilizaran. Él y Lowell eliminaron a gente que se cruzó en su camino.

—¿Y por qué no han matado a los Shea y a Doris? Respuesta: están discriminando. Suponiendo que la historia de Gwen sea verdad. No lo olvides, todo lo que tenemos para implicar a App es el Ferrari. Cualquiera pudo conducirlo.

—Pero Lucy recuerda que alguien daba órdenes a Lowell. App podía estar en situación de hacerlo.

—También Trafficant. Y ahora que has metido a Mellors en el asunto, tenemos cuatro chicos malos. Así que no empieces a pensar en el sueño como si fuera el evangelio.

—Está bien —acepté—. Pero es exasperante... acercarse tanto y no poder agarrarlo.

—Únete al club. De todos modos, déjame investigar al señor App.

Le dije dónde estaba la oficina del productor en Century City.

—En la época de la fiesta vivía en Malibú. Junto a la playa, sin duda.

Llamé a Lucy. No obtuve respuesta. Cogí el Seville y me dirigí al sur por Topanga Canyon.

Solo una rápida mirada para ver si otros coches aparte del de Lowell estaban aparcados frente a la casa, luego daría la vuelta.

O quizá, si me apetecía, otra visita al viejo. A ver cómo estaba soportando su pérdida. Como mucho, me maldeciría y me echaría de allí. Si estaba durmiendo una de sus largas siestas, trataría de convencer a Nova para dar otro paseo.

Por el bosque.

Árboles como de encaje.

Cuando llegué al cruce de Old Topanga Road, tuve que parar porque llegaba un camión. Mientras esperaba para girar a la izquierda, vi un coche estacionado en el aparcamiento del mercado al otro lado de la calle.

Un Colt azul. Una joven al volante. Cuando pasó el camión, di la vuelta en redondo y aparqué junto a él.

Lucy miró hacia fuera por la ventanilla, se sorprendió. Luego sonrió.

Los dos salimos de nuestros coches. Ella llevaba una camisa de cuadros, unos vaqueros y unas botas de montaña. Su pelo estaba recogido en un moño.

—Hola —dijo.

—Hola.

Miró hacia atrás a su coche, con culpabilidad. En el asiento había una taza de café vacía y un donut.

—No es una gran comida —dije.

—Yo... probablemente pensará que es estúpido, pero he decidido subir ahí y

enfrentarme con él.

—No es estúpido, pero el momento no podría ser peor. En los últimos dos días he averiguado cosas que indican que Karen Best desapareció durante la fiesta de Santuario. Y tu padre pagó a algunas personas para que lo mantuvieran en secreto. Hay otros hombres implicados también. Otras personas pudieron morir porque sabían algo de esto.

El color abandonó su rostro a retazos.

—¿Por qué no me ha contado esto?

—He tratado de llamarte varias veces.

—Oh... He estado fuera.

—¿Con Ken?

—No, iba yo sola conduciendo por ahí. Él ha tenido que ir a su oficina. Ha sido muy bueno conmigo, pero ahora prefiero un poco de paz y tranquilidad. Aunque no hago más que pensar continuamente en *Puck*.

Mordiéndose el labio, se cruzó de brazos y se abrazó a sí misma.

Yo me acerqué un poco más.

Ella retrocedió.

—Lo peor de todo fue el funeral. Ver cómo le echaban tierra encima... El funeral fue lo que hizo cristalizar las cosas para mí. La forma en que «él» apareció con aquel horrible traje blanco, con su querida. Exhibiéndose, como si todo aquello fuera una actuación. Ni siquiera en un momento como aquel pudo ser decente. Eso me convence de que él es capaz de seguir haciendo cualquier cosa asquerosa impunemente. Es hora de que alguien le pare los pies. Siento no haberle consultado antes, pero finalmente necesitaba hacer algo por mí misma.

Tal como lo veo, siempre has sido bastante independiente.

No. Solo estaba sola. Y ahora voy a subir. Por favor, no trate de detenerme, doctor Delaware. ¿Qué es lo peor que puede hacerme? ¿Tratar de atropellarme con su silla de ruedas? ¿Incitar a su amante contra mí?

—Lucy...

—¿Y qué está usted haciendo aquí? —sonrió ella—. Va a subir, ¿verdad?

—Lucy, esa gente es peligrosa...

—¿Quiénes son ellos? ¿Cuáles son sus nombres?

—El principal probablemente sea un productor de cine llamado Curtis App.
—Le describí el aspecto que tenía hacía veintiún años.

—No me suena, así que quizá era el que estaba de espaldas... ¿pero quién era el otro, el del bigote?

—Hay al menos dos posibilidades. Trafficant u otro escritor llamado Denton Mellors. Un hombre grande, negro pero de piel clara. Llevaba bigote, aunque era débil, como el de Trafficant, y rubio. Fue uno de los asesinados, posiblemente porque sabía lo que le había ocurrido a Karen.

—No —negó ella—. El hombre que yo vi era blanco, definitivamente. Y el

bigote era espeso y oscuro.

—Tu sueño puede ser exacto en unos aspectos y en otros no.

Ella se volvió y abrió la portezuela del coche.

Yo le sujeté la muñeca.

—Vi a App ayer, le conté una historia falsa acerca de que estaba haciendo una biografía de Lowell. Puede haber averiguado que yo estaba mintiendo y haberse puesto nervioso. Él o sus secuaces pueden estar ahí arriba ahora mismo.

—No, no están. Nadie ha entrado ni salido de allí en todo el día. He estado vigilando la entrada desde antes de amanecer.

—¿Has estado controlando el lugar?

—No intencionadamente. Estaba allí sentada, reuniendo todo mi valor. He vuelto aquí para tomar un poco de café e ir al lavabo. Iba a subir ahora mismo.

—¿Cómo puedes estar segura de que nadie te ha visto?

—Nadie lo ha hecho, créame. Ni siquiera se me ha acercado nadie. Yo era la única que vigilaba.

—¿Has estado ahí sentada desde el amanecer hasta ahora?

—Sé que pensaré que soy estúpida, pero necesito enfrentarme a él y sacarlo de mi vida de una vez para siempre.

—Lo entiendo, pero es que justamente ahora no es el momento.

—Tiene que serlo. Lo siento. Usted es maravilloso. Confío en usted más que en ninguna otra persona... en usted y en Milo. Pero esto es algo que ha estado marcando toda mi vida entera. No puedo aplazarlo más.

—Solo un poco más de tiempo, Lucy.

—¿Hasta cuándo? No tiene ninguna prueba de la muerte de Karen. La policía nunca podrá abrir este caso.

—Hasta que sepamos que hay seguridad.

—Ahora es seguro. No hay nadie allí arriba. Además, que yo suba no le parecerá extraño a nadie. Él quería verme. ¿Qué tiene de malo que una hija vea a su padre?

—Lucy, por favor.

Me dio unas palmaditas en el hombro.

—El paciente hace las cosas por sí mismo. Eso es progreso terapéutico, ¿verdad?

—Mi único objetivo terapéutico, por ahora, es mantenerte a salvo.

—No me pasará nada. La hija pródiga que regresa. Quizá no pueda resolver ningún crimen, pero puedo intentar hacer justicia personalmente.

—¿Qué tipo de justicia? —mi voz sonaba afilada.

Ella me miró y se rio.

—No, no, no voy a jugar a la chica mala... puede registrarme para comprobar que no llevo armas, si quiere. Solo quiero hablar con él. Hacerle ver que no le necesito.

Lucy se metió en el Colt.

—Quizás esté cometiendo un error, pero al menos será mi propio error.

El coche se puso en marcha.

—Tengo que hacerlo ahora —dijo—. Quizá nunca vuelva a tener las agallas suficientes para hacerlo.

Salió del aparcamiento.

Esperé hasta que se perdió de vista. Luego la seguí.

Lucy conducía lentamente, y yo tuve que ir a la zaga. Cuando alcancé la madreSelva a la entrada de la carretera de Santuario, ella no estaba a la vista. Empecé a trepar hacia arriba. Alguien que caminara rápido podía haberme pasado al llegar a las dobles puertas. Lucy las había dejado abiertas. La segunda puerta también estaba abierta.

Unos pocos traqueteos más por el camino sombreado, luego los árboles se separaron y vi la gran casa principal, marrón como los troncos de los pinos que la cobijaban. El Colt estaba aparcado con el morro hacia fuera, tan lejos como era posible del *jeep* y del Mercedes de Lowell.

No había ningún otro vehículo a la vista.

La puerta principal de la casa estaba cerrada, y yo imaginé que ella había entrado ya. Pero entonces apareció de detrás de su coche... ¿sacando algo quizá del maletero?

No, no tenía nada en las manos. Ni bultos en sus bolsillos.

Su boca se abrió cuando yo aparqué.

Le dije:

—Piensa en esto como en una extensión de una visita a domicilio.

Esperaba rabia, pero ella miraba por encima de mí.

Una mirada vaga y enfocada al mismo tiempo.

Como hipnotizada.

Cuando se puso una mano en la boca, pensaba que había perdido los nervios y me sentí aliviado, aunque triste.

Entonces caminó rápidamente hacia la casa y subió las amplias escaleras del porche.

Yo estaba a su lado cuando llamó con fuerza a la puerta principal.

Nadie contestó. Empezó a dar fuertes patadas con el pie.

—Venga, venga, venga.

Miré a través de las polvorientas ventanas. La gran habitación delantera estaba vacía y oscura.

Lucy empezó a aporrear la puerta con ambas manos. Al no obtener respuesta, salió precipitadamente del porche y se quedó frente a la casa, observando su volumen.

Caminó hacia la parte derecha del edificio, sus pasos eran rápidos y decididos, levantando el polvo. Otra breve pausa, luego continuó. Hacia la parte de atrás. Hacia la espesura que sobresalía detrás de la casa como una especie de gran marea verde.

La encontré mirando a la vegetación exuberante.

—Por aquí —susurró.

Una voz por encima de nosotros dijo:

—¿Qué pasa?

Nova, enmarcada por una ventana del segundo piso, su cara oscurecida por una persiana.

—Hola —cogí la mano helada de Lucy—. Hemos llamado pero no ha contestado nadie.

Ella golpeó la persiana con un dedo. La expresión del rostro era difícil de evaluar.

—Así que han decidido venir.

Los dedos de Lucy se clavaron en mi mano.

—Claro. Pasábamos por aquí y decidimos entrar. ¿Hay algún problema?

Nova volvió a tocar la persiana con los dedos.

—No. No a menos que papaito tenga alguno —emitió una extraña risita—. Vengan por delante.

Nos esperaba allí, con un vaso de limonada en la mano. El cobre de su cabello brillaba como hilo eléctrico.

—No estaba en muy buena forma cuando se fue a dormir, pero le diré que están aquí.

—Se lo diré yo misma —dijo Lucy, pasando junto a ella por la habitación principal. Observando las cabezas disecadas, los raídos muebles, la vaciedad.

Miraba las paredes de troncos.

Nova parecía divertida. No había nada servicial en ella. ¿Por qué había elegido cuidar a aquel hombre débil, cruel?

¿Almas afines, como Trafficant y Mellors?

¿Cuál era su particular tipo de crueldad?

Lucy se abrió camino hacia la escalera, moviéndose lenta y precavidamente, como un trampero en el hielo, pasando por debajo de los escalones, y luego continuó hacia la habitación de atrás.

Nova puso las manos en sus caderas y miró, frotándose los pies uno con otro.

Se humedeció los labios con la lengua y me miró.

Sus ojos se volvieron hacia Lucy y se llenó de satisfacción.

La confusión de Lucy la estimulaba.

Lucy miraba al techo, luego al suelo. Luego otra vez a las paredes.

Se detuvo. Los brazos junto a los costados, la cara helada.

Miró a la puerta de la izquierda.

Nova dijo:

—Sí, cariño, papaito está ahí.

A pesar de su sonrisa, había tensión en su voz.

¿Competición... falsa rivalidad fraternal?

¿Quería que Lucy viniera, segura de que eso la destruiría?

Cogí el codo de Lucy. Ella sacudió la cabeza y se soltó de mi presa.

Seis metros hasta la habitación.

Cubrí la distancia con ella.

La puerta era de pino, una vez bien barnizada, ahora cuarteada, descascarillándose como la caspa.

Lucy tomó aliento y la abrió. Mientras entrábamos en una gran habitación oscura, llena de estantes con libros, un olor sulfuroso nos golpeó, no muy diferente al hedor de la sala de emergencias de Woodbridge. Una cama de hospital estaba en el centro, subida con manivela hasta una posición semiinclinada. La silla de ruedas de Lowell estaba plegada en un rincón.

Lowell estaba reclinado bajo las mantas, con el pelo grasiento y lacio, sus largos brazos sobre el cubrecama, blancos y con venas azules bajo las raídas mangas de una camiseta gris. Su barbilla estaba recubierta por una blanca barba cerdosa, sus ojos desenfocados. Eran las dos de la tarde pero no estaba totalmente despierto. Se volvió hacia nosotros con obvio esfuerzo, luego se dio la vuelta otra vez y cerró los ojos.

La mano de Lucy buscó la mía, tan sudorosa que resbalaba en mi apretón. Sus hombros se movieron, luego empezaron a temblar.

Seguí sus ojos mientras inspeccionaban aquello, posándose en las estanterías de pino que forraban tres de las paredes.

Una puerta en la esquina de la derecha estaba abierta, dejando ver un pequeño cuarto de baño. La otra, centrada entre las ventanas, conducía fuera. Estaba cerrada. La mirada de Lucy se detuvo en ella, luego se desvió.

Libros y pilas de revistas y periódicos llenaban el suelo. Encima de un montón de *New Yorkers* había una bandeja de aluminio con unos platos sucios: migas de pan, huevos coagulados, cereales nadando en leche que parecían azulados bajo aquella luz débil y granulada. Un orinal de cama vacío estaba junto a una pila de viejas *Paris Reviews*. Apilados sobre una montaña tambaleante de publicaciones variadas, había paquetes de pañales desechables de medida adulta. Junto a los pañales, una caja de cartón llena de botellas de whisky vacías. Al lado, una torre de vasos de papel y un antiguo teléfono negro de disco, cuyo cordón serpenteaba entre aquel barullo y luego desaparecía.

Los temblores se habían transmitido a los dedos de Lucy, y yo noté sus nudillos golpear contra los míos. Nova no estaba a la vista, pero yo notaba su presencia... como una corriente helada.

Lowell se quejó y movió su cabeza de un lado a otro. Sus ojos estaban

cerrados.

Lucy no se movió. Empezó a examinar la habitación de nuevo.

Las asquerosas ventanas.

La puerta que daba a la parte de atrás.

Hacia las cabañas de troncos.

Repitió el circuito. Se quedó, esta vez, en la puerta. Con los ojos abiertos de par en par.

Era allí donde había dormido ella la noche de la fiesta. La habitación de la que había salido, sonámbula. Su mano temblaba tanto que yo apenas podía sujetarla.

Los ojos de Lowell se abrieron y él volvió su cara hacia nosotros.

Nos vio por primera vez.

Lowell dejó escapar un profundo ruido, penoso, furioso, y empezó el lento, doloroso proceso de sentarse. No había agarraderas encima de la cama. No se había permitido a sí mismo ninguna comodidad (ni siquiera una silla de ruedas eléctrica) y yo me preguntaba por qué.

Maldiciendo, él se deslizó y se incorporó y finalmente empujó la parte superior de su cuerpo lo suficiente para apoyar la espalda contra los almohadones. Su pecho estaba hundido, sus hombros huesudos y estrechos. La elegancia del vestido blanco y el sombrero de panamá parecían una broma lejana. Los últimos dos días le habían golpeado muy fuerte.

¿Pena?

Lucy le miró como uno mira un insecto repulsivo pero fascinante que trepa por la pared.

Lowell rio. Ella se volvió y se abrazó a sí misma.

—Bueno —dijo él ásperamente. Unos momentos de carraspeo. Lanzó una mirada de aversión, movió los labios, y escupió una flema a la pared de troncos. Falló y cayó al suelo. Tosiendo y haciendo muecas, expelió otro escupitajo.

Lucy parecía enferma, pero no se movió.

Lowell la miró resueltamente.

Sus dedos arañaron las sábanas y él continuó incorporándose. Trataba de mover su cabeza hacia un arco superior. El dolor le detuvo.

—Bueno —repitió otra vez. Su voz se había aclarado un poco—. Mona. Muy mona.

—¿Qué? —dijo Lucy, en un tono pretendidamente ligero.

—Tú. —Él rio entre dientes, como si ella hubiera pedido que le contara el final del chiste. La miró de arriba abajo. No con la lascivia que había mostrado con Nova. Frío, preciso, como si estuviera tomando las medidas a un mueble.

—¿Juegas al tenis? —preguntó.

Ella meneó la cabeza.

—Esas piernas son de jugar al tenis. Aun con esos pantalones, puedo verlas.

¿Juegas a algo?

Otra sacudida de cabeza.

—Claro que no —dijo él—. No sientes apetito por los juegos.

Se frotó los ojos y estiró los brazos, riendo un poco más.

—¿Qué puedo ofrecerte, «Mary-tenía-una-ovejita»? ¿Alcohol? ¿Percodan? ¿Demerol? ¿Morfina? ¿Endorfinas? ¿O es la «supuesta verdad» la droga que te estás inyectando? ¿Qué tipo de historias podría contarte para ayudarte a lubricar tu maquinaria mental? ¿Es este un momento capital para tí?

Lucy seguía callada.

—¿Ninguna historia? ¿Entonces qué?

Lucy miró hacia la puerta trasera.

Lowell gritó sin palabras y dio una palmada en la cama.

—¡Ah, el espectáculo! ¿Vas a mirar hasta que se te salgan los ojos mientras yo me quejo, mi pequeño diente de serpiente? ¿Irrumpirás aquí seguida de tu cerebro mecánico, para poder oír el trum-trum de mi tormento?

Hacia muecas. Se reía.

—Sí, me duele, chica. La sacramental alegría de la batería sináptica. Quizá tú también la conozcas, algún día, y entonces entenderás el jodido héroe que soy yo, aquí sentado, con este olor a mierda y con este aspecto de inquilino del infierno, sabiendo que la única jodida maldita razón que hace que tu pequeño culo de tenis se pavonee por aquí es para regodearte con mi miseria y para poder decir que te has tomado un largo, helado cóctel de venganza a expensas del mejor.

Lucy seguía mirando hacia la puerta.

—Ah —exclamó Lowell—, el tratamiento del silencio. Como cuando eras pequeña.

—¿Cómo puedes saber eso? —dijo Lucy.

Lowell rio a carcajadas, muy fuerte. Su cuerpo encogido parecía crecer con cada expulsión. La risa le daba energía, le hacía demoníaco y vivaz y daba color a su rostro.

—¡La abertura de la Sonata de la Culpa! No pierdas tus notas, muchacha. ¡He tocado solos con lo mejor de las Sinfonías del Pecado!

Lucy empezó a rodear la habitación, moviéndose todo lo libremente que aquel desorden permitía.

—Tu silencio no es artillería. Es una alforja vacía... eras una niña muda de piernas delgadas. Sin gritos, ni lágrimas, ni un gruñido. Muda como un acéfalo. A diferencia de los otros, Peter-Peter morfo-morfo comedor de veneno; él aullaba profesionalmente. O le alquilaba un estudio en el bloque o estrangulaba a esa pequeña rata mocosa.

Cerró los ojos.

—Tú, por otra parte, mantenías los labios pegados como si tus amígdalas

fueran un tesoro. —Los ojos se abrieron. Un dedo huesudo se levantó, acompañado por una áspera risa.

—Ni siquiera cagabas, querida. El ano en huelga, semanas cada vez, todo un estilo, sí, todo un estilo. Toma todo, lo retiene, nada suelta. Yo pensaba que tú eras anormal. Tu madre me aseguró que no lo eras y vertió aceite mineral en tu pequeña garganta afásica.

Todavía andando, Lucy esbozó una sonrisa a su vez.

—¿Por eso saliste corriendo? ¿Asustado de tener una niña anormal?

Lowell rio, pero había ira en aquella risa.

—¿Salí corriendo? No, no, no, no, no. Fui « invitado » a evacuar el lugar. Un adiós de fantasma menstrualmente chillón de « Momó » y un arañoazo en la cara.

—¿Mi madre te echó? —Lucy se echó a reír—. ¿A un gran chico listo como tú?

Lowell la miró, como si la contemplase a una nueva luz. Aspirando aire, él meneó rápidamente sus espesas cejas y se metió el dedo en la boca.

Lo mantuvo allí, escudriñando y rascando, mientras respiraba con dificultad.

Luego lo sacó y se examinó la uña.

—Tu madre —dijo—, era una mojígata de peluquería con anteojeras, neuronalmente encorsetada, pesada como un lastre, con la visión de un libro de texto de una pequeña nazi suburbana. De mediana edad ya a los veintitrés, a los veinticuatro era vieja. Libido de tapioca... su inconsistencia de budín me convertía en un adolescente rebelde. Ella no había... no « sabía » cómo vivir. No tenía nada por lo que vivir excepto reglas y tonterías.

Las manos de Lucy se crisparon mientras se volvía. Por un momento pensó que iba a arrojarse sobre él; luego ella meneó repetidamente la cabeza y se metió una mano en el bolsillo. Y rio. Sus caderas se dirigieron hacia delante. Una postura relajada, tan falsa como la de Nova.

—Dios —dijo—, eres patético. Bloqueado terminal, bla, bla, bla. Escondiéndote detrás de todo ese Joyce de pacotilla.

Lowell palideció. Sonrió. Perdió la sonrisa. Intentó recuperarla y finalmente la encontró. Pero había perdido su cruel brillo y su grisácea mandíbula parecía debilitarse.

—Joyce. ¿Lo conoces bien, verdad, señorita universitaria? Yo conocí a ese elemento. En París, en 1939. Cara de oficinista, sin labios, caderas de mujer, chupalimones maldito. Esa jodida lascivia irlandesa de hablar sin fin... pero volvamos a la encantadora mamaíta. Ella murió virgen y tú te arrodillas ante ella cada día; la verdad es que sabes tanto de ella como de obstrucción de próstata, pero la defiendes porque está en el guión... bueno, cree lo que quieras, cierra tu limitada mente para desdén de tu corazón.

Él jadeó y ahuecó la voz.

—Para que lo sepas, has venido aquí a aprender. Si no consigues hacerlo,

serán tus expectativas las que se rebajen, no las mías. La verdad, estreñida, es que fue ella quien me invitó a que me fuera porque no podía tolerar ni un momento de flagrante delicia.

Lucy intentó quedarse al margen. Pero él hablaba fuerte, y su voz la hizo vacilar.

Lowell se frotó ambas manos y me miró.

—Un triste, enfermizo, lujurioso, jugoso cuento, Gran Cerebro. Perfecto para usted.

Volviéndose rápidamente hacia Lucy.

—Después de que tú le ensanches el útero, ella perdió cualquier mínimo interés que hubiera podido tener jamás en la «bestia de dos cabezas». Pero como dice la vieja canción, su hermana quería... oh, sí que quería, la hermanita Kate. Una de esas bostezantes vaginas del color exacto de la goma de mascar. Así que, ¿quién era yo para ponerle freno al destino? Su hermana sí que quería, así que yo lo hice con su hermana, oh, sí, oh, sí —sonrisa—. Ella se dedicaba, lo hacía, ella sí. Arañaba y rebotaba y gritaba como una puerca enamorada en los momentos de pausa —apuntando a sus ingles—. Recordar eso casi me convence de que algo repicaba, en aquel tiempo, cuando tenía espina dorsal.

Yo miraba atentamente a Lucy. Ella miraba hacia él, pero no a él. La ira atravesaba su esbelto cuerpo como una inyección de energía.

—Amor fraternal —dijo Lowell—. Mamaíta nos encontró, cantó su oda a la virtud, y yo me arrastré, con el rabo entre las piernas.

Trató de encogerse de hombros y consiguió solo un tic en el hombro.

—Desterrado a los horrores de París. La reprobada Kate, enviada a California. Luego la propia mamaíta cogió algo posnatal y fatal, y repentinamente me llamaron para que volviera a hacer de padre.

Apuntó con el pulgar hacia el suelo y fingió fruncir el ceño.

—Mal dispuesto para el cuidado de un lloriqueante mocoso y una afásica y analmente bloqueada niña «normal», tuve la sabiduría de ceder el privilegio paternal a Forni-Kate. Por entonces, ella estaba jodiendo con algún maricón periodista judío.

Un grito jubiloso.

Lucy estaba de pie sobre los dedos de sus pies. Sus ojos estaban húmedos. Yo pensaba en mi padre muerto.

Lowell dijo:

—¿Por qué luchas contra ello, chica? Tú me necesitas.

—¿Ah, sí?

—Dada tu insistencia en proyectar un aire de castidad ofendida, yo diría que sí. Realmente, querida, ya está bien de hacer teatro, corta el cuello a tus simulaciones y permitamos que se vierta profusamente la sangre en la garganta. El papel de himen permanente no funciona conmigo. Lo sé todo del verano que

pasaste con las piernas abiertas, mirando los ojos manchados de bilis de los negros de Roxbury. Bastante decepcionante, debo decir. Joder es natural; hacerlo por dinero, comercio. ¿Pero joder con negros por dinero y dejar que un chulo negro se embolsa los beneficios? Qué borreguismo, chica. Asignaré un perro pastor para que te cuide.

Los puños de Lucy se abrieron y sus rodillas se doblaron. La sujeté por los brazos, susurrando:

—Salgamos de aquí.

Ella sacudió la cabeza violentamente.

—Ah, el doctor de la autoestima despliega sus habilidades —exclamó Lowell—. Dispensa excrementos de sabiduría mientras trata de convencerla de que está bien.

Lucy dejó caer sus brazos. Se alejó de mí. Hacia el borde de la cama. Estiró los brazos tanto como pudo, luego le miró a él a la cara. Exponiéndose a sí misma.

¿Terapia de *shock*? ¿O la muerte de las esperanzas?

Lowell se volvió hacia mí.

—Ella no está bien. Está a años luz de encontrarse bien —volviéndose hacia Lucy—: ¿Quieres saber cómo me enteré de lo de tu lío moruno? El querido hermanito Peter. No necesité interrogarle. Encantadoras, asquerosas verdades salen a la luz cuando un desgraciado anhela vehementemente su aguja, puf, puf. Ah, sí, otra traición más, hija. No te preocupes, la desilusión forja el carácter. Quédate conmigo y serás como el granito.

—¿Le mataste tú? —preguntó Lucy—. ¿Le diste aquella sobredosis?

Eso sorprendió a Lowell, pero él reaccionó con un bufido.

—Noo... —dijo, bajito—. Hizo un buen trabajo él mismo. Mi error fue la amabilidad. Darle dinero cuando sabía lo que haría con él. Estuvo aquí, en esta habitación. Tirado en el suelo, revolcándose, vomitando... un artista de la cobardía. Y evidentemente tú, niña estúpida, eres su aprendiz.

—Él. Yo. Un aprendizaje familiar.

—¿Eso es lo que aquí, Siggie Freud, te dijo? ¿Que puedes culparme a mí por tu mierda de vida? ¿Que tienes algún derecho a la felicidad?

Gritaba y escupía saliva, las palabras le empujaban hacia delante.

—¡No tienes por qué ser feliz! No está en los planes. Tu felicidad no vale dos cubos de pus amargo.

—No para ti, eso desde luego.

—¡Para nadie! ¡Dios (quienquiera que sea) te vigila, ve tu miseria, se rasca las pelotas, se ríe y se mea a humeantes chorros en tu cabeza! Su copropietario Satán para de sodomizar pequeños animales solo el tiempo suficiente para añadir algo al torrente. La razón de ser no es la felicidad, niña estúpida. Es el ser. La existencia. La inherencia. ¡No importa lo que suceda, o si sucede o no, o quién

seas! ¡Que se jodan las consecuencias, tú simplemente « ocurre » !

Recordaba el discursito de Nova. Alguien había prestado atención durante las clases.

Él miró a Lucy, respirando pesadamente. Embargado por una súbita humedad, rugiendo toses, aspiró aire, empezó a incorporarse en la cama y se forzó a sí mismo a enderezarse de nuevo.

—No sabía que fueras religioso —replicó Lucy, casi sin aliento también.

—Ven a conocerme —dijo Lowell—. Aprenderás « montones » de cosas.

Ella le miró, luego se sentó en la cama, con la fuerza suficiente como para que él rebotara.

Cogiendo la sábana entre el pulgar y el índice, frotó la tela.

—¿Qué tipo de cosas voy a aprender, papaíto? —musitó con una voz pequeña.

Después de un segundo de duda, él dijo:

—Cómo crear. Cómo ser una catedral. Cómo mear desde el cielo.

Lucy sonrió y jugó con las sábanas un poco más.

—¿Ser Dios en seis fáciles lecciones?

—No, no será fácil. Tendrás que cambiarme los pañales, limpiarme los sobacos, y empolverme los muslos. Traerme los papeles en la boca. Ponerte de rodillas y prestar un poco de atención. Aprender lo que es un buen libro y cómo distinguirlo de la basura. Aprender cómo prostituirte para tu propio provecho. Como apartarte de parásitos como esa sanguiuela de cabello rizado de ahí, cómo dejar finalmente de entregarse a la autocompasión.

Agitó un dedo ante ella.

—Te enseñaré más en un día de lo que todas esas escuelas de chupa-médulas llenas de compendios de sabiduría tontos del culo te han enseñado en... ¿cuánto?, ¿veintiséis años?

Se inclinó hacia delante y tocó el brazo de ella. Sus dedos parecían como patas de cangrejo en la manga de cuadros de Lucy. Ella no se movió.

—No tienes elección —dijo Lowell bajito—. Tal como estás, no eres nada.

Lucy estudió su pálida y retorcida mano.

Luego sus ojos se movieron de nuevo hacia la puerta posterior.

Lo miró a él a los ojos durante un buen rato.

—¿Nada? —dijo tristemente.

—La quintaesencia de nada, angelito.

Ella agachó la cabeza.

—Nada —repitió.

Lowell le dio unas palmaditas en la mano.

La muchacha suspiró y pareció empequeñecerse.

Mi miedo por ella creció como una inundación.

Lowell rio y trazó una línea desde la muñeca de Lucy hasta sus nudillos.

Ella tembló, pero permaneció tranquila.

Lowell chascó la lengua con jovialidad.

Lucy respiraba pesadamente.

Con los ojos cerrados.

Yo estaba a punto de arrastrarla fuera de aquel sitio.

Lowell dijo:

—Bienvenida a la realidad. Haremos todo lo que esté en nuestra mano para que tu estancia sea lo más interesante posible.

Lucy le volvió a mirar a los ojos.

—Nada —repitió ella.

Lowell asintió, sonrió y le acarició la mano.

Lucy le devolvió la sonrisa. Desprendió sus dedos y se puso de pie.

Caminando hacia la puerta, trató de descorrer el cerrojo. Estaba oxidado y pegado, pero consiguió liberarlo.

La cabeza de Lowell se estiró, su cuerpo se retorció como si se esforzara por mirarla.

—¿Aire fresco? No te preocupes. La dulzura es una mentira, tus sentidos son déspotas. Acostúmbrate al hedor.

—Voy a salir a dar un paseo —dijo ella con una voz plana—. Papá.

—¿A pensar? No lo necesitas. No es tu fuerte. Acaba tus deberes y luego podrás ir a jugar... presta atención y yo te convertiré en algo interesante. Permanecerás.

—Eso suena muy faustiano. Papi.

Algo nuevo en la voz de ella... satisfacción sarcástica.

Lowell también la notó. Su cara perdió tirantez, los huesos se suavizaron, la piel se aflojó.

—¡Siéntate!

Lucy le miró.

—¡Siéntate!

Lucy sonrió. Agitó la mano.

—Adiós, papaito. Ha sido muy educativo.

Abrió la puerta.

El verdor llenó el hueco y la luz del sol irrumpió en la habitación.

Lowell bizequeó mientras Lucy miraba hacia fuera a la marea verde; luego él se abalanzó hacia delante, buscando a tientas un puñado de nada. La parte inferior de su cuerpo era de plomo, y lo mantenía anclado al lecho.

Maldijo a Lucy, a Dios, al diablo.

—Bonita propiedad la que tienes, papi. Tengo que buscar una cosa ahí fuera.

Una terrible comprensión se apoderó de Lowell, una muerte preliminar. Él se inclinó más aún, cayó hacia delante, con la cara en el colchón.

Yaciendo allí, con la cara apretada contra las sábanas, luchó para respirar mientras veía desaparecer a Lucy.

Sus ojos se encontraron con los míos.

Los suyos estaban aterrorizados.

Miré hacia el teléfono negro y pensé en arrancarlo de la pared. Pero tenía que haber otras extensiones en la casa... ¿por qué recordarle su posible uso?

Cuando salí, le oí aullar como un niño, llamando a Nova.

Al principio pensé que Lucy se había internado en el bosque. Luego oí unos pasos alrededor de la casa.

Volvía al coche. Bien.

Cuando la alcancé, ella ni siquiera se dio cuenta de que estaba allí. ¿Cuántas sesiones costaría arreglar lo que ella estaba pasando ahora?

Alcanzamos el Colt. Pero en lugar de abrir la puerta del conductor, ella fue hacia atrás y abrió el portaequipajes.

Justicia personal.

¿Finalmente había ido demasiado lejos?

Corrí hacia allí mientras ella sacaba una pala del portaequipajes y se la ponía al hombro.

Era nueva, con la etiqueta del precio todavía colgando del mango. Empuñándola como un rifle, se dirigió otra vez hacia la parte de atrás de la casa.

Yo la bloqueé.

Ella dio un rodeo y siguió. Volví a detenerla.

—Vamos, Lucy.

Siguió andando. Una vez más, me puse ante ella.

Me sentía como si estuviera gritando: ¡esto es una locura!

Lo que dije en realidad fue:

—No dejes que él te afecte, Lucy.

—Nada. Quizá sí, ahora lo veremos.

Pasamos a toda prisa junto a la casa.

—Llamará a sus amigos. Vendrán a por ti.

Ella me ignoró. Le cogí el brazo. Se sacudió.

—Escúchame, Lucy...

—No hará nada. Nunca hace nada, solo habla... ese es su juego, hablar, hablar y hablar.

—Sigue siendo peligroso.

—No es nada —sonrisa furiosa—. Nada.

Llegamos al sendero de tierra que había detrás del edificio. Había ropa interior femenina colgando del tendedor. La puerta trasera estaba cerrada. Nova había hecho caso a los gritos de Lowell.

Asintiendo como si respondiera a una sugerencia, Lucy avanzó con ímpetu hacia delante, por la vegetación.

Bajos arbustos y brotes tiernos, sombreados por el pabellón de árboles, conducían rápidamente hacia densos helechos, enredaderas, zarzas y plantas de grandes hojas que parecían una especie de lirios gigantes.

Lucy se abrió camino con las manos, y cuando eso ya no sirvió empezó a golpear con la pala. La herramienta no funcionaba muy bien como machete, y pronto ella empezó a respirar fuerte y a gruñir con rabia.

—¿Por qué no me das eso?

—No es problema suyo —cortó ella—. Si realmente cree que hay peligro, no se meta en esto.

—No quiero que estés metida tú tampoco.

—Sé en qué me estoy metiendo.

Lucy tocó brevemente mi mano, luego continuó internándose a través de los arbustos.

Mis alternativas eran: volver con el coche a la autopista y tratar de localizar a Milo, llevármela a la fuerza o quedarme con ella y tratar de que se fuera de allí lo antes posible.

La coerción física probablemente destruiría nuestra relación terapéutica, pero yo podría soportarlo si eso significaba salvarle la vida a ella. Pero si Lucy se resistía eso podría ser difícil, incluso desagradable.

Quizá lo mejor sería quedarme con la muchacha. Incluso aunque encontrase el lugar de la tumba, pronto se daría cuenta de que la exhumación con una sola pala estaba más allá de sus capacidades físicas. Y el pensamiento de dejarla allí sola me asustaba terriblemente.

Quizá yo estuviera exagerando el peligro. Lowell era un monstruo, pero a su manera enfermiza había estado tratando de congraciarse con ella. ¿La sentenciaría ahora a muerte?

Lucy había avanzado solo unos metros pero la vegetación se había cerrado tras ella como una trampa y casi no podía distinguir su camisa a cuadros. Miré por encima de mi hombro. La casa estaba oculta, también. No había ningún sendero visible, pero mientras seguía los pasos de Lucy, se hizo evidente una depresión que corría longitudinalmente en la tierra.

Un camino enterrado hace tiempo.

Lucy se movía con tanta seguridad y rapidez como le permitía el bosquejo.

Sabía adónde iba.

La guiaba un sueño.

Yo me abrí paso a través de la vegetación y me dirigí recto tras ella. Las plantas eran más altas, las copas de los árboles más espesas, y pronto hubo más

verde que azul en el cielo. Había cosas que se deslizaban y correteaban a nuestro alrededor, pero aparte de una súbita vibración de una hoja o zarcillo, no vi moverse nada. De vez en cuando, oía el barrido de alas que batían con pánico, pero los pájaros también permanecían fuera de la vista.

El follaje se hizo espeso como la selva. Lucy empuñaba la pala como un hacha, con el sudor corriendo por su cara en regueros ennegrecidos, el mentón firme, los ojos duros y claros. Yo llegué hasta ella y ambos nos movimos más rápido a través del follaje.

Llegamos a la primera de las cabañas, una pequeña con el tejado caído, casi oculta por nubes de color esmeralda. Lucy apenas la miró. Las lágrimas diluían los regueros de sudor, y su blusa estaba empapada. Yo quería decir algo consolador, pero ella acababa de ser violada por unas palabras.

Una segunda cabaña apareció unos minutos después, solo una pila suelta de troncos que soportaban a duras penas un tejado de alquitrán. Pequeñas cosas negras como avispas zumbaban a través de los agujeros del techo, bajando en picado, luego salían volando como pequeños bombarderos.

Lucy se detuvo, se quedó mirando, sacudió la cabeza.

Seguimos andando.

Nuestra silenciosa y penosa caminata nos hizo pasar por tres cabañas más.

Los mosquitos se estaban divirtiendo con nuestras caras. El súbito despegue de un gran pájaro marrón casi detuvo mi corazón. Pude darle un vistazo a la criatura mientras se abría paso entre las copas de los árboles. Una gran cabeza cuadrada y una envergadura de metro y medio. Un búho real. El silencio que siguió fue inquietante.

Lucy no parecía notarlo. Picotazos de sangre moteaban su cara allí donde los bichos le habían picado, y sus palmas estaban despellejadas de luchar con las trepadoras.

—Dale un descanso a tus manos.

Ella dijo:

—No. —Pero hizo caso.

Abrirse paso no era fácil ni siquiera con mis brazos fortalecidos por el ejercicio. Los suyos tenían que estar entumecidos. Yo rasgué y corté, preguntándome cuánto tiempo más de gracia teníamos. Sabía que estábamos dejando un rastro muy obvio para cualquiera que nos siguiera.

—Incluso aunque la encuentres —resoplé—, después de todo este tiempo, ya no parecerá una persona. Quizá no quede ya nada en absoluto. Los animales se llevan los huesos.

—Lo sé. Lo aprendí en el juicio.

La espesura se hizo más intensa y yo traté de luchar para mantener el

equilibrio. Lucy miraba hacia arriba, hacia los árboles.

¿Algo como de encaje? Había árboles de todas clases por todas partes, una desordenada columnata alzándose a través de la maleza.

Eran las tres menos veinte. El sol había llegado al cenit y estaba cayendo detrás de nosotros, bailando a través de los agujeros de la maleza, un pequeño espejo brillante.

Un nuevo sonido: más agua subterránea, un goteo que recordaba el que yo había oído cuando iba conduciendo.

El tipo de humedad que acelera la descomposición.

—Incluso aunque la encuentres, ¿qué harás?

—Llevarme algo. Pueden hacer pruebas para demostrar que es ella. Tendremos alguna prueba. Algo.

Oí algo golpear detrás de mí y me detuve. Lucy lo había oído también, y escudriñó al bosque detrás de nosotros.

Silencio.

Ella se encogió de hombros y se secó la cara con la manga. Fue duro comprobar lo lejos que estábamos de la casa principal. Yo notaba mi propio sudor metiéndose en mis ojos.

Empezamos a caminar de nuevo, yendo hacia una anudada masa de espesas enredaderas como hiedra, con zarcillos tan duros como el cristal. Se resistía a ceder a la pala. Lucy se lanzó allí, dando tirones y arrancando cosas, con las manos llenas de sangre. Yo la aparté e inspeccioné la planta. A pesar de su monstruoso volumen, su tronco era relativamente pequeño, petrificado, un manojo de zarcillos de solo cincuenta centímetros.

Golpeé el tronco justo por encima de la raíz. Volaron tierra e insectos y pude oír más animales huyendo en la distancia. Mis bíceps estaban entumecidos y mis hombros latían. Finalmente, pude romper bastantes zarcillos para arrancar el tocón y dejarnos paso.

Al otro lado de la enredadera, las cosas eran diferentes, como si hubiésemos entrado en una nueva habitación del gran palacio verde. El aire era más fresco, los árboles todos de la misma especie.

Secoyas de la costa, grandes, columnas rojizas repetidas, muy apretadas, con su copa como una franja negra. No los monstruos de cien metros del norte, pero aun así grandes, de un tercio de esa altura. Solo un puñado de helechos crecía a su sombra. La tierra era gris como la ceniza, con montículos de hojas y fragmentos de corteza. A través de la franja de hojas, el sol era una partícula de mica.

La franja.

¿Encaje?

Lucy empezó a seguir un curso tortuoso a través de los gigantes tronc.

Dirigiéndose hacia algún sitio.

Luz

Un fragmento de día que se alargaba según corríamos hacia él.

Ella entró allí y extendió sus brazos, como si intentara recoger el calor y la claridad.

Estábamos en una zona abierta, rodeada por colinas y el mismo tipo de mezquites que había visto en la autopista. Más allá de las colinas, montañas más altas.

Ante nosotros, un campo de alta hierba plumosa dividida por docenas de serpientes plateadas.

Estrechos arroyos. Un laberinto de ellos, delgados y sinuosos como líneas de un mapa. El agua sonaba ahora difusa, delicada...

Seguí a Lucy mientras atravesaba la hierba, pisando el terreno blando entre los arroyos.

Hacia un musgoso claro. Centrado en este, un estanque, salobre, de unos treinta metros de ancho, con la superficie cubierta por una espuma de algas color guisante, burbujeante en algunas zonas, rozada por los zapateros y chinches acuáticas. Las hojas globulares de los jacintos flotaban pacíficamente. Las libélulas despegaben y aterrizzaban.

En la orilla cercana había otra cabaña, idéntica a las demás.

Negra y podrida, el tejado era una masa de líquenes, y una puerta descompuesta colgaba de un gozne.

Algo verde cubría casi toda la anchura de la puerta. Me acerqué con cautela.

Metal. Una placa, probablemente de bronce. Unas hendiduras. Grabada. Froté y le quité la mugre hasta que aparecieron unas letras caligráficas.

Inspiración

Empujé la puerta y entré. El suelo era negro también, blando, como de turba, con un extraño olor dulzón. A través de los vacíos bastidores de la ventana podía ver el agua verde y quieta del estanque.

Esas paredes de troncos estaban perforadas por la enfermedad. Restos de muebles en un rincón: un pequeño escritorio de metal, completamente oxidado y sin patas, manchado de verde y lleno de gusanos y escarabajos. Algo encima. Aparté los insectos y el humus y aparecieron las teclas lacadas en negro de una máquina de escribir manual. Froté un poco más y apareció el logotipo con hojas doradas de la Royal.

Junto a la mesa, una silla de cuero se había reducido a unos enroscados jirones de dermis y un puñado de cabezas de clavo machacadas; en el suelo, junto al escritorio, tres aros de metal unidos a un espinazo oxidado.

Anillas de un bloc de hojas sueltas. Algo más, de color cobre con una pátina verde.

Me arrodillé. Algo trepó por mi pierna y yo le di un manotazo.

La pátina era musgo. No era cobre, sino oro.

Un tubo con forma de bala con un clip de oro blanco.

El tapón de una pluma estilográfica.

Grabado en la cabeza: MBL.

Me lo guardé en el bolsillo y golpeé con el pie la tierra suelta y olorosa. No había nada más en la cabaña.

Lucy no me había seguido al interior. A través del hueco de la ventana, la vi dirigirse hacia la orilla del agua y mirar al otro lado del estanque.

Dos árboles en la orilla más lejana.

Gigantes, frondosos sauces llorones, con las raíces superficiales introduciéndose en el estanque.

Ramas como hojas de cuchillo, hojas verdes y doradas, curvándose hacia la tierra, luego inclinándose y recobrando un implacable crecimiento horizontal.

Centinelas.

Diamantes de luz brillaban a través del fino follaje.

Una red de un azul celeste, etérea como el encaje.

Salí corriendo de la cabaña.

Los ojos de Lucy estaban fijos en un punto entre los árboles, una zona desnuda, hundida.

Ella me cogió la pala y empezó a rodear el estanque en el sentido de las agujas del reloj. Desmañada, casi dubitativa, caminando de puntillas a lo largo del borde, a unos centímetros de la orilla del agua.

Se le cerraron los ojos y resbaló. Antes de que pudiera cogerla, una pierna se había hundido en el agua, hasta el tobillo. Ella la sacó. Sus vaqueros estaban empapados. Sacudió la pierna y siguió andando. Se detuvo en el lugar descubierto, con las lágrimas corriéndole por las mejillas.

Lucy estaba de pie, acunando la pala como si fuera un bebé.

Inspiración.

El retiro privado de Lowell.

Enterró a Karen allí... ¿para que le hiciera compañía?

Él necesitaba compañía... la adulación de seguidores y discípulos y, cuando eso desapareció, la adoración de una mujer joven.

Mándeme a una guapa.

¿Habían sido enterradas allí otras mujeres?

Mi idea inicial al oír el sueño era que él había abusado de Lucy. Había más que matices de sexualidad en su aproximación a ella ahora: comentarios sobre sus piernas y su control de esfínteres. Alardeaba de su infidelidad con su tía.

Aunque yo no podía apartar la sensación de que con Lucy él buscaba otra cosa diferente.

Quédate conmigo y yo te enseñaré el mundo, niña.

El cuerpo le fallaba, la fama se había marchitado, así que él quería una familia.

Había dejado de ir por allí hacía mucho tiempo.

Ya no tenía inspiración.

Lucy se quedó quieta.

Sin una palabra, empezó a cavar.

Lucy no me dejaba que la ayudase.

La primera capa de treinta centímetros de tierra era blanda, pero después dio con una capa de arcilla comprimida y gritó con frustración. Yo le arrebaté la pala. Notaba su peso cada segundo mientras excavaba un hoyo de dos metros de largo y uno de profundidad, me metía en el hoyo y sacaba tierra a paletadas como un maniaco poseso. Notaba los brazos pesados y separados del cuerpo.

No había señales de ningún hueso. A la mínima astilla yo la arrastraría fuera de allí a toda velocidad. Aun sin hacer progresos, le concedí cinco minutos.

Ella se metió y dijo:

—Es mi turno. —Pero cuando yo sacudí la cabeza, no protestó. Las lágrimas habían lavado su cara.

El sol se estaba poniendo y el estanque se había vuelto gris. Había pasado casi una hora desde que llegamos, pero el día parecía fuera del tiempo.

Cada palada se mezclaba con la sangre que se agolpaba en mi cabeza.

Yo cavaba y cavaba, hasta que mi aliento se volvió entrecortado y difícil. Luego oí algo más.

Otra voz (una voz de mujer) desde el otro lado del estanque.

Ambos nos volvimos.

Nova estaba de pie junto a *Inspiración*. Un hombre tenía un brazo en torno a su cintura. Con la otra mano sujetaba una pistola junto a su cabeza.

Ella parecía asustada de muerte. Los dedos del hombre tocaron uno de sus pechos y fueron subiendo de una manera que no podía ser accidental.

Yo empujé a Lucy hacia atrás y me tiré en picado. El brazo de la pistola del hombre se echó atrás, como si estuviera arrojando el arma. El disparo hizo saltar un trozo de tierra a un metro de mi mano derecha. No era un tirador de primera, pero nosotros no teníamos dónde protegernos.

Estábamos atrapados.

Me agaché dentro del hoyo, manteniendo mi mano en la espalda de Lucy. La boca de ella estaba abierta pero su respiración era silenciosa.

No se oían sonidos. Saqué la cabeza para dar un vistazo.

El hombre volvió a poner la pistola apretada contra la cabeza de Nova y la empujó con una rodilla. Los dos avanzaron alrededor del estanque hasta que

llegaron a unos cinco metros de nosotros.

La mejilla izquierda de ella estaba arañada y su ojo izquierdo estaba entumecido. Yo me agachaba y miraba, me agachaba y volvía a mirar. Finalmente le vi la cara al hombre.

Su mano derecha estaba agarrotada sobre la estrecha cintura de ella. Unas uñas con manicura. Los vaqueros eran ajustados. En su sudadera ponía *Sausalito*. Parecía un ejecutivo en su tiempo libre.

Exactamente lo que era.

Christopher Graydon-Jones.

—Han hecho ustedes unos cuantos progresos —dijo—. Lástima que no tengamos más palas. Bueno, a trabajar. Lo necesitaremos bastante más grande para meterlos a todos ustedes. Siga, ¿de acuerdo?

—Ella sigue siendo su hija —dije y o—. Cuando le ha llamado, él no esperaría que usted la matase.

—No, supongo que no —emitió una sonrisa de un segundo que alcanzó una comisura de su labio—. Realmente, él hizo que esta puta llamase, y mira lo que le ha ocurrido a ella. Las expectativas se cumplen muy raramente.

Nova se movió, y él la golpeó con fuerza en la espalda con la rodilla.

—Es verdad. Usted quería ser escultor.

Sus labios se contrajeron y con su mano libre hizo algo que obligó a gritar a Nova.

—Aunque sí que hay una continuidad —dije—. Moldear las formas, moldear los miembros. Grandes necesidades de poder... eso es lo que le puso en dificultades con Karen, ¿verdad?

Él clavó sus dedos en la cintura de Nova. Ella jadeó y se estremeció y una mancha húmeda se extendió en su ingle.

—Por favor —gimió ella.

—Empiece a cavar o mataré a este pedazo de mierda ahora mismo y haré que usted corte su cuerpo con el borde embotado de esa pala.

Yo cogí la pala. Él retrocedió fuera de mi alcance.

Nova estaba casi flácida, acusando su presa. Apuntando con el arma a Lucy, él empujó hacia abajo el hombro de Nova, forzándola a ponerse de rodillas, luego boca abajo, de cara en el suelo. Ella tragó un poco de tierra, dio unas arcadas, consiguió volver la cabeza a un lado.

Graydon-Jones le puso un pie en la columna vertebral. Un trofeo de caza.

Pero sus ojos estaban nerviosos.

—Venga, venga, más rápido, más rápido, o tendré que acabar yo esas tartas.

Yo clavé la pala en la arcilla. Sacarla era como remolcar una barcaza. Notaba toda la parte superior de mi cuerpo como empotrada en cemento. El dibujo de encaje a través de los sauces era ahora de color peltre. Seguí cavando.

Él dijo:

—No es que eso importe, pero yo no me metí en problemas con Karen. Fue ella sola quien se metió en problemas.

—¿Drogas?—Me detuve.

—No pare... sí, sí, drogas, ¿qué otra cosa podía ser, no ve usted los anuncios de nuestras autoridades? Ni siquiera se las proporcioné yo.

—¿Quién fue?

La pala golpeó el suelo de nuevo. Yo simulaba cavar, pero solo sacaba unos cuantos granos de tierra cada vez. Él estaba demasiado lejos para darse cuenta, con la mirada a la altura de mis codos. Si yo golpeaba rápido y gruñía mucho, podría pasar durante un rato.

—¿Quién le dio las drogas?—Fingí otro golpe duro—. ¿App?

No hubo respuesta. Una de sus grandes manos acariciaba el trasero de Nova.

—¿Estuvo usted aquí para la fiesta?

Vi a Lucy por la esquina de un ojo. Sentada, con las rodillas levantadas. Helada. De nuevo sin fuerza.

—Sí, una fiesta. No hubo ningún crimen —dijo Graydon-Jones—. Ella fue el alma de la fiesta. Vino con nosotros, se sentó en nuestras rodillas, diciéndonos que iba a convertirse en estrella de cine y que viviría en Beverly Hills.

—¿Qué tipo de drogas le dio App?

—Qué importa: marihuana, hachís, sedantes. Fueron los sedantes lo que acabaron con ella. No tenía tolerancia. Se apagó como una luz.

Él miró a Nova, luego su mirada se desvió hacia Lucy.

—¿Qué miras tú? Sé útil. Cava con las manos... vamos.

Lucy, obediente, se puso a gatas y empezó a sacar la arcilla.

Yo dije:

—Dos fiestas, entonces, Viernes por la noche y sábado.

Él parpadeó con sorpresa. Lo disimuló con una risa.

—La policía también lo sabe.

—¿Ah, sí? Eso suena como un guión de televisión. Vamos, cave.

Yo fingí un poco más.

—¿Así que ella se fue con usted?

—Todas palabras descaradas y miradas insinuantes, vaya elemento. Era virgen, aunque uno nunca se lo hubiera imaginado.

—Ella no se quedó el sábado por la noche, ¿lo hizo?—Golpe. Gruñido.

—Oh. ¿Vamos a ser políticamente correctos? ¿Vamos a decir que una pequeña desvergonzada que se te sienta en las rodillas y te mete la lengua en el oído no quiere hacerlo? Nosotros la tratamos como a una dama... cosa que no se merecía. Ella se puso completamente drogada, se desabrochó la blusa, cantaba canciones de los Jefferson Airplane. Luego vomitó. Encima de mí.

Su boca se frunció.

—Pero yo la limpié de todos modos. La vestí y la peiné. Curt incluso la

maquilló... ¿está usted aflojando, señorita Hija? Sigue trabajando con esas manos.

Lucy sacaba y echaba tierra. Sus ojos estaban secos y sus pensamientos eran imposibles de averiguar. La mejilla de Nova estaba aplastada contra la tierra, su ojo hinchado totalmente cerrado, los labios separados.

Yo respiraba fuertemente y di unas cuantas paladas más.

—¿Entonces qué fue lo que salió mal?

—¿Usted qué cree? Ella no se despertó... ¿pero cómo lo ha averiguado?

Yo no respondí. Puso otra vez el arma en la cabeza de Nova.

—Yo lo recordaba —dijo Lucy.

—¿Tú? —Graydon-Jones parecía divertido—. ¿Qué eras tú entonces, un feto?

Lucy empezó a decir algo. Yo le hice una señal con la cabeza.

—El viejo idiota te lo dijo —exclamó Graydon-Jones—. Maldito y jodido idiota. Bueno, como de costumbre la ha jodido —risitas tontas—. La habéis cagado completamente. —Dejó que su mirada se deslizase por encima de nosotros, hacia el más ancho de los sauces.

Lucy emitió un sonido débil, como un maullido.

Yo le pregunté:

—¿Quién había en la fiesta, además de usted, App y Lowell?

—Lowell no estaba. Afortunadamente. Era muy aburrido. El viernes por la noche, la tenía a ella en las rodillas, le contaba cuentos de la solitaria vida del escritor. Pero el sábado estaba demasiado ocupado para eso... Calígula con su toga.

—¿Entonces por qué se vio implicado en el enterramiento?

—Porque es un tipo muy amable —risas—. Apareció allí para recoger unos papeles y me encontró tratando de revivirla, y terror, terror, terror. Todos esos versos sangrientos, y resulta que él era de lo más remilgado.

—¿Apareció allí solo o iba con Mellors o Trafficant? ¿Cómo fue de privada la fiesta...?

—Cállese. Quiero que terminen bastante antes de que oscurezca.

Yo simulé hacer más esfuerzos.

—¿Así que la fiesta tuvo lugar aquí? —Mirando a través del estanque.

Él no dijo nada.

—Lejos del mundanal ruido —dije yo.

—Lejos del idiota entrometido.

Graydon-Jones apretó su pie sobre Nova. Los ojos de ella habían dejado de moverse y su mandíbula estaba empujada hacia abajo en una posición antinatural, las cicatrices comprimidas...

Yo dije:

—App se lo tiene muy bien montado. Está allí junto a la playa y mientras usted le hace el trabajo sucio.

—Error. « Vosotros » hacéis el trabajo sucio.

Apuntaba con el revólver al centro de mi nariz.

Yo seguí fingiendo, moviendo tierra de un lado a otro. Lucy había captado la idea y estaba haciendo lo mismo. Su pelo estaba costroso. El hoyo era al menos de un metro y medio de profundidad. Me pregunté cuánto tiempo más podríamos evitar el siguiente medio metro.

Graydon-Jones debió de haber estado pensando lo mismo.

Agarró a Nova por la parte de atrás del cuello y la arrastró cerca del hoyo. La pistola se movió desde su cabeza hasta Lucy y yo, alternativamente. Una automática niquelada. Llena de balas para todo el mundo.

Nova trató de cubrirse la cara. Su ojo cerrado estaba hinchado, y el cañón del arma había dejado unos círculos rojos en su sien.

Graydon-Jones se detuvo a dos metros del borde, dejándola caer otra vez, y poniendo el pie en la parte de atrás de su cuello. No necesitaba mucha presión más para romperle las vértebras cervicales.

Miró hacia abajo.

—Maldita sea. ¿Estamos jugando o qué?

Apuntando firmemente el cañón hacia Lucy, empezó a apretar el gatillo.

Yo me lancé a empujarla hacia un lado pero ella ya estaba de pie, gritando, y le tiraba a él un pesado terrón. Este golpeó directamente en su pecho. El arma se disparó hacia arriba, en el aire. Nova aprovechó el momento para arquear la espalda y coger el pie de él. Eso desvió su mirada hacia abajo mientras él le daba patadas e intentaba sujetar bien el arma.

Yo eché la pala hacia atrás como una jabalina y la lancé a las piernas de él, con la hoja por delante, tan fuerte como mis brazos entumecidos pudieron conseguir.

La punta golpeó su espinilla izquierda y él aulló de dolor y sorpresa.

Nova se las arregló para soltarse. Graydon-Jones apuntó hacia ella. Nova corrió hacia *Inspiración* mientras yo saltaba fuera del hoyo.

Me lancé hacia él. Cuando caímos juntos, noté el arma apretada entre nuestros pechos, clavada en mi esternón. El brazo que la sujetaba se dobló de una forma extraña. Yo golpeé fuerte el otro brazo mientras él trataba de morderme la nariz. Él no estaba en forma pero la adrenalina le había fortalecido, también, y se agachó y rodó, consiguiendo soltar el brazo del arma.

Luego algo llegó desde la izquierda como un borrón marrón y blanco, golpeándole a él fuertemente en la mejilla, rápido como una picadura de serpiente.

Su cabeza saltó hacia atrás. Otro golpe, y sus ojos giraron en sus órbitas. Cayó pesadamente.

Yo quité el arma de entre sus dedos.

La fangosa zapatilla deportiva de Lucy le golpeó otra vez. Inconsciente, él

empezó a babear, luego vomitó. Yo me aparté del chorro de inmundicias.

De pie sobre él, apunté la automática a su cabeza.

Su sudadera *Sausalito* era un pútrido revoltillo.

Respiraba pero no se movía, el lado izquierdo de su cabeza lleno de barro empezaba a hincharse.

Yo estaba resoplando. También Lucy.

Fue hacia Graydon-Jones, luego se detuvo.

Yo puse mi brazo alrededor de Lucy. Ella miró hacia arriba, al gran sauce.

La pala yacía en el suelo, no lejos de Graydon-Jones.

—¿Estás bien? —inquirí.

Lucy se agarró el pecho y asintió.

Hubo un movimiento al otro lado del estanque. Nova se había abierto camino entre la alta hierba e iba corriendo hacia el bosque, con los tintes de su brillante pelo como fruta entre los verdes tallos.

—¡Llame a la policía! —grité.

Ella no dio ninguna señal de haberme oído.

Yo necesitaba ligaduras. Pensé en algo.

Le di el arma a Lucy. La forma en que la sujetó me indicó que nunca antes había tenido una en las manos.

—Probablemente él no se moverá, pero no te acerques demasiado. Mantenla apuntada a la cabeza y vigílo. Volveré en unos pocos minutos.

Cogí la pala y seguí la estela de Nova hacia el bosque, corriendo rápido hasta que llegué a la enredadera que nos había cerrado el paso. Ahora estaba arrancada y pisoteada... Graydon-Jones había seguido el sendero que habíamos dejado abierto para él.

Cortando unos cuantos largos zarcillos, corrí de vuelta y lo até con los miembros juntos. Respiraba bien y su pulso era fuerte y regular. Tendría el metón herido, un monstruoso dolor de cabeza, quizá una conmoción, pero sobreviviría.

Le dejamos allí y volvimos a la casa principal.

El *jeep* de Lowell estaba todavía allí, pero el Mercedes había desaparecido. Una camioneta marrón con una etiqueta de alquiler estaba aparcada entre el coche de Lucy y el Seville. Las puertas no estaban cerradas y miramos dentro. Un formulario de alquiler relleno a nombre del señor Hacker. Transacción en metálico. En la parte de atrás había palas y un azadón, una sierra, un rollo de cuerda y algunas cajas de grandes bolsas de basura. Las llaves estaban debajo del asiento del conductor y me las guardé en el bolsillo. Huellas recientes de neumáticos y manchas de aceite marcaban la salida del Mercedes.

Fuimos al interior de la casa.

Lowell estaba en la cama, con los ojos cerrados.

Respiraba muy leve y lentamente.

Fantasmalmente blanco.

Dos mitades de una ampolla brillaban desde el suelo, justo debajo de la cama. Encontré la aguja hipodérmica unos metros más allá, medio oculta por las esquinas amarillentas de un viejo *New York Times Book Review*. Una mancha roja reciente en el brazo izquierdo.

Lucy estaba detrás de mí, en la entrada. La oí salir.
Cogí el viejo teléfono negro y marqué un número.

Los *sheriffs* y los técnicos hormigueaban. Lowell seguía dormido y parecía haber perdido incluso más color todavía. Uno de los agentes opinó:

—No tiene muy buen aspecto.

La ambulancia llegó media hora más tarde y se lo llevaron.

Milo estaba todavía ausente de su oficina, pero pregunté por Del Hardy, y llegó justo después del primer coche lleno de agentes. No le había visto desde hacía tiempo. Su pelo se había vuelto casi completamente gris y había engordado. Su llegada nos rescató a Lucy y a mí de las sospechas estúpidas de unos policías que no nos conocían. A ese ritmo, hubiéramos estado contestando preguntas hasta después de medianoche.

Del se acercó.

—¿Qué tal os va?

—Te debo otra guitarra... oh, sí, no tienes tiempo. ¿Y una cena?

—Siempre puedo comer algo.

Le preguntó a Lucy si se encontraba bien, luego salió a tomar café con un *sheriff* investigador de homicidios. La gente siguió dirigiéndose hacia el bosque.

Lucy había vuelto allí hacía una hora, señalando el lugar mientras los técnicos rodeaban todo el perímetro con cuerdas y estacas.

Ahora los dos estábamos sentados en sillas plegables frente al Seville. Lucy estaba tapada con una manta. Se había podido comer la mitad de un bocadillo de mantequilla de cacahuete y jalea.

A la una menos cuarto alguien gritó:

—¡Huesos!

Milo apareció poco después.

Nos miró y sacudió la cabeza.

—El doctor y la paciente, el equipo perfecto. Y fui yo quien lo puso en marcha.

Se inclinó y besó la mejilla de Lucy. Ella sujetó su cabeza y le devolvió el beso. Cuando ella le soltó, me dio a mí la mano y me la estrujó.

—Del me ha transmitido todos los datos por el ordenador. Siento haberme perdido cómo cortabais el pastel, pero estaba cortándole el paso a un helicóptero.

—¿Cuál?

—El de App.

—¿Abandonaba la ciudad? ¿Cómo lo has sabido?

—No lo sabía. He estado vigilando su oficina todo el día, le he seguido a la

hora de comer a Mortons, luego a Bijan a comprar una cazadora de cuero de nueve mil dólares. Luego de vuelta a su oficina, pero en lugar de bajar a su piso, ha continuado subiendo hasta el helipuerto. Las aspas que giraban, todo el rollo. Ha intentado hacerse el ciudadano indignado, decía que solo iba en viaje de ida y vuelta a Santa Barbara, a jugar al tenis con algún otro productor de mierda. Pero su limusina llevaba todo su equipaje con maletas Vuitton, y su chófer estaba preparando el papeleo para un viaje privado en avión a Lisboa, desde la terminal Imperial. —Sonrió—. Gran tipo, el chófer, pero con un umbral de dolor muy bajo. De todos modos, App no irá a ninguna parte ahora. Tendrá una *suite* en la cárcel del condado.

—¿Con qué cargos?

Él hizo una amplia y maliciosa mueca.

—Multas de tráfico. El muy idiota tenía multas por valor de cuatro mil dólares solo del año pasado, la mayoría a la salida de clubes y restaurantes, y violaciones de los permisos vecinales.

—Las multas de tráfico no le tendrán en prisión mucho tiempo.

—Espera, espera. Cuando le registré, encontré un pequeño y lindo paquetito de una sustancia blanca en polvo. Otro paquetito lo llevaba el chófer. Hice que viniera una unidad del K-9 y los perros se volvían locos. Una de las maletas Vuitton estaba llena hasta la mitad de cocaína.

—Moneda negociable para unas largas vacaciones. Así que aunque Graydon-Jones se hubiera metido en líos aquí, él ya habría estado fuera hacía rato.

—Planes bien preparados. Las únicas vacaciones que va a tener durante mucho tiempo serán en el viejo Dique Seco —y dirigiéndose a Lucy—: He oído que eres una especie de *kick boxer*.

Ella se encogió de hombros debajo de la manta y forzó una sonrisa.

—Son esas cosas que aprendes en una terapia.

Christopher Graydon-Jones, con la cabeza vendada, susurraba muy serio a su abogado.

Yo estaba sentado al otro lado de un espejo falso con Milo, Lucy y una agente ayudante del fiscal del distrito llamada Leah Schwartz. Era una mujer muy atractiva, menuda, de unos treinta años, con una nube de rubio y ensortijado cabello, unos enormes ojos azules y los modales a veces algo bruscos de una estudiante muy brillante. Había estado entrevistándonos a Lucy y a mí durante casi dos días enteros, escribiendo unas notas muy detalladas y usando una grabadora. Ahora escribía, lejos de nosotros tres. El pequeño receptor que había llevado en el oído brillaba en el regazo de su blusa negra. Milo seguía llevando el suyo.

Yo dije:

—¿Algo nuevo con App?

Meneó la cabeza.

La cocaína en el equipaje del productor había resultado ser solo una pequeña parte de su escondrijo. Había aparecido veinte veces más en una bodega de su casa de Broad Beach, lo cual ha puesto a cien el interés de los hombres de paisano.

—Otra agrupación de fuerzas —se quejó Milo.

Leah dijo:

—El circo ha llegado a la ciudad.

Ella averiguó, poco después, que el gobierno federal investigaba los asuntos de App desde hacía tiempo, creyendo que el Advent Group y sus negocios subsidiarios (incluyendo Enterprise Insurance) eran importantes conductos para el blanqueo de dinero. Milo me había informado de todos los detalles, el día anterior, tomando un café y unos buñuelos mientras esperábamos fuera de la oficina de Leah Schwartz y ella hablaba por teléfono con su jefe.

—¿Cuánto tiempo hace que sospechan de él? —pregunté.

—Mucho tiempo.

—¿Y por qué no han hecho un movimiento para cogerle?

—Hey —dijo él—, se trata del gobierno. No pueden hacer una mierda acerca del control del crimen. Lo que hacen es conseguir una evaluación precisa

de sus posesiones para poder confiscarle todo bajo los estatutos RICO. Mejor estafa que multas de aparcamiento.

—¿Y qué pasará ahora? ¿Él se chivará sobre lo de Karen para que ellos puedan forrar sus arcas?

—Eso supone que hay algo que chivar, Alex. Gracias a Dios que ha aparecido lo de la droga, porque la muerte de Karen todavía no es ningún homicidio.

—¿Y los huesos?

—No hay pruebas de juego sucio; todos los huesos del cuello que encontramos estaban intactos. Y lo que Graydon-Jones te describió en el hoyo aquel era una muerte accidental.

—¿Es creíble él?

—Cuando te lo dije, tenía todas las cartas, no había razones para que mintiera. El hecho es que el intento de asesinato de Lucy y tuyo es mucho más problemático para él que lo de Karen. Pero no podemos ligar a App con eso.

—No tiene sentido. Si Karen había muerto accidentalmente, pudieron haberla dejado en los alrededores para que alguna otra persona la descubriera. Podía ser mala publicidad, de acuerdo, pero por entonces esas muertes no eran demasiado graves, cada semana moría de sobredosis alguna estrella del rock. No habría habido nada que los relacionase a ellos con el cuerpo, no necesitaban sobornar a nadie. No me lo trago, Milo. Estamos hablando de unos chicos malos haciendo una fiesta con una joven ingenua. Graydon-Jones dijo que era virgen el viernes por la noche, pero no el sábado. Él y App le dieron drogas y la cosa se les escapó de las manos.

—Quizá. Pero con los fragmentos de hueso que hemos encontrado nunca conseguiremos probarlo... de todos modos, definitivamente, es ella. Hemos encontrado los suficientes dientes para que coincidan, y hemos obtenido la confirmación del odontólogo esta mañana.

—¿Se lo has dicho ya a Sherrell?

—Sí, he ido allí personalmente, temprano por la mañana, a su banco de comida.

—¿Qué tal se lo ha tomado?

—Como si hubiera sido una cuestión de tiempo. Luego me ha dado las gracias y se ha ido a desembalar arroz.

—Pobre tipo. He llamado a su hijo esta mañana. Ha empezado a sollozar, luego ha colgado.

Él se pasó la mano por la cara.

—Si alguna vez el caso llega a juicio —dije yo—, App y Graydon-Jones intentarán describirla a ella como si fuera una puta.

—Probablemente no llegará, Alex. Con todo lo que está pasando por ahí, una muerte accidental por sobredosis no tendrá prioridad.

—¿Y qué pasa con dos auténticos homicidios, Mellors y Felix Barnard?

Él cogió un trozo de buñuelo y se humedeció los labios. Podía oír la voz de Leah Schwartz a través de la puerta de su despacho, aumentando de volumen.

—El mismo problema —dijo Milo—. Sin algún tipo de prueba que relacione a Mellors y Barnard con Karen, todo lo que tenemos son dos muertes sin relación entre sí. El único nexo con App es que él era propietario del motel y de la mitad de la compañía de seguros que dirigía Graydon-Jones. Pero ninguno de ellos hablará.

—¿Por qué no les haces creer que tienes algo más de lo que en realidad tienes, y luego tratas de enfrentarlos uno al otro? —inquirí yo—. Después de un año tratando con Shwandt y sus chicas, deben ser pan comido para ti.

Leah Schwartz salió de su despacho, ruborizada y con los ojos llameantes. Los tres salimos al vestíbulo.

—Políticos —exclamó—. Deberían estar todos destripados y cortados a cuartos. Tenemos un par de días para encontrar algo, o el caso de la chica Best irá al final de la lista. Lo cual significa que no habrá acusaciones, y el Departamento Antidrogas tendrá la oportunidad de llevárselo todo a casa.

Milo preguntó:

—¿Un par de días? ¿Estrictamente, hora por hora?

—Probablemente pueda obtener cincuenta horas si tenemos algún tipo de pista.

—Bien. —Se levantó y se estiró—. Roma se construyó en dos días, ¿verdad?

Lucy rio. Hasta entonces nunca la había visto sonreír.

Habían transcurrido ya quince horas.

Graydon-Jones todavía tenía la mano alrededor del oído de su abogado. Llevaba el traje azul de la prisión que casi hacía juego con el tono del traje del fiscal. El abogado era un jugador de balonmano larguirucho, prematuramente encanecido, llamado Jeff Stratton. Todo el mundo sabía que jugaba al balonmano porque cada vez que aparecía a las ocho de la mañana anunciaba que acababa de salir de la pista y siempre tenía algún tipo de lesión.

Empujaba su silla apartándola de Graydon-Jones y meneaba un dedo.

—Listos.

Un micrófono a nuestro lado del espejo falso amplificaba su voz.

Leah Schwartz se puso el micrófono otra vez en el oído. Ella y Milo entraron y se sentaron junto a la mesa, de cara a Stratton y Graydon-Jones. Yo conecté mi micrófono manual.

Leah Schwartz dijo:

—Bueno, Jeff.

—Oiremos lo que tengan que decirnos —dijo Stratton—, pero no

responderemos.

Había costado una hora llegar hasta aquel punto.

Leah inquirió:

—¿Detective Sturgis?

Milo empezó.

—Señor Graydon-Jones, por su currículum, usted parece un hombre inteligente...

—Espere —dijo Stratton, amigable—. ¿Esto va a ser personal?

Leah contestó:

—Por supuesto, Jeff, ¿acaso no lo es siempre? —ella miró su reloj de pulsera—. Escucha, tengo mucha prisa. Si no podemos acabar con esto rápidamente, lo olvidamos y dejamos que tu cliente confíe en la suerte sin saber lo que está pasando hasta que se descubra en el juicio previo.

—Tranquilízate, Lee —dijo Stratton. Cada una de sus canas estaba colocada en su sitio, onduladas por encima de sus oídos. El estampado de su corbata era de palos de golf. Llevaba un vendaje en la muñeca—. No hay necesidad de usar sarcasmos ni atroces vituperios.

Leah miró a Milo.

—Trate de controlar sus vituperios, detective. Por el bien de todos nosotros.

Milo la miró ceñudo.

—Adelante —dijo ella impaciente.

Stratton sonrió. Graydon-Jones mantenía una expresión de ciervo herido.

—De acuerdo —dijo Milo, colocando las dos manos encima de la mesa. La cubrieron casi por entero. Stratton trató de no mirarlas.

—Está bien... Señor... hum, Graydon-Jones, como le decía, usted tiene un currículum impresionante, la gente que está en el ajo dice que usted es un verdadero genio de los seguros. Así que estamos un poco extrañados de por qué le permite a Curtis App llevar las riendas.

Graydon-Jones miró a Stratton.

Stratton meneó la cabeza.

Graydon-Jones no dijo nada.

Leah miró su reloj.

Graydon-Jones miró al techo.

Yo dije al micrófono:

—Vamos a por él.

Milo siguió:

—Él está echándole la culpa de todo, amigo. Incluyendo las drogas. Dice que fue usted el que le metió en la droga. Que usted era un gran consumidor durante los setenta. Que usted le corrompió. Dice que fue idea suya blanquear la droga a través de Advent y Enterprise y que usted le conectó con narcotraficantes de Inglaterra, Francia y Holanda, y les vendió pólizas de seguros que les ayudaron a

organizar su blanqueo de dinero...

—¡Jodidas mentiras! —estalló Graydon-Jones—. Era un contrato como otro cualquiera, yo no tenía ni idea de quiénes eran ellos. Curt se lo mandó...

Stratton le tocó la mano, y él se calló en el acto.

Milo siguió hablando:

—Solo le estoy contando lo que dice App. Él dice también que no tuvo nada que ver con la muerte de Karen Best, que ni siquiera estaba presente cuando ella murió, y que usted, Terry Trafficant y Joachim Sprentzel la estrangularon...

—Oh, maldita sea, mierda. Sprentzel era un marica, y Trafficant ni siquiera...

Otro toque de Stratton.

—¿Trafficant ni siquiera estaba allí? —inquirió Milo. No hubo respuesta.

—Está bien, déjeme acabar la historia de App: él y ustedes tres tuvieron una fiestecita con Karen, él salió a orinar y cuando volvió ella estaba muerta en sus brazos y los demás confesaron que la habían matado. Él dice... espere... —Sacando un trozo de papel de su bolsillo, lo sujetó al alcance de la vista de todo el mundo—. Hum, hum, hum... aquí está: dice que el único motivo por el que se vio involucrado para encubrir la muerte de ella fue que le preocupaba que alguien más hubiera visto a Karen con él, y que usted amenazaba con contarle a su mujer que tomaba drogas y que habían estado haciendo el tonto con Karen y otras jovencitas. Él sintió pánico porque había estado drogándose y bebiendo, y pensaba que podría ser responsable criminalmente. Cuando inesperadamente M. Bayard Lowell y Denton Mellors llegaron poco después, y Lowell dijo que Karen debía ser enterrada y olvidarse del tema, él estuvo de acuerdo con ello. Él está dispuesto a aceptar los cargos de ayuda y encubrimiento y una sentencia suspendida, a cambio de testificar contra usted en el homicidio de Karen Best. También está dispuesto a negociar información de sus vendedores de drogas a cambio de una reducción de sus cargos por drogas.

Se volvió a meter el papel en el bolsillo.

Graydon-Jones dijo:

—Una mierda. Él no ha dicho nada de eso.

—Llame a su abogado —dijo Milo. Y a Stratton—: Mire a ver si él coge su llamada.

Stratton dijo:

—Quizá lo haga.

Leah miró su reloj.

—Malditas mentiras —dijo Graydon-Jones.

—Tengo que decir que la historia de App tiene bastante sentido, señor Graydon-Jones —dijo Leah—. Fue usted el que subió a Santuario con todas aquellas herramientas y bolsas de basura. Fue usted quien intentó asesinar a tres personas para que no excavarán la tumba de Karen Best. Si no tiene nada que

ocultar acerca de Karen Best, ¿por qué arriesgarse tanto?

—Porque Curt me dijo...

Stratton interrumpió:

—Mi cliente no tiene nada más que decir.

Yo susurré:

—Dejémonos llevar.

Milo bostezó. Leah cruzó las piernas.

Graydon-Jones meneó la cabeza. De repente rio.

—Todo para mí, encantador, encantador. ¿Y ahora qué, consejero, debo defenderme o mantenerme al margen y permitir a esos gilipollas que me metan en la cárcel con cargos falsos?

Stratton dijo:

—Tengo que consultar con mi cliente.

Leah miró su reloj y chascó la lengua.

—La última vez —dijo, recogiendo sus cosas.

Cinco minutos después, ella y Milo volvieron a la habitación.

Stratton hizo una señal de asentimiento a Graydon-Jones. Graydon-Jones miraba a Leah, no a él.

Stratton preguntó:

—¿Chris?

Graydon-Jones empezó:

—En primer lugar, todo son malditas mentiras. Yo no la estrangulé, nadie lo hizo.

—Hemos encontrado los huesos —dijo Milo—. Unas vértebras cervicales que muestran señales de...

—No me importa qué mierda hayáis encontrado, ¡nadie la estranguló! ¡Nadie! ¡Solo la golpearon! ¡Él la golpeó! ¡En la mandíbula! —Simuló un puñetazo—. En la maldita mandíbula.

—¿Quién la golpeó? —dijo Milo.

—Curt, Curt.

—¿Por qué?

—¡Porque ella no se dejaba! Él quería y ella no se dejaba, así que la golpeó debajo de la mandíbula y ella cayó de espaldas y se golpeó la cabeza, y entonces él... se la tiró. Luego no pudimos despertarla. ¡Yo estaba allí! ¡No conseguirán que invente historias y niegue esto! Estábamos de fiesta. Los tres.

—¿Qué tres?

—Curt, ella y yo. Trafficant estaba entreteniendo a su propio club de fans. Mellors perseguía a Lowell, como de costumbre, ese maldito adulator.

—¿Y Sprentzel?

—No lo sé, ya le dije que era un maricón. Probablemente persiguiendo chicos.

—Ah —dijo Milo.

—Sí, yo estaba con ella, pero no le hice daño. No hice nada más que pasarlo bien con ella.

—¿De qué manera? —preguntó Leah.

—Besitos, magreos. Ella estaba en mis rodillas, el típico sobeteo de los pantalones. Yo era el que más le gustaba, por mi bigote (entonces lo llevaba), y mi acento, decía que le recordaba a Mick Jagger. Ella estaba dispuesta a acostarse conmigo. Eso puso celoso a Curt.

Tocándose la boca, habló a través de los dedos.

—Él estaba acostumbrado a las putas, chicas fáciles. « Mételes las pastillas y puedes meterles todo lo demás », decía siempre. Ella no era fácil, era virgen, por el amor de Dios. —A Leah Schwartz—: No me mire así. Quiere la verdad, y se la estoy contando. Así eran las cosas por entonces... amor libre, no había virus, la gente hacía lo que quería.

—Aceptaré su palabra sobre eso —dijo Leah, examinándose las uñas.

Eso le inflamó.

—¿Qué hacía usted por entonces?

Leah miró sus uñas y sonrió.

—Iba al colegio. Cuarto curso.

Graydon-Jones cerró la boca.

—¿Eso es todo? —preguntó Milo—. ¿Esa es su historia?

Es la verdad. Curt se puso furioso porque ella no quería pasar de mis rodillas a las suyas. Cuando trató de meterle la lengua en la boca, ella volvió la cabeza y dijo: « Uag ». Así mismo. « Uag ». Como si hubiera probado algo desagradable. Así que él la golpeó y ella cayó. Todo ocurrió en un segundo. Lo juraré ante los tribunales.

—Chris —dijo Stratton. A Leah—: Quiero aclarar que la afirmación de mi cliente no significa de ningún modo una oferta formal de testificar.

Leah se encogió de hombros.

Milo se inclinó hacia delante.

—Así que esa es su historia.

—Eso es lo que ha dicho mi cliente —intervino Stratton.

—Entonces le preguntaré a su cliente lo que le he preguntado ya al señor App esta mañana: si no tenía usted nada que ver con la muerte de Karen, ¿por qué se implicó en encubrirla?

Graydon-Jones se mordió el labio. Sus manos jugaron una con la otra. Pasó un minuto entero, luego otro.

Milo se sentó.

Leah miró su reloj y se levantó. A Milo:

—A veces se gana, a veces se pierde.

Graydon-Jones afirmó:

—Lo hice porque Curt me apoyó.

—¿Cómo? —preguntó Leah.

—Emocionalmente. Financieramente. El día anterior a aquella maldita fiesta, prometió comprar seis de mis esculturas. Y encargó una gran pieza para el vestíbulo de su compañía de seguros. Yo era pobre de verdad. No había vendido nada desde que había llegado de Inglaterra. Si usted fuese artista, lo entendería. Curt se ofreció a abrir un mundo de nuevas oportunidades para mí... y yo pensaba que era un mecenas de verdad. No había sido como si la hubiera matado intencionadamente. Solo le dio un puñetazo... una de esas cosas estúpidas. Y nada de lo que yo hiciera podía hacerla volver. Pensé: ¿por qué arruinarme por una cosa tan estúpida como esta?

—¿Lo hizo por un trabajo? —preguntó Milo.

—No por un trabajo —la voz de Graydon-Jones estaba estrangulada—. Por una carrera.

Leah miró a Milo.

—Lo siento, señor. Es un poco difícil de creer. Yo nunca iría ante un tribunal con eso.

—¡Pero es la verdad! —Dejando caer la cabeza—. Está bien, está bien, había una cosa más, aunque no tiene demasiada importancia.

—¿Qué cosa? —exclamó Leah.

—La droga. Las pastillas que él le dio. Eran mías. Las tomaba para los nervios. Trabajaba como un loco durante horas en la fundición, mis biorritmos estaban bajos...

—Mentira —dije yo al micrófono.

—Solo para dormir, ¿eh? —dijo Milo, sonriendo y moviendo la cabeza.

Graydon-Jones se acobardó.

—Está bien, para el sexo también, a las tías les encantaba... no es un gran crimen. Tal como he dicho, tenía receta.

—Y usted compartió sus drogas recetadas con Karen.

—Ella no protestó (quería probarlas), quería probarlo todo... excepto a Curt. Dios, él se puso furioso. Después de que la golpeará, yo le dije: «¿Por qué demonios has hecho eso?» y él dijo: «No seas tan virtuoso conmigo», y empecé a desabrocharme los pantalones. Entonces él... cuando ella no se despertó, me entró pánico, traté de irme de allí. Él dijo: «Tú tienes un problema, Chris. Estaba en tus rodillas cuando ha sucedido, tú la estabas sujetando, ella estaba alucinada con tus drogas». Me dijo que si la encontraban, sabrían que había tomado drogas y que podrían seguir la pista hasta mí. Me dijo que en lo concerniente a la ley, yo era exactamente igual de culpable que él.

—¿Y usted se lo creyó? —dijo Leah.

—Yo no conocía las leyes americanas. ¡Era un jodido inglés hambriento que acababa de desembarcar!

—¿Consultó a un abogado?

—Claro —afirmó Graydon-Jones—, y sacar a la luz toda la historia... nosotros la enterramos, por el amor de Dios. Se había acabado todo.

Yo dije por el micrófono:

—Pregúntale por qué dejó la escultura.

Milo preguntó:

—¿Cómo pasó usted del mundo del arte al de los negocios?

—Curt me ofreció un trabajo en Enterprise. Me pagaban por aprender. Como hubiera dicho Marlon Brando, fue una oferta demasiado buena para rechazarla.

—También le ofreció encargos de escultura. ¿Por qué no los aceptó?

Graydon-Jones desvió la mirada.

Stratton empezó a decir:

—No acierto a ver qué...

—Todo ayuda para comprender el caso, Jeff —le interrumpió Leah—. Especialmente, la credibilidad de tu cliente.

Graydon-Jones dijo algo ininteligible.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Leah.

—Perdí el interés.

—¿En qué?

—En el arte. Toda esa pretenciosidad. Una mierda. Los negocios son el máximo arte.

Hablaba rápido para ocultar la verdadera razón: se había bloqueado. Y App se apresuró a explotar aquello, igual que con Lowell.

Una noche de decepción recompensada por veinte años de comodidad y estatus. Éxito, la máxima droga. Tal como había pasado con Gwen y Tom Shea.

Alianzas difíciles mantenidas por el pecado y la culpa.

Había sido necesario un sueño para romperlas.

Graydon-Jones hablaba a la estoica cara de Leah.

—¿No lo comprende? Curt le dio la vuelta a toda la maldita historia para aprovecharse de mí. Todo lo que yo hice fue proveer los tranquilizantes. Él la golpeó (échenle un vistazo más a fondo a esos huesos y encontrarán algo en su mandíbula), créame, yo estaba allí. Él es el asesino, no yo. Él ha matado a otras personas...

—Espera —cortó Stratton agudamente.

—¡Tengo que justificarme a mí mismo, Jeff!

—Espera un momento, Chris —a nosotros—: Otra consulta, por favor. Y asegúrense de que no hay micrófonos abiertos por ninguna parte.

Leah dijo:

—No puedo prometerle estar aquí cuando acabe.

Ella y Milo salieron, mientras Stratton se volvía al espejo y empujaba a Graydon-Jones para que hiciera lo mismo.

—Es hora de ir a la habitación de las niñas.

Leah salió. Milo masticó dos pastillas de chicle y trató de hacer un globo. Yo me conté los dedos varias docenas de veces.

Desde la otra parte del cristal, Stratton hacía grandes gestos y decía:

—Vuelva.

Milo conectó el micrófono y entró en la habitación.

—¿Dónde está Lee? —inquirió Stratton—. Vamos, no se trata de ningún caso de robo en una tienda.

Milo se encogió de hombros.

—Quizá se está empolvando la nariz, no me lo ha dicho.

—Qué profesional. —Stratton miró su reloj—. Le daremos un minuto.

—Qué generoso por su parte —dije a su micrófono.

Milo sonrió.

Leah volvió.

Yo señalé con un pulgar hacia el cristal.

—Stratton se está poniendo nervioso. Yo seguiría jugando la carta del tiempo.

Ella me hizo una mueca.

—¿Necesito tu vocecita en mi oído para decirme cómo tengo que hacer mi trabajo? No, en serio, ha sido muy útil. Probablemente tendríamos que hacer más asesoramiento psiquiátrico en los casos grandes. El problema es que probablemente cobrarías mucho. Y la mayoría de los otros fiscales del distrito se sentirían amenazados.

Apretando uno contra otro unos labios que acababa de retocar, le preguntó a Lucy:

—¿Estás animada?

—Estoy muy bien. Solo espero que lo aplaste.

—Como un huevo —exclamó Leah—. Revoltillo.

Leah, coqueta, ahuecó su cabello, luego entró en la sala de interrogatorios.

Stratton dijo:

—Hey, Lee, por un minuto había pensado que lo habías abandonado todo por una vida de gozoso desenfreno.

—Está bien, acabemos con esto —dijo ella—. Si tiene algo que decir, señor Graydon-Jones, vamos con ello. De lo contrario, nos arreglaremos con lo que ya tenemos.

Stratton empezó diciendo:

—Antes de ir más lejos, me gustaría un trato definido.

—¡Por favor!

—¿No quieres coger al pez gordo, Lee?

—En este caso, Jeff, todos parecen bastante gordos.

Graydon-Jones maldijo entre dientes.

—¿Qué pasa, señor? —interrogó Leah.

Silencio.

—Si tiene algún comentario que hacer, señor Graydon-Jones, hágalo con libertad. —Mirada a su reloj.

Stratton intervino:

—Mi cliente está deseoso de ofrecerles información que pueda aclarar dos homicidios adicionales. Homicidios auténticos, no involuntarios, que es lo máximo que tendrán con lo de la chica Best, y ustedes lo saben. Que ustedes no quieren oír hablar del tema, bien. —Encogimiento de hombros.

—Lo oiremos, Jeff. Lo que no haremos es poner una etiqueta de precio en la mercancía antes de haber tenido la oportunidad de examinarla.

—Créanme —dijo Stratton—, es buena.

Leah sonrió.

—Siempre creo a los defensores.

Milo bromeó:

—Mi hipoteca es redimible, mi Porsche está pagado, y el cheque está en el correo.

Stratton le dirigió una dura mirada.

La sonrisa de Leah se hizo más amplia y ella se la tapó con la mano. Otra mirada a su reloj. Aunque yo lo había sugerido, lo encontré un irritante fingimiento.

Ella suspiró y se levantó.

Stratton dijo:

—Bien. Escuchen y evalúen. Estoy seguro de que son lo bastante listos para apreciarlo en lo que vale.

Leah intervino.

—Esa soy yo, la señorita Lista. —Y cerró su maletín.

Se sentó.

Graydon-Jones miró a Stratton de la misma manera en que un niño mira a su madre antes de recibir su primera bofetada.

Stratton suplicó:

—Prométanme que si la información es buena ustedes acudirán en defensa de mi cliente.

—Acudir en defensa de tu cliente es trabajo tuyo, Jeff. Si la información de Graydon-Jones prueba ser útil, nos la tomaremos muy en serio. Incluso hoy en día, nos gusta aclarar los homicidios.

—Es más que útil —dijo Stratton—. Créanme. Pero creo que es importante que se den cuenta del propósito de lo que estamos hablando. Cualitativamente. La información que posee el señor Graydon-Jones, además de ser reveladora, es exculpatória.

—¿De quién?

—Del señor Graydon-Jones. Lo que tiene que contarles va al punto esencial

de la materia y se refiere también a Karen Best. Motivos. Dos homicidios que son el fruto conceptual del incidente de Karen Best y apuntan con un dedo firme a la culpa original en la muerte de Karen Best. De lo que estamos hablando es del hecho de que otra persona, y no el señor Graydon-Jones, se encargó de promover esos dos...

—Denton Mellors, también conocido como Darnel Mullins, y Felix Barnard —dijo Milo, con voz aburrida.

Los ojos de Graydon-Jones quedaron muy abiertos. Stratton parpadeó muy rápido.

—Sí, lo sabemos, abogado —dijo Milo—. El viejo Curt también le echa la culpa a usted, Chris.

—Oh, no —exclamó Graydon-Jones, alargando las manos como si estuviera cogiendo aire—. Oh, maldita sea, no, no, no, esto es... ¡no hay manera, jodida mierda! Yo puedo probar que estaba fuera de la ciudad el día que Denny disparó al investigador privado. Curt le pagó treinta mil dólares para que lo hiciera. Registrado como pago por un guión que Denny nunca escribió. Treinta de los grandes..., él me enseñó el dinero.

—¿Mellors se lo enseñó a usted? —preguntó Milo.

—¡No, no, Curt! Me lo enseñó y me dijo para qué era... dijo que Denny estaba más que contento de hacerlo, que Denny era un malhechor, y que siempre lo había sido.

—¿Dónde tuvo lugar esa conversación? —inquirió Milo.

—En su casa.

—¿En Malibú?

—No, no, en la otra, en Bel Air. Tenía una casa en St. Cloud. Ahora vive en Holmby Hills, en Baroda.

—¿Había alguien más presente durante esa conversación?

—¡Claro que no! Me invitó a comer. Fuera junto a la piscina, con sus jodidos terriers meándose por todas partes. Entonces sacó un sobre y me enseñó el dinero. Hizo que lo contara. Y me contó que un detective iba por ahí preguntando por Karen, que le había sobornado durante un año, le había metido en la contabilidad para cubrirlo y le había dado trabajos estúpidos. Ahora el bastardo se había vuelto ambicioso y quería más para poderse comprar una casa en algún lugar. Así que Denny iba a matarle en un motel que poseía Curt. Él tiene todo tipo de cosas: está en todo, como un pulpo...

—¿Por qué le dijo eso?

—¡Para convertirme en parte de aquello! Tal como me había convertido en parte del asesino... de la muerte de Karen. Y para asustarme..., y funcionaba, créanme. Me asustó de muerte. Cogí el primer avión para salir del país, de vuelta a Inglaterra. Por eso puedo probar que no estaba allí cuando ocurrió... tengo mi viejo pasaporte. ¡Miren la fecha de la maldita cosa y compárenla con la fecha

del crimen de Barnard!

—¿Cuánto tiempo pasó fuera?

—Dos semanas.

—¿Adónde fue?

—A casa de mi madre, en Manchester. Curt me encontró, me envió un recorte de periódico. Acerca del asesinato de Barnard. Luego hizo que mataran a Denny unos meses más tarde.

—¿Quién?

—No lo sé.

—¿Entonces cómo sabe que App estaba detrás?

—Porque me mandó otro recorte. Sobre Denny. Un claro aviso. Es un monstruo, otorga favores, luego te destruye.

—Parece como si él siguiera otorgándoselos a usted —dijo Milo—. Su carrera, y todo eso.

—Sí, pero nunca supe por qué, nunca supe si aquello terminaría. Sabía que no podía escapar de él... así que me quedé quieto, cerré la boca, hice mi trabajo... me gané cada maldito penique de ese salario. Pero ahora comprendo por qué me mantuvo él allí, en realidad.

—¿Por qué fue?

—¿No es obvio? Como chivo expiatorio. Si las cosas salían alguna vez a la luz, tenía a alguien a quien cargarle todo aquello.

—¿Chivo expiatorio? —ironizó Milo—. Fue usted quien condujo hasta aquel lugar en una furgoneta con un azadón y unas bolsas de plástico.

Graydon-Jones se quedó helado. Luego su cuerpo se inclinó hacia Milo.

Stratton le sujetó. Graydon-Jones se zafó de él.

—No lo entiende —decía—. Durante veintiún años he vivido aterrorizado por ese hombre. Por eso hice lo que hice. Estaba asustado.

Quedaban treinta horas. Habíamos hecho una sombría recapitulación en un bar de Hill Street, y no nos había salido bien. Me senté solo en la misma habitación de observación. Nadie había limpiado el cristal desde la sesión de Graydon-Jones, y estaba nublado con una destilación de sudor y miedo.

El abogado de Curtis App era un hombre mayor llamado MacIlhenny, gordo y desaliñado, con los ojos de una serpiente dormida y un traje gris hecho a medida que en él parecía barato. Se las había arreglado para que App no tuviera que llevar la ropa de la cárcel. A pesar del jersey blanco de cuello en pico de cachemira y la camisa negra de algodón suizo, el productor parecía débil e insustancial. Solo unos días en la cárcel le habían arrebatado todo el bronceado de Malibú.

Leah estaba dentro con ellos, junto con su jefe, un ceñudo agente del fiscal del distrito llamado Stan Bleichert.

MacIlhenny gruñó y App cogió un trozo de papel y empezó a leer.

—Mi nombre es Curtis Roger App, y voy a ofrecer para su grabación una declaración preparada por mí mismo, sin coacción ni coerción, bajo la guía de mi abogado, el señor Landis J. MacIlhenny, de la firma legal MacIlhenny, Bellows, Caville y Shrier. El señor MacIlhenny está presente para darme apoyo moral durante estos momentos difíciles.

Se aclaró la garganta, coqueteó brevemente con la cámara. Durante un momento pensé que iba a llamar a la maquilladora.

Leyó:

—No soy ni he sido nunca un asesino, ni tampoco tolero el acto del asesinato. Sin embargo, estoy en posesión de información que llegó hasta mí por medios que no implican actividad criminal alguna por mi parte, que si son competentemente investigados pueden conducir al procesamiento criminal de otro individuo o individuos por violación de la Ley Penal del Estado de California número 187, asesinato en primer grado. Estoy dispuesto a ofrecer esta información a cambio de una misericordiosa consideración de mi actual situación, incluyendo inmediata liberación de la prisión, bajo una fianza razonable, a mi familia y seres queridos, y a cambio de una reducción de todos los cargos presentes y futuros.

Dobló el papel.

Miró hacia arriba.

Bleichert se dirigió a MacIlhenny.

—De acuerdo, está grabado, ahora hablemos de verdad.

—Claro —dijo MacIlhenny. Su voz era un croar de rana y sus cejas bailaban el tango cuando hablaba—. La realidad es que el señor App es un miembro importante de la comunidad de negocios y no hay ningún motivo racional para confinarle...

—Corremos el riesgo de que vuele, Land. Fue detenido justo cuando iba a abordar un helicóptero con un vuelo que enlazaba a...

—Bah, bah —dijo MacIlhenny, suavemente—. No detenido. Sorprendido. En aquel momento, el señor App no sabía que hubiera ninguna investigación criminal de ningún tipo sobre él. Por supuesto, usted no estará diciendo que sin esa información no era libre para viajar a su voluntad, como cualquier otro ciudadano de los Estados Unidos.

—Con su dinero, es un riesgo de huida, Land.

MacIlhenny se dio unas palmaditas en su barriga de melón.

—Así que usted está diciendo que la riqueza del señor App le permite discriminarle.

—Solo digo que es un riesgo, Land. —La cara de Bleichert era redonda, severa y contraída, y llevaba una sombra de barba. Su traje azul marino sí que era realmente barato.

—Bueno —exclamó MacIlhenny—, proseguiremos esto con las autoridades apropiadas.

—Siéntase como en su casa.

MacIlhenny se volvió hacia Leah.

—Hola, joven dama. Universidad de California, clase de... ¿hace unos cinco años?

—Seis.

—Yo enseñaba en su clase. Admisión de pruebas. Se sentaba justo delante... llevaba vaqueros.

Leah sonrió.

Bleichert intervino:

—Estamos todos muy impresionados con el numerito del señor Memorioso, Land. Ahora, ¿tu cliente lo dejará correr o vaciará las tripas?

MacIlhenny se puso una mano en la boca en horror fingido. La otra protegió los ojos de Leah.

—Bah, bah. Mi cliente está dispuesto a leer una declaración preparada.

—¿Sin preguntas?

—No esta vez.

—Eso no es muy amistoso.

—Esa es la realidad.

Bleichert miró a Leah. No pasó nada visible entre ellos, y después de unos segundos Bleichert habló:

—Lea a su propio riesgo.

—Libertad bajo fianza.

—Estancia especial en Lompoc.

—Eso sigue siendo la cárcel.

—Es un club de campo.

—No —negó MacIlhenny—. Mi cliente ya pertenece a un club de campo. Conoce la diferencia.

Leah aclaró:

—Con todas las acusaciones que tiene su cliente, es muy afortunado de poder respirar el aire fresco. ¿Y por qué tendríamos que tratar con él cuando ya nos ha mentido, tratando de cargarle lo de Karen Best a Trafficant? Sabemos por otras fuentes que Trafficant no estuvo implicado en aquello.

—Bah, bah —dijo MacIlhenny—. Hay fuentes y fuentes.

En medio de todo aquello, App estaba sentado, con aspecto aburrido. La calma inanimada del verdadero psicópata.

Bleichert dijo:

—Traslado a Lompoc y eso es todo.

—Es toda una historia —dijo MacIlhenny—. Un drama de primera categoría.

—Véndalo para una película.

MacIlhenny sonrió y señaló a App con un dedo.

App sonrió y cogió otro papel.

Después de carraspear, empezó.

—Yo hice amistad con el escritor/artista Morris Bayard Lowell, a partir de ahora nombrado como Lowell o Buck, en una fiesta en Nueva York, en el verano de 1969. La fiesta creo que tuvo lugar en la casa del Greenwich Village de Mason Upstone, editor de la *Manhattan Book Review*, aunque no estoy seguro. Lowell y yo iniciamos una conversación, durante la cual yo le dije que admiraba mucho su trabajo. Posteriormente a esto, Lowell y yo empezamos una relación amistosa que culminó con mi opción para un libro suyo, una colección de poemas titulada *Mandato: vierte la luz*, para su desarrollo como película. Además del pago por anticipado por esa opción, yo le avancé dinero para comprar tierra en Topanga Canyon para establecer una residencia personal y fundar un retiro de artistas y escritores que llamó Santuario. Hice esas cosas porque aunque Lowell había experimentado un largo bache en su rendimiento creativo, sus logros previos en literatura y arte me hicieron creer que él volvería a recuperar sus poderes creadores y recobraría su lugar de gran escritor americano.

Sorbió el aire por la nariz. Se la tocó.

—Desgraciadamente, eso no sucedió. *Mandato: vierte la luz* recibió unas

críticas altamente crueles y fue un fracaso comercial.

Golpeando el papel.

—Como parte de mi relación con Lowell, yo también trabé relación con varios artistas y escritores. Entre ellos se encontraba un escultor inglés, Christopher Graydon-Jones, al cual ayudé a conseguir un empleo en una compañía de seguros de la cual soy propietario en parte, y del cual creía, en aquella época, que era un gran talento y una excelente persona. Asimismo un escritor, Denton Mellors, cuyo verdadero nombre después supe que era Darnel Mullins, un novelista afroamericano, para el cual encontré empleo en las oficinas de mi compañía de producción cinematográfica y, cuando resultó estar falto de habilidades en ese campo, como director de unos moteles que yo poseía.

Se aclaró la garganta.

—Debo añadir que yo también soy un contribuyente importante a la Fundación United Negro College.

MacIlhenny arqueó una ceja y le tendió un vaso de agua.

Él bebió y continuó leyendo:

—Otro individuo que conocí a través de Lowell fue a un escritor llamado Terrence Trafficant. Trafficant había pasado un tiempo en la cárcel y escribió acerca de sus experiencias en un diario de la prisión titulado *Del hambre a la rabia*. Lowell tomó a Trafficant como protegido suyo, le ayudó a conseguir la libertad condicional y le ayudó a publicar el diario. Se convirtió en un *bestseller*. A instancias de Lowell, leí ese libro y compré los derechos para convertirlo en una película, adelantando dinero a Terry Trafficant.

Mirando a la cámara, como si tratara de convencerla de algo.

Aspiró por la nariz.

—Acabé descubriendo, más adelante, que había sido engañado por ambos, el señor Lowell y el señor Trafficant, en el hecho de que *Mandato: vierte la luz* no había sido escrito por el señor Lowell, sino por el señor Trafficant, y pasado por el señor Lowell ante la comunidad artística y literaria, y al público en general, como un trabajo original. Averigüé esto en conversación con el señor Trafficant, quien me mostró sus notas originales manuscritas para el libro, y me las dio para que las guardara a cambio de una suma de dinero. Yo me quedé en posesión de aquellas notas y estoy dispuesto a ofrecerlas como prueba para la acusación del señor Lowell por el asesinato del señor Trafficant, un crimen del que tengo personal conocimiento porque el señor Lowell me lo confesó, varios días después de los hechos, cuando yo lo enfrenté a la evidencia de su plagio y su fraude.

Honda respiración.

—Esto es todo lo que tengo que decir por ahora.

MacIlhenny sonrió. Bleichert frunció el ceño.

Leah volvió a intervenir:

—Así que quiere usted canjear a Lowell por todo lo que usted ha hecho.

App dobló el papel.

—Todo lo que tenemos contra Lowell —dijo Leah—, es su palabra.

—Y las notas —dijo MacIlhenny.

—Si son auténticas. Y aunque lo sean, todo lo que prueban es un fraude. Sobre una víctima muerta. Así que no es gran cosa.

—Una víctima asesinada.

—No he oído ninguna prueba de ese crimen excepto la declaración del señor App.

—¿Ayudaría un cadáver?

—Depende de quién fuera.

—Bah, bah, joven dama. No seamos evasivos.

Bleichert preguntó:

—¿El cadáver de quién, Land?

—¿Hablando teóricamente? Digamos el del señor Trafficant.

—¿Dónde está?

MacIlhenny sonrió y meneó la cabeza.

—¿Reteniendo información en un caso de homicidio, Land?

MacIlhenny miró hacia abajo, a los rollos de su pecho. Tenía unos pechos tan grandes como los de una bailarina de strip-tease.

—No tengo ninguna información personal, Stan. Todas mis conversaciones con el señor App se han mantenido estrictamente en un nivel teórico.

—¿El cuerpo también es teórico? —interrogó Leah.

MacIlhenny parpadeó pero ignoró la pregunta.

—Les estoy ofreciendo un regalo, Stan. Envuelto y con un lazo. Podría ser su mejor caso: un autor internacionalmente aclamado, gran fraude, plagio, derramamiento de sangre. Estamos hablando de la portada de la revista *Time* y usted escribirá el verdadero reportaje del crimen.

—Como contrapartida a su cliente el delincuente de poca monta, con múltiples homicidios y suficiente droga para rellenar la mitad de las narices de Hollywood —ironizó Leah.

—Mi cliente nunca ganó el premio Pulitzer.

—Su cliente mató a más de una persona.

—Bah, bah —MacIlhenny rio levemente—. Calumnias y difamación. ¿Qué pruebas tienen?

—Tengo un testigo ocular.

—Un testigo corrupto. Con una larga historia de abuso de drogas, y su propio caso contra él por intento de asesinato le da un obvio motivo para mentir. ¿Su palabra contra la de mi cliente?

—El mayor caso del año —dijo Leah—. ¿Va a comprar los derechos el señor App para hacer una película?

MacIlhenny le dirigió una mirada piadosa.

—El señor App no se dedicará ya más al negocio del cine. Cuando la polvareda se aclare, el señor App se retirará.

—¿Cuándo la polvareda se aclare? —preguntó ella—. Veo tormentas de polvo en el horizonte. Tornados.

MacIlhenny se volvió de espaldas a ella y a Bleichert. App seguía silencioso e inmóvil.

—No nos está ofreciendo nada, Land —dijo Bleichert.

—Por el contrario, estoy ofreciéndole fama y fortuna, y la oportunidad de llevar a juicio a un ídolo, a cambio de retirar todos los cargos de un par de casos engañosos que no tienen posibilidad de probar.

—Si cree que son tan débiles, ¿por qué quiere hacer un trato?

MacIlhenny tiró de un pliegue de ropa para sacarlo de un pliegue de carne.

—En interés de la justicia y la eficiencia. El señor App no es joven. Cada día perdido fuera de su hogar le deteriora duramente. Él reconoce que tiene unos ciertos... problemas personales debido a la dependencia de la química. Está dispuesto a someterse a tratamiento médico y psiquiátrico por esos problemas, así como a ofrecer sus considerables talentos a la comunidad a cambio de no sufrir prisión, más allá de lo que ha sufrido ya, y ningún intento de los tribunales de usar los poderes confiscatorios de los estatutos RICO.

—¿Betty Ford y el servicio comunitario para el asesinato múltiple y el blanqueo de droga? —se burló Leah—. ¿Cuándo llevan ese espectáculo a Las Vegas?

Bleichert no dijo nada. Ella trató de no mirarle, pero no pudo.

MacIlhenny también le miraba.

—Tiene que cumplir condena un cierto tiempo —insistió Bleichert—. Pero puedo imaginarlo pasándola en Lompoc o algún sitio así. En cuanto a RICO, sabe que no es competencia nuestra.

—Ya he hablado con el Departamento Antidroga, Stan, y ellos están dispuestos a proseguir con confiscación parcial a cambio de alguna información valiosa acerca del comercio extranjero de narcóticos en posesión de mi cliente. El problema son esos supuestos homicidios. Ellos no quieren ponerse en una situación embarazosa.

—¿Como dejar en libertad a un asesino múltiple? —dijo Leah.

Bleichert levantó una ceja. Ella cruzó las piernas y apartó la vista. MacIlhenny se permitió una pequeña sonrisa.

—Un tiempo de prisión. Lo digo en serio, Land.

MacIlhenny miró a App.

—Supongo que podremos aceptarlo. En unas instalaciones federales, con custodia protectora.

—¿Y qué ocurre con Mellors y Barnard? —preguntó Leah, mirando a MacIlhenny, pero dirigiéndose a Bleichert—. Hablamos de colocarnos en una

posición embarazosa. Especialmente cuando el caso de Lowell se haga público. Nunca podremos mantenerlo en secreto. En el momento en que el abogado de « él » averigüe lo del trato y se queje, tendremos crimen para la Liga para los Derechos Civiles.

—Bah, bah...

—Ella tiene razón.

—Vamos, Stan —dijo MacIlhenny—. ¿De qué tipo de crimen estamos hablando? ¿Un detective privado delincuente chantajista y el delincuente director de motel que lo mató? Sopesa eso contra la oportunidad de coger a Lowell.

—Un delincuente director de motel afroamericano —exclamó Leah—. ¿Comerciaremos con vidas negras a cambio de vidas blancas? ¿Te imaginas a la Asociación para el Progreso de la Gente de Color jugando con eso? Y no olvidemos que la víctima de Lowell tampoco era un angelito. ¿Alguien se va a preocupar de lo que hizo un viejo hace veinte años?

—Hay una diferencia sustancial, joven dama.

—Claro, será el cliente de otra persona quien se enfrente a la prisión.

Bleichert se mordió el labio. App le miró. El primer interés que había mostrado durante todo el proceso.

Bleichert intervino:

—Estoy oyendo todo lo que dice, Land, pero ella suscita una consideración válida.

Hablaba de Leah como si esta no estuviera allí.

—Puede haber otras pruebas, Stan. Teóricamente —intervino MacIlhenny.

—¿Como qué?

—Cintas de audio. Terrence Trafficant que cuenta su historia.

Leah exclamó:

—Teóricas —parecía disgustada.

MacIlhenny se encogió de hombros. Unos kilos de carne se estremecieron.

—Ha pasado mucho tiempo. Los recuerdos se esfuman. Limpiando un ático, nunca se sabe lo que puede aparecer.

—¿El ático de Malibú? —dijo Leah—. ¿O el de Holmby Hills?

—Aquí está mi oferta —dijo Bleichert—, lo toman o lo dejan. El señor App confiesa su implicación en el caso de Karen Best, de Felix Barnard y de Denton Mellors. Homicidio involuntario con Best, conspiración en segundo grado con Barnard, porque fue Mellors quien lo mató, y encubrimiento en segundo grado con Mellors, todas como sentencias concurrentes. Si evitamos un juicio...

—Stan, Stan.

—Espera, Land. Si evitamos el juicio y si Lowell es condenado en primer grado gracias a la información suministrada por el señor App, la sentencia del señor App quedará suspendida.

Los grandes ojos de Leah eran como dos fuegos.

MacIlhenny pretendió deliberar.

—Solo una cosa, Stan —protestó Leah—. A todos los efectos, lo de Barnard fue premeditado. Podemos ir a por conspiración en primer grado y por el mismo motivo, encubrimiento en primer grado...

Bleichert la hizo callar con un corto, furioso movimiento de su mano.

MacIlhenny preguntó:

—¿Qué entiende por confesión?

—Escrita, declaración jurada, todos los detalles, sin evadir las preguntas, pleno reconocimiento de complicidad.

—Como en la iglesia —susurró App, bajito.

Las cejas de MacIlhenny bajaron.

—¿Y la droga?

—Si puede salir bien con los federales, vía libre —admitió Bleichert—. Pero solo si admite su culpabilidad por escrito y solo si su información conduce directamente a la condena de Lowell. Y sin contraer esta obligación, sigue en prisión. Lo que dije antes de Lompoc sigue en pie, y le garantizaré la custodia protectora... demonios, le pondré en una celda con exsenadores.

Leah hizo crujir sus nudillos.

Bleichert dijo:

—¿Por qué no vas a buscar todos los archivos, Lee? Así sabremos qué preguntarle al señor App.

Ella salió de la habitación y pasó a mi lado. Justo cuando se cerró la puerta del vestíbulo, MacIlhenny exclamó:

—¡Guapa chica!

App y MacIlhenny conferenciaron con el sonido apagado y App empezó a dictar al abogado.

Durante la pausa, Bleichert volvió a su oficina y Leah Schwartz a la suya.

Antes de salir, ella preguntó:

—¿Va a esperar aquí?

—Hasta que vuelva Milo.

—Bueno, tenga cuidado. Si se queda por aquí mucho rato, después tendrá que ser desinfectado.

Cerró la puerta, App oyó el ruido a través de los cristales y se sobresaltó. Su miedo había estado siempre allí, escondido entre el cachemir.

MacIlhenny dio unas palmaditas en su hombro y App siguió dictando.

Veinte minutos después, Milo todavía no había vuelto de acompañar a Lucy; yo me preguntaba por qué.

Media hora más tarde, MacIlhenny dejó de escribir.

Bleichert pasó su dedo por el centro de la página. Leyendo rápido. Luego un

examen detallado más lento.

Lo dejó.

—Aquí no dice nada acerca de quién mató al señor Mellors.

—Un chico llamado Jeffries —dijo App, como si no importara—. Leopold Jeffries. Le mataron también a él hace cinco años... busque en los expedientes de la policía.

—¿Qué relación tuvo usted con la muerte del señor Jeffries? —preguntó Bleichert.

App sonrió.

—Ninguna en absoluto. La policía le mató, en un robo. Leopold Earl Jeffries... compruébelo.

Tranquilo de nuevo.

Bleichert leyó la confesión nuevamente.

—Esto está bien, para empezar —metiéndosela en el bolsillo—. Ahora hábleme de Trafficant.

App miró a MacIlhenny. El gordo abogado succionó las mejillas.

—Hay unas cintas —informó App—. En mi casa de Lake Arrowhead. Pueden cogerlas sin orden judicial. Están en el sótano, detrás de una de las neveras.

—¿Una de ellas? —dijo Bleichert, escribiendo.

—Tengo dos neveras en el sótano en Arrowhead. Para las fiestas. Dos Sub-Zeros. Detrás de la de la derecha hay una caja fuerte empotrada. Las cintas están allí, le daré la combinación. Se oye a Terry Trafficant contándomelo todo. Lo grabé porque pensé que un día podía tener importancia histórica. Terry estaba harto de las manipulaciones de Lowell y me veía como alguien en quien podía confiar. Le pagué hasta el último céntimo de sus derechos. También le pagué por un guión que escribió. Hasta el último céntimo.

—¿A cambio de sus futuros derechos? —preguntó Leah.

—Eso también —dijo App—. Él sacó la mejor parte del trato. Yo no he ganado nada durante años.

—¿Qué tipo de guión? —dijo Bleichert.

—En realidad no era un guión completo, solo era un resumen de una película de horror... del tipo *Viernes Trece* o así, con mujeres descuartizadas por un maniaco.

—¿El título?

—*La novia*.

El resumen que yo había leído era de Trafficant. Título robado de la novela de un hombre muerto. ¿Por simple morbo? La fascinación del crimen nunca le había abandonado.

—Yo pensé —estaba diciendo App— que con unos pocos cambios, más personajes, tenía potencial. Si Terry no hubiera desaparecido, probablemente lo

habría producido.

—Hurra por Hollywood —exclamó Bleichert—. Hasta ahora no sé mucho más que cuando llegué.

App tenía un aspecto meditabundo.

MacIlhenny le acercó el agua a su cliente, y App bebió delicadamente.

Dejando el vaso, dijo:

—La clave de todo es el bloqueo creativo de Lowell. Él tuvo un bloqueo masivo años atrás... hace treinta años. No podía salir de aquello, quizás a causa de la bebida o quizá porque ya había dicho todo lo que tenía que decir. Pero Trafficant no sabía eso. Él había pasado la mayor parte de su juventud en prisión, encontró las cosas antiguas de Lowell, las leyó, no tenía ni idea de lo que estaba pasando en el mundo exterior. Acabó en una especie de programa de escritura creativa que estaba experimentando en la prisión y se le ocurrió que podía escribir. Así que escribió a Lowell, halagó su ego, ambos empezaron a escribirse. Trafficant comenzó a escribir poemas y a llevar un diario. Se lo mandó a Lowell. Lowell quedó impresionado y empezó a trabajar para obtener la libertad condicional de Trafficant.

Pausa.

—Esta es la parte que conoce el público. La verdad es que Lowell y Trafficant cerraron un trato, cuando Trafficant todavía estaba en la cárcel. Lowell maquinó todo el asunto, diciéndole a Trafficant que la poesía era una perdedora financieramente en el negocio editorial, y que era casi imposible que se la publicaran a uno. Excepto para unos pocos poetas famosos como él. Lowell le prometió mover las cosas hasta que Trafficant obtuviera una libertad condicional rápidamente, mientras tanto, él había estado ya editando los poemas de Trafficant, y entonces los entregó para su publicación bajo su propio nombre. Trafficant tendría el dinero y Lowell también publicaría el diario bajo el nombre de Trafficant.

—¿Y Trafficant aceptó todo eso?

—¿Con qué podía negociar él, un perdedor entre rejas? Lowell le ofrecía la libertad, montones de dinero, la posible fama si el diario pegaba. Así que si no obtenía reconocimiento por sus poemas, podría vivir sin ello. Era un presidiario, acostumbrado a los tratos.

—¿Cuánto dinero consiguió Lowell por los poemas?

—Un adelanto de ciento cincuenta mil contra los derechos de autor. Lowell cogió cincuenta para sí, el agente de Lowell quince. El retiro (Santuario) fue fundado como una manera de transferir el resto de los ochenta y cinco mil a Trafficant.

—Parece que usted estuvo metido en eso desde el principio —dijo Bleichert.

—Ayudé a financiar el retiro porque creía en Lowell.

—Idealismo.

—Eso es.

Bleichert le dijo a MacIlhenny:

—Hasta ahora el tono de esto es muy autocomplaciente.

MacIlhenny dijo:

—Sea franco, Curt. Esta vieja nariz mía me dice que ellos están obrando de buena fe.

App dudó.

MacIlhenny le dio unas palmaditas.

—Está bien —dijo el productor—. Yo usaba también el retiro. Para blanquear dinero. No demasiado. Algunos amigos míos (chicos, gente del negocio) traían marihuana desde México. No lo considerábamos realmente como una droga. Todo el mundo la fumaba.

Se quitó una mota del jersey.

Bleichert movió la cabeza impaciente.

—Espero que haya más.

—Mucho —admitió App—. Lowell esperaba que los poemas que le robó a Trafficant le volverían a poner en el candelero. Lo hicieron, pero de una forma equivocada. Todos los críticos los despreciaron y el libro resultó un fracaso. Mientras tanto, el libro de Trafficant se convirtió en un jo... un *bestseller*. —Se rio entre dientes, esperando que todo el mundo se uniera a él. Nadie lo hizo.

Recordé la rabiosa carta que había enviado Trafficant al *Village Voice* en apoyo de Lowell. Mostrando la única verdadera pasión que puede desarrollar jamás un psicópata: la autodefensa.

—¿Qué le hizo pensar a Lowell que Trafficant mantendría en secreto lo del trato?

—Lowell estaba desesperado. Y era ingenuo... la mayoría de los artistas lo son. He tratado con ellos durante treinta años; acepte mi palabra de que lo son. Y el hecho de que el libro fuese un fracaso protegía a Lowell. ¿Por qué iba a reclamar Trafficant la autoría de un fracaso, especialmente con su otro libro funcionando tan bien? Pero Lowell ni siquiera pensaba en estos términos al principio. Estaba obsesionado con su lugar en la historia, alucinando con que su reputación estaba descomponiéndose. Solía sentarse en aquella cabaña de su terreno todo el día, tratando de crear algo, pero no se le ocurría nada. Siguió bebiendo y drogándose para olvidar, y eso solo consiguió empeorar las cosas.

—¿Cómo le afectó el fracaso del libro de poesía?

—Bebió hasta quedar inconsciente, luego salió diciendo que de todos modos era una obra de Terry, y que Terry no tenía talento, que solo era un embaucador criminal que se había aprovechado de él. Mientras tanto, Terry estaba haciendo entrevistas con el *New York Times* y vendía mil libros por semana. Lowell dejó de hablarle, y Terry supo que solo era cuestión de tiempo que tuviera que abandonar Santuario. Por eso me transfirió a mí sus derechos, para su seguridad. A pesar de

todas sus duras palabras, seguía siendo un presidiario, no tenía ni idea de cómo salir adelante en el mundo, así que vino a verme.

—Y usted le grabó en una cinta.

—Para protegerle.

Bleichert gruñó.

—Ironía —dijo App—. Es la clave de un buen argumento. El nombre de Lowell en aquel libro de poemas se suponía que iba a comprar el éxito, pero no lo hizo. Trafficant se convirtió en el favorito del mundillo literario. Se puede escribir esto como si fuera una comedia y venderlo para la televisión por cable.

Bleichert dijo:

—Así que Trafficant le abrió su corazoncito porque estaba preocupado sobre cómo arreglárselas en el mundo exterior.

—Eso, y que quería hablar. Los presidiarios siempre lo hacen. No tienen autocontrol. Todavía no me he encontrado a ninguno que pueda guardar un secreto.

—¿Conoce usted a muchos presidiarios?

App cruzó las manos por encima de su suéter.

—Conozco a todo tipo de gente.

—Todavía no he oído ningún detalle acerca del crimen —dijo Bleichert.

App sonrió.

—Lowell mató a Terry. Dos días después del accidente de la chica Best. Las cosas finalmente llegaron a su fin, porque Lowell estaba agitado por lo que había ocurrido, y estaba dispuesto a cerrar el retiro. Y además resentido con Terry. Ordenó a Terry que se fuera de allí. Terry le maldijo y le amenazó con hacer público todo el asunto del libro. Cuando Terry le volvió la espalda, Lowell le golpeó en la cabeza con una botella de whisky, y siguió pegándole. Luego se asustó, me llamó, llorando a lágrima viva. Yo fui y enterramos a Trafficant.

Dio una sola palmada.

—Y con eso —dijo Bleichert—, usted pudo comprar el secreto de Lowell sobre lo de Karen Best para siempre.

—Mantenerlo en secreto también iba en interés de Lowell. Su reputación era lo bastante despreciable sin que nadie muriese en su fiesta.

—¿Dónde está enterrado Trafficant?

—Justo debajo de la cabaña de escribir de Lowell... *Inspiración* la llamo él. Allí fue donde le mató. El suelo era de tierra, ellos se limitaron a cavar.

—¿Quiénes eran ellos?

—Lowell, Denny Mellors, Chris Gray don-Jones.

—¿Por qué Mellors?

—Era un imbécil... y yo hubiera dicho lo mismo si hubiera sido blanco. Odiaba ser negro, de hecho. Lo negaba. Pensaba que si escribía y lamía culos se haría rico y famoso. De todos modos, ahí es donde está Terry. No sé si la cabaña

todavía sigue en pie, pero puedo encontrar el sitio... está junto al estanque.

—No lejos de Karen Best —dijo Bleichert.

App no contestó.

—¿Algún otro cuerpo del que debamos saber?

No que yo sepa. Tendrían que preguntarle a Lowell. Él es el creativo. ¿Saben que publicó su primer libro cuando estaba todavía en la universidad? Todo el mundo le decía que era un genio. Error fatal.

—¿Qué?

—Creerse sus propias críticas. Ahora, ¿pueden hacer las gestiones para trasladarme a un lugar decente?

—Así que usted ha estado cobrando los derechos de autor del señor Trafficant todos estos años.

—Después de los primeros años, fue una menudencia. No ha habido nada los últimos cinco años.

—¿Cómo de menudencia?

—Tendría que comprobarlo. Probablemente no más de ciento cincuenta mil, en total.

—¿Y el adelanto del señor Trafficant por su libro?

—Siete mil dólares. Lo perdió todo jugando a los dados el mismo día que cobró el cheque. Por eso estaba tan tenso cuando Lowell amenazó con echarlo. Allí estaba, todo un escritor de *bestsellers*, con ochenta y cinco mil de los grandes que le habían caído en la cuenta bancaria, y no tenía ni idea de cómo manejarlos. Ahora, ¿pueden conseguirme un sitio decente?

—Trabajaremos en ello, señor App.

—Mientras tanto, ¿puedo hacer que me traigan mi propia comida? El rancho de aquí está cargado de grasa. Tengo mi propio cocinero, él podría...

Bleichert releyó la confesión y sus notas del relato de App.

La puerta del vestíbulo se abrió, y un robusto agente de prisiones negro entró en la habitación de observación.

—El fiscal Bleichert —preguntó, examinando mi placa de consejero.

Le señalé al cristal.

—¿Están a medias de algo?

—Acabando.

Él miró a través del falso espejo. Bleichert estaba leyendo todavía. App y MacIlhenny estaban sentados en silencio.

—Hum —dijo el agente. Luego dio unos golpecitos.

—¿Sí? —dijo Bleichert, con fastidio.

El agente entró.

—Siento molestarle, señor, pero tenemos un mensaje urgente.

Bleichert estaba molesto.

—¿De quién? Estoy ocupado.

—Del detective Sturgis.

—¿Qué es lo que quiere?

—Dijo que se lo dijera en privado, señor.

—Está bien, espere —a MacIlhenny y App—. Un momento.

Salió de la habitación, cerró la puerta y dio golpecitos con el pie.

—Está bien, ¿qué es eso tan condenadamente urgente?

El agente me miró.

Bleichert caminó hasta un rincón bien lejos de mí. El agente le siguió y susurró algo a su oído.

Mientras escuchaba, la cara agría de Bleichert se iluminó.

—¡Que me condenen!

—¿Lucy está bien? —pregunté.

Bleichert me desdennó; se dirigió al agente:

—¿Está usted seguro?

—Eso es lo que ha dicho él.

—¿Cuánto hace?

—Una hora o así.

—¿Y esto está confirmado definitivamente?

—Eso es lo que él ha dicho, señor.

—Bueno, que me condenen... increíble... maldita sea... está bien, gracias.

El agente se fue y Bleichert se quedó pensando. Luego volvió a la habitación de interrogatorios.

—Bueno —se impacientó App—, ¿podemos empezar con el papeleo?

—Claro —dijo Bleichert—. Tenemos montones de papeleos —amplia sonrisa.

App informó:

—Yo como una dieta baja en grasa y alta en carbohidratos.

—Muy bien para usted —voz dura.

—¿Stan? —preguntó MacIlhenny.

Bleichert se abrió la chaqueta y metió los pulgares en las presillas de su cinturón.

—Ha habido nuevos acontecimientos, caballeros. Acabo de ser informado de que el señor Lowell ha fallecido esta tarde: ataque agudo. Así que todos los tratos son nulos y vacíos y archivaremos esta confesión como prueba contra el señor App.

App se puso tan blanco como su jersey.

MacIlhenny empujó su bulto de la silla, se inclinó hacia delante, sacudiendo las manos como si estuviera espantando avispas.

—Cómo, vamos a ver...

Bleichert dio un silbido y recogió sus papeles.

—Esto es injust...

—No del todo, Land. Hemos negociado de buena fe. Tú mismo lo has dicho.

Sin tener en cuenta los actos de Dios. Supongo que Dios no aprobaba el trato.

MacIlhenny se bamboleaba con rabia.

—Ahora tú...

—No, tú, Land. Se han acabado las apuestas por hoy y esto sigue en pie.

Agitando la confesión.

—Ponlo siempre por escrito —dijo Bleichert, haciendo una mueca—. Lo aprendí viendo « Tribunal Popular» .

No hubo funeral.

La cremación tuvo lugar en la funeraria al otro lado de la calle del depósito de cadáveres del condado. Las cenizas se quedaron en un estante hasta que Ken llegó y recogió la urna. Le preguntó a Lucy si quería acompañarle cuando las esparciera en el muelle de Malibú. Ella dijo que pasaba.

Lucy estaba experimentando algo parecido al dolor.

—Creo que él no tuvo una buena vida —dijo.

El océano estaba azul y perezoso. El día anterior, un león marino había salido de las olas, ignorando la rabia de *Spike* y pidiendo comida antes de volverse al agua anadeando. Aquel día, no había signos de vida en la playa, ni siquiera pájaros.

—No, no la tuvo —negué yo.

—Creo que hasta podría sentir lástima por él... desearía poder sentir otra cosa que no fuese alivio.

—Ahora, el alivio tiene sentido.

—Sí... la forma en que me habló. Después de sus palabras, el arma de Graydon-Jones parecía casi una tontería. Así fue como conseguí el valor.

Miró hacia el agua.

—Supongo que era un prisionero como todo el mundo. Destino, biología, lo que sea... Yo soy parte de él... genéticamente.

—¿Eso te preocupa?

—Supongo que me preocupa la parte de él que hay en mí. Si alguna vez tengo hijos...

—Si alguna vez tienes hijos, serán estupendos.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Porque eres una persona amable y cariñosa. Él elevó el egoísmo a una forma de arte, Lucy. Nadie podría acusarte a ti nunca de ser egoísta. Casi has perdido tu vida por no ser egoísta.

De todos modos... Bueno, creo que todo acabó.

Mi sonrisa condescendiente era una mentira. Su duelo de *Puck* había sido interrumpido prematuramente. Todavía no entendía por qué había metido ella la cabeza en el horno. Todavía no sabía si las Bogettes o alguien más iban a por ella.

Quizá con el sueño ya fuera de su cabeza, podría encontrar las piezas que faltaban.

—Bueno —dijo, tocando su bolso—. Creo que no tengo ya nada más de que hablar, ahora.

—¿Estás cansada?

—Mucho.

—¿Por qué no vas a casa y te pones al día en tu descanso?

—Creo que lo haré... lo único que pasa es que Ken quiere ir a sitios y yo no quiero herir sus sentimientos.

—¿Qué tipo de sitios?

—Palm Springs, San Diego... Conducir por ahí. Es un chico muy agradable, pero...

—Pero tú prefieres estar sola.

—No quiero rechazarle, pero... esto es terrible, lo sé, pero... a veces él me cansa.

—¿Quiere demasiado y demasiado rápido?

—¿Qué debería hacer?

—Explícale que necesitas pasar algún tiempo sola. Él debería entenderlo.

—Sí —dijo ella—. Debería.

Milo llamó más tarde aquel mismo día.

—He pensado que debía darte algunos datos. El Mercedes de Lowell fue abandonado en el aparcamiento de largos recorridos del aeropuerto de Burbank, así que la señorita Nova probablemente se ha fugado.

—No puedo culparla.

—Iremos mañana a tomar huellas dactilares a la casa, a ver si podemos averiguar quién es ella. Podemos arreglárnoslas sin su testimonio, pero no nos haría daño tenerlo para poder añadir asalto con intento de homicidio a los problemas de Graydon-Jones. Conseguimos localizar a Doris Reingold con su hijo en Tacoma, la policía la está vigilando allí hasta que vuelva la semana que viene. Y ha llamado el abogado de Gwen Shea para decirnos que Tom la ha llamado desde México. Está allí pasando el tiempo con su colega... la crisis de la mediana edad, el abandono de las responsabilidades. Supuestamente, pidió a Gwen que le perdonase, y prometió volver en avión mañana. Los tres están siendo tratados como testigos materiales, sin cargos. La mejor noticia es que Graydon-Jones está rebatiendo a App... El gilipollas finalmente se dio cuenta de que uno no puede meterse en un saco de dormir con una cobra. El abogado de App se queja y se lamenta, y trata de anular la confesión de App; el fiscal del distrito dice que hay una oportunidad más que probable de que sea admisible legalmente. La mejor noticia número dos es que los federales están acabando su

investigación contable del señor A., y hay cerca de veinte mil en bienes y activos que pueden ser secuestrados. Así que en conjunto tiene problemas.

—¿Todavía está en prisión?

—Languideciendo.

—¿Sin pesto ni col rizada?

—Claro. Y para postre, lo pueden trasladar a la prisión general. Encontrarle un compañero de celda de ciento ochenta kilos llamado Bubba, y a ver qué se inventa entonces.

Al día siguiente, recibí un paquete de Englewood, Nueva Jersey. Dentro había una carpeta azul que contenía doscientas páginas pulcramente mecanografiadas. Sujeto en la cubierta había un trozo de papel blanco con un membrete de *Winston Mullins, M. D.* Una nota manuscrita decía:

Este es el libro de Darnel. Espero que le guste, W. M.

Leí la mitad. Un poco bobo a ratos, pero el talento y la gracia resplandecían en otros. La línea argumental: un joven mitad blanco y mitad negro se abre camino en los mundos académico y literario, tratando de definir su identidad por medio de una serie de trabajos y escarceos sexuales. Explícito, pero sin violencia. La novia en cuestión: el arte.

Dejé el cuaderno y llamé a Lucy. No había nadie en casa.

Probablemente ella no había tenido corazón para desilusionar a Ken.

O quizá había mantenido su decisión y se había ido para tener un poco de soledad.

De cualquier manera, yo esperaré. Teníamos nuestro trabajo preparado ante nosotros.

Esa misma noche, mientras estaba tocando la guitarra y esperando que Robin y Spike volvieran a casa, mi servicio telefónico llamó con un mensaje de emergencia de Wendy Embrey. ¿Y ahora qué?

—¿Doctor Delaware?

—Sí, pásemela.

Clic.

—¿Hola?

—Hola, Wendy.

—¿Qué tal está Lucretia?

—Bien, pero...

—¿La ha visto recientemente?

—Ayer.

—Puede que no sea nada, pero acabo de hablar por teléfono con una mujer con la que creo que debería usted hablar. Sé que hay dos versiones de cada historia, especialmente en este tipo de asuntos, pero después de escuchar lo que ella me ha contado, yo le aconsejo encarecidamente que la llame.

—¿Quién es la mujer?

Ella me lo dijo.

—La encontré a través de su padre... es el director de la agencia inmobiliaria. Trataba de buscar... bueno, no importa. De todos modos, le he dado a ella su nombre, dijo que usted debería llamarla.

—Solo por si no puedo encontrarla, hágame un resumen de lo que ella le ha contado.

Ella lo hizo.

—Lo cual explicaría unas cuantas cosas.

—Sí —afirmé, sintiendo frío—. Lo haría.

Colgué y marqué el número frenéticamente.

Luego garrapateé una nota para Robin y corrí al Seville.

Las luces brillaron desde el segundo piso de la casa de Rockingham Avenue. El Taurus de Ken estaba en la entrada, pero nadie contestó al timbre de la puerta.

Corrí a la parte lateral. La cancela estaba cerrada. Salté por encima.

Él estaba en la terraza, hundido en una silla, con la cabeza baja. Media botella de vodka en la mesa, junto con un vaso lleno de hielo medio derretido.

Cuando estuve a diez pies de distancia, él miró hacia arriba medio atontado. Luego, como si hubieran apretado un botón, se sentó mecánicamente.

—Doctor.

—Buenas noches, Ken.

Miró a la botella y la empujó.

—El último trago de la noche. Bueno, de la tarde.

Su voz no estaba gangosa, pero las palabras salían demasiado cuidadosamente. Su cabello estaba desordenado, su camisa de cuadros blancos y negros arrugada.

—¿A qué debo el placer?

—Pasaba por aquí para ver cómo estaba Lucy.

—Oh... ella no está aquí.

—¿Dónde está?

—No sé, ha salido.

—¿En coche?

—Sí, creo. —Se sentó más recto, trató de peinarse el pelo con los dedos.

—¿Alguna idea de cuándo volverá?

—No, lo siento. Le diré que usted ha venido por aquí. ¿Todo va bien?

—Bueno —me senté—, no estoy demasiado seguro. Por eso estoy aquí.

Él movió el respaldo de su silla. El hierro forjado rascó en la baldosa. Miró

hacia arriba al segundo piso.

—¿Está seguro de que no está aquí, Ken?

—Claro. —Su cara cambió, se volvió mezquina.

De pronto, su mano se movió hacia la botella. La mía llegó antes y la puso fuera de su alcance.

—Escuche —dijo—, no sé de qué se trata, pero estoy exhausto, doctor. Con todo este disparate que hemos pasado, un chico se merece un poco de descanso y diversión, ¿no?

—¿Hemos? ¿Tú y Lucy?

—Exacto. No sé cuál es el problema, pero quizás haría mejor usted en salir de aquí y volver cuando tenga una cita.

—¿Ahora es usted quien programa las visitas de ella, Ken?

—No, ella... escuche. —Se puso de pie y se alisó los pantalones, y sonrió—. Sé que a Lucy le gusta usted, pero esta es mi casa, y quiero un poco de intimidad. Así que... —Señalando con un dedo a la puerta.

—¿Su casa? Pensaba que era de su empresa.

—Eso es. Y ahora...

—Acabo de hablar con su segunda ex mujer, Kelly. Me ha contado que usted no trabaja para la empresa desde hace un año. Me ha dicho que la empresa pertenece a su padre, y que desde el divorcio usted ha sido persona *non grata* allí. Por eso el seguro de la empresa no cubre sus gastos. Y por eso tiene usted un contestador en lugar de secretaria. También me ha dicho que usted robó unos archivos de ordenador y por eso tiene direcciones de lugares en los que meterse. Junto con otras muchas cosas.

—Oh, tío —exclamó él, retrocediendo hacia las puertas de la casa—. Es un caso de divorcio. Si usted le cree, será tan estúpido como ella.

—Lo sé. Hay dos versiones de cada historia, pero Kelly dice que hay registros de los tribunales que documentan su alcoholismo y su violencia. No solo con ella. Usted también pegaba a su primera mujer. Y ella dice que es público que amenazó a su suegro y trató de atropellarlo con su coche. Que mandó a su hija mayor, Jessica, al hospital con la mandíbula rota.

—Fue un accidente. Ella... —Meneó la cabeza.

—¿Se cruzó en su camino? ¿En el camino de su puño? ¿De la misma forma que Kelly cuando usted le rompió el bazo? ¿Todo fueron accidentes, Ken?

—De hecho, sí. Ellos son muy dados a los accidentes, es cosa de familia.

—Ken, ¿dónde está Lucy? ¿Está encerrada en su habitación porque usted la convenció de que debía ser así por su propia seguridad?

Él se desplomó. Me dirigió una mirada desesperada. Luego agarró el vaso y me lo tiró. Yo me agaché pero no había necesidad, falló.

—¡Salga ahora mismo de mi propiedad!

—¿O qué? ¿Llamará a la policía? Lucy está ahí arriba y voy a sacarla.

Él extendió los brazos y bloqueó la puerta.

—No se meta conmigo, gilipollas. Usted no tiene ni idea.

—Oh, sí, sí que la tengo. Ese es el tema, sé exactamente de lo que usted es capaz. Después de que su suegro le despidiera, empezó a venir aquí. No para conocer a Lucy y Puck sino para desembarazarse de ellos. Así podría tener acceso total al fondo fiduciario. La parte de los intereses de Lucy supone doce mil al año. Con un rédito moderado del cinco por ciento, eso supone un capital de casi un cuarto de millón. Por cuatro hermanos, es un millón de dólares. Primero contactó usted con Puck, supo lo de su hábito a la heroína y lo alimentó. Por él se enteró de los patrones de sueño de Lucy y su rutina diaria. Como volvía ella a casa, cenaba y se quedaba adormilada viendo la televisión con un vaso de zumo de manzana. Empezó a acosarla con llamadas anónimas. Robó una llave de su apartamento a Peter, lo registró, husmeó en su ropa interior... esa fue la parte divertida.

Él maldijo.

—Unos días más tarde, usted entró en la casa y puso algo en el zumo... algo con efectos a corto plazo. Ella mencionó que se sintió como drogada un par de veces. Después de que quedara drogada, volvió, abrió el horno y le metió la cabeza en él. Entonces jugó al héroe. Esperó lo suficiente para que el sedante se disipase, llamó a la ambulancia y la llevó al hospital. Añadió la nota y las cagadas de rata unos pocos días más tarde, por si su nivel de ansiedad no era lo suficientemente alto. El plan era sacarla de aquí y quedársela bajo su control, y Milo y yo entramos perfectamente en el juego. Aunque si no lo hubiéramos hecho, imagino que usted hubiera encontrado una forma de ofrecerse voluntario. Una familia instantánea, ¿eh?

Él se apretó contra la puerta. Plantó los pies firmemente. Los puños se crispaban y se relajaban, sudaba alcohol y colonia con olor a jengibre.

—Usted no podía matarla abiertamente —continuó—, porque dos hermanos jóvenes que mueren tan seguidos uno del otro, con todo ese dinero en juego, podía haber puesto sobre aviso a alguien. Como Milo, por ejemplo. La idea era mantenerse cerca de Lucy para poder elegir el momento y hacer que pareciera un accidente... la pobre chica sonámbula que se cae por las escaleras. *Puck* se lo puso fácil con su adicción. En realidad, nunca fue a Nuevo México. Cuando hizo la llamada imitando su voz, él ya estaba muerto. Ni siquiera tuvo que ser un buen actor. Embrey no sabía qué voz tenía él. Y cuando llamó a su padre para decirle que Lucy había tratado de cometer suicidio, habló con su ayudante. Pero Lucy no podía dejar de preocuparse por *Puck*, así que fue con ella y descubrieron el cuerpo... el señor Héroe otra vez. *Puck* nunca le plantó. Él apareció para aquella cita, aunque creo que no fue para cenar, sino para recibir un regalito de droga. Un material inusualmente fuerte. Probablemente él ya estaba inyectándose antes de que usted cerrase la puerta, muerto pocos segundos después. ¿Cómo lo llevo

hasta ahora?

—Bien —dijo él, luchando por parecer frío—. Creo que está un poco confuso, pero venga, hablaremos de esto.

—Dos hermanos fuera de combate, ¿queda una? ¿Jo realmente se cayó por aquella montaña, o fue su viaje iniciático de planificación familiar?

Él meneó la cabeza como si yo estuviera loco. Entontes, girando la manija, se deslizó por la puerta y trató de cerrarla contra mí. Yo la empujé. Su peso trabajaba a su favor, pero su cintura asomaba a través de la rendija de la puerta, y yo disparé mi puño y le dejé sin aliento. El siguiente golpe no aterrizó sólidamente, porque él se tambaleó y cayó hacia atrás. Forzando la puerta abierta, me tiré encima de él, sujetándole.

Una mujer detrás de mí dijo:

—Levántate, idiota, o te mataré.

Aturdido, obedecí. Ken vino hacia mí y yo rechacé sus torpes golpes de borracho.

—Vuélvete.

Una forma esbelta, iluminada de naranja por la luz amortiguada de una lámpara. Sujetaba una pistola automática mucho más grande que la que había llevado Graydon-Jones al hoyo. Parecía cómoda con ella mientras se acercaba.

—Quieto, gilipollas —dijo Nova.

Ken lanzó un ciego golpe a mi cabeza. Yo empujé su mano a un lado, y él luchó para recuperar el equilibrio.

Nova dijo:

—Para ya. No desperdicies energías.

Él gruñó:

—Maldito idiota.

—Después. Ahora límpiate. Mírate, estás hecho un desastre.

Ken se secó el labio.

—Arréglate la camisa.

Ken la remetió en su cinturón.

Ella tenía una clara autoridad. ¿Del tipo que se imprime tempranamente? Las cicatrices... era joven para haberse hecho un *lifting*. ¿Pero no para remendar viejas heridas?

—Límpiate —dijo—. Ve, luego vuelve y échame una mano.

Él obedeció.

—¿La hermana mayor? —pregunté—. Hola, Jo.

Silencio. La misma sonrisa presumida que yo le había visto en Santuario.

—Un par contra el otro —dijo yo—. ¿De qué estamos hablando aquí? ¿Vamos a por la medalla de oro en rivalidad fraternal?

Ella rio.

—No tienes ni idea.

—Ha tenido que ser muy duro. Papá dejó a «vuestra» mamá por «su» mamá. Luego ella se deprimió tanto que se fue a Europa y os dejó a vosotros. Con él, solos. Tú y Ken acabasteis encerrados en una diminuta cabaña mientras los otros dos se quedaban en la casa principal.

—Psicoanálisis libre —dijo ella—. Siéntate en ese sofá... encima de las manos, pon el culo encima de las manos.

—Qué gratitud. Te salvé la vida.

—Caramba, gracias —rio ella—. ¿Qué has hecho por mí hoy?

Lo decía en serio.

Una parte de él... genéticamente. Elevar el egoísmo a una forma de arte.

Pensé en la forma en que ella cuidaba a su padre. Asimilando sus comentarios sexuales. Cambiándole los pañales.

Yocasta^[3]. Volviendo su broma edípica contra él, en secreto.

Lowell tan enemistado con sus propios hijos que ni siquiera la reconoció.

Las cicatrices, huellas de la caída por la montaña. Una nueva cara...

Nova. Una nueva persona.

—¿Había alguien contigo cuando te caíste por aquel acantilado?

No hubo respuesta.

—¿Podría haber sido Ken, verdad? Él tiende a hacerles daño a las mujeres. ¿Cómo puedes estar segura de que no te empujó?

Se oyó correr el agua. Ken salió de la habitación de invitados con el pelo acicalado como un chico de pueblo en domingo.

Nova informó:

—Yo lo vigilaré a él. Tú encárgate de ella.

—Ella está apagada como una luz. Tendré que llevarla a cuestras.

—¿Y qué?

Ken se tocó los riñones e hizo una mueca.

—Hazlo.

Él salió y subió las escaleras.

Yo dije:

—Realmente, es una desdicha andante, ¿verdad?

—Es un amor. —El arma no se había movido, y ella estaba fuera de mi alcance.

—Negocios peligrosos para un miembro de «tu» familia. Pero otra vez, eso irá a tu favor. Solo un par de trozos del pastel, si tú y él no os matáis el uno al otro.

Nova sonrió.

Yo asentí:

—Sí, probablemente tienes razón. Tú y Kenny encontraréis un bonito y tranquilo lugar, muy acogedor, y os dedicaréis a lo que habíais estado queriendo hacer durante tanto tiempo. Lo que querías hacerle a papáito. Cambiar pañales es un mal sustitutivo de la cosa real, ¿verdad, guapita?

Ella se mantenía firme y sabía lo que yo estaba haciendo, pero sus ojos vacilaron durante solo una fracción de segundo. Su presa del arma debió de haberse aflojado también. Porque cuando yo golpeé con fuerza su muñeca, ella gritó y el arma cayó a la alfombra.

Era una mujer fuerte, llena de ira, pero hay pocas mujeres que puedan reducir físicamente a un hombre, aun menudo. Eso forma parte de la violación, de los malos tratos y de mucha de la tensión entre los sexos.

Esa vez, sirvió para lo mejor.

Milo decía:

—No podemos hablar mucho rato, tengo un sospechoso prometedor para los crímenes imitados. Un constructor de techos que estaba trabajando en el tribunal durante el juicio.

—¿Tiene perro?

—Un enorme perro gruñón —dijo, regocijado—. ¿No te alegras de no haber sido tú el pobre payaso que tuvo que ponerle un enema?

—¿Cómo sospechasteis de él?

—Uno de los alguaciles nos dio la pista. Dijo que ese tipo solía sentarse allí durante las sesiones de la tarde, garabatear y escribir cosas; siempre tuvo un presentimiento extraño acerca de él. El gilipollas vive en Orange County y tiene un montón de arrestos por voyeurismo y una condena por intento de violación de una niña de cinco años. Santa Ana dice que su primera entrevista es esperanzadora. Voy a asistir a la próxima dentro de media hora.

—Así que no tiene nada que ver con las Bogettes.

—No necesariamente. El alguacil cree que vio al tipo hablando con una de las chicas un par de veces. El muy mierda niega cualquier conexión con ellas, pero su habitación estaba llena de recortes de periódico y una cinta de vídeo de una entrevista de televisión con la arpa mayor, Stasha. Además de otros diversos juguetes. La declaración del alguacil es suficiente para que podamos arrestar a esas brujas para interrogarlas y hacerles sudar de lo lindo. Pediremos una bonita orden de detención antes de llamar a la puerta. Mi apuesta es que encontraremos armas y drogas en ese rancho, así podremos encerrarlas por algo.

—Buena suerte.

—De cualquier manera, me gusta este bastardo para Shannon y Nicolette. Santa Ana encontró un pendiente de aro que podría haber sido de Nicolette, así como recibos de tres almacenes congeladores en Long Beach. Sería interesante ver qué es lo que ese desgraciado encuentra que vale la pena guardar. Los forenses todavía están peinando el lugar con sus aspiradoras; pasará algo de tiempo hasta que todas las fibras sean analizadas. De todos modos, quería que lo supieses.

—Te lo agradezco. Siempre me gusta recibir buenas noticias.

—Sí... algo más. Finalmente identifiqué las huellas de la señorita Nova. Siento frustrar tu intuición de loquero, pero ella no es la hermana.

—¿Qué?

—A la auténtica Jocasta Lowell se le tomaron las huellas dactilares cuando estudiaba en Berkeley. Fue detenida en una manifestación. Y otra vez después de que su cuerpo fuese repatriado desde Nepal, así que no hay ninguna duda. Ken estaba allí con ella, por cierto, así que quizá la empujó. Pero nuestra chica mala es una individuo llamada Julie Beth Claypool. Bailarina de strip-tease, drogadicta, motorista, artista de los cheques sin fondos. Un rosario de arrestos desde que tenía dieciséis años. Escribía poesía en chirona. Ken la conoció en un centro de rehabilitación, hace un par de años. Amor al primer mordisco.

—Ella era quien lo manejaba a él —dije, todavía impresionado.

—No hay duda. El Departamento dice que es conocida por su gusto por los látigos y las Cadenas.

—Las cicatrices. Dios, me equivoqué por completo... usé la táctica edípica para sacarla de quicio... quizás yo deseaba tanto que vacilara que lo «imaginé».

Mi corazón golpeaba fuertemente contra las paredes de mi pecho. Notaba un sudor frío.

—He estado operando con premisas falsas —susurré.

—¿Qué le dijiste exactamente?

—Que quería tirarse a Ken del mismo modo que quería tirarse a papaíto.

—Bueno —dijo—, el Departamento dice que ella procede de una familia asquerosa. Sospechas de incesto... hermanos y papaíto, de cuando ella era realmente pequeña.

—Oh, tío. Siempre la misma historia.

—En este caso, has tenido suerte.

—Sí... quizá debería comprar un billete de lotería.

Lucy preguntó: ¿Están bien los melocotones? Todavía me quedan peras.

La mujer a su lado dijo:

Mete unas cuantas, querida. La fruta es buena para esa gente mayor.

Estaban de pie junto a una de una serie de largas mesas con comestibles apilados, junto con otra docena de personas. Clasificando latas de comida y cajas de arroz, judías y cereales. El centro de la Iglesia de la Mano Tendida era un almacén ruinoso.

Hombres y mujeres de todas las edades y colores trabajaban juntos, tranquila y cuidadosamente, apilando cajas para su entrega y cargándolas en un par de viejas camionetas que había fuera.

Había otros lugares como aquel por toda la ciudad.

A los periódicos, especialmente los de las zonas de clima frío, les encanta

retratar Los Ángeles como un campamento armado de tipo balcánico cegado por el humo, con menos sustancia que una comedia de enredo y no más altruismo que un político. No es más verdad que cualquier otra patraña de los periódicos.

Sherrell Best estaba empaquetando junto con sus feligreses, distinguible como líder únicamente porque tenía que interrumpir su trabajo frecuentemente para atender llamadas telefónicas.

Llegó hasta nosotros.

—Es una persona maravillosa.

Lucy enrojeció.

—Santa Lucretia.

—El tipo de bien que hace ella tiene que venir de un alma hermosa, doctor Delaware.

—Lo sé.

—Por favor —dijo Lucy, colocando un paquete de galletas en la caja.

—Maravillosa —exclamó Best—. ¿Puedo robarte al buen doctor durante un momento, Lucy?

—Solo si me lo devuelve.

Me condujo hasta una oficina como un cuchitril y cerró una puerta de tablero contrachapado que no evitaba demasiado el ruido. En la pared había algunos grabados bíblicos del mismo tipo que los que él tenía en la cocina.

—Solo quería darle las gracias por todo lo que usted ha hecho.

—Fue un placer...

—Fue excepcional, la forma en que la apoyó. Ella ha tenido mucha suerte de tropezar con usted, y yo también —me dirigió una mirada turbada.

—¿Qué pasa, reverendo?

—¿Sabe?, durante un tiempo, pensé que si algún día averiguaba lo que le ocurrió, me tomaría la justicia por mi propia mano. La Biblia exhorta en contra de la venganza, pero también permite que la sangre derramada del Redentor nos salve. Hubo momentos en que pensé en hacer algo terrible. Me fallaba la fe —dijo casi llorando.

—Pude haber sido un padre mejor. Pude haberle dado dinero para que ella no hubiera tenido que...

—Ya está bien. —Le puse una mano en el hombro—. No soy Salomón, pero conozco la diferencia entre un buen padre y uno malo.

Él lloró un poco más, suavemente, luego se limpió los ojos. Secándose los ojos, cogió mi mano entre las suyas.

—Qué egoísta por mi parte... con tanto trabajo por hacer. Siempre hay gente hambrienta.

Volví a la línea de embalaje.

Las manos de Lucy se movían como las de un tejedor en un telar. Ella trataba de sonreír, pero su boca no cooperaba.

—Gracias por venir —dijo—. Espero verle mañana en la playa.

—Y aquí también. Creo que me voy a quedar por aquí durante un tiempo.



JONATHAN KELLERMAN. Nació en Nueva York en 1949 y creció en Los Angeles.

Se Graduó en Psicología por la Universidad de California Los Angeles (UCLA), dedicándose a la psicología infantil.

En 1985, fue publicada su primera novela de Jonathan, *La rama rota*, con enorme éxito crítico y comercial y se convirtió en un bestseller del New York Times. También fue producida como una película de televisión y ganó el Edgar Allan Poe y Anthony Boucher, premios a la mejor primera novela. Desde entonces, Jonathan ha publicado un bestseller policíaco cada año y en ocasiones, dos al año.

Aunque ya no está activo como psicoterapeuta, es profesor de Pediatría y psicología en la Universidad del Sur de California (USC), Keck School of Medicine.

Jonathan está casado con la novelista Faye Kellerman y tienen cuatro hijos.

Notas

[1] Coco o fantasma que se usa para asustar a los niños. (*N. de la T*) <<

[2] To dig: cavar en inglés. (*N. de la T*) <<

[3] Madre, y después esposa, de Edipo. Se ahorcó cuando se enteró de que éste era su hijo. (*N. del E.*) <<